ISABEL JENNER



India en tus labios

Selecta

India en tus labios

SERIE

Oriente 2

Isabel Jenner

Selecta

Para ti, abuela.
Mi mágico fénix de llamas pelirrojas,
que me enseñó lo que era el amor incondicional.
Y para ti, abuelo; por fin puedes abrazarla por toda la eternidad.
Os quiero

मुझे पुनर्जीवित करो, मैं तुम्हें जादू अमृत के साथ भीख माँगती

हूँ वह तुम्हारे चुंबन के फूल में रहता है।

Revíveme, te lo ruego, con el néctar mágico
que habita en la flor de tu beso.
Sarojini Naidu

Prólogo

Baipur, estado de Merala, India, noviembre de 1859

La señorita Leonelle Ingram cerró con un suspiro afligido el libro que había estado leyendo en uno de los confortables sillones tapizados en verde del salón del gobernador de Merala.

Era una verdadera contrariedad que se hubiese dejado convencer por su familia para traer desde Inglaterra solo el primer volumen de la enciclopedia *Introducción a la Entomología: Elementos de la Historia Natural de los Insectos*. Que los baúles con sus pertenencias hubieran contenido tantos otros libros que el peso amenazase con hundir el barco antes de llegar a Calcuta era un asunto nimio ahora que no disponía del segundo volumen para continuar con esa deslumbrante obra. Con otro suspiro, se puso en pie. Había estado tanto tiempo absorta en la lectura que el té sobre la mesita auxiliar a su espalda ya estaría frío, pero se acercó para beber un poco de todas maneras en lugar de pedir una nueva tetera. No había necesidad de importunar con más trabajo a los sirvientes cuando ella era la única responsable de haber perdido la noción del tiempo. También había perdido la noción de la realidad, al parecer, porque no había escuchado a nadie entrar en el salón, pero junto a la delicada taza de porcelana encontró un cuaderno que no había estado allí media hora antes.

Miró a ambos lados para asegurarse de que, en efecto, era la única persona en la estancia, y alargó la mano para tocar el lomo de piel y la cubierta forrada en tela rojiza de manera apreciativa. Encuadernación holandesa, confirmó, duradera y elegante. La lógica, ya que quienquiera que lo hubiese colocado junto a su té tenía que saber que Leo lo vería en algún momento, y la curiosidad la llevaron a hojearlo sin encontrar nada en su interior.

Excepto que sí había algo.

Una nota que se desprendió de entre las páginas desprovistas de tinta y revoloteó sobre el vestido color crema hasta llegar a sus pies.

Leo se agachó con tal ímpetu a recogerla que las gafas de montura metálica se le escurrieron por el puente de su estrecha nariz. Se las colocó con un movimiento torpe, y el pulso se le fue acelerando conforme leía el contenido.

> Vi este cuaderno en el bazar y me he tomado el atrevimiento de considerar que debe pertenecerle, espero que lo acepte como un regalo de despedida. A veces, las páginas en blanco son tan útiles como las que están escritas. No hay condicionantes que nos limiten, no hay imposiciones, no hay renglones donde ocultarse. Solo el comienzo que uno mismo elige.
>
> Aunque, puesto que nuestros labios se han rozado en una ocasión, supongo que hemos ido un poco más allá de las formalidades y que el atrevimiento no te es desconocido, ¿no es cierto, *sherani*? Lo último que

deseo es privarte de la satisfacción de responderme. Si así lo quieres, ya sabes dónde encontrarme.

B.

Desde luego que sabía dónde encontrar a ese... ese desvergonzado.

En el mismo lugar donde, varias semanas atrás, había comenzado una intensa contienda entre ambos. A él se le daba muy bien sacarla de quicio con sus conjeturas sobre lo aislada que estaba Leo del mundo por dedicarle tanto tiempo a los libros y al estudio, y se esforzaba en escandalizarla con sus acciones e insinuaciones. Y ella parecía haber tocado un punto sensible al acusarlo de no ser realmente quien decía ser.

¿Cómo se le había ocurrido besarlo hacía unos días? Con el rostro ardiendo y la imagen de su propia falta de prudencia al unir sus bocas para resultar vencedora en esa lucha de voluntades todavía muy fresca en la memoria, guardó la nota de nuevo en el cuaderno y salió del salón con pasos determinados.

Dos minutos y medio exactos después, la puerta de la biblioteca se abrió y se cerró con una suavidad que contrastaba con el aspecto arrebolado de Leonelle al deslizarse dentro.

Aún sentía calor en las mejillas, y no había conseguido decidir por dónde comenzar su ofensiva. Quizá debería aludir al descaro de su adversario al hacerle semejante regalo o a su falta de caballerosidad y discreción al dejar una evidencia escrita del casi inexistente contacto de sus labios donde cualquiera podría haberla encontrado.

La primera frase que pronunció, sin embargo, consiguió sorprenderla incluso a sí misma.

—¿De verdad se marcha?

El hombre al que se dirigía estaba de espaldas a ella, junto a la ventana entornada, y parecía mirar hacia la jungla que se extendía más allá de las paredes del bungalow. El crujido de las hojas y el murmullo de los animales que deambulaban en el exterior se colaron en la estancia para cubrir el silencio que había seguido a aquella pregunta.

Él giró la cabeza hacia la izquierda, solo un poco, y le dejó ver su duro perfil a contraluz.

—Saldré hoy mismo de Baipur. No quería interrumpir tu lectura, así que te estaba esperando, *sherani.* —Leo intentó hacer caso omiso del estremecimiento que siempre le provocaba la cadencia oscura y ronca de su voz cuando la llamaba así. «*Sherani* significa “leona”. Fiera y de ojos ámbar...» le había dicho una vez, en esa misma biblioteca—. ¿Has venido a devolverme mi regalo o prefieres quedártelo?

Leonelle apretó más el cuaderno contra su pecho y no se dejó desviar de la sospecha que se había formado en su mente.

—Preferiría que me contara si su partida tiene relación con lo que le dije. Con el hecho de que sepa que oculta algo y quiera saber quién es usted en realidad.

«Preferiría que se quedara en un lugar donde yo también esté».

De pronto, el aludido se dio la vuelta con agilidad sobre sus pies descalzos y clavó los ojos en su rostro, como si hubiera oído ese último pensamiento.

El corazón de Leo empezó a latir más fuerte al contemplarlo.

El cabello, de un negro vibrante, le caía libre sobre la ancha espalda, y encima del hombro izquierdo descansaba una estrecha tela de algodón blanco que descendía hasta enrollarse en sus caderas y dejaba la mayor parte del duro torso al descubierto. Su cara y su pecho siempre estaban pintados con rayas horizontales, también blancas, que contrastaban contra su piel morena, pero que no conseguían atenuar el resplandor de su mirada.

Era imposible no quedar atrapada por esos ojos verdes que parecían conocer todos sus

secretos.

Así había sido desde que Leonelle viera a Ban por primera vez.

Él se fue acercando con pasos lentos, medidos, sin desviar la vista en ningún momento.

—Ya sabes lo que soy —respondió, por fin, a solo unos pasos de ella—. Soy hindú. Un brahmán.

Levantó las manos, grandes y masculinas, con una lentitud casi enloquecedora para aferrarla por las caderas y atraerla hacia a él. Leo no lo impidió y exhaló aire con suavidad cuando Ban fue bajando la cabeza milímetro a milímetro, cada vez más cerca... hasta unir su frente con la suya.

—Soy solo un hombre, *sherani*. —Fue apenas un susurro que acarició su rostro.

A Leo le pareció escuchar tristeza en el eco tenue que dejaron sus palabras. Sin darse cuenta, el cuaderno se escapó de su agarre y cayó al suelo mientras ella se rendía al impulso de alzar sus propias manos para tocar los antebrazos desnudos de Ban con las yemas de los dedos e ir subiendo hasta apoyar las palmas sobre la piel cálida y elástica de sus hombros. Abrazados por un momento. Iba a apartarse cuando él la sujetó con más firmeza contra sí.

—Y prefiero despedirme con otro beso.

Leo levantó la cabeza, sobresaltada.

—No se atreverá a... —Sintió arder las mejillas de nuevo y trató de empujarlo—. No hace otra cosa más que provocarme...

—Me encanta provocarte, *sherani*. Lo echaré de menos.

El brahmán aprovechó la sorprendida inmovilidad de Leonelle para besarla de lleno en la boca. El contacto duró tan solo unos segundos, intensos e incendiarios, en los que el mundo pareció cambiar de eje.

Cuando Leo fue consciente de que se había quedado sola en la biblioteca, tenía el sabor de Ban todavía en los labios, y la incertidumbre de no saber si volvería a verlo alguna vez le produjo una extraña punzada en el corazón.

Capítulo 1

Delhi, India, finales de febrero de 1860

Leonelle se ajustó las gafas y estiró el cuello todo lo que pudo para no perder detalle de la asombrosa construcción que se elevaba a más de setenta y dos metros sobre algunas de las ruinas más antiguas del sur de Delhi. Toda la ciudad era como un inmenso museo al aire libre, con kilómetros y kilómetros a la redonda de regias estructuras de palacios y mezquitas ya olvidados, pero el minarete Qutab Minar era incluso más bello de lo que había imaginado. La torre de arenisca roja estaba ornamentada con arabescos y enormes caracteres cúficos con fragmentos del Corán, y las acanaladuras de la pared alternaban formas redondeadas con agudas aristas en un impresionante juego de volúmenes. Nunca había visto algo semejante. Era...

—Maravilloso —exhaló; los dedos casi le dolían por tocar la deslumbrante mole de piedra.

—Sí, es realmente maravilloso. —La señorita Emily Campbell, su acompañante en aquella escapada, apenas disimuló un bostezo cuando colocó el dorso de la mano enguantada sobre la boca, con genuina delicadeza—. ¿Aún te queda mucho para terminar, querida? Madrugar tanto con el fin de evitar el calor ha resultado agotador, y llevamos aquí un buen rato...

A Leo le costó un triunfo apartar la mirada del Qutab Minar para enfocarla en la exquisita y dorada señorita Campbell y observarla con atención. Aunque se encontraba cobijada en la sombra del carruaje, a unos metros de ella, las ojeras bajo los ojos color zafiro de Emily delataban el cansancio que sentía y su deseo de regresar al centro de la ciudad.

El sol ya había recorrido un buen trecho de cielo en su camino al tórrido cenit y sus rayos iban cobrando fuerza, pero Leo no se explicaba cómo había pasado tanto tiempo desde su partida al amanecer si ella tenía la sensación de que apenas acababan de llegar. Un breve vistazo en derredor le bastó para darse cuenta de que algunos de los sirvientes nativos del pequeño grupo que conformaba la expedición removían las piedrecitas del suelo con la punta de los pies descalzos y levantaban nubecillas de tierra mientras trataban de ocultar el aburrimiento.

La joven intentó no sentirse dolida por semejante desprecio a esa joya arquitectónica y asintió para mostrar su conformidad con la partida.

—Ya he acabado —anunció, a la par que recogía con rapidez los carboncillos con los que había trazado un modesto boceto del minarete en cierto cuaderno con tapas rojizas.

Una vez dentro del carruaje que los llevaría de vuelta a la residencia de los Campbell, Leo se dirigió a Emily, preocupada por haberla hecho pasar un rato desagradable.

—Te agradezco mucho que hayas organizado esta salida, ¿no te encontrarás indispuesta por mi culpa?

—Claro que no, no seas absurda, Leonelle. —Emily le dio un apretón cariñoso en la mano y sacudió la cabeza con una sonrisa, lo que consiguió que Leo se relajara.

Aunque su cabeza le decía que Emily Campbell nunca la juzgaría, era difícil desprenderse de las reacciones negativas que sus gustos —tales como visitar un montón de piedras erosionadas por el paso del tiempo a horas impías— solían provocar en la gente que la rodeaba.

Sabía demasiado bien que era un caso inusual, se lo habían remarcado muchas veces como para olvidarlo. «Peculiar» era la palabra más común con la que solían describirla. Un término tibio e inofensivo en apariencia, que a duras penas camuflaba lo que opinaban de Leo en realidad. Rara. Extraña. Diferente allí donde lo distinto no era sinónimo de bueno, sino objeto de censura.

Su marcada personalidad, que se había acentuado tras llegar a la India, la había hecho blanco de críticas crueles desde su niñez en Inglaterra. Se la tachaba de ser estudiosa en exceso. También se la acusaba de ser experta en temas inapropiados para una mujer. Y, la falta más vulgar de todas, de ser muy franca. Pero Leo no sabía expresarse de otra forma que no fuese clara y directa. El hecho de que su madre fuera la hija de un vizconde que se casó muy por debajo de sus posibilidades económicas y sociales con un militar destinado en India no había hecho más que contribuir a hacerla receptora de miradas de despectiva superioridad y comentarios humillantes.

Que ella no hubiera tenido ni voz ni voto a la hora de elegir su carácter o las acciones de sus padres carecía de relevancia.

Pero, aunque todavía acusaba las heridas que recibía, su fuerza de voluntad era más fuerte y había logrado dejar atrás el punzante sentimiento de culpa por no ser lo que los demás esperaban de ella. El angustioso deseo de convertirse en otra persona. Alguien dulce y sin tacha como su hermana Cam o extrovertida y encantadora como su hermana Lemy.

Leo era Leo. No podía evitar sentir una curiosidad innata por todo lo que la rodeaba, por empaparse de saber, aunque eso la hiciera vivir al margen de la corriente social. Cada libro, periódico o gaceta que llegaba a sus manos era consumido con la misma inevitabilidad y determinación que... una planta carnívora devoraba sus nutrientes, a falta de un ejemplo menos botánico. Tampoco tenía reparos en acribillar a preguntas a quien estuviera a su lado, a pesar de lo mucho que la alejaba su comportamiento de entablar amistades o conocer a un potencial marido.

En realidad, Leo nunca había renunciado expresamente a pertenecer a un círculo social, ni siquiera se oponía a contraer matrimonio. Pero, al parecer, todas esas cosas eran incompatibles con la *peculiar* Leonelle. En cualquier caso, tenía a su familia y su pasión por aprender. Y con eso bastaba.

—¿Sabes, querida? No tienes que agradecerme nada. —La voz suave de Emily trajo a Leo de vuelta al presente. Cuando la miró, la joven curvó los labios con picardía y se ahuecó los bucles, de un rubio muy claro, antes de continuar—: Mi tía y yo nos hemos propuesto hacer que tu primer viaje a las montañas sea lo más agradable posible. —Su sonrisa se amplió—. Y eso incluye satisfacer todos tus caprichos.

Leonelle le devolvió la sonrisa, que alcanzó sus ojos ámbar tras los cristales de las gafas. Afortunadamente, ahora también tenía a las Campbell.

La tía de Emily era la formidable Heather Campbell, a quien Leo había conocido en agosto del año anterior en el viaje de varias semanas en barco que las había llevado a ella y a sus hermanas desde Inglaterra hasta la India. La señora Campbell, esposa de un acaudalado mercader, había

entablado una profunda amistad con las Ingram y, puesto que no tenía hijos, siempre hablaba maravillas de sus cuatro sobrinas. Tras conocer a Emily, Leo entendió el porqué. La joven tenía diecinueve años, su misma edad, y era hermosa, sofisticada, con un ingenio femenino y encantador que atraía a las personas como abejas a la miel.

—Se lo prometimos a tu familia, y cumpliremos nuestra palabra —continuó Emily. Luego arrugó el delicado entrecejo—. Excepto visitar el Taj Mahal. Lo siento mucho, pero me temo que tía Heather no estaba dispuesta a soportar ni un día más de calor en el llano para desviarnos hasta Agra.

Leonelle negó con la cabeza y sus rizos castaños se sacudieron.

—Estoy segura de que habrá más oportunidades para visitarlo. Quizá en nuestro viaje de regreso.

No se le ocurriría recriminarle nada a las Campbell después de lo mucho que estaban haciendo por ella.

Todo había comenzado dos semanas atrás, en Merala, el estado nativo donde vivía con sus hermanas; Lemy, de diez años, y Carmentia, dos años mayor que Leo, además de Jason, el marido de Cam.

Las temperaturas estaban empezando a subir, como ocurría cada año por aquella época en las llanuras de la India, y, por norma general, las mujeres y niños europeos comenzaban el éxodo hacia las estaciones de montaña construidas por los británicos a los pies de los Himalayas. Podría decirse que eran un refugio terapéutico en el que pasar los meses de verano, donde lograban huir del insoportable calor al que estaban tan desacostumbrados, de la imbatible fuerza del monzón o de las temidas enfermedades del trópico, como la malaria. Nadie podría negar la tranquilidad que suponía el hecho de que el mosquito que la transmitía no alcanzase esas altitudes.

Las Campbell habían visitado a las Ingram en Baipur, la capital del estado nativo de Merala, y les habían propuesto acompañarlas a pasar los meses más tórridos en Simla, una pequeña estación a unos trescientos kilómetros de Delhi, compuesta por poco más de cien viviendas y un número igual de limitado de residentes británicos. Sin embargo, Jason había sido nombrado gobernador de Merala hacía muy poco y Cam no deseaba dejarlo solo en aquellos momentos de cambio tan delicados. Lemy tampoco quería iniciar un viaje agotador y prefería quedarse en Baipur con ellos.

Era de esperar que la mediana de las Ingram también declinase la invitación, puesto que nunca se había separado de sus hermanas, pero Leonelle tenía un motivo de peso para querer embarcase en ese viaje al norte con Heather y Emily Campbell.

Sería difícil olvidar la cara atónita de su hermana mayor al escuchar su petición, pero Cam, después pensarlo detenidamente, había aceptado su partida. Sabía que estaría segura bajo la protección de las Campbell y su legión de sirvientes.

Tras la agridulce despedida que la separaría varios meses de su hogar, Leo emprendió el camino junto a Heather y Emily. No tardaron mucho en llegar a Calcuta y, una vez allí, siguieron la Grand Trunk Road, una descomunal carretera de más de dos mil quinientos kilómetros que unía Bengala con Peshawar, en la frontera afgana, abarcando así el nordeste del país casi en su totalidad.

El fatigoso viaje hasta Delhi duró unos diez días en *dak gari*, un pequeño carromato abierto tirado por caballos esmirriados, y el transporte más común en la India, puesto que muchos caminos eran tan estrechos y estaban en tan malas condiciones que no permitían el paso de carruajes más grandes. Hacían altos en los *dak bungalow* que encontraban apostados a los lados

del camino, y podían dormir con cierta comodidad, pero resultaba una marcha tediosa moverse con tantos sirvientes y baúles de equipaje. O de eso parecía lamentarse Emily a cada momento.

Leo recordó una jornada en la que Emily había estado especialmente gruñona acerca de las molestias que suponía recorrer la calurosa India hasta Simla, y ella había intentado apaciguarla con una de sus historias.

—Piensa en lo duro que sería desplazar un campamento de doce mil personas con sus correspondientes tiendas, baúles, caballos, camellos, elefantes... —Leonelle iba desplegando los dedos a medida que contabilizaba.

—¿Un campamento de doce mil personas y otros tantos animales? ¿Y por qué alguien querría hacer semejante cosa? —preguntó Emily. Parecía horrorizada mientras trataba de abanicarse entre las sacudidas del *dak*.

—Si eres el gobernador general de la India y vas a viajar durante más de dos años por el norte del país, es absolutamente necesario —había respondido Leo—. O, al menos, eso le pareció a lord Auckland cuando realizó semejante hazaña con sus hermanas hace más de veinte años.

—¡Señor! ¿Puedes imaginar la cantidad de polvo que removerían todas esas patas?

Esa era otra de las cosas que admiraba de Emily. No se mostraba aburrida por sus temas de conversación, ni la acusaba de sabelotodo o la sermoneaba acerca de tratar asuntos más acordes con su edad, sexo y posición.

Las dos se habían echado a reír ante el comentario. Solo eso, una risa espontánea, de camaradería. Una risa que Leonelle compartía en muy contadas ocasiones con aquellos ajenos a su familia.

Aunque, bien pensado, era cierto que Leo podía hacerse una perfecta idea de la cantidad de polvo rojizo que había cubierto los campamentos del gobernador general. Tenía que ser igual al que las había envuelto a ellas con frecuencia durante el viaje sin dejar la más mínima superficie a salvo: vestidos, cabellos, zapatos, lo había sentido incluso sobre cada una de sus pestañas... También estaban los insectos. Aunque Leo había vivido unos años en Baipur debido al puesto de su padre, había sido demasiado pequeña y había estado demasiado protegida como para ser consciente de ello, por lo que, antes de salir de nuevo de Londres, jamás habría imaginado que pudieran existir semejantes ejércitos de mosquitos y hormigas concentrados en un mismo lugar. Tenía el convencimiento de que muchas especies ni siquiera figuraban en sus enciclopedias. Y, aun así, a pesar de lo complicado que había sido construir una nueva vida a mares de distancia de su hogar, ya no cambiaría la India por nada.

El carruaje por fin llegó a su destino en una de las mejores zonas residenciales de Delhi, y Leo trató de concentrarse en el presente. Sin perder un momento, entró en la residencia de los Campbell, que contaba con las mismas o incluso más comodidades que cualquier mansión londinense, dispuesta a sumarse a la frenética actividad de preparar la última etapa del recorrido.

Varias horas después, cuando al fin se quedó a solas en el cuarto que ocupaba, Leo se puso un sencillo camisón, se cepilló la larga melena castaña y se sentó en un taburete frente al tocador, donde ardía una tímida vela. La luz, de un amarillo suave, se derramaba sobre el cuaderno de Ban. En su interior, escondida en la tapa trasera mediante una pequeña incisión en la tela, todavía conservaba la nota que le había dedicado, puesto que había sido incapaz de deshacerse de ella.

A veces, las páginas en blanco son tan útiles como las que están escritas. No hay condicionantes que

nos limiten, no hay imposiciones, no hay renglones donde ocultarse. Solo el comienzo que uno mismo elige.

Bien. Habían pasado tres meses desde su último encuentro con el brahmán, y las páginas ya no estaban en blanco porque Leonelle había elegido su propio comienzo. Estaba decidida a escribir el libro de viajes sobre la India más completo del que fuera capaz.

Tras su acalorada despedida en la biblioteca, Leo había tenido tiempo de meditar sobre lo todo lo sucedido entre ellos. La primera vez que lo vio en el bungalow de su familia, cuando el brahmán fue a reunirse con su cuñado Jason en Baipur en calidad de médico, Leo se había quedado sin habla por unos instantes. Impresionada no solo por conocer a un hombre de la casta más alta de la estratificada sociedad india, sino por todo lo que revelaba su apariencia. Emitía poder, desbordaba atractivo y poseía una seguridad indomable que la irritaba y atraía a la vez. También guardaba demasiados enigmas como para no despertar en ella la necesidad de querer descubrirlos uno a uno. Cualquier posibilidad de desenmascararlo había desaparecido con su marcha. Pero, al igual que Leo había sido capaz de ver a través de sus mentiras, también había sido capaz de distinguir sus verdades.

Podría resultar inverosímil que un hombre que una vez la había acusado de escudarse tras hojas de papel para ser una fría observadora del mundo le hubiera regalado un cuaderno, nada menos. Pero ese hombre, que seguía siendo un completo rompecabezas, la había calado hasta el fondo. No tenía por qué gustarle, pero Leo era lo bastante inteligente como para admitir que a Ban no le había costado nada llegar a lo más profundo de sus cicatrices, hasta ese rinconcito solitario enterrado con esmero, que aún estaba herido por verse apartada de todo y de todos, y que necesitaba sanar.

Tampoco le costaba reconocer que, en medio de los intentos del brahmán para distraerla de sacar a la luz su farsa, a su modo intenso y provocativo, había querido ayudarla de verdad. Y para eso, había utilizado un arma a la que Leo no podría resistirse: la escritura.

¿Qué mejor manera de sentirse parte del mundo y demostrarse que pertenecía a él tanto como aquellos que la rechazaban que explorándolo y describiéndolo ella misma? Canalizando todo lo que era sin renunciar a nada, con sus propias percepciones junto a hechos fundamentados.

Después llegaría la ardua cuestión de hacer público su trabajo. Escribir no era fácil para las mujeres, apenas se reconocían sus méritos, y no se podían abandonar los temas y patrones ya establecidos por hombres, a muchos de los cuales les asustaba perder sus derechos y privilegios en ese campo.

Como si la literatura solo les perteneciese a ellos cuando preguntar a Leonelle Ingram qué significaba un libro para ella sería como preguntar a cualquier ser alado qué significaba el cielo infinito. Libertad. Posibilidades. Aprendizaje. Consuelo.

Y Leo estaba dispuesta a desplegar sus alas, por imperfectas que fueran, y lanzarse a volar.

Escribiría su viaje hasta el final, a donde quiera que la llevase.

Hojeó con rapidez algunas de las páginas que llevaba redactadas, junto a algunos mapas y pequeñas ilustraciones que había esbozado de monumentos y rostros anónimos. Desde que partiera de casa, ya había plasmado el aire místico de la santa Benarés, con sus decenas de *ghats* repletos de devotos entregados a sus rezos, o su paso por Allahabad, donde los ríos Ganges y Yamuna confluían para hacer de la ciudad un lugar sagrado al que hindúes de todos los rincones del país acudían en peregrinación. No dejaba de sorprenderla que, según le había relatado un sirviente de los Campbell, sus veneradas aguas se transportasen en vasijas a lugares tan lejanos

en el sur como Madrás, donde se vendían a hombres ricos que no habían podido acudir a sus orillas. Sabía que, aunque permaneciese mil años más en la India, no le bastarían para estudiar todos sus misterios, pero se esforzaría por plasmar los que descubriera de la mejor manera posible.

Llegó a la siguiente página en blanco y preparó el tintero y la pluma para dejar constancia de su día en Delhi. Antes de comenzar, cogió una sencilla cinta azul para atarse el cabello y pasárselo por encima del hombro. Después, se ajustó las gafas y se alzó un poco para colocar la pierna derecha debajo del cuerpo. Ya estaba preparada para lanzarse a detallar todo cuanto recordaba de la impresionante ciudad. El sonido de la pluma al rasgar sobre el papel era lo único que se escuchaba en la tranquilidad de la noche. Ante ella desfilaron la mezquita Jama Masjid y sus espectaculares vistas al Fuerte Rojo hasta llegar al punto final con el relato de su visita al Qutab Minar.

La tinta hizo un pequeño borrón al no levantar la pluma con la rapidez suficiente, pero Leo estaba lejos de allí.

«El mundo, *sherani*, hay que vivirlo».

La voz que se derramó en su interior era tan nítida y tentadora como el día que Ban le susurró esas palabras mientras la abrazaba contra las estanterías de la biblioteca del gobernador. Un resquicio en su consumado pragmatismo le hizo preguntarse si volvería a cruzarse con esos ojos verdes que la contemplaban con descaro y desafío, y así poder contarle lo que había significado su regalo. Pero se deshizo del pensamiento con una sacudida de cabeza tan pronto como había llegado. No había vuelto a tener noticias de él. Incluso había vencido la timidez que le suponía intentar sonsacar a Jason alguna información sobre el brahmán que le fuera de utilidad, sin obtener nada a lo que aferrarse.

No. Lo más seguro era que jamás volvieran a encontrarse.

Cerró el cuaderno de golpe y apagó la vela. Al día siguiente partirían hacia Simla.

Capítulo 2

En algún lugar cerca de Simla, India, tres días después

Los culíes, unos cuarenta hombres en total, resoplaban debido al esfuerzo que suponía el ascenso por el camino estrecho y empinado que zigzagueaba hasta el anhelado frescor de las montañas. Una parte de los trabajadores indios iba cargada con las numerosas pertenencias de las Campbell y las dos bolsas de tejido de alfombra de Leo, más ligeras que los compactos baúles de madera. El resto de los porteadores tenía que hacer altos cada pocos metros para hacer relevos e intercambiar su lugar bajo los pesados *doolies,* los palanquines de bambú y telas multicolores en los que iban recostadas Heather y Emily, y el transporte más común para que las damas inglesas alcanzasen los Himalayas. Leonelle, pese a la tozuda oposición de las Campbell, había preferido montar en un pequeño poni de montaña. Había alegado disfrutar más, de esa manera, del paisaje que la rodeaba, lo cual era cierto, pero también prefería aliviar a los trabajadores nativos de la carga de tener que acarrearla a ella. Estaba acostumbrada a cabalgar sobre caballos más grandes en Londres y, al principio, le había preocupado que el animal no resistiera su peso o que pudiera desestabilizarlo, pero había resultado ser fuerte y ágil, ideal para los tramos angostos que habían tenido que atravesar, e impracticables para una montura más grande.

Allí arriba, en la tranquilidad de las montañas, las nubes más bajas le hacían compañía y la brisa suave era un regalo para su cuerpo acalorado después de tantos días de recorrido por las planicies del Ganges; el verde había ganado cada vez más terreno a los colores rojizos y marrones de la tierra arrasada por el sol, y se encontraba muy a gusto sobre el lomo pajizo del dócil y robusto poni. Era totalmente ajena a su aspecto, pero formaba una bonita estampa, enfundada en un traje de montar gris perla y un gracioso sombrerito a juego.

Estar, al fin, tan cerca de Simla la hacía sentir expectante y entusiasmada. Heather y Emily no hacían más que hablar del feliz momento en el que se encontrasen en la pequeña estación de montaña. Heather, que había nacido en Brighton, aseguraba que era como transportarse hasta allí sin moverse de la inmensa India puesto que el clima era muy similar al de su añorada ciudad costera y, al igual que Brighton, hacía maravillas con su salud, algo menguada por el constante calor de Calcuta. Para Emily, que había nacido en el Indostán, suponía unos meses de ocio y diversión, donde podría ponerse al día de los últimos chismes de la reducida sociedad británica afincada tan lejos de su hogar.

Cruzaron el cauce de un pequeño arroyo seco, y Leo sonrió un poco al ver las caras sorprendidas de unos niños indios que dejaban de jugar para observar el paso de la comitiva desde una choza de techo plano y aspecto cuidado.

No había duda de que la vida en las montañas era más apacible que en las áridas llanuras, y pensó que a Lemy le encantaría trotar por esos bosques y valles como la pequeña aventurera que era.

Leonelle continuaba sonriendo cuando el nutrido grupo giró sin previo aviso en un recodo del sendero y, después de tantos días de agotador camino, se dio de bruces con el escarpado y pintoresco perfil de Simla. Estaba ante la reina indiscutible de la colina. Sobre sus laderas, las casas de color blanco, todavía pequeñas desde la distancia a la que se hallaban, se distribuían en terrazas de roca viva a distintos niveles, flanqueadas por impresionantes cedros centenarios y pinos de largas agujas. Estaban construidas tan al borde de los riscos que daba la impresión de que podrían caerse en cualquier instante por un ligero golpe de viento; y, en lo más alto, la torre amarilla de una iglesia dominaba con su presencia todo su alrededor. Como marco perfecto, las cumbres de los Himalayas se recortaban en el horizonte formando un anfiteatro de deslumbrantes picos nevados y grises acerados. La belleza del paisaje hizo contener el aliento a Leonelle.

Todo el grupo pareció apresurar el paso ante el fin inminente del viaje, y los porteadores nativos emplearon sus últimas energías en su afán final por alcanzar Simla. Sus brazos flacos estaban en tensión y temblaban por el esfuerzo de acarrear los kilos de equipaje y los *doolies* a más de dos mil metros de altitud por desfiladeros imposibles, mientras que el manso poni de Leo avanzaba, con paso firme, lo más lejos posible del borde.

Cuando entraron en la estación de montaña, la cabeza rubia de Emily asomó por entre las cortinas de su palanquín e instó a Leo a acercarse.

—¿Cómo ha sido la escalada a lomos de esa bestiecilla?

Leo le dio una palmadita cariñosa al cuello del animal.

—Inmejorable —aseguró. Luego, pasó a inspeccionar el rostro de su amiga con clínica minuciosidad—. Emily...

—¿Sí, querida?

—¿Sientes náuseas?

La joven pareció atragantarse un poco antes de responder.

—¿Cómo dices?

Leonelle se ajustó las gafas.

—Náuseas. Verás, conforme a las investigaciones publicadas por el médico francés Denis Jourdanet acerca de la fisiología respiratoria de altura, la falta de oxígeno puede producir síntomas adversos tales como jaqueca, mareos, falta de apetito, irritabilidad...

Ante ese último dato, Emily asintió.

—Oh, sí. Tía Heather está irritada. Aunque, bien pensado, sufre de irritabilidad crónica.

—¡Emily Campbell, te he oído! —Se escuchó el reproche desde el otro *doolie*, sobresaltándolas a ambas, para terminar con una exasperada afirmación—: Por suerte, ya nos encontramos muy cerca de Campbell Cottage.

Emily emitió una risilla pícara y Leo dejó escapar un ruidito de satisfacción.

—Muy bien, nada de síntomas. Quizá la subida paulatina haya disminuido el riesgo de sufrir mal de altura o nos hemos hidratado de forma adecuada... —comenzó a murmurar para sí, a la vez que instaba a su poni a moverse de nuevo, sin ver a Emily, quien agitó la cabeza con afecto y dejó caer las cortinas de nuevo.

Unos diez minutos después, se adentraron en un animado bazar que sacó a Leo de sus elucubraciones, en el que se alternaban negocios ingleses con otros nativos en una llamativa amalgama de gente y de colores, donde la añoranza por el Viejo Continente se fundía con grácil

esplendor entre las texturas del trópico.

Continuaron subiendo hasta a una avenida en la que parecían concentrarse los edificios más importantes de Simla: la oficina postal, los juzgados, un teatro de variedades y, al fondo, como si no quisiera perder de vista toda la actividad de la estación de montaña, se encontraba la basílica de estilo isabelino que habían atisbado en la distancia. Leonelle no tardó en indagar sobre todos los lugares y edificaciones con los que se topaban. La amplia calle comercial era conocida como The Mall, y el templo anglicano no era otro que la iglesia del Cristo, con su torre color crema y sus puntiagudos chapiteles alzados con orgullo hacia el sol del mediodía.

Pronto giraron a la izquierda para tomar una de las estrechas callejuelas que partían de The Mall, y que serpenteaba como una alegre cinta entre tupidos rododendros que prometían una explosión de color con la inminente primavera.

El camino hasta Campbell Cottage estaba bordeado de más rododendros y violetas salvajes; y, tal y como había dicho Heather, no tardaron demasiado en llegar a la residencia de verano de la familia.

Leo ya se había dado cuenta durante el viaje de que los bungalows habían ido desapareciendo de manera gradual conforme iban tomando altitud para dar paso a construcciones europeas, pero, cuando la casa de campo quedó a la vista, no pudo evitar sentirse encandilada por su acogedora silueta. Se trataba de una amplia construcción de dos plantas, cuyos muros, de un blanco impoluto, resaltaban bajo listones de madera de color oscuro colocados de manera que formasen triángulos y rectángulos, en un delicado entramado estilo Tudor. Las tallas ornamentadas en aleros, puertas y ventanas eran exquisitas, y los tejados a dos aguas sobre los que descansaban numerosas chimeneas la hacían parecer una casita salida de cuento de hadas. La madreselva y las fucsias se habían adueñado de las paredes en un abrazo que rodeaba todo el perímetro que Leo alcanzaba con la vista, y disponía de un cuidado jardín que la joven se prometió recorrer más tarde.

La puerta se abrió de golpe y el señor Campbell, que se había trasladado unas semanas antes que su esposa y su sobrina a las montañas por negocios, salió a recibirlas con una amplia sonrisa en su rostro redondo y alegre. Leo lo había conocido hacía meses en Calcuta y no había olvidado su tupido cabello blanco y su aire bonachón. Emily se echó a sus brazos abiertos con un chillido de deleite apenas se hubo apeado del *doolie*, y el señor Campbell dejó escapar una sonora carcajada y la envolvió en un fuerte abrazo, para después besar con suavidad a Heather en la mejilla cuando llegó a su lado.

—Por fin estáis aquí, queridas. —Extendió una mano regordeta para tomar la de Leo, que se había acercado hasta ellos con cierta timidez—. Espero que te sientas como en casa, Leonelle.

—No podría ser de otro modo en un lugar tan encantador, señor Campbell.

—¡Vamos! Llámame tío George. A partir de hoy, eres una sobrina más. —Se giró de nuevo hacia Emily—. Al parecer, habéis llegado en el momento más oportuno. Esta noche, los Gorton van a celebrar una de las primeras veladas de la temporada y estamos invitados.

—No habrás aceptado, ¿verdad, George? —Fue la pregunta horrorizada de la señora Campbell.

—Tío George, por lo que más quieras, di que has aceptado —contraatacó Emily al momento, incluso con un pequeño tironcito a la manga de su tío.

—¡Emily Campbell! Llevamos dos semanas dando tumbos por caminos que despedían polvo, porquería y más polvo —la regañó la señora Campbell—. Me niego a dar un solo paso en lo que queda de día.

La formidable Heather, tan parecida físicamente a su sobrina, había dado con la horma de su zapato, porque Emily no se encogió un centímetro ante su tono severo e incluso miró a su tío con un mohín demoledor.

—Me temo, querida, que ya he aceptado en nombre de todos —admitió George Campbell a la vez que alzaba la mano para apaciguar la ira de su mujer—, pero los Auburn ya están aquí con la pequeña Rose. Puesto que Emily y ella son amigas, estoy seguro de que a sus padres no les importará cuidar de tres hermosas jovencitas durante la fiesta.

—¡Oh, tío! ¿Te he dicho ya que te adoro?

—Desde que has llegado, no.

Emily volvió a abrazarlo y Leonelle alcanzó a ver una pequeña sonrisa camuflada en el rostro enfurruñado de la señora Campbell.

Durante el intercambio de besos y abrazos, los sirvientes ya habían llevado la mayor parte del equipaje al interior de la casa y los tíos de Emily las instaron a entrar para que pudieran descansar y reponerse por unas horas antes de la fiesta. El aire puro y fresco de las montañas entraba por las ventanas abiertas, y Leonelle hizo una honda inspiración, disfrutando de la sensación plena que colmaba sus pulmones. Ahora entendía por qué sus compatriotas disfrutaban tanto de Simla, ya que la atmósfera se parecía mucho a la de su tierra natal, era su pequeño bastión en un mundo inmenso y desconocido. Apenas tuvo tiempo de ver un saloncito de aspecto muy agradable antes de subir las escaleras, donde Heather y Emily le mostraron su habitación. Quedó enamorada de inmediato de las vistas, que daban a un profundo valle con un río sinuoso al fondo. Tras él, las cumbres nevadas de los Himalayas se alzaban como colosos en la distancia.

Al cabo de un rato, después de darse un baño y cambiar su vestido de montar por uno de delicada muselina verde, se reunió con Heather en la pequeña salita que había visto al entrar.

—¿Emily aún no ha bajado? —Se extrañó.

—Mi sobrina derrocha demasiada energía para su propio bien —suspiró la mujer mientras los sirvientes dejaban unos cuantos platos con pasteles a su alcance—. Le pareció que estábamos tardando demasiado en acomodarnos después del viaje y ha decidido hacer una breve visita a Rose. Puedo pedir a una de las doncellas que te acompañe a casa de los Auburn o... —bajó la voz en tono conspirador y señaló unos dulces con forma cuadrada y de aspecto delicioso— puedes esperarla aquí y probar los *barfis* recién salidos de la cocina.

—Solo hay una respuesta correcta a esa pregunta, señora Campbell —aseguró Leo con seriedad, antes de alargar la mano hacia los postres.

Unos cuarenta minutos después, Emily entró al saloncito en el momento en el que la señora Campbell daba cuenta de una segunda taza de té y Leo estaba terminando de escribir una carta a sus hermanas para informarlas de su llegada a Simla sin incidentes. La joven tenía el rostro algo ruborizado.

—¡No vais a creer las noticias que traigo!

Parecía muy entusiasmada.

—¿De qué se trata, querida? —preguntó su tía en tono apacible, antes de llevarse la taza a los labios para dar un sorbito.

—¿Sabéis quién está en Simla? —Hizo una pausa de apenas un segundo para dar un efecto dramático y continuó con rapidez—: Fitzwilliam Elwood, lord...

—¡¿Cómo dices?! —La señora Campbell casi se atragantó con el té y su rostro se volvió

tormentoso.

—Exactamente lo que oyes, tía. Llegó hace una semana y hoy...

—¡Qué atrevimiento el suyo! —la interrumpió de nuevo su tía—. No ha tenido suficiente con el revuelo que provocó en Delhi hace unos meses. ¡Será mejor que no me cruce con ese sinvergüenza!

—Estamos en Simla, tía Heather. No puedes permitirte esos lujos en un lugar tan pequeño como este, donde es imposible evitar a los vecinos. —La sonrisa de Emily era pura picardía—. Quizá podrías elegir el número de ocasiones que estás dispuesta a verlo en un día y entonces decir: «¡Será mejor que hoy no me cruce más de tres veces con ese sinvergüenza!».

Leo, que no perdía detalle del intercambio de palabras desde su puesto junto a la ventana, no sabía si sería capaz de controlar la carcajada que burbujeaba en su garganta.

—Me voy a ir para concederme el gusto de no darte la razón, querida. —Heather Campbell se levantó del sofá y ya se dirigía hacia la puerta cuando se detuvo para mirar a su sobrina, con el semblante muy serio—. Emily, quiero que Leonelle y tú os mantengáis bien alejadas de él. Ese canalla no es de fiar. No puede haber venido por nada bueno.

Cerró la puerta con un golpe ominoso, y Leo se volvió hacia Emily con expresión interrogante.

—¿Tan horrible es ese hombre?

—Es... deliciosamente oscuro —respondió Emily con una mueca maliciosa, mientras volvía sus ojos azules y chispeantes hacia ella—. Se presentó hará unos dos meses en Delhi y causó estragos entre las damas de todas las edades. Tiene algo magnético... No sabría explicar el qué. Pero, lo peor, aunque se supone que yo no debería saberlo, es que se rumoreaba que frecuentaba los peores antros y fumaderos de opio de la ciudad.

—Cielos...

Aunque a Leo también se la había intentado resguardar de esos temas, sabía que el opio era un veneno que esclavizaba y torturaba de por vida a aquellos que lo consumían. Casi sintió pena por él.

—Además —prosiguió Emily—, según Rose, y ella es una fuente totalmente fiable, en la fiesta privada que lady Shelton ofreció en la estación hace unos días, se les habían acabado las ideas para amenizar la velada, por lo que nuestro infame caballero —en este punto se aproximó más a Leo y comenzó a hablar más bajo, en un tono confidencial— propuso un juego de lo más escandaloso, pero al que muchos se prestaron sin demasiada oposición. Las damas debían sentarse sobre la mesa del comedor y subirse las faldas y enaguas hasta las rodillas, y los caballeros debían situarse justo debajo y reconocer a cada mujer por sus extremidades inferiores.

Leonelle se sintió enrojecer con solo pensar en la imagen que habían formado las palabras de Emily en su cabeza. Al ver su rostro arrebolado, la señorita Campbell se echó a reír.

—Oh, vamos, Leonelle, tú vienes del sofisticado Londres. Estoy segura de que allí ocurren cosas mucho más atrevidas...

—Yo... —vaciló un poco—. No he asistido a demasiadas fiestas y siempre era en compañía de mi hermana. No recuerdo haber escuchado nada parecido.

—Sí, tienes razón. No creo que haya nadie como él, ya sea en la India o en cualquier otro lugar de la Tierra... pero no te diré nada más. Es una sorpresa. Y no te inquietes, querida, podrás saciar tu curiosidad esta noche.

—¿Esta noche? —Leo no pudo evitar sentarse más recta ni negar que, en efecto, le había picado la curiosidad—. ¿Nos vamos a encontrar con él? Pero tu tía nos ha advertido que nos

mantengamos alejadas.

—He intentado decírselo a tía Heather, pero no me ha escuchado, así que no es culpa nuestra el que asistamos a la misma fiesta, ¿verdad? No es como si lo hubiéramos buscado a propósito.

—Oh, Emily. Parece que te gusta atraer problemas.

—Tantos como sea posible, querida. Aunque he de admitir que me divierte igual o más ver la manera en la que estos se resuelven.

Unas horas después, Leonelle alisaba con nerviosismo las arrugas inexistentes de su voluminoso vestido de tafetán amarillo limón. A su edad ya no era una debutante, pero tampoco se consideraba una mujer tan sofisticada como para usar colores más llamativos. Además, se sentía bastante insegura sin la presencia de su hermana Cam como apoyo para enfrentarse a una reunión social. Frunció las cejas tras las gafas y se insufló ánimos. Desde un punto de vista objetivo, todas las fiestas seguían un mismo patrón en el que los invitados intercambiaban cortesías o puñaladas, los jóvenes bailaban bajo el cuidado, más o menos atento, de una carabina, dependiendo de la idoneidad del enlace, y Leo se mantenía al margen, en los límites de la pista de baile, con la cabeza repleta de pensamientos que podrían estar relacionados o no con lo que la rodeaba. No podía ser demasiado distinto en Simla, así que se puso recta y miró con valentía la puerta abierta de la residencia de los Gorton, donde se celebraría la velada. Era una casa de campo muy parecida a la de los Campbell, también adornada con un precioso jardín, aunque algo más pequeña.

Un golpecito en el codo enguantado le hizo girar la cabeza.

—Vamos, Leonelle, Rose ya nos debe de estar esperando. Hemos quedado en vernos en el recibidor. —Emily, con un precioso vestido azul aciano, se había acercado para animarla a entrar —. Rose es... algo habladora, pero no lo hace con mala intención, enseguida lo verás.

Se adentraron en la casa y al momento se acercó una joven morena, bajita y bastante delgada, enfundada en un vestido rosa, seguida de cerca por una pareja entrada en años que les sonrió con calidez. En realidad, eso fue lo único que el matrimonio pudo hacer porque, no bien hubo acabado Rose Auburn de presentarse a sí misma y a sus padres, se lanzó a una diatriba acerca de lo difícil que era elegir cintas para el pelo que no desentonasen con su ropa con un catálogo tan limitado como el de Simla.

Emily le lanzó una mirada de disculpa, pero Leo se esmeró en seguir la conversación mientras accedían al salón, aunque sus comentarios sobre la armonía de colores en tríada equidistante del círculo cromático y su utilidad para combinar cintas y vestidos no recibieron respuesta alguna. La estancia estaba iluminada por decenas de velas, y la mayor parte de los invitados ya se encontraba allí, a juzgar por el poco espacio que quedaba libre entre muselinas, encajes y levitas.

Los señores Auburn se alejaron para saludar a sus conocidos, y Emily alargó el cuello con la elegancia que la caracterizaba para tomar nota de cada integrante de la fiesta. Algunos caballeros se acercaron a saludarlas con efusividad, aunque la mayoría parecían estar acaparados por grupos de damas con rostros sonrosados y sonrisas estudiadas. Rose chasqueó la lengua en un ruido poco femenino que intrigó a Leo.

—¿Ocurre algo?

—En realidad, no. Debí haber supuesto que «la flota pesquera» estaría aquí. Menos mal que yo ya estoy comprometida con mi querido Oswald. Nos casaremos el próximo otoño, ¿sabes?

Leo alzó las cejas sin comprender, y Emily le devolvió el gesto alzando las cejas en el mismo

ángulo.

—Leonelle, querida, eres un pozo de sabiduría, pero cuando se trata de asuntos más frívolos parece como si hubieras salido de un convento.

—A decir verdad, eso no es del todo acertado —se defendió—. Estoy igual de poco versada en teología y nunca he contemplado la vida monástica.

Rose la miró como si le hubiera salido otra cabeza, pero Emily captó la mínima curvatura en los labios de Leonelle y chocó su hombro contra el suyo, sonriendo a su vez.

—A lo que Rose se refiere es que la mayoría de las mujeres solteras que ves aquí han hecho el largo viaje desde Inglaterra hasta la India como último recurso para contraer matrimonio.

—A pescar marido —apuntilló Rose, lo que se ganó la mirada de desaprobación de su amiga.

—La expresión *pescar* resulta un tanto... desagradable —no pudo evitar murmurar Leo con una mueca.

—Es que de ahí viene lo de «flota pesquera»... ya me entiendes —continuó la joven—. Ya sea porque sus temporadas sociales fueron un fracaso o porque carecen de apellido importante, sea cual sea la razón, sus familias las embarcan con la esperanza de que, en este país, donde disponemos en abundancia de solteros adecuados, consigan contraer matrimonio. Las piezas más deseadas son oficiales y altos cargos del servicio civil indio. Aunque en muchos casos no se pueden permitir ser selectivas.

Los ojos de Leo volvieron al grupo de jóvenes por voluntad propia y un regusto ácido se le asentó en el paladar al darse cuenta de que no eran sonrisas estudiadas, sino de tensión. Una rigidez que también parecía haberse adueñado de sus cuerpos, como si pidiesen a gritos liberarse de un peso que las aplastaba.

—Debe de ser muy duro para ellas separarse así de su familia e iniciar un viaje tan largo en soledad con semejantes expectativas.

La travesía había sido agotadora para la propia Leo, y había estado arropada por sus hermanas en todo momento, sin ningún tipo de presión para realizar una boda adecuada.

—Permanecer soltera resultaría todavía peor, ¿no crees, querida? —replicó Rose.

Leo optó por responder con total sinceridad.

—Tal y como yo lo veo, es terrible entregar tu vida a un desconocido porque lo dicte la sociedad, e igual de horrible es que te critiquen por no querer o no poder hacerlo. Se exige que las mujeres nos casemos y que honremos a nuestras familias y a nuestros esposos, pero ¿qué hay del respeto hacia nosotras mismas? ¿Acaso yo merezco menos consideración porque estoy dispuesta a permanecer soltera sin sentir que pierdo mi dignidad?

Ningún sonido salió de los labios de la aludida por primera vez en largos minutos.

Un apretón en el brazo consiguió que Leo apartase la mirada del rostro perplejo de Rose.

—Te comprendo, querida —intervino Emily, con una amplia sonrisa—. Y estoy totalmente de acuerdo contigo. Yo también estoy decidida a permanecer en el digno bando de la soltería y honrarme a mí misma.

Leo no pudo ocultar la sorpresa.

—¿No deseas casarte?

—No, ¿por qué habría de obligarme a hacerlo a menos que fuera por un hombre extraordinario?

—Oh, Emily, querida, tú podrías casarte con quien te propusieras —dijo Rose con una risilla nerviosa para romper el incómodo momento. Luego miró por encima de los hombros de ambas —. Incluso podrías tener a nuestro infame caballero si así lo quisieras.

¿Se estaba refiriendo al enigmático Fitzwilliam Elwood?

—¿Ya está aquí? —se emocionó Emily.

Las tres se giraron para observar el atestado salón, en el que acababa de producirse una pequeña conmoción por la llegada de los nuevos invitados.

Capítulo 3

Leo estaba demasiado lejos de la pareja que acababa de incorporarse a la fiesta como para distinguirlos con claridad entre el nutrido número de personas que revoloteaban a su alrededor.

Un grupo de jovencitas pasó por su izquierda mientras susurraban entre ellas de forma casi histérica, y Emily las tomó a ella y a Rose de la mano para tratar de acercarse a una distancia prudente.

Consiguieron hacerse un hueco entre la gente que las situó justo en diagonal a la mujer.

Resultaba tan llamativa que despertó el interés de Leo, y no pudo evitar ponerse de puntillas para intentar observarla mejor entre las cabezas de otros invitados. Era una beldad de cabellos negros, con un vestido rojo muy ajustado en el talle. Tanto que le empujaba el busto hacia arriba, revelando una amplia porción de sus pechos y el profundo valle entre ellos. Leo nunca había visto a alguien capaz de llevar unas ropas tan atrevidas sin caer en lo escandaloso, pero ella lograba un porte regio sin esfuerzo.

—Es lady Shelton —susurró bajito Emily a su lado.

—¿La dama de la fiesta indecorosa?

—La misma. Y su acompañante —señaló con la barbilla en un movimiento discreto— no es otro que Fitzwilliam Elwood. Lord Bancroft.

«Lord Bancroft».

Al escuchar por primera vez el título que acompañaba al nombre de Fitzwilliam Elwood, Leo notó un estremecimiento que le recorrió la espalda. Giró la cabeza hacia la dirección que marcaba Emily, recordándose a sí misma que era una mujer sensata y no la protagonista de una novela de terror gótico. No iba a ocurrir nada más allá de fisgonear un poco a los causantes del revuelo en el salón. Justo en ese instante, como si todo estuviera orquestado por una mano invisible que se divirtiese jugando con ella, un par de invitados se apartaron y le permitieron ver a un hombre imponente que dominaba la estancia con su sola presencia. Un hombre que hizo que todo lo que había alrededor de Leonelle desapareciese por un momento. Los ruidos se amortiguaron hasta apagarse y las decenas de personas se emborronaron hasta quedar solo ellos dos.

Porque allí, en medio de una fiesta, a kilómetros de Baipur, estaba Ban.

Pero no era el brahmán que se había colado tantas veces en sus pensamientos sin permiso.

Ese hombre era un completo desconocido que llevaba prendas de la mejor calidad, como cualquier caballero salido de un salón británico. Pantalones y levita negros, un chaleco dorado y un pañuelo perfectamente almidonado y atado al cuello envolvían su alta figura, sin el menor

rastro de la tela blanca y enrollada al cuerpo que él solía llevar. Y, sin embargo, la levita se ajustaba a unos hombros anchos que le eran familiares... El cabello negro, muy corto y repeinado hacia atrás, era el de un dandi y, aun así, Leo conocía cada uno de sus reflejos azulados como el ala de un cuervo. El color canela de su piel, una piel que había sentido contra la suya, ahora solo era visible en su rostro. Sus facciones estaban libres de pintura, pero eran inconfundibles para ella. Y, al elevar la vista, encontró esos ojos, verdes y arcanos, que reconocería en cualquier lugar del mundo. Unos ojos que estaban fijos en lady Shelton.

¿Qué estaba ocurriendo?

Las piernas de Leo, presas de un ligero temblor, se movieron por voluntad propia hacia él.

—Leonelle, ¿se puede saber qué haces? —le susurró Emily, a la vez que enlazaba su brazo con el suyo para no llamar la atención.

La voz de su amiga la devolvió al aquí y ahora con la potencia de un golpe. En realidad, no tenía ni idea de lo que estaba haciendo, y eso no era algo a lo que Leonelle Ingram estuviera acostumbrada.

«Piensa, Leonelle, piensa».

Tenía que retomar la conversación.

—Lo cierto es que... creo haber visto a lord Bancroft en algún momento desde mi llegada a la India.

No le estaba mintiendo a Emily, solo prefería omitir que, por aquel entonces, no se había tratado de un noble británico, sino de un ciudadano hindú.

Su amiga la miró con asombro revestido de sospecha.

—Oh, entonces, ¿ya habéis sido presentados? —casi chilló Rose.

¿Cómo podía haberse olvidado de Rose?

—No de manera formal —le pareció la respuesta más segura mientras lanzaba miradas de reojo por si Ban, o lord Bancroft, o quien quiera que fuese ese hombre, volvía a desaparecer como un espejismo.

Todo este tiempo, había tenido razón en cuanto a su duplicidad. Solo que sus suposiciones se habían quedado absurdamente cortas. No podía volver a la velada como si nada hubiera sucedido. No sin antes tratar de hablar con él.

Solo veía dos opciones. O lanzar la cautela al aire y actuar, o arriesgarse a esperar el momento idóneo para aproximarse a Ban, si es que ese momento llegaba.

—Por eso será mejor que me acerque yo sola a saludar —anunció con toda la desenvoltura que pudo, segura de que el latido acelerado de su corazón podría escucharse hasta en las montañas de los alrededores.

—Desde luego que no —intervino Rose de nuevo, para su pesar—. Eres una dama soltera, y tú misma acabas de decir que no has sido presentada formalmente. No puedes acercarte a lord Bancroft sin más.

Emily dudó un momento, escrutó su rostro y debió de leer algo que la hizo girarse hacia su amiga.

—Rose, querida, ¿podrías ir en busca del señor Paxton?

—¿Mi Oswald?

—Sí, tu Oswald. Él conoce a lord Bancroft, si no me equivoco.

Rose parpadeó un par de veces y sus grandes ojos marrones le dieron el aspecto de un búho extraviado.

—Bueno, sí, pero...

—Excelente, imagina la conversación tan interesante que surgirá cuando nos reunamos todos.

Aquello pareció convencer a la joven.

—Desde luego que sí, estará en alguna de las mesas de *whist*. Regresaré en un visto y no visto.

En un instante, ya se había escabullido entre la multitud, y Leo le dedicó un gesto agradecido a Emily.

—Leonelle. —El rostro siempre sonriente de Emily estaba muy serio—. Esperaré hasta que quieras contarme qué sucede, pero, por el tiempo que he pasado contigo, sé que es importante, así que permíteme darte un consejo. En nuestra sociedad, el mejor modo de que una mujer logre lo que quiere es ocultando las faltas que comete para conseguirlo bajo la discreción más absoluta. —Guardó silencio unos instantes—. A no ser que no te importe que circulen rumores sobre ti. Como ocurre con lady Shelton.

Un suave respingo escapó de los labios de Leo.

—¿Qué clase de rumores circulan sobre ella?

—Se dice, por ejemplo, que aprovecha la ausencia de su marido para coleccionar admiradores y, como verás, la mayoría de los caballeros no pueden quitarle los ojos de encima.

—¿Acepta que la cortejen estando casada? —exhaló Leo, en parte fascinada y en parte ruborizada.

—No solo eso, querida. —Rose regresó justo a tiempo para intervenir en el final de la conversación con un cuchicheo—: Por lo visto, lord Bancroft es su último amante.

La información cayó de manera tan inesperada y aplastante como un certero mazazo. Que Ban, que ese extraño que no era Ban, fuera el amante de esa hermosa mujer le produjo un agudo pinchazo entre las costillas que se sumó a sus rodillas todavía un poco temblorosas. Y eso sin contar la parte de su cerebro que aún intentaba asimilar que Ban se encontrase en Simla.

Enseguida se aproximaron dos hombres. Uno era moreno, de hombros anchos e indudable apostura; el otro era más alto, rubio y desgarbado.

Primero habló el alto, cuyos cabellos claros estaban empezando a ralear en las sienes.

—Ya estamos aquí, mi rosa perfumada. Corres como un cervatillo y nos ha costado seguirte. —Su voz gangosa se dirigía a Rose, por lo que no podía ser otro que su prometido. Se colocó al lado de la joven antes de inclinarse en una torpe reverencia hacia Emily—. Señorita Campbell, qué inmenso placer el que se encuentre usted de nuevo en Simla. Creo que ya conoce a mi fiel camarada, sir Richard Milton.

Emily elaboró una elegante reverencia y el hombre moreno dio un paso adelante, los labios curvados en una bonita sonrisa.

Rose no perdió la oportunidad de meter baza y se inclinó sobre el oído de Leonelle.

—Sir Richard es baronet, ¿sabes? Muy apuesto, sin duda. Aunque no tanto como mi Oswald.

Luego le dio un empujoncito para introducirla en la especie de círculo que habían formado.

—Caballeros, permitidme que os presente a la señorita Leonelle Ingram. Su cuñado es el actual gobernador de Merala. Leonelle, ellos son el señor Oswald Paxton, mi prometido, y sir Richard Milton.

Leo devolvió los saludos y reverencias con movimientos mecánicos, rígidos, sin dejar de pensar en el hombre que tenía a su espalda.

—Mi flor de invernadero me ha dicho que sus intrépidas amigas querían intercambiar unas palabras con lord Bancroft.

El señor Paxton pronunció esas palabras mientras daba unas palmaditas en la mano de la mujer con la que iba a casarse, como si fuera una niña caprichosa a la que tenía que contentar.

—Y, al escuchar sus intenciones —intervino Sir Richard—, no he podido evitar erigirme como su entregado protector, señoritas.

Su tono era alegre y su gracia fue recibida con risas por todos, excepto por Leonelle.

Desde que Emily pronunciara el nombre de lord Bancroft, Leo no había hecho más que escuchar palabras negativas y rumores escabrosos sobre él. ¿Ese hombre era el mismo brahmán que había conocido en Baipur? ¿El amigo de Jason? Y, sobre todo, ¿el hombre que la había besado y había visto hasta lo más profundo de ella?

Necesitaba respuestas. De inmediato.

Se ajustó las gafas con la impaciencia pintada en sus rasgos y se saltó los convencionalismos previos.

—¿Nos acercamos entonces, caballeros?

El señor Paxton la observó como si fuera un extraño espécimen que hubiera salido de debajo de alguna piedra, una sensación bastante conocida.

—Supongo que sí —respondió el hombre, reticente, y se encaminó con aires de importancia hacia la formidable pareja que hacían lady Shelton y lord Bancroft. Se giró un último instante y agregó—: No todos los días se puede hablar con un conde, al fin y al cabo.

¿Ban, un conde? ¿Qué absoluto despropósito era aquel?

Cuando llegaron a su altura, Ban estaba casi de espaldas a ellos, y el señor Paxton saludó con brevedad a lady Shelton para, después, emitir una odiosa tosecilla que logró el objetivo de captar la atención del noble.

—Milord.

Cuando su alta figura se volvió hacia ellos, Leo sintió otro vuelco en el pecho y apretó los puños de forma inconsciente. Pero Ban no le dedicó ni una mirada.

—Soy Oswald Paxton, milord. Espero que nos recuerde a sir Richard Milton y a mí del pasado partido de críquet que auspiciaron los McAllister. —Recibió un cabeceo aburrido por toda respuesta, pero Leo, que habría jurado tener el estómago hecho un nudo si no fuera contra las leyes de la ciencia, tuvo que reconocer que eso no amilanó al señor Paxton. Emitió otra tosecilla y continuó—: Le ruego que me conceda el honor de presentarle a mi prometida, la señorita Rose Auburn, y a las señoritas Emily Campbell y Leonelle Ingram.

Cuando el señor Paxton pronunció su nombre, Leo contuvo la respiración, a la espera de cualquier gesto, una mínima señal de reconocimiento. Pero no obtuvo ni un parpadeo de ese desconocido que se alzaba ante ella, solo una inclinación desganada que las incluía a las tres.

—Tengo entendido que, eh, la señorita Ingram y usted han coincidido en alguna que otra ocasión, lord Bancroft.

La frente de Oswald Paxton se había cubierto de una fina película de sudor.

—Coincido con una inmensa cantidad de gente, Paxton. —Cuando Ban habló por primera vez, Leo sintió retumbar por todo su cuerpo el timbre ronco de su voz, pero ya no tenía ese acento exótico y cálido como la propia India, sino que pronunciaba las palabras con una dicción perfecta y controlada, arrogante—. Eso no significa que recuerde a todos ellos.

Leonelle contaba con que se mostrase evasivo, ¿qué otra cosa cabría esperar de alguien que se había transformado en otra persona? Pero acababa de despacharla con absoluta descortesía y eso consiguió sacarla un poco del estupor en el que se encontraba. Cuadró los hombros y echó el cuerpo hacia delante, dispuesta a encararse con él como lo había hecho en el pasado.

—Cuesta imaginar que posea una memoria frágil...

«Ban». Las sílabas habían comenzado a dibujarse en sus labios, pero se frenó a tiempo.

Cuando, por fin, todo el peso de su mirada cayó sobre ella, la frialdad que despedían esas profundidades verdes bastó para clavarla en el sitio.

Ese no era el Ban que ella conocía, no era el hombre directo, cálido, cuyos ojos quemaban.

Sir Richard se acercó un poco a ella.

—Aunque nadie haya pedido mi opinión, permítanme decirles que mi primera impresión de la señorita Ingram será gratamente inolvidable.

Oh, por el amor de Dios. Tal y como había prometido antes, sir Richard parecía haberse designado a sí mismo el defensor de Emily, Rose y de ella misma.

—Con qué compañías tan... interesantes te mezclas ahora, Bancroft. —La cabeza oscura de lady Shelton asomó tras el hombro izquierdo de Ban. Se aferró a su brazo con gesto posesivo y esbozó una sonrisa de superioridad al mirarlas—. He de decir, sin embargo, que las jóvenes de hoy en día apuntan un poco alto con sus anzuelos.

Emily y Rose, que habían permanecido mudas durante el intercambio, soltaron una pequeña exclamación ante la alusión a la flota pesquera lanzada para humillarlas, y Leo, simplemente, reaccionó.

—Yo tampoco estoy segura de que sea un placer conocerla, lady Shelton, si es a eso a lo que se refiere.

—Cuánta insolencia.

El rostro de lady Shelton se contrajo en una mueca de furia, la tosecilla del señor Paxton se volvió más aguda y Emily parecía estar a punto de tener que abanicar a Rose, de lo pálida que se había quedado. Los únicos que se mantenían impasibles, evaluándose, era Ban y sir Richard.

Como si los músicos hubiesen presentido que la tensión estaba llegando al límite, comenzó a sonar una alegre contradanza.

—Señoritas, caballeros —intervino Ban con tono hastiado—, les aconsejo que aprovechen mejor su tiempo y lo empleen en la excelente música.

Lady Shelton pareció apretar un poco más el brazo de Ban y, segundos después, obligarse a relajar el agarre.

—Tienes toda la razón, querido, como siempre.

Antes de que Leonelle pudiera hacer otra cosa más que granjearse la antipatía de lady Shelton, la dama tiró de Ban hasta la pista de baile y sir Richard se inclinó en una reverencia ante ella.

—¿Me concede este baile, señorita Ingram?

La joven se quedó inmóvil por segunda vez aquella noche. Nada estaba saliendo como había previsto. Ella estaba familiarizada con las sillas junto a las paredes del salón, no con el centro de la pista de baile, pero estaba en Simla, en el círculo de confianza de Emily y, sobre todo, no deseaba perder de vista a Ban.

—Mi conciencia me impide ocultarle que soy una pareja terrible, pero... si a usted le parece bien, sir Richard, aceptaré encantada.

Él solo sonrió, así que tomó la mano extendida del baronet y este la llevó junto al resto de bailarines mientras la mente de Leo zumbaba como si contuviese un avispero en su interior.

¿Qué, en nombre de todos los dramaturgos griegos, tramaba ese hombre? ¿Era brahmán o conde? Sabía que escondía muchas incógnitas, pero ni en sus hipótesis más disparatadas había contemplado una situación semejante.

La tercera vez que Leonelle pisó a sir Richard no se disculpó porque ni siquiera se dio cuenta, estaba ocupada observando al hombre alto y moreno que destacaba sin esfuerzo entre los invitados mientras se deslizaba con discreción por una puerta lateral con lady Shelton.

Ban había rehuido a Leonelle con total y desdeñosa deliberación esa noche, pero si pensaba que la pobre excusa del baile la detendría y que no iba a seguirlo para obtener respuestas, cometía un tremendo error al subestimarla.

Capítulo 4

Fitzwilliam Elwood, lord Bancroft, irrumpió en la sala de música de los Gorton con las mandíbulas tan apretadas que amenazaban con romperse de un momento a otro. Cada músculo de su cuerpo estaba en tensión. Se pasó la mano por los cortos mechones de cabello, a los que todavía no se había acostumbrado, y maldijo en silencio al destino que lo había traído hasta Simla. Más bien, al que había conducido a Leonelle Ingram a ese condenado lugar.

¿Por qué estaba allí? ¿Por qué no se encontraba en Baipur con su familia? Estaba seguro de que no había venido con Jason Warwick; el gobernador —su amigo— le habría avisado.

Nada más llegar a la fiesta de los Gorton, había dejado que su vista vagara con desgana por el salón de los anfitriones, hasta que un destello áureo había captado toda su atención. De pronto, se encontró mirando embobado la melena leonada de Leonelle, y todo su mundo se había reducido a esos ojos ámbar, un poco rasgados en los laterales para acentuar su apariencia felina. Unos ojos que se perfilaban tras los cristales de unas gafas que había ansiado arrancarle más de una vez para contemplarlos a su antojo.

¿Había pensado tanto en ella en los últimos tiempos que la había atraído hasta Simla?

Durante unos segundos, imprudentes e incontrolables, había querido tocarla, rozar la suavidad de su piel para confirmar que era real. Y eso era peligroso. Para ambos.

No iba a dejarse llevar por sus sentimientos. Jamás volvería a suceder. Y jamás dejaría de pagar el error que cometió al permitírselo una única vez.

No podía confiar en nadie. Y menos en Leonelle Ingram. Por mucho que hubiera saboreado todas y cada una de sus confrontaciones en Baipur, sabía que ella era demasiado perspicaz para su propio bien y que se bastaría sola para desbaratar todos los avances que había conseguido con tantísimo esfuerzo... Si se lo consentía. Y no pensaba hacerlo, por difícil que fuera aparentar una indiferencia hacia Leonelle que distaba mucho de sentir.

Se obligó a relajarse, giró la cabeza y se inclinó para permitir que lady Shelton lo besara en los labios.

Para cuando sonó la última nota de la contradanza, Leonelle albergaba serias dudas de que el caballeroso sir Richard pudiera superar la leve cojera que le había producido el último e involuntario asalto del pie de Leo a su dedo meñique. Al menos, por esa noche. Pese a las protestas del baronet, Leo lo acompañó hasta una de las sillas de las matronas y aprovechó para escabullirse con la excusa de ir a buscar algo de beber. Aunque tal vez, solo quizá, Leo había

empleado un poco más de fuerza de la necesaria en el pisotón con la esperanza de obtener ese resultado. La pequeña, eh, indisposición de sir Richard le daba algo de tiempo a solas. No podía tardar demasiado antes de que Emily se preguntase dónde se había metido, así que se coló en las dependencias privadas de los Gorton por la misma puerta por la que había desaparecido Ban. Para cuando quedó fuera de la vista de los invitados, Leonelle era un manojo de nervios. Estaba cometiendo una actividad que rozaba lo ilícito por primera vez y, lo que más le preocupaba, era muy probable que encontrase a Ban y a lady Shelton en una situación comprometida. Sin embargo, siguió adelante.

—Contrólate, Leonelle. —Apenas articuló mientras avanzaba por un pasillo bastante iluminado.

Las dos primeras puertas no dieron resultado, pero, al llegar a la tercera, que estaba entreabierta, redujo el paso cuando unos susurros velados flotaron hasta sus oídos. Si estaban manteniendo una conversación, no sería tan terrible interrumpir, ¿verdad?

Colocó las yemas de los dedos en la hoja y empujó con suavidad.

Solo entonces se dio cuenta de que los susurros se habían detenido. Y ella no podía hacer otra cosa más que mirar, mirar y mirar. Y sentirse como una completa idiota.

Ban estaba de pie, frente a la puerta, con la levita desaliñada y el pañuelo tirado de cualquier forma en el suelo. La camisa y el chaleco estaban desabotonados hasta la mitad del pecho, y lady Shelton tenía las manos ocultas bajo la tela, acariciándolo, mientras depositaba besos en su cuello.

Leo notó que se le oprimía la garganta hasta dolerle y se aferró al marco de la puerta mientras parpadeaba con furia para no darle ni un milímetro de espacio a las lágrimas, sin querer rendirse aún.

Cuando su vista se aclaró un poco, sin embargo, la situación solo había ido a peor. Ban sujetaba la cabeza de lady Shelton contra su piel con una mano y con la otra le acariciaba la espalda a la vez que iba desabotonando corchetes... sin apartar sus ojos verdes de los de Leonelle. Desafiándola a entrar allí.

Fue demasiado para ella. Giró sobre sí misma y se apoyó contra la pared del pasillo para sostenerse, fuera del alcance de esa mirada hiriente.

—¿A dónde vas, querido?

La pregunta, hecha por lady Shelton, provocó que la espalda de Leo se pusiera recta y tirante como la cuerda de un arco.

—Voy a salir un momento. Me ha parecido oír un ruido.

—Será alguno de los invitados de la fiesta.

—Creo que se trata de un animal. No sería la primera vez que una fierecilla salvaje se cuela en una casa en este remoto lugar.

Leonelle se crispó por el insulto.

—¡Oh, está bien! Ve a buscar a algún criado. Pero cierra al salir. No quiero que se meta aquí.

Leo se separó de la pared como un resorte y se aferró a las faldas amarillas para darse fuerza y detener su temblor. No le daría la satisfacción de verla así de afectada. Inspiró hondo y se irguió en toda su estatura para hacerle frente una vez más, pero cuando apenas había atisbado su alta figura salir al pasillo poco iluminado, Ban la tomó de la mano y tiró de ella para meterla en uno de los cuartos vacíos que había visto antes.

La joven se soltó de su agarre igual que si le quemase y puso toda la distancia que pudo entre los dos, hasta llegar junto a una ventana que permanecía abierta a la noche.

—¿Se atreve a tocarme? —¿Cómo mostraba tal desfachatez después de lo que acababa de presenciar? Un músculo se marcó en la mandíbula masculina, pero no respondió mientras entornaba la puerta—. ¿Es que no le avergüenza comportarse como un... puerco? —escupió entre los dientes apretados.

Él solo se encogió de hombros.

—Me han llamado cosas mucho peores, señorita Ingram.

La estaba haciendo experimentar tal frustración, tal revoltijo de emociones que era imposible hablar con la calma que hubiera querido.

—Entiendo, ¿entonces qué le parece embustero? ¿Mentiroso? ¿Cómo se atrevió a aparecer en Baipur disfrazado de brahm...?

Leonelle no consiguió terminar la acusación porque Ban cruzó la estancia en dos zancadas y la levantó sin esfuerzo de la cintura para sentarla en el alféizar de la ventana. Las gafas de Leo quedaron descolocadas; y sus rostros, muy juntos e iluminados por la luna.

—Cuidado —murmuró Ban, aunque su voz pareció restallar como un látigo, y sus brazos todavía la rodeaban con fuerza.

Leo estaba atrapada entre su cuerpo y el vacío, y por un momento sintió pánico, pero algo en su interior, algo más allá de la rabia que sentía contra él en esos momentos, sabía que jamás la dejaría caer.

Ban continuó hablando en voz baja y amenazadora.

—Solo diré esto una vez: olvide que cree conocerme y no se acerque a mí mientras permanezca en Simla. Negaré cualquier relación con usted o con sus allegados. Mi apellido bastará para que crean todo lo que yo diga. Todo, señorita Ingram, incluso cualquier comentario desagradable sobre su persona. Y, en caso de que aún no se sienta disuadida —hizo más presión sobre su cintura—, solo me queda advertirle que vivo en un mundo cruel y que saldrá herida si intenta traspasar sus límites.

—¿Acaso no es el mismo mundo que Ban insistió en que viviera?

Leo deseó poder retirar sus palabras de inmediato, porque la dejaban expuesta y vulnerable ante él.

Aguardó a que se burlase, a que volviera a tratar de intimidarla. Lo que hizo, en cambio, fue soltarla con lentitud y colocarle las gafas con mucho cuidado. Los nudillos masculinos le rozaron un pómulo, casi como una caricia, y se giró para marcharse.

Al llegar al vano de la puerta, no se volvió hacia ella para responder.

—No lo es, señorita Ingram. Este mundo no es para usted —repitió—. El hombre que pronunció esas palabras se equivocaba.Leonelle no tenía una idea clara de cómo había llegado hasta Emily y habían regresado a casa la noche de la fiesta de los Gorton. Todo había sido demasiado rápido. Demasiado inesperado. Demasiado intenso. Por eso, dedicó los dos días siguientes al encuentro con Ban —¿o lord Bancroft? Ya no sabía ni cómo referirse a él—, a intentar desenredar la maraña en la que se habían convertido sus pensamientos. Tras discutir largo y tendido consigo misma, había concluido que no pondría sobre aviso ni a Cam ni a Jason, al menos por el momento. Lo único que conseguiría sería alarmarlos mientras ellos se encontraban lejos y con sus propias preocupaciones y, sobre todo, la instarían a regresar a Baipur de inmediato cuando ella todavía no tenía ninguna intención de marcharse. No solo supondría renunciar a su libro de viajes tal y como lo había imaginado y perder parte de su trabajo; lo cierto era que no iba a

alejarse hasta descubrir lo que Ban escondía con tanta ferocidad.

¿Y si esa situación tan complicada podía afectar a su familia después de lo mucho que habían sufrido en esos últimos meses?

¿Y si el propio Ban corría un riesgo inminente? Aunque el conde parecía sentirse bastante seguro en brazos de lady Shelton, más que cuando el brahmán la tuvo a *ella* entre sus brazos en Baipur.

—... antes de que lleguen las lluvias. —La voz de Emily la sobresaltó—. ¿Me estás escuchando, Leonelle?

—Discúlpame. ¿Podrías repetirlo?

Se encontraban en Lower Bazar, contemplando baratijas y piedras preciosas mezcladas sin ton ni son, y puestos de ídolos de madera repletos de brazos, cuya carne estaba pintada de rojo o de azul para complacer a los dioses.

—Estaba diciendo que, puesto que quieres visitar el monte Jacko y el valle de Annadale, deberíamos organizar una excursión antes de que lleguen las lluvias.

—Lluvias. Desde luego. —Cabeceó—. No queremos lluvias.

Lamentaba de verdad estar tan distraída, pero pensó que lo extraño sería no estarlo, dadas las circunstancias.

Entonces se decidió a hacer algo que daba vueltas en su cabeza desde que salió con Emily de Campbell Cottage. Se giró hacia su amiga.

—Emily, ¿podría preguntarte algo?

La aludida también se volvió hacia ella y asintió.

—Por supuesto, querida, adelante.

—¿Qué sabes de lord Bancroft? Quiero decir, además de su perjudicada reputación. ¿Tienes idea de quién es su familia? O de si... lleva mucho tiempo en este país.

Leo contuvo un poco la respiración, sin ser muy consciente de ello. Pendiente de cada sílaba que pronunciaría Emily. La joven pareció meditar unos instantes la respuesta, con los dedos apoyados con cuidado en la mejilla.

—En Delhi escuché que acababa de llegar a la India tras estar varios años recorriendo Europa. Lo cual envidio muchísimo —apostilló con un suspiro—. Tía Heather dice que el condado de Bancroft es bastante rico y que el conde posee una propiedad muy extensa en Northumberland donde vive su abuela, retirada de la sociedad desde hace muchos años.

Leonelle reflexionó sobre las palabras de Emily. Resultaba muy plausible que nunca hubiera escuchado nada del conde de Bancroft en los salones de Londres porque llevaba mucho tiempo alejado de ellos, en Europa; y su abuela había sido casi igual de inaccesible ya que Northumberland se encontraba al norte de Inglaterra, en la frontera con Escocia.

Lo que la llevaba de vuelta a su primer dilema. ¿Qué hacía en Baipur actuando como un brahmán unos meses atrás? ¿Cuál de los dos era real?

La expresión de Emily se volvió más cauta al continuar.

—En cuanto al resto de sus familiares... Por lo visto, el antiguo conde, el padre de lord Bancroft, recorrió durante años el Indostán. Se lo vio en compañía de muchas mujeres, tanto británicas como... —llegada a ese punto, vaciló— nativas. Pero jamás presentó a ninguna como lady Bancroft.

Leo se ajustó las gafas con desazón, sin estar segura de cómo abordar una de las delicadas cuestiones que se extraían del comentario de Emily, más bien en busca de una confirmación de algo que a ella le resultaba bastante obvio.

—Entonces, lord Bancroft podría tener sangre india, ¿verdad?

Emily se encogió de hombros.

—Jamás se ha pronunciado al respecto de ese rumor, querida, ni para confirmar ni para negar nada. Y apenas se sabe nada sobre su infancia. Lord Bancroft es muy hermético.

«Hermético. Si tú supieras cuánto...».

Emily y ella anduvieron un poco más en silencio, cada una sumida en sus pensamientos, hasta que Leo escuchó el nombre de Bancroft y se detuvo para intentar captar algo de la conversación. Ban parecía ser el centro de habladurías de toda Simla, y, en apenas cuarenta y ocho horas, ya había escuchado cinco versiones diferentes sobre cómo el «incorregible truhan» había perdido el pañuelo en casa de los Gorton.

Se acercó al grupo de hombres ingleses con la excusa de mirar unos chales que ondeaban en un puesto cercano.

—Te digo que es verdad —afirmaba uno de ellos, enfadado.

—Y yo te digo que no es posible —refutó sus palabras otro, mientras se mesaba el bigote.

—Todos hemos visto los círculos en los que se mueve. No me parece tan descabellado —intervino un tercero.

—De moverse en esos círculos a ser propietario dista un trecho enorme, caballeros —volvió a interceder el del bigote.

El intercambio continuó y Leo se obligó a ser paciente. Solo un poco más. Porque, al final, llegarían al fondo del asunto. Su comportamiento dejaba claro que pretendían ser oídos. Que el rumor se extendiera.

—Bueno, el conde ya es bastante rico, pero si decide hacerse con un almacén de opio en Patna se convertirá en el nuevo rey Midas.

Leo agarró con tanta fuerza el chal que los nudillos se le pusieron blancos.

¿Ese era el peligroso mundo al que se refería? ¿Invertir en algo tan destructivo como el opio? Se negaba a creerlo.

—Leonelle, querida. ¿Me dirás qué es ese hombre para ti?

Emily le presionó dedos con suavidad para que soltase la tela y la miró a los ojos.

Leo fue incapaz de sostenerle la mirada.

—Yo... no puedo. Lo siento, Emily, todavía no puedo. Creo que ni yo misma lo sé. —Luego alzó la cabeza—. ¿Me odiarías si te preguntase cuál será el próximo evento al que acudirá lord Bancroft?

La risa cristalina de Emily la hizo sentir un poco mejor.

Capítulo 5

La celebración en casa de los Lansdowne no estaba transcurriendo como Leo esperaba. Sir Richard no se apartaba de su lado, como una sombra, y ella quería darse de cabezazos contra la pared. El accidentado baile en el que casi pierde el meñique no había disuadido al baronet de continuar con su noble hazaña de velar por las dos damas que el señor Paxton le había presentado junto a su prometida. Solo que esas dos damas se habían reducido a una, porque Emily, con su inagotable don de gentes, había tenido el tino de escabullirse entre los invitados nada más llegar. Leonelle, con su ilimitada falta de habilidades sociales, se había quedado quieta sin saber qué hacer más allá de alisar la tela de su vestido en tono melocotón. No es que las atenciones del baronet fueran indeseadas, es que no sabía cómo responder a ellas y la estaban poniendo nerviosa, así como los dardos helados que Ban lanzaba por los ojos cuando la miraba desde la otra punta del salón. A veces la contemplaba sobre el borde del vaso de lo que quiera que estuviera bebiendo y, también, cuando le hablaba a lady Shelton al oído, quien llevaba uno de esos llamativos vestidos que delineaban cada una de sus curvas. Y Leonelle prefería enumerar en silencio todos los minerales, rocas y gemas que podía recordar en lugar de calcular lo cerca que estaban el uno del otro.

—¿Le gustaría dar un paseo conmigo, señorita Ingram?

El rostro afable y apuesto de sir Richard apareció en su campo de visión, y Leo decidió que era el momento de intentar darle esquinazo. Lesionarlo de nuevo quedaba absolutamente descartado, así que compuso su mejor sonrisa y negó levemente con la cabeza.

—Se lo agradezco, sir Richard, pero será mejor que vaya a buscar a Emily. Hace mucho rato que no la veo.

—Permítame que la acompañe, entonces.

Leo luchó con todas sus fuerzas por reprimir un suspiro y comenzó a caminar con el baronet pegado a su espalda.

No se fijó en el camino que tomaba, hasta que casi se dio de bruces con lady Shelton.

Ban no se encontraba muy lejos de ellas.

Más tarde tendría unas palabras con su subconsciente, porque no era apropiado llevarla irremediablemente a lo que quería sin pensar en las consecuencias.

Lady Shelton la contempló con abierto desdén.

—Las veladas en Simla cada vez dejan más que desear. Enseguida se vuelven aburridas y están plagadas de insectos.

La dama fingió que se apartaba algo molesto de la cara con un elegante giro de muñeca sin

dejar de mirarla.

Si esperaba que Leonelle hiciera una escena ante su provocación, lamentaba decepcionarla.

—La entomología es una rama muy interesante de la ciencia, lady Shelton —respondió, afable, tras ajustarse las gafas—. Podemos aprender mucho de los insectos.

Una de las oscuras cejas de lady Shelton se arqueó hacia arriba.

—Oh, le ruego encarecidamente que me diga qué podemos aprender de sus amigos los insectos.

—¿Sabía usted que muchos de ellos viven en sociedades cooperativas que no distan mucho de las humanas excepto por su falta de crueldad? ¿O que hay ciertos... olores corporales por los que se sienten especialmente atraídos?

Los ojos de la mujer se abrieron mucho al principio, luego se convirtieron en dos rendijas y sus mejillas se oscurecieron.

—Pequeña marisabid...

La figura imponente de Ban se interpuso entre ambas.

—Sin duda, cualquiera que disponga de ojos, boca o nariz se sentiría atraído por los muchos encantos de lady Shelton.

Leonelle tuvo que echar la cabeza hacia atrás para mirarlo.

—Sus halagos desbordan originalidad, lord Bancroft. —Llamarlo a la cara por ese nombre desconocido por primera vez le dejó un regusto tan amargo como las palabras que había pronunciado el conde en favor de lady Shelton.

—Y su lengua desborda actividad, señorita Ingram.

Sus ojos verdes brillaban a modo de advertencia.

Lady Shelton no se molestó en ocultar la enorme sonrisa satisfecha que se había acomodado en sus bellas facciones desde que Ban saliera en su defensa.

Sir Richard parecía un convidado de piedra en medio de aquel tenso triángulo.

La sonrisa de la dama se tornó burlona antes de hablar.

—Querida señorita Ingram, me atrevería a decir que su irritada reacción parece la de una joven que se cree enamorada de lord Bancroft. No sería la primera, aunque le auguro que ese camino le traerá muchos sinsabores.

Leo trató de ocultar su sobresalto y vio que Ban apretaba las mandíbulas con fuerza.

—Se equivoca, lady Shelton —atinó a responder.

No. Fuera lo que fuese lo que Ban había encendido hacía meses dentro de Leonelle y que ella intentaba apagar, era solo suyo. Lady Shelton no tenía derecho a tratar de hurgar en su interior.

—Ya veo... ¿Acaso lord Bancroft no cumple con sus ideales masculinos? En ese caso, considero que es demasiado exigente, querida, porque, si le soy sincera, a mí me parece el caballero más apuesto de esta fiesta. —Lady Shelton lanzó una mirada posesiva sin pudor alguno al hombre que se encontraba a su lado, como si marcase su terreno—. En cambio, usted... Me permitirá recomendarle, con la mejor de las intenciones, que no lleve esas gafas la próxima vez que acuda a un lugar público, señorita Ingram. Una dama debe mostrar siempre su mejor perfil y ese cachivache, definitivamente, lo arruina.

Movió la cabeza en un teatral gesto de pena, pero Leo casi no sintió el menosprecio con el que iba envuelta la punta de ese dardo. Casi.

—Le agradezco su preocupación y tomaré su consejo por lo que vale, milady. —Se recolocó las gafas a propósito—. Por suerte, no me considero una mujer tan vanidosa como para anteponer el presentar un aspecto que satisfaga las miradas masculinas a caminar ciega como un

topo.

Le pareció que el cuerpo de sir Richard se sacudía, como si contuviera una carcajada, mientras que Ban la atravesaba con sus iris verdes. Pero el ataque aún no había acabado.

—Si no le interesa regalar su mejor aspecto a las atentas miradas masculinas, quizá se trata de... —En este punto la boca teñida con un sutil carmín formó una «o» en fingida sorpresa—. ¿Acaso es usted una de esas personas demasiado pragmáticas como para creer en sentimientos amorosos?

Leo no quería entrar en el juego de lady Shelton y, aun así, no estaba dispuesta a dejarla ganar.

—Yo no he dicho tal cosa, lady Shelton. De hecho, mi hermana, Carmentia Warwick, está profundamente enamorada de su esposo, y tengo la certeza de que Jason corresponde a su amor con igual intensidad.

El siguiente asalto vino de un flanco inesperado.

—Puede engañarse a sí misma, señorita Ingram. —La voz profunda de Ban seguía siendo átona, sin ninguna emoción—. Pero la unión entre un hombre y una mujer no contiene más que un poco de atracción y mucha conveniencia.

¿Eso pensaba de Carmentia y Jason? Leo llevaba demasiados años siendo juzgada como para no haber aprendido a encajar los puñetazos, pero ese golpe bajo a gente que quería le hizo daño. No consentiría que lo que compartían Cam y su esposo fuese descrito como algo egoísta y frío.

—¿Cómo se atreve a decir eso? Es deplorable por su parte hablar así cuando... —Frenó la acusación tan en seco que sintió cómo las palabras chocaban contra sus dientes apretados. «Los conoces. Conoces a Cam y a Jason, y lo que has dicho es una traición a la confianza que te han entregado». Por suerte, recuperó lo bastante el sentido común como para no exponer la relación entre su hermana, su cuñado y Ban. Intentó buscar algo que tuviera un mínimo de sentido para, al menos, terminar la frase—: Cuando usted vive en la India, un país que tiene uno de los mayores templos dedicados al amor.

Las mejillas se le empezaron a enrojecer.

—¿A qué se refiere? —intervino lady Shelton. Parecía estar disfrutando en grande con su azoramiento.

Leo irguió un poco la cabeza. Defendería su posición hasta el final.

—Al Taj Mahal, por supuesto.

—Por supuesto —casi ronroneó ella.

—Fue construido por el emperador Shah Jahan para su esposa, Mumtaz Mahal, cuando ella murió, desolado por su pérdida. La amaba muchísimo.

¿Quién podría refutar eso?

—En realidad, fue para una de sus numerosas esposas —apuntó Ban—. Me sorprende que la poligamia sea su referente, señorita Ingram. Es un dato para tener en cuenta.

—Es usted un cínico. Sabe muy bien cómo retorcer las palabras.

—Y usted es muy inexperta para su edad, querida —la atajó lady Shelton—. Aunque he de admitir que me ha sorprendido su esperanzada defensa del amor. No se aferre demasiado a la idea de alcanzar ese imposible, no quisiéramos que se hiciera daño al caer, ¿verdad, Bancroft? —dijo entrelazando su brazo con el de Ban y rozando su pecho con él. El conde no se movió ni hizo ningún gesto, y la joven empezó a sentir escozor en las esquinas de sus ojos castaños.

En ese momento, sir Richard decidió intervenir:

—La señorita Leonelle tiene un brillante futuro por delante para encontrar el amor, si así lo desea.

Leo fue consciente en un instante de que Ban se acercaba más a ella; parecía un movimiento natural, como si cambiase el peso de una pierna a otra. Pero la hizo sentir el calor que desprendía su cuerpo, y que contrastaba con el hielo de su mirada y que se convertía en escarcha sobre sir Richard.

—Bueno, creo que nos hemos puesto demasiado sentimentales. Y no hay nada más agotador que eso. —Lady Shelton bostezó con finura, pero en sus ojos se adivinaba que su venganza no había terminado y que estaba bastante molesta por la defensa del baronet.

—Hermosísimas damas, distinguidos caballeros. —La pomposa interrupción del señor Oswald Paxton, acompañada de su aguda y molesta tosecilla, causó distintos grados de irritación y alivio en el reducido grupo. Ajeno al turbulento ambiente que se respiraba, elaboró una torpe reverencia antes de concentrar su atención en Leonelle—. Señorita Ingram, me he convertido en el entregado mensajero de mi prometida y la señorita Campbell, y mi solemne empeño no ha cejado hasta dar con usted.

—¿De qué trata su mensaje, señor Paxton? —inquirió ella con amabilidad.

El hombre se llevó una mano al pecho de manera melodramática.

—Me temo que están prestas a abandonar tan sublime velada y aguardan en el *doolie* a que usted se una a ellas para retirarse.

Leo frunció el ceño, extrañada por lo abrupto de la partida.

—¿Se encuentran indispuestas?

El gesto solícito de Oswald Paxton se convirtió en uno de incómoda devastación.

—Eh... En realidad, podría decirse que sí. Desde luego. Sí.

—¿Qué ha ocurrido? —insistió Leo, ya más alarmada.

—Bueno, se trata de una indisposición de la señorita Campbell que atañe a sus, eeh... —Las gotas de sudor perlaban su amplia frente a la vez que hacía un gesto vago con la mano en dirección al suelo.

Leonelle observó con estupor las tablas enceradas, pero estas no le iban a proporcionar ninguna respuesta.

—Sus... ¿Qué, señor Paxton?

El hombre murmuró algo tan bajito que Leo no lo escuchó.

—¿Podría repetirlo más alto? —Los nervios de la joven estaban bastante crispados sin su ayuda.

—Suelas. Sus suelas.

—¡Oh! —exhaló, mucho más tranquila—. ¿Se le han desgastado las suelas de los escarpines?

No sería ni la primera ni la última dama a quien le ocurría semejante contratiempo en un baile, pero ni Emily ni Rose ni la propia Leo había tenido la precaución de llevar un segundo par.

El hombre asintió, envarado por un tema que le era ajeno y no especialmente grato.

—Demonios, Paxton. Son unos malditos zapatos, no es como si se le hubiera deshecho el corsé.

Ban no se inmutó ante las expresiones escandalizadas que siguieron a su brusca intervención, sino que siguió con la mirada anclada a la de Leonelle. La escarcha de sus ojos verdes parecía haberse derretido, y la joven sintió que, de pronto, la temperatura de la sala de baile había aumentado unos cuantos grados.

—Señorita Ingram, déjeme alejarla de comentarios inapropiados y acompañarla hasta donde se encuentran la señorita Auburn y la señorita Campbell. —Se ofreció sir Richard con su cautivadora sonrisa.

Leo ni siquiera tuvo tiempo de asentir o de aceptar el brazo alzado del baronet. Ban se interpuso con firme elegancia y le tomó la mano, para después acomodarla en su codo.

—Yo escoltaré a la señorita Ingram. En realidad, debo marcharme a atender ciertos asuntos que requieren mi presencia inmediata.

El muy sinvergüenza se inclinó hacia lady Shelton antes de besar sus dedos enguantados de una manera muy íntima, con una aturdida Leo aún prendida a su costado izquierdo.

—Pero... —Las protestas de lady Shelton y sir Richard, proferidas al mismo tiempo, quedaron ahogadas por las palabras entusiasmadas del señor Paxton.

—¡Excelente, milord! ¡Excelente! De ese modo, sir Richard y yo nos dirigiremos a las mesas de *whist* sin más dilación. —El desgarbado caballero palmeó la espalda del baronet con énfasis antes de volverse hacia Ban—. Confío a la señorita Ingram a sus excelsas manos. No podrían ser mejores, mi señor conde, son...

Ban tiró de Leo sin terminar siquiera de escuchar la diatriba de Oswald Paxton, y se abrió paso entre la multitud con tremenda facilidad.

—Alguien debería sacar de su error al señor Paxton y decirle que estoy en las peores manos —comentó Leo en tono seco a la par que intentaba ajustarse a las largas zancadas del hombre y fingía que su corazón no latía acelerado.

—Silencio, señorita Ingram. —Fue la fría réplica.

—No se atreva a seguir dándome órdenes —siseó ella.

—Su actitud es un poderoso aliciente para continuar intentándolo.

Leo no pudo contener un bufido y ambos abandonaron el salón abarrotado sin dejar de lanzarse incendiarias miradas de soslayo. Se dirigieron a la estancia que tenía la función de almacenar las ropas de los invitados durante aquella velada en busca de sus capas, y un sirviente nativo, que no debía superar los doce años a juzgar por su rostro aniñado, cuadró hombros y se preparó para atenderlos. Sus ojos, oscuros y algo adormilados, se abrieron como platos cuando Ban extrajo un mohur del bolsillo de su levita. El oro de esa moneda poco común lanzó destellos mientras volaba en el aire en dirección al niño y el conde le daba instrucciones con afectuosa eficacia.

—Descansa durante un rato desde donde puedas ver la puerta y no vuelvas a no ser que tengas que avisarnos de que alguien se acerca.

Leo sintió que se le erizaba la piel, tanto por el tono suave que había utilizado Ban con el niño y que ella no había escuchado nunca, como por lo que esas palabras implicaban. El sirviente atrapó la moneda al vuelo, y ya iba a escabullirse cuando el noble se colocó otro mohur sobre el pulgar y lo lanzó de nuevo hacia él.

—Y no digas ni una palabra a nadie.

Un cabeceo de descontrolado entusiasmo y las pestañas sospechosamente húmedas fueron lo último que Leo vio del chico antes de que este se esfumara en las sombras de la casa. Dos mohures equivalían a unas treinta rupias, una pequeña fortuna que el niño solo podría conseguir al cabo de larguísimos y extenuantes meses de trabajo, por lo que a Leo no le extrañó su reacción. Sin embargo, no pudo recrearse demasiado en la emoción del pequeño, ya que el responsable de semejante alegría había vuelto a adoptar ese aire de arrogante desprecio con el que se conducía por Simla.

Leonelle dio un paso atrás de forma instintiva, pero fue sencillo para Ban atraparla de nuevo por la muñeca y encerrarlos en el ropero. Después, el noble se apoyó sobre la madera de la puerta y se cruzó de brazos. Toda una declaración de intenciones para mostrar a Leo que no iba a

permitirle abandonar la estancia hasta que él no lo considerase oportuno. La joven aún deseaba descubrir qué tramaba, pero cada poro de su piel se revelaba ante el trato que le estaba dando.

—Me encuentro totalmente confundida, lord Bancroft. Me pareció entender que no quería que me acercase a menos de un kilómetro de su persona y ahora me fuerza a quedarme a solas con usted —lo acusó.

—Es curioso, a mí me pareció que no había comprendido mis deseos de librarme de usted tras nuestra conversación de hace unas noches. ¿O es la fatídica casualidad la que me hace verla en todas partes?

Leo sintió que sus mejillas se sonrojaban, y se colocó las gafas para darse ánimos.

—Es usted quien me acaba de arrastrar hasta aquí —repitió—. ¿Con qué propósito?

Ban descruzó los brazos y esbozó una media sonrisa que clamaba a los cuatro vientos que Leonelle estuviese alerta.

—Lo he hecho por dos motivos, señorita Ingram. En primer lugar, para que no le quede ninguna duda de que poseo el poder y los medios suficientes para hacer lo que quiera en cualquier momento que me plazca. —Avanzó hacia ella con movimientos felinos, como una oscura pantera—. Incluso si supone poner en peligro su reputación.

Leo aferró la tela de su vestido melocotón e intentó clavar los pies en el suelo, pero él invadió su espacio con esa apabullante masculinidad que la desequilibraba. El olor a sándalo la envolvió y no pudo evitar que el aire escapase de entre sus labios cuando sus cuerpos quedaron muy juntos.

—Y el segundo motivo está relacionado precisamente con su reputación... —A medida que hablaba, disminuía el volumen de su voz, hasta que sus palabras fueron más una pequeña brisa sobre el rostro de Leo que un sonido—. Durante la velada, se me ha ocurrido una manera mucho más placentera de disuadirla para que no haga preguntas cuyas respuestas no le conviene saber.

—Puede estar seguro de que no contribuiré a su retorcido placer. —Leo deseó que su réplica hubiera sido más estable.

—Pero lo cierto es que ya lo hace, señorita Ingram. Siempre lo ha hecho —continuó él con ese murmullo magnético—. Debo confesarle que fue usted quien me proporcionó la idea esta misma noche al referirse a la India como un país entregado al amor. ¿No cree que deberíamos retomar unas lecciones que quedaron pendientes entre nosotros?

Leo ahogó un gemido cuando su pregunta la retrotrajo por milésima vez a Baipur, a los brazos de Ban cuando actuaba como un brahmán dispuesto a atormentar su mente y su cuerpo con abrazos y promesas de besos. Y de conocimientos prohibidos.

—Recuerdo haberle asegurado que me basto sola para aprender, lord Bancroft, y que no caeré en sus artimañas ni cejaré en mi empeño de descubrirlo todo de usted.

—Si tiene tanto interés en descubrirme, le daré lo que busca, Leonelle... —pronunció su nombre por primera vez con un hambre que la hizo estremecer—. Cada vez que se aproxime a mí en público, me acercaré a susurrarle mis secretos más perversos al oído —murmuró antes de inclinarse sobre ella y derramar su aliento en el tierno lóbulo de Leo—. Le hablaré sobre el deseo, le explicaré todas y cada una de las maneras en las que sé que un hombre puede tomar a una mujer hasta hacerla gritar de dulce agonía... —En este punto, las piernas de Leo amenazaban con ceder, pero Ban aún no había acabado—. Sabré que está excitada por mis palabras, por los roces que robaré de cada porción de su piel desnuda, y quienes estén a su alrededor se preguntarán por su sonrojo, por su respiración agitada, aunque solo yo conozca la razón por la que siente un latido entre sus muslos que clama ser saciado...

Leo, la inocente Leo, estaba impactada por esas crudas declaraciones. Y, aún más, por la dolorosa y traicionera palpitación entre sus piernas. Era incapaz de pensar, de moverse o de pronunciar una sola sílaba que no fuera para rogar que parase o que no se detuviera nunca.

Ban tenía las manos apretadas en puños a los costados, y su respiración tampoco parecía ser todo lo estable que había sido hasta ese momento.

—¿Lo hará, señorita Ingram? ¿Pondrá en riesgo su reputación por mí? —susurró contra su cuello.

Un pequeño ruido en el pasillo arrancó a Leo de esa voluptuosa tela de anhelos y pecados que había tejido Ban y consiguió reunir toda su fuerza en las palmas de las manos para empujar el pecho masculino y hacerlo a un lado.

La cabeza del sirviente asomó unos instantes después por la puerta entreabierta, pero Leonelle no se quedó a escuchar lo que había ido a comunicarles. Se dirigió a la salida de la residencia con rapidez hasta dar con Emily y Rose, que la aguardaban con cara de sufrida paciencia en el *doolie*, y apenas pronunció una palabra hasta llegar a su habitación en la residencia de los Campbell.

Una vez a solas con sus pensamientos y con las imágenes de lo que había sucedido en la velada de los Lansdowne, el enfado de Leo adquirió nuevas cotas, que superaron el sofoco que le había causado Ban. ¿Cómo se atrevía a valerse de semejante conducta para amedrentarla? Otra vez.

Seguía decidida a demostrarle que no le temía, y también a demostrarse a sí misma que no le afectaban sus acciones. Y sabía muy bien lo que tenía que hacer.

Capítulo 6

Las mañanas después de una fiesta en Simla solían pertenecer a los animales salvajes y a la naturaleza exuberante que rodeaba las residencias de los británicos que vivían en la estación, ya que estos descansaban en sus confortables camas hasta horas menos intempestivas con el fin de reponer sus delicadas constituciones tras los excesos nocturnos. Aquel día, sin embargo, el despuntar del alba también pertenecía a Leonelle.

La joven se había puesto un sencillo vestido de algodón azul abotonado al frente, para evitar pedir ayuda a la doncella de los Campbell, y se había escurrido con sigilo por la parte trasera de la casa. Si cualquiera la interceptaba antes de llegar a su destino, alegaría que había salido a dar un revitalizante paseo. No se alejaba mucho de la realidad, ya que las cumbres de los Himalayas comenzaban a despertar con un tenue rosa que las acariciaba con exquisita delicadeza, y el perfume a lilas y a lavanda la ayudaba a calmar la agitación que no la había abandonado desde la noche anterior.

Tras examinar desde todos los ángulos el comportamiento de Ban, Leo había llegado a la conclusión de que ese miserable sería capaz de abochornarla en público si ella le ofrecía la más mínima oportunidad. Pero no estaba dispuesta a concederle ese gusto, y una táctica militar apropiada consistía en abatir al enemigo en su propio terreno. Si no había nadie más que fuera testigo de sus perversidades, sus amenazas quedarían vacías, inservibles. Por lo que había decidido ser ella, por una vez, quien diera el primer golpe y tomarlo con la guardia baja en su residencia.

Por suerte, el destino podía ser tan insolente como ventajoso, y este había querido que el infame lord Bancroft alquilase una casita de campo muy cercana a Campbell Cottage. Ese lugar era el objetivo de Leo.

El canto de tres notas de un cuco chikra posado sobre un rododendro cercano la acompañaba en el llamativo sendero que recorría. Unos topiarios recortados en forma de esfera con precisión milimétrica bordeaban el camino a lo largo de toda la colina, igual que si hubieran salido de una propiedad de Hampshire. La vegetación propia de Simla, en cambio, crecía con despreocupada libertad justo tras los vetustos setos. Al contemplar el singular paisaje, la imagen de lord Bancroft, de Ban, se solapó hasta encajar en esa misma contraposición. Él era como una infinita sucesión de opuestos. Tan pronto era indiferente como intenso. Podía mostrarse frío y distante como Inglaterra o tan abrasador como la propia India. Hielo y fuego contenidos en una sola persona. ¿Cuál de ellos era verdadero?

Solo después de llamar a la puerta de la casita, mientras se retorcía las manos sin poder

controlarlo, a Leo se le ocurrió todo lo que podía salir mal. La opción más evidente era que Ban ni siquiera hubiera regresado aún. La segunda, y más desagradable, era que tuviera compañía. Puede que femenina, como la propia lady Shelton, o de algún caballero que la reconociera al instante.

Casi había obligado a sus pies a dar media vuelta, cuando una de las hojas de madera se abrió y, tal y como había temido Leonelle, dejó espacio a un rostro conocido. Uno que, de entre todas sus suposiciones, jamás habría imaginado volver a ver.

—¡Ambika!

La exclamación ahogada de la joven tuvo eco en el respingo que dio la doncella india que las había servido a ella y a sus hermanas en Baipur largos meses atrás.

—*Memsahib*.

El saludo cortés llegó con unos segundos de retraso, así como la impecable inclinación hacia Leo. Cuando se incorporó, Leonelle no tardó en detectar la preocupación en su rostro cansado. Aunque no debía de ser mucho mayor que ella, parecía haber ganado años desde la última vez que habían estado juntas, y el sari rosado también revelaba una figura más delgada, frágil. ¿Qué clase de vida había llevado durante ese tiempo? ¿Habría estado con Ban desde que él se marchó? Lo último que supieron de ella en Baipur fue que se estaba reponiendo, en una pequeña aldea, de las heridas que había sufrido cuando el carruaje en el que viajaba con Cam hacia Calcuta había volcado.

Con la mente bullendo sin control, Leo aceptó la amable indicación para que entrase al recibidor de la casita de una sola planta. A pesar de que estaba decorada con gusto, no podría calificarla como acogedora, ya que el silencio era estremecedor, antinatural incluso. No había signos de más sirvientes haciendo sus tareas, ni de vida en general en el interior.

—Me alegro de volver a verte, Ambika —comenzó Leo tras entrelazar los dedos delante de ella.

—Para mí también es un placer, *memsahib* —respondió con su acento suave.

—Es un alivio que estés recuperada. Aunque debo reconocer que ha sido una enorme sorpresa encontrarte en Simla.

«En semejante compañía». La mujer nativa captó su mudo interés, porque sus ojos oscuros evitaron encontrarse con los dorados de Leo.

—Es una larga historia, *memsahib.* Una que merece escuchar.

—Si te refieres a que hable con... —vaciló sin estar segura de cómo dirigirse a él— lord Bancroft, por eso estoy aquí. Pero mucho me temo que correré la misma suerte que las otras veces en las que lo he intentado.

—Un gran sabio que nació cerca de estas tierras, junto a los Himalayas, dijo una vez que hay tres cosas que no se pueden ocultar por mucho tiempo: el sol, la luna y la verdad. Le pido que sea paciente con él, *memsahib*.

Leo exhaló aire con suavidad, sorprendida por sus palabras y la desesperada urgencia que subyacía en ellas.

—¿Se encuentra en casa?

—*Haan* —asintió Ambika—. La llevaré a su lado.

La doncella se volvió y Leo fue tras sus pasos, con la mirada puesta en la lustrosa trenza negra que le llegaba más allá de la cintura, pero sin verla realmente. Un sentimiento de alivio y anticipación se enredaba con otro más oscuro a medida que iban dejando puertas atrás en su camino hacia la estancia donde se encontraría el noble.

Llegaron al fondo del corredor, pero Ambika no golpeó la hoja cerrada para anunciar su presencia, sino que manipuló el pomo directamente para abrir la estancia. La luz, que ya entraba a raudales por los ventanales situados justo enfrente, cegó a Leo por un momento al seguir a la mujer al interior. Tuvo que parpadear un par de veces hasta que sus ojos se adaptaron, y un rubor comenzó a trepar por sus mejillas.

—Esto... esto...

¡Era un dormitorio! Un dormitorio desastroso. Había ropa masculina desperdigada por el suelo y en una de las sillas junto a la chimenea, como si su dueño hubiera hecho un primer intento de dejarla sobre el mueble y luego hubiera renunciado a tanto esfuerzo. Vasos, copas y botellas volcadas yacían como cuerpos inertes en el punto exacto donde habían caído.

—Lord *sahib* no me permite entrar aquí —murmuró la doncella, en una especie de disculpa por el tremendo desorden.

Leonelle giró el cuello hacia Ambika, consternada.

—Entonces no deberíamos haberlo hecho —replicó en el mismo tono bajo.

Una cosa era reunirse con Ban en un salón o estudio, en un lugar respetable, pero otra muy distinta invadir sus propias habitaciones. Ambika había servido con gran eficiencia en su residencia de Baipur. Conocía las estrictas normas británicas sobre el decoro, sobre la lógica en general, ¿por qué no la había hecho esperar en cualquier otra sala hasta que Ban se reuniera con ella?

Se movió hacia la puerta sin atreverse a hacer demasiado ruido o a mirar siquiera a la descomunal cama que se apoyaba contra la pared izquierda del cuarto, temerosa de que su ocupante apareciera en cualquier momento tras los pesados cortinajes que la cerraban como los pétalos de un oscuro capullo. Estuvo a punto de dar un traspié cuando Ambika se interpuso en su camino.

—El dios Ganesha, el Destructor de Obstáculos, la ha enviado a Simla por una razón. —La seguridad con la que habló la mujer le puso el vello de punta a Leonelle. Y, más aún, cuando su mirada afilada la abandonó para dirigirse al lecho donde descansaba Ban—. Él es la razón.

Leo sacudió la cabeza, en un intento por desprenderse también de la sensación de fatalidad que la había embargado. Como si Ambika la hubiera condenado, con su mención a un dios que le era extraño, a desempeñar un papel que la asustaba.

Trató una nueva huida, pero la doncella india alzó las manos y estuvo a punto de tocarla, aunque bajó las palmas enseguida. Pero fue más que suficiente para que Leo alcanzase a comprender lo desesperada que estaba.

—Ayúdelo, *memsahib*. No debe, no puede estar solo.

Una idea cosquilleó en el fondo de su mente, junto a las palabras alarmadas de Ambika. Era extraño que Ban no se hubiera despertado ya con el ruido que estaban causando las dos.

—¿Acaso... está enfermo?

Ambika solo apretó los labios en un gesto tenso.

Cuando quiso darse cuenta de lo que hacía, Leonelle ya estaba junto a la cama, con los dedos estirados para descorrer las colgaduras de un rojo tan oscuro que casi parecía negro. Apenas escuchó la puerta cerrarse tras la marcha de la doncella, porque lo único en lo que podía enfocarse era en la voluminosa figura que se iba dibujando entre las sombras a medida que la luz ganaba terreno.

—¿Lord Bancroft...? ¿Milord? —lo llamó varias veces con un hilo de voz, preocupada—. ¿Ban? —Lo intentó con un tono más alto, que se convirtió en un agudo chillido cuando una

mano fuerte atrapó su muñeca y la arrastró a las tinieblas.

Capítulo 7

La mitad inferior del cuerpo de Leo aterrizó sobre el blando colchón, pero la otra mitad quedó atrapada entre los brazos de Ban. Sus senos se apretaban involuntariamente contra el torso masculino, y sus manos parecían tocar piel desnuda, aunque la joven ni siquiera se atrevía a abrir los ojos.

—Vaya, parece que la fiera leona ha venido en busca de su presa... —La voz de Ban, ronca por el sueño, sonaba tan íntima que enviaba escalofríos por su columna. No percibía el adusto acento británico, ni el cálido ritmo indio, sino una demoledora combinación de ambos—. Mírame, Leonelle. Aquí me tienes, a tu merced.

Los párpados de Leo fueron cediendo poco a poco, de manera inevitable, y se encontraron con los ardientes iris verdes que destruían cualquier atisbo de autoconservación.

—No tenga la desfachatez de hacerse pasar por un animalillo indefenso —gruñó Leonelle, mientras intentaba levantarse—. Es un despreciable depredador, el más peligroso que conozco.

La profunda risa masculina vibró en el pecho de Leo, antes de que Ban la girase y se tumbase sobre ella.

—¡Quítese de encima, bruto! —Leo notaba las gafas ladeadas sobre la nariz y el pulso se había convertido en un golpeteo incontrolable en distintas partes de su cuerpo.

—Imposible —ronroneó él, a la vez que le sujetaba las manos sobre la cabeza—. Tienes razón, soy un depredador, y pienso darme un auténtico festín contigo.

La joven tragó con fuerza. La situación se estaba descontrolando a pasos agigantados.

—No sé si apelar a su caballerosidad o a su decencia, ya que, cuanto más tiempo paso con usted, más dudo de que tenga de cualquiera de ellas, pero le exijo que me suelte y me deje marchar.

—Lo que quieres en realidad es saber quién soy, ¿verdad? Siempre está dando vueltas en esa inquieta mente tuya.

Leo hizo un movimiento negativo con la cabeza, aunque lo bastante débil como para que ninguno de los dos lo creyera.

—¿Recuerdas las palabras que te dije cuando me preguntaste lo mismo en Baipur antes de marcharme? —continuó él, todavía suspendido sobre ella, sus cuerpos tocándose.

Claro que lo recordaba. Cada sensación que había experimentado.

—Me mintió. Me dijo que era hindú.

—También soy inglés —replicó al instante—. ¿Qué más dije?

—Que era un brahmán.

—Y un aristócrata.

—Así que eso es usted. Todo y nada a la vez —replicó Leo, hastiada.

—¿Qué dije después? —La presionó él, en lugar de responder.

—No recuerdo más —musitó, y apartó la vista.

Él no se lo permitió por mucho tiempo. Liberó la muñeca de la joven para poner los dedos bajo su barbilla e inducirla a mirarlo.

—Te dije, *sherani*, que soy solo un hombre.

Leo no pudo evitar el ramalazo de placer que la hizo estremecer al escucharlo llamarla así después de tantos meses. Solo él, con una única palabra, conseguía que sintiera un imposible sentido de pertenencia, como si esas letras los unieran igual que los eslabones de una cadena que únicamente podían sentir ellos dos.

—¿Tampoco recuerdas lo que ocurrió después? —Fue una pregunta tierna, como si Ban conociera perfectamente la tormenta de emociones que había despertado en ella.

—En absoluto —negó demasiado deprisa.

—Yo sí. —Ban acercó su rostro al de ella. Su aliento era fuego—. Nos besamos, *sherani*.

El rubor se expandió por cada milímetro de su piel, pero hizo un último y heroico intento por permanecer cuerda.

—A eso no puede llamársele «beso», solo rozamos nuestros labios.

Ban esbozó una media sonrisa que habría doblado las rodillas de Leo de haber estado en pie.

—Me muero por saber a qué le llamas tú un beso, *sherani.* —Su voz era un soplo cargado de sándalo y sensualidad—. Pero hay muchas formas de besar. Con la mirada, por ejemplo. Cada vez que poso mis ojos en ti, te estoy besando.

Aquella declaración arrancó un pequeño gemido de Leonelle. Estaba por completo en sus manos. O, quizá, siempre lo había estado. Una lágrima solitaria se deslizó en una caricia suave por su mejilla ante el alivio que sintió porque el hombre que ella conocía parecía haber regresado.

—Ban...

Él había comenzado a inclinarse aún más hacia su boca, pero se detuvo en seco cuando la escuchó pronunciar su nombre y sacudió la cabeza, como si tratara de despertarse de un sueño demasiado profundo. Se apartó de ella a una velocidad sorprendente para envolverse en la sábana y descorrer los cortinajes de un tirón tan brusco que arrancó parte de la tela de su estructura.

—Márchate.

—¿Q-qué?

Leo todavía estaba tumbada sobre el colchón, confundida por completo, pero, igual que se distorsiona un precioso reflejo en el agua de un violento manotazo, Ban redujo el momento que habían compartido a meros añicos.

—He dicho que te marches, Leonelle. He fumado tanto opio que no estoy en mis cabales.

Los pies de Leo golpearon con fuerza el entarimado al ponerse en pie y enfrentarse a él. Escudriñó esos rasgos que ya casi conocía mejor que los propios, aunque solo encontró el exótico atractivo que cautivaba a quien osara interponerse en su camino.

—¿Está drogado? —lo acusó, incrédula.

¿Era por eso por lo que Ambika le había pedido que lo ayudara? O peor, ¿por eso había actuado como una sombra del antiguo Ban por un momento?

—¿No es así como se celebra el cierre de un buen negocio? —se mofó él.

Un buen negocio...

—¿Comprar un almacén de opio le parece un buen negocio? —Leo deseó taparse los oídos. Negarlo todo—. ¡Es una atrocidad!

—No solo lo he comprado, sino que estoy disfrutando de todos y cada uno de sus beneficios. ¿Quieres que entre en detalles escabrosos?

—Yo... estaba dispuesta a ayudarlo, ¿sabe? Pero ni siquiera estoy segura de que sea digno de que sienta lástima por usted. Ha buscado su propia ruina.

Los hombros de Ban se tensaron. Los músculos de su torso, al descubierto como cuando actuaba como un brahmán, parecían tirantes igual que cuerdas a punto de romperse.

—¿Te decepciona que sea un adicto? ¿Por qué razón? Espero, tal y como dice lady Shelton, que no seas tan necia como para estar enamorándote de mí. Búscate a un marido con menos inteligencia que tú, para manejarlo a tu antojo, y procura mantener al pobre diablo alejado de tus escándalos.

Leo había tenido suficiente. Suficiente para su orgullo y suficiente para su corazón.

—Lo odio.

Se giró para alcanzar la puerta cerrada.

Ban fue más rápido y apresó su muñeca antes de hablar:

—Creía que yo era el mentiroso.

Leonelle no contestó. Lo miró directamente a los ojos, sin apartar la mirada. Eran verdes por completo, sin cualquier otro matiz o color que alterase ese impactante tono esmeralda en todo el iris. No había unos ojos así en ningún otro lugar del mundo. Ni tampoco tan atormentados.

—Aunque deberías odiarme con todas tus fuerzas igual que hacen los demás, Leonelle. Sería lo más sensato que hayas hecho en tu vida.

—¿No escucha lo que se dice de mí? Nunca seré como los demás —susurró, antes de deshacerse de su agarre y abandonar la estancia.

Ban sumó destrucción al caos que reinaba en su dormitorio en cuanto Leonelle despareció de su vista. Más cortinajes hechos harapos, cristales rotos y sillas volcadas fueron los sacrificios para ahogar su angustia. Maldita fuera por haber venido. Y maldito fuera él por no querer dejarla ir.

Era cierto que, por unos segundos, el opio que había consumido la noche anterior lo había hecho creer que el tenerla entre sus brazos, en su cama, era fruto de una deliciosa alucinación. Sin embargo, no había tardado en recobrar la lucidez y darse cuenta de que todo era real. El tacto, el aroma, la esencia misma que hacía brillar a Leonelle por encima de todo y de todos eran imposibles de reproducir en un burdo sueño narcotizado.

No estaba seguro de que pudiera sobrevivir a más encuentros con ella. Si la hubiera besado, si hubiera cedido un milímetro más a sus deseos y al espacio que los separaba, todo se habría ido al infierno. Aunque si los últimos instantes de Ban se hallaban entre los brazos de una Leonelle Ingram tendida en su colchón con el moño medio deshecho, las gafas torcidas en un adorable ángulo y los labios entreabiertos para él; si, con su último aliento, pudiera decirle que era absolutamente perfecta tal y como era, sería una manera jodidamente maravillosa de quemarse en las llamas.

Pero esa decisión no dependía solo de él.

Con el fin de evitar la tortuosa tentación de correr tras esa seductora leona, se recordó que había comprado un condenado edificio lleno de droga la noche anterior, pero que su objetivo final todavía se encontraba insoportablemente lejos, tanto como para seguir luchando con uñas y

dientes, sin importar quién apareciese en su camino.

El herir a Leonelle para mantenerla lejos, aunque fuera para protegerla, sin embargo, se sumaba a la larga lista de pecados cometidos que no se perdonaría nunca.

Capítulo 8

—Leonelle, querida, no has pronunciado ni una palabra sobre *Ivanhoe.* ¿El teatro te pareció demasiado simplón? ¿O te desagradó la representación? He de reconocer que ver a Rowena, a quien se describe como una beldad cautivadora, lucir un enorme bigote puede resultar chocante. Pero el actor se empecinó en que no se rasuraría ni un solo pelo.

El comentario despreocupado que Emily Campbell lanzó al aire cumplió su propósito y dibujó una sonrisa en los labios de Leonelle.

—Fue una velada perfecta, Emily —respondió—. En cuanto a Rowena, bueno, fue... interesante.

Su amiga se encogió de hombros, aunque un brillo satisfecho danzaba en sus ojos azules por haberla sacado de su silencio.

—Habría sido aún más *interesante* si se hubiera tratado de una actriz. Pero ¡qué remedio! Parece que en India todo debe ser hecho por hombres.

Qué triste pero irrefutable verdad.

Leo suspiró y apoyó la cabeza en el respaldo del *doolie* que las conduciría a un nuevo evento de los muchos a los que habían acudido ya desde su llegada a la estación de montaña.

En aquella ocasión, se trataba de una fiesta informal durante todo el día en el valle de Annadale, emplazado a solo tres kilómetros de Simla. Leo quería mostrarse entusiasmada con la excursión, a la que también acudían el señor y la señora Campbell en otro palanquín que las seguía de cerca, pero su altercado con Ban había dejado huella. Le era muy difícil conciliar el sueño cada noche al pensar en la espiral de destrucción en la que el conde parecía haberse hundido y, a pesar de sentirse muy herida, no podía dejar de repetirse las palabras de Ambika. Necesitaba a alguien que lo socorriera. Pero ¿cómo? Y, sobre todo, ¿estaba Leo dispuesta a emprender ese tortuoso camino?

No lo había visto en los seis días que habían pasado desde entonces, y debía reconocer que esa tregua había supuesto un pequeño respiro para su mente atribulada. Quizá la hubiera estado evitando, pero Emily había informado a Leo de que se esperaba la presencia del conde en el valle, y no estaría siendo honesta consigo misma si no admitiera que le ponía nerviosa pasar tantas horas en su cercanía después de lo que había ocurrido.

La joven se reajustó las gafas y observó el panorama por la ventana del *doolie*, hasta que los enormes pinos centenarios que la rodeaban se fueron replegando a ambos lados del transporte para dejar paso a un inmenso espacio abierto y recubierto de hierba de apariencia mullida. El valle de Annadale se mostraba en todo su elegante esplendor, y ya desbordaba actividad.

Leo apenas había tenido tiempo de poner los pies en el suelo y comprobar que, en efecto, la hierba era muy esponjosa, cuando el señor Paxton, Rose y sir Richard se les unieron a Emily y a ella. Tras los saludos de rigor, el alegre grupo se separó de los tíos de Emily y se puso en marcha. Los veteranos estaban encantados de enseñarle a Leo las distintas zonas de ocio que se habían organizado para el disfrute de los británicos. Pasaron junto a una tómbola benéfica, un rincón para jugar a los bolos e, incluso, una pista de carreras de ponis y una tarima de madera para el baile que se celebraría más tarde.

Tal vez se debiera a la paz que se respiraba en ese pequeño oasis entre las montañas, o a que todavía no había atisbo de Ban por ninguna parte, pero Leo cada vez se sentía más relajada.

Sir Richard, atento como siempre, le ofrecía continuamente algo para beber, lo cual era de agradecer, ya que los brindis por la reina Victoria se sucedían allí por donde pasaran y las copas no permanecían llenas durante demasiado tiempo.

La mañana transcurrió con agradable languidez y, hacia el mediodía, los cinco se encontraban junto a una mesa de refrigerios, flanqueados por otros grupos de personas que charlaban y se divertían como si no existiera la más mínima preocupación en el mundo. Leo y el resto de sus acompañantes miraban embobados a Emily mientras esta contaba todas las anécdotas que se le pasaban por la cabeza en medio de coloridos aspavientos.

—Es una lástima que no estuvieras en Simla el año anterior, Leonelle —estaba diciendo su amiga—. Imagina a toda la comunidad de la estación reunida en la iglesia del Cristo para escuchar el sermón sobre la resurrección de Lázaro. El cura, un caballero de edad, hablaba con una voz tan potente que temimos que desprendiera la nieve de los picos y causara una avalancha. Pero el momento más memorable de todos llegó cuando el buen hombre se lanzó a describir la aparición de un ángel con tanto detalle que aferró su sotana, la estiró y comenzó a agitarla para demostrar a la congregación la destreza con la que batía las alas aquel sacro trompetista.

Emily había agarrado su propio vestido para ilustrar la entusiasta acción del cura, y Leo no pudo contener una cristalina carcajada que pareció reverberar a su alrededor. Rose y el señor Paxton la observaron estupefactos. El atractivo rostro de sir Richard mostraba una expresión de complacida sorpresa, y la rubia señorita Campbell esbozaba una sonrisa traviesa. Leo se sonrojó y desvió un poco el rostro, todavía risueño, para aligerar tanta atención sobre ella. Hasta que se quedó sin respiración cuando su mirada colisionó con la de un hombre que trastocaba cada parte de su mundo. Ban se había unido a un círculo de invitados que se encontraban a su derecha y una de las cejas negras del conde estaba alzada en claro reproche, como si le molestara que le hubiera ocultado el sonido de su risa durante tantos meses.

Leo adoptó su habitual gesto serio de inmediato y apartó esa idea absurda de su mente, pero no podía desviar la vista con la misma facilidad. Su aspecto era un poco demacrado, aunque no era de extrañar que sus excesos le estuvieran pasando factura, y tampoco hizo el más mínimo intento de esquivar sus ojos.

«Cada vez que poso mis ojos en ti, te estoy besando».

Qué mentiras tan poderosas podía inducir a pronunciar el opio. Pero Ban no lo sentía de verdad, así que Leonelle también apagó otra de las llamas que el noble se empeñaba en prender con absoluta indiferencia a todo lo que quemaría ese incendio si se descontrolaba.

No sabía en qué momento había llegado, pero tenía la certeza de que lord Bancroft había sido consciente de su presencia mucho antes de que ella fuera consciente de la de él, como si se hubiera ocultado de forma deliberada, y eso la irritó sobremanera.

No estaba segura de qué habría ocurrido a continuación, pero el baronet se interpuso en su

campo de visión y le tomó la mano.

—Señorita Ingram, ¿me considerará demasiado atrevido si le confieso que hoy la encuentro encantadoramente diferente?

Leo inclinó la cabeza hacia su vestido melocotón, con las faldas abultadas por la crinolina.

—¿Diferente? —repitió, extrañada—. Creo que es la tercera vez que utilizo este vestido en su presencia, sir Richard.

El hombre se quedó inmóvil unos segundos, y luego se pasó los dedos por la nuca, como si estuviera azorado y divertido a la vez.

—Me refería a que nunca la había visto tan bella como cuando se ríe, señorita Ingram —explicó con voz suave, antes de depositar un beso en el dorso de la mano que aún sostenía.

Fue el turno de Leo de enrojecer como uno de los geranios de montaña que crecían a unos metros de ellos y de remover los pies, cohibida por completo. Puede que ese fuera el primer cumplido masculino hecho con sinceridad, y no por educación, que recibía, y no tenía ni idea de cómo debía reaccionar. Su mente traicionera le recordó que ni siquiera Ban, a pesar de los encuentros tan íntimos que habían compartido, le había dicho jamás que era hermosa.

«¿Y te habría gustado que lo hiciera?», la azuzó una fastidiosa vocecita en su interior. «¡Por supuesto que no!», gritó para sus adentros. Y menos todavía tras sus hirientes palabras en las que la tildaba de estúpida si se enamoraba de él.

No contaba con que sus ojos volverían a perderse en los de lord Bancroft en contra de su voluntad, solo que ahora el conde lucía un ceño fruncido bastante intimidante, que también abarcaba a sir Richard y las manos de ambos, que aún continuaban unidas.

—Me temo, sir Richard, que mi querida Leonelle no es una joven fácil de impresionar con halagos comunes. Le aconsejo que exprima cada gota de su ingenio —intervino Emily con su innata desenvoltura.

Su amiga no sabía lo alejada que estaba de la realidad, pero consiguió que el momento incómodo se diluyera, y que tanto el baronet como Leo se separaran y se volvieran hacia ella con una sonrisa. Pero no antes de que Leonelle viera de soslayo cómo lady Shelton se colgaba con coquetería del brazo de Ban.

Con un resoplido poco refinado, se obligó a centrarse en la conversación que había iniciado el señor Paxton, aunque era imposible ignorar el cosquilleo que sentía en la espalda. El rastro de humo verde de los iris de Ban todavía parecía deslizarse sobre ella, y esa sensación continuó a lo largo del día.

Cuando la luz comenzó a escasear y la orquesta ya había afinado sus instrumentos para el baile, Leo y Ban seguían sin haber intercambiado una palabra, pero orbitaban el uno cerca del otro, como si una fuerza inevitable tirase de sus cuerpos.

Lady Shelton parecía intuir esa extraña conexión, y no se despegaba del conde a la vez que lanzaba a Leo miradas cargadas de veneno. La hostilidad de la mujer, junto a la sofocante caballerosidad de sir Richard, que no se perdía ni uno solo de sus movimientos, estaban comenzando a hacer mella en Leonelle, a quien no le hubiera importado retirarse a Campbell Cottage sin esperar al final de la fiesta.

Por suerte, el gritito extasiado de unas damas que señalaban algo sobre un parche de flores distrajo su atención, y su curiosidad la llevó a aproximarse para ver de qué se trataba.

Al principio solo pudo distinguir el cálido amarillo de los lirios, pero enseguida entendió el

deleite que habían provocado las dos mariposas que revoloteaban entre los pétalos. La envergadura de sus alas, de unos siete u ocho centímetros, era impresionante. Estas eran de un tono marrón aterciopelado, adornado por unas manchas blancas y un círculo anaranjado que se dibujaba en cada una de las alas posteriores, como un pequeño ojo. Sin embargo, la magia se producía cuando los últimos rayos del ocaso incidían sobre el marrón y arrancaban unos destellos irisados de color púrpura, en una transformación deslumbrante.

—Oh, qué espectáculo —murmuró, encantada.

Regresar a Campbell Cottage —en concreto, a su cuaderno en Campbell Cottage, donde intentaría dibujar a esas preciosidades— cada vez era más atractivo.

—Leonelle, seguro que puedes decirnos qué mariposas son —suspiró Rose, quien se había acercado tras ella.

La mente de Leo comenzó a pasar hojas y hojas de nombres y descripciones hasta que dio con lo que estaba buscando, como un perfecto engranaje.

—Se trata de la *Apatura iris*, también conocida como «mariposa tornasolada».

—Tonterías, jovencita. Son, a todas luces, mariposas monarca. —Se escuchó la voz engolada de uno de los invitados que formaban parte del público que se había congregado alrededor de los lepidópteros.

—Me temo que se confunde, señor. Sus tonalidades son muy distintas. —No pudo evitar corregirlo Leo, distraída.

—¿Cómo dice?

Estaba tan concentrada en los preciosos colores que veía por primera vez fuera de una enciclopedia, que no captó el tono ofendido en la réplica del caballero.

El hombre se abrió paso entre el resto de personas que observaban la escena, con la cara enrojecida de indignación.

—¿Y quién es usted, si puede saberse? —escupió con profundo desprecio—. ¿Qué clase de deplorable educación ha recibido que la hace tan impertinente?

Todo quedó en silencio por unos segundos. Leo se esforzó, como tantas veces antes, en mostrarse indiferente a los inmerecidos insultos, pero recordó, demasiado tarde, que no se hallaba arropada por sus hermanas, sino que había puesto en evidencia a los Campbell, ya que eran quienes respondían por ella en Simla. Intentó distinguir a Emily y a sus tíos entre la multitud, sin éxito. Rose se agitó a su lado, incómoda, y Leo se inclinó hacia ella.

—Rose, ¿podrías ir a buscar a los Campbell y mantenerlos apartados de aquí?

—Pero...

—Me entristecería mucho que presenciasen esta escena.

La joven asintió con gesto culpable y se alejó a paso rápido.

Leo notó cómo se le revolvía el estómago y sus labios se negaban a moverse al pensar en una disculpa que, por el bien de su amiga, sabía necesaria, pero a la que se resistía con todo su frustrado ser.

—Deje de hacer el ridículo, Chesterfield. —Las ásperas palabras la hicieron girar en redondo hacia Ban, que se había situado muy cerca de su espalda—. Y, sobre todo, le aconsejo que se abstenga de cuestionar la impecable educación de la señorita Ingram con sus idioteces.

Los invitados aguardaron unos momentos la reacción de lord Chesterfield, no querían perderse el enfrentamiento si este subía de intensidad. Pero el caballero perdió cualquier rastro del rojo que había adquirido su rostro y se quedó lívido al ver a lord Bancroft. Sin mediar palabra, Chesterfield se volvió sobre sus talones para alejarse y el resto de curiosos se fueron dispersando,

hasta que solo un par de figuras se quedaron de pie junto a los lirios. Las mariposas ya habían desaparecido, y se estaban encendiendo antorchas y candiles a lo largo de la explanada.

Ban no se había movido, y Leo se encontró envuelta una vez más por su mirada acariciante, que la contemplaba con una intensidad que iba más allá de la mera cortesía.

La joven suspiró, con los nervios a flor de piel, antes de dirigirse al conde.

—Le agradezco su intervención, milord. Aunque habría podido resolver la situación yo sola.

Dada su trayectoria juntos, lo último que habría esperado era ayuda por su parte, ¿cómo no sentirse recelosa?

—No tengo la menor duda —murmuró él.

Pareció que iba a añadir algo más cuando dos cosas sucedieron casi al mismo tiempo.

Lady Shelton se aferró de nuevo al brazo de Ban mientras acuchillaba a Leo con sus ojos oscuros, y sir Richard apareció junto a su costado y la tomó de la mano.

—Señorita Ingram, ha desaparecido tan de repente... ¿Ha ocurrido algo?

Leo tan solo sacudió la cabeza ante el baronet, pendiente de la rigidez que se había apoderado de los hombros de Ban.

—Pero por supuesto que ha ocurrido algo, sir Richard —canturreó lady Shelton con voz sedosa. Ignoró la expresión interrogativa del hombre y giró el esbelto cuello hacia el conde—. A veces olvido cuánto te gusta ser el centro de atención, querido Bancroft. Sin embargo, desconocía que a la señorita Ingram le agradasen los pequeños escándalos. No hay duda de que sabe cómo captar tu interés.

—¿No me estará confundiendo con otra persona, lady Shelton? —replicó Leo.

¿Acaso premiaban a los invitados por ser mezquinos esa noche?

—Yo no acabo de hacer enojar a lord Chesterfield para ser rescatada como una tierna doncella en una torre por lord Bancroft —se burló ella.

—¿Ha tenido un altercado con lord Chesterfield? —intervino sir Richard, preocupado, apretándole la mano con afecto—. Puede ser muy maleducado...

Leo olvidó cualquier respuesta que fuera a dar al baronet cuando vio cómo Ban rodeaba el talle de lady Shelton para atraerla hacia él.

—Resulta evidente que la señorita Ingram ha captado el interés de Milton y no el mío —manifestó con su odiosa y perfecta dicción británica, como si estuviera aburrido, como si ellos ni siquiera se encontrasen allí—. Ahora que hemos zanjado el asunto y estás satisfecha, ¿podemos regresar al centro de la fiesta?

Lady Shelton apoyó las palmas, sin ningún pudor, en el pecho de Ban. En efecto, parecía complacida, pero no lo suficiente.

—Claro que no, querido. Encuentro esta zona del valle mucho más entretenida. —Se volvió hacia Leo y sir Richard al tiempo que juntaba las manos con una alegre palmada—. Bancroft, acabo de recordar el juego tan divertido que inventaste hace unos días.

—No.

La seca negativa no tuvo efecto en ella.

—¡Oh! Pero me he dado cuenta de que la señorita Ingram no estaba en Simla cuando participamos en esa velada tan deliciosa. Estoy segura de que disfrutará de la experiencia, ya que acabo de descubrir que ambas compartimos cierta inclinación por las travesuras —aseguró con encantadora malicia—. Será nuestro pequeño secreto.

—Caroline...

Leo incluso retrocedió un pequeño paso cuando escuchó a Ban llamar por su nombre a lady

Shelton.

Estaba bastante segura de la actividad a la que se referían y Leonelle no iba a aceptar el desafío por un infinito número de razones. Por supuesto que no iba a hacerlo... ¿verdad? Solo que Leonelle Ingram no era ninguna víctima.

—Si se refiere a que los caballeros me reconozcan por mis... extremidades inferiores —Leo intentó sonar firme y mundana—, quizá esté dispuesta a probar, lady Shelton. ¿Es así como me considerarían una mujer sofisticada?

Ninguno de los presentes atinó a moverse. Leo, en cambio, hizo ademán de aproximarse a una de las mesas que habían desplegado horas antes para los refrigerios, y se giró al ver que no la seguían.

—¿Lady Shelton? ¿Caballeros? —Los instó a acercarse mientras se reajustaba las gafas—. Supongo que subirse a una mesa no es algo que una dama debería hacer sola.

Acababa de lanzar un descomunal farol y se arrepintió casi al instante. Por amor de Dios, Leo siempre procuraba actuar con cabeza, no por impulso, y allí estaban los motivos.

Se aferró los laterales del vestido melocotón para ayudarse a caminar sobre la hierba, a la par que calculaba las condiciones geológicas aptas que deberían darse para que una enorme grieta se abriese a sus pies. Así tendría un lugar al que caer tras el colosal traspié estratégico que acababa de dar.

Antes de que pudiera decidir qué hacer, unas manos fuertes la agarraron por las muñecas. Una piel desnuda, sin guantes, que intensificó el contacto hasta convertirse en lo único que Leo podía sentir.

—Le aconsejo que no levante más ese vestido.

Ban le hablaba entre dientes, solo para sus oídos, la presión en sus muñecas era fuego.

—Se está excediendo, lord Bancroft —susurró ella a su vez, en una situación que estaba escapando por completo a su control. ¿Por qué actuaba de nuevo como si le importase lo que ella hiciera?

—Por Dios, señorita Ingram —lady Shelton sonaba escandalizada—, no pensaba que se tomaría al pie de la letra mi pequeña broma. Este no es el momento ni el lugar para hacer un espectáculo —la reprochó, su tono de voz era cada vez más alto y el deleite estaba pintado en su sonrisa—. Ya me habían avisado de que se trataba de una criatura muy peculiar. Desde luego, es de lo más extraño que he visto últimamente, ¿no crees, Bancroft?

Algunas cabezas habían girado en su dirección, a la espera de escuchar algo, y las mejillas de Leo comenzaron a arder de vergüenza.

Por milésima vez, había sido tachada de bicho raro. Leonelle carecía de los argumentos necesarios para negarlo. ¿Cómo hacerlo cuando parecía ser incapaz de comportarse con normalidad?

Se mordió el labio inferior, y Ban exhaló el aire con fuerza, como si lo hubiera golpeado. Los dedos que la sujetaban ejercieron un poco más de presión, pero Leo se soltó con brusquedad y murmuró una excusa sin sentido para alejarse de allí. Recorrió un buen trecho hasta la linde de la explanada, donde apenas llegaba la luz de las antorchas, y apoyó la espalda contra uno de los troncos de abeto para después limpiarse un par de lágrimas furtivas que habían manchado los cristales de las gafas. El frío que desprendía la corteza ahora que habían bajado las temperaturas traspasó la delgada tela del vestido y se le metió en los huesos, pero no se apartó. La sensación era muy acorde con el malestar que se había apoderado de ella.

Las notas de la orquesta, a cuyo son ya bailaba un buen número de parejas, flotaron hasta ese

rincón alejado y reverberaron durante un rato antes de que una voz las atenuase.

—Lamento lo que ha ocurrido con lady Shelton y lord Bancroft.

Leo había tenido la esperanza de que el baronet no la siguiera, pero debía responder de alguna manera a su amabilidad.

—Y yo lamento haberlo involucrado en ese desafortunado encuentro —se disculpó, sin moverse de donde estaba.

—Nada que esté relacionado con usted puede molestarme, señorita Ingram. Mi único pesar es no poder complacerla.

—¿Complacerme? —repitió Leo, con el ceño fruncido—. ¿En qué? —Intentó distinguir sus rasgos en la penumbra.

—En dejarla a solas con sus pensamientos. Me temo que no puedo marcharme. Sé que no es correcto, ya que aquí tan solo nos encontramos usted y yo, pero sería incapaz de dejarla en plena naturaleza, ante la inminente llegada de la noche y sin ofrecerme como sacrificio a cualquier animal salvaje que se aproxime.

Para sorpresa de la propia Leo, se le escapó una pequeña sonrisa a causa de su exageración.

—¿Puedo confesarle que no deseo estar a solar con mis pensamientos ahora mismo? —suspiró.

—Su confesión quedará entre nosotros, señorita Ingram. —Los dientes blancos del baronet relampaguearon antes de que extendiera la mano y le ofreciera una copa medio llena de líquido efervescente—. Y puedo afirmar que le hará bien beber un poco antes de regresar con los Campbell.

Leo estaba lo bastante agradecida al baronet, testigo presencial de su humillación, por haber aligerado el ambiente como para tomar el cristal y acercárselo a los labios hasta dar un buen sorbo. Las burbujas del champán estallaron en su boca dejándole un sabor extraño, aunque era bien recibido por su garganta dolorida de contener el llanto. Bebió un poco más.

—Sería mejor que lo tomase despacio.

La mano de sir Richard se cerró sobre la suya, cálida y reconfortante.

Le caía bien aquel hombre.

Transcurrieron unos minutos en agradable silencio, en los que Leo se dedicó a contemplar el horizonte. A la derecha del valle, junto a unas antorchas, divisó a un grupo de mujeres del pueblo Pahari, los habitantes de las montañas. ¿Eran cuatro? ¿Cinco? No sabría decirlo, ya que sus ojos parecían estar sometidos a una ilusión óptica y las jóvenes no dejaban de superponerse unas sobre otras mientras se preparaban para regresar a sus hogares con los hatillos de leña que habían recogido durante el día. Eran muy hermosas, con largas trenzas que sobresalían de los pañuelos floreados que cubrían sus cabezas. «Igual que aves exóticas», pensó, a la par que le daba otro lánguido sorbo a la copa y caía en una especie de ingravidez. Como si lo trivial y lo trascendental se hubieran fundido en la nada.

—Veo que no me equivoqué al suponer que disfruta de los mismos placeres que yo, Leonelle.

«¿Cómo?».

Leo giró el cuello y el rápido movimiento la aturdió un poco.

El rostro de sir Richard estaba cerca. Mucho más cerca de lo que era apropiado.

—Lo comprendí desde el primer momento en que nos conocimos, cuando mostró tanto interés en lord Bancroft, pero le aseguro que yo puedo darle lo que busca... Y mucho más. Tan solo estaba esperando el momento en el que nos encontrásemos los dos a solas por completo para demostrárselo.

Leonelle se sentía más y más mareada por momentos y no tenía ni idea de lo que quería decir el baronet. De lo único que era consciente era de que sus labios estaban a escasos milímetros de los suyos.

Pensándolo bien, no le gustaba nada aquel hombre.

Trató de zafarse con un empujón, pero las sombras parecían dar vueltas a su alrededor, como si fueran una copia desgastada de los bailarines que giraban al son de la música unos metros más adelante. Dio un traspié, la copa cayó sobre la hierba, y los brazos de sir Richard se cerraron a su alrededor, igual que un cepo.

Los labios húmedos del baronet le rozaron la mejilla cuando volvió la cara en un último intento de esquivarlo, impotente.

En el embrollo que se había convertido su cabeza, solo tenía una cosa clara: carecía de la fuerza suficiente para evitar que sir Richard la besara a su antojo.

—Aléjate de ella, Milton.

La voz profunda resonó en el valle y la furia que destilaba prometía traer más oscuridad a la noche.

Capítulo 9

Ban sentía la ira latir en sus sienes al ver a Leonelle envuelta por los brazos de Richard Milton. Durante todo el día, la evidente cercanía de ambos le había molestado más de lo que estaba dispuesto a admitir y, al comprobar que ninguno de los dos había reaparecido en la fiesta, había acudido en su busca. Pero aquello era la gota que colmaba el vaso de su cordura.

Se lo merecía por haber tratado a Leonelle con rudeza y haberle arrojado a la cara que buscase un marido. Si fuera un buen hombre, dejaría que ella fuera feliz lejos de él. De hecho, concluyó con los dientes apretados, su leona parecía encontrase a gusto con el baronet. No había emitido ni un sonido de protesta, no se había movido un centímetro tras su llegada...

Pero no era un buen hombre, y el infierno cristiano se podía congelar antes que permitirles seguir en un abrazo de amantes.

—Apártate. Ahora.

Milton se despegaba de Leonelle con demasiada lentitud.

Y él no daría la orden una tercera vez.

Lo agarró por el cuello de la levita para volverlo hacia él y le asestó un puñetazo en la mandíbula que lo envió trastabillando al suelo. No pudo recrearse en la forma en la que Milton se restregaba el lado izquierdo de la cara, porque solo sus rápidos reflejos impidieron que Leonelle también diera con sus huesos en la hierba.

La sostuvo contra sí, sorprendido por su total falta de estabilidad.

—Bancroft.

El murmullo fue apenas un suspiro de sus labios llenos, cuyo tacto recordaba con todo detalle.

La miró con más atención y entrecerró los ojos al captar sus pupilas dilatadas a la luz de la luna tras el cobijo de las gafas. Se giró de nuevo hacia Milton sin soltarla, con la sospecha pintada en su rostro, pero su pie chocó con algo y se inclinó a recogerlo. La copa de champán ya no contenía más que algunas gotas adheridas a los laterales, pero la acercó a uno de los haces plateados que atravesaban los árboles y escrutó en su interior. Diminutos cristales en forma de prismas brillaron sobre el vidrio.

—Hijo de puta... le has dado narcotina. —Fueron más gruñidos que palabras.

Había creído que Leonelle consentía las sucias caricias de ese miserable ser cuando, en realidad, lo que había hecho era drogarla.

Milton ya se había incorporado, pero, al ver su expresión, dio la impresión de que estaba dispuesto a tirarse al suelo de nuevo.

—¿Qué... qué es la narcotina?

Leonelle hacía un esfuerzo enorme por enfocar la vista.

Ban la apretó más contra sí antes de responder:

—Es un derivado del opio.

Notó la rigidez que atravesó su cálido cuerpo, recostado contra él.

—Esa muchacha no hacía nada más que ir tras de ti, Bancroft. Dada tu reputación, pensé que te buscaba porque compartía nuestros pequeños vicios. —El baronet se limpió un hilillo de sangre que se escurría de su nariz—. ¿Qué culpa tengo por creer que ella también disfruta de un poco de diversión de vez en cuando? Casi se bebió la narcotina de un trago.

Ban apretó tanto la parte superior de la copa que esta se hizo añicos. Sin prestar atención a los cortes, levantó las agudas aristas que habían quedado y las apuntó hacia él.

—Márchate, Milton. Márchate antes de que te mate. Aunque desearás estar muerto si vuelves a intentar algo así o me entero de que le has contado una palabra de esto a alguien.

El hombre se escurrió entre los árboles sin añadir nada más.

—Jodida alimaña...

Ban tiró los restos de la copa al suelo y alzó a Leonelle en brazos; la acción narcótica de esa maldita sustancia era bastante débil, pero no sabía cuánta cantidad había utilizado Milton, y la mezcla con el alcohol la había dejado muy aturdida.

Caminó hasta un grueso tocón, que rodeó para sentarse con cuidado en el suelo, con ella en su regazo. La fiesta estaba en pleno apogeo; con suerte, no notarían su ausencia durante un rato más, hasta que se recuperara.

—Me siento fatal... —susurró Leonelle.

Tras un efímero titubeo, Ban se permitió apartarle algunos mechones castaños del rostro con mucha suavidad.

—Estabas más que avisada. —La brusquedad de su tono contrastaba con el roce cuidadoso con el que le acariciaba la cara, a pesar de que ya no había ningún cabello suelto allí. No debería tutearla ni tocarla, pero en ese momento no podía evitar permitirse muchas cosas que se había negado desde que volvieron a encontrarse.

—Te dije que mi mundo era peligroso —la reprochó pasado un tiempo en el que Leonelle pareció ir ganando lucidez a la misma velocidad que el enfado de Ban iba en aumento—. ¡No has tardado ni dos semanas en tener a un hombre adicto al opio pegado a tus faldas!

La joven alzó la cabeza de su hombro y lo atravesó con la mirada.

—Lo dice un experto en adormideras. —Fue la cáustica réplica.

—¿Crees que todo esto es un maldito juego? —La hostigó. Ella se revolvió y trató de ponerse en pie; sin embargo, Ban todavía no había terminado. No había acabado con la angustia que lo había golpeado con violencia al verla drogada en brazos de un hombre por su culpa—. ¿Eres consciente de lo que podría haber pasado por tu condenada terquedad?

El dolor relampagueó en sus iris dorados y se hizo eco en el pecho de Ban.

—No se atreva a hacerme responsable. —Lo golpeó en los hombros, aunque eso no evitó que el conde sintiera sus temblores y la abrazase con más fuerza.

—¿Te ha besado? —explotó Ban, de pronto.

—¿Qué?

Leonelle se detuvo lo suficiente como para que Ban enmarcase su pequeño rostro con las manos. La perforó con la mirada.

—¿El malnacido de Richard Milton ha conseguido besarte antes de que lo detuviera?

—Yo... —Leonelle retorció la tela de la levita que aún aferraban sus puños—. Creo que no.

Intenté con todas mis fuerzas que no me tocase, pero era incapaz de moverme.

La congoja al imaginar lo que podría haber pasado se apoderó de los dulces rasgos de Leonelle, velados por la noche, y su quedo sollozo volvió a Ban loco por completo.

—Shhh... —Trató de calmarla—. Ya estás a salvo, *sherani.* No dejaré que nada te ocurra.

Le acarició con suavidad los pómulos, y el efecto que había tenido su declaración iluminó los preciosos rasgos de Leonelle.

Entonces, se permitió algo que se había prohibido por encima de todo lo demás.

Rozó su boca en una caricia lenta, firme, para asegurarse de que fuera su sabor el que permanecía en sus labios.

Ban la estaba besando. No era igual que la última vez, cuando sus labios apenas se habían encontrado por unos segundos. Su boca, cerrada y cálida, presionaba sobre la de ella con un sentimiento profundo, uno que jamás había experimentado antes y que hacía vibrar su cuerpo. Por extraño que pareciera, la descarga eléctrica que había provocado su contacto había conseguido que Leo dejase atrás los últimos vestigios del narcótico y fuera plenamente consciente de la arrasadora sensación de estar entre los fuertes brazos de Ban. Protegida. A salvo.

Alzó las manos para colocarlas sobre las de él, que rodeaban sus mejillas con sumo cuidado, pero se apartó con rapidez al sentir algo húmedo y pegajoso.

Aunque ambos se estremecieron cuando perdieron el vínculo entre sus labios, Leo no tardó en recordar la copa que el conde había quebrado con sus propios dedos.

—Está herido... —murmuró, preocupada, mientras le giraba la palma izquierda en busca de los cortes que se había hecho con el vidrio.

—Nada es más importante que esto, Leonelle... —respondió él, justo antes de acercar su rostro de nuevo al de ella.

—¿Vas a besarme otra vez? —No pudo evitar pronunciar, rendida a sus emociones, embrujada por el momento.

—Parece que mis labios tienen la curiosa costumbre de querer vivir pegados a los tuyos, *sherani.*

La voz rasgada y oscura de Ban se coló por cada resquicio del cuerpo de Leo y la hizo estremecer. Antes de que pudiera recuperarse de la sacudida interna que le habían producido sus palabras, la boca del conde atrapó la suya con demoledora precisión, y emitió un quedo gemido de sorpresa y placer cuando el hombre atrapó su labio inferior en un dulce mordisco.

Si el mundo pudiera detenerse en ese instante...

—¡Por Dios bendito! ¡¿Leonelle?!

Pero el mundo continuaba girando y acababa de dar un vuelco de ciento ochenta grados.

La luz de un candil que apuntaba a su rostro le hizo daño en los ojos y le impidió ver a la persona que había graznado su nombre. Sin embargo, no fue difícil reconocer la voz de la señora Campbell tras esa interjección horrorizada.

Ban, aún pegado a su cuerpo, se había quedado completamente rígido, sin mostrar ningún tipo de reacción. Solo sus ojos se movían de una persona a otra de las que los rodeaban, porque la señora Campbell no había llegado sola. Leo también miró en derredor y se encontró con los rostros de Emily, George Campbell, Rose y del señor Paxton. Todos presentaban el mismo rictus ceniciento.

—Yo... —comenzó Leo, sin saber cómo iba a terminar la frase.

—Ni una palabra más, jovencita —la cortó el señor Campbell, antes de extender los brazos y ponerla en pie para apartarla del conde. Su rostro, tan bonachón por lo general, estaba contraído por la furia, aunque esta no iba dirigida directamente contra ella—. No sé cómo ha conseguido embaucar a la inocente Leonelle, Bancroft, pero ha traído usted el mayor deshonor a mi familia. Tenga por seguro que, si fuera mejor tirador, lo retaría a duelo para descerrajarle un tiro en plena frente.

La señora Campbell emitió otra exclamación ahogada, y Leo tragó con dificultad el nudo que se había apoderado de su garganta.

—Señor Campbell, por favor, puedo explicar esto.

Solo que no podía. ¿Iba a contar que sir Richard Milton había intentado aprovecharse de ella? Los Campbell sufrirían una apoplejía. Y, desde luego, era imposible borrar que habían sido testigos de cómo Leo se había entregado de buen grado a los besos de lord Bancroft.

Lo que le provocaba náuseas, sin embargo, era pensar que las noticias llegasen hasta Baipur. Que el buen nombre de sus hermanas también se viera arrastrado por el fango.

—¡Sabía que ese demonio iba a traer la desgracia sobre nosotros! —se lamentó la señora Campbell entre lágrimas. Daba la impresión de que se desmayaría en cualquier momento e, igual que si le hubiera leído los pensamientos, añadió—: ¿Qué le voy a decir ahora a tu hermana Carmentia y al gobernador Warwick? ¿Qué pensarán sobre la forma en la que te he cuidado? Tu reputación, tu futuro, están completamente arruinados.

—Siento... lo siento mucho. —Los restos del narcótico parecían haber convertido la lengua de Leo en algodón y notaba las mejillas húmedas—. Lord Bancroft no merece ser el único culpable. Mi comportamiento ha sido inaceptable.

Leonelle era una decepción constante, pero ahora había implicado a personas que le importaban de verdad.

—Calmémonos todos. —Emily trató de apaciguar el ambiente, a la par que dirigía una mirada entre triste y consoladora a Leo—. Quizá podamos encontrar una solución.

Tiritando por el frío y la ansiedad, Leonelle captó de soslayo que Ban se ponía en pie con movimientos elásticos, felinos. Había estado pendiente de ella en todo momento, y sus ojos verdes seguían ardiendo con la misma ferocidad que cuando la había besado, aunque Leo no habría sabido decir si era el fuego de la ira el que lo consumía por dentro. Su rostro, en cambio, era una máscara pétrea cuando habló.

—Solo hay una solución posible. La señorita Ingram está de acuerdo en que nos casemos, ¿no es así?

Leo no fue consciente de que había dejado de respirar hasta que sintió su caja torácica a punto de desmoronarse por mil puntos distintos.

Negar con la cabeza repetidas veces fue lo máximo que estaba dispuesto a permitirle su cuerpo.

Los Campbell, Rose y el señor Paxton comenzaron a hablar a la vez; y Leo se cubrió la cara con las manos, sin importar que las gafas se le clavasen con saña sobre la nariz.

Aquello no podía estar ocurriendo. Necesitaba unos minutos. No. Necesitaba los próximos cincuenta años de su vida para encontrarle sentido.

—¿Puedo tener un momento a solas con Leonelle?

La voz de Ban silenció todo excepto los latidos ensordecedores del corazón de Leo.

—Ni lo sueñe, Bancroft —respondió el señor Campbell con los dientes apretados.

Leo bajó las manos y se giró hacia el rostro crispado del tío de Emily.

—Le prometo que apenas nos alejaremos unos pasos, señor Campbell. Por favor. Se trata de nuestras vidas.

Quizá los cordones apretados del corsé eran lo único que la mantenía sujeta y de una pieza. El señor Campbell asintió con sequedad una vez, y Leo no perdió tiempo en separarse del grupo sin tocar ni un milímetro a Ban, que caminaba a su lado, hasta que llegaron a un punto en el que seguían estando a la vista, pero donde sería difícil escucharlos.

—Tiene que retirar su propuesta de matrimonio ahora mismo, lord Bancroft.

—¿Y por qué habría de hacer eso?

La calma con la que replicó consiguió que le entrasen ganas de romper algo.

—¡Porque usted no desea casarse conmigo!

—Que quiera o no no es la cuestión, pero es justo que te haga la misma pregunta. ¿Deseas casarte conmigo?

—¿Que esa no es la cuestión? —repitió Leonelle, no daba crédito a lo que estaba escuchando —. ¿Y cuál es, según usted?

—¿Puedes asegurarme que Oswald Paxton y su prometida guardarán silencio sobre lo que han visto?

Leo apretó los puños a ambos lados del cuerpo. No, no podía. Pondría la mano en el fuego por Emily y los Campbell, a pesar de que les haría todavía más daño pedirles que lo ocultasen, pero Rose y el señor Paxton eran casi unos desconocidos para ella. Bastaba un simple desliz de su parte para que se convirtiera en una paria, incluso aunque el conde de Bancroft negase el escándalo.

Suspiró apesadumbrada.

—Sabe que es imposible asegurárselo.

—Ahí tienes tu respuesta, señorita Ingram. Tu reputación pende de un hilo tan fino que el más mínimo movimiento lo cortará de cuajo.

—¿Y por qué habría de preocuparle mi reputación si hace unos días era usted quien amenazaba con destruirla?

No había acritud en las palabras de Leonelle, solo exponía lo que había sucedido entre ellos porque necesitaba saber. Quería entender por qué un hombre que no se vería afectado por las repercusiones de sus actos y que parecía dispuesto a llegar a donde fuera para guardar sus secretos aceptaría contraer matrimonio. Con ella nada menos.

—Hay una diferencia abismal entre... intentar disuadirte de que continuases indagando si temías ver comprometida tu reputación y dejarte caer entre la jauría de lobos que, sin duda, disfrutaría despedazándote. —Leo se estremeció ante las crudas palabras, y tan ciertas como que no tenía una opción mejor para salir lo menos perjudicada posible de todo ese monumental desastre—. Soy un conde. Y, por muy manchado y desgastado que se encuentre mi honor, todavía no ha desaparecido, Leonelle.

—Es muy caballeroso de su parte —se obligó a responder Leo—. Su postura es sensata y lógica y muy razonable. Y este es un arreglo sensato y lógico y muy razonable tras lo que hemos hecho. Y temo estar repitiéndome demasiado...

Y sensato, lógico y razonable no parecía suficiente en absoluto. ¿Cómo podía estar dudando siquiera en responder que sí a su propuesta de matrimonio? ¿Qué sería de ella tras acabar en la ruina? Pero, después de la calidez de los besos de Ban, toda esa situación era un páramo insoportablemente frío.

El conde se acercó tanto que Leo tuvo que alzar la cabeza para mirarlo.

—Además, acabo de prometerte que no dejaría que nada te ocurriese, *sherani* —murmuró con su cadencia más profunda e íntima—. Así que, dime, ¿te casarás conmigo?

Leonelle podría enumerar muchos motivos por los que convertirse en su esposa. Para asumir las consecuencias de sus actos, y que estos no repercutieran en las personas que más quería. Por Cam, que siempre se había sacrificado por ellas y quedaría destrozada por la caída en desgracia de Leo. Por Lemy, tan joven e inocente todavía, y que no merecía una vida marcada por los errores de su hermana. El inmenso alivio reflejado en los rostros de George y Heather Campbell ante la propuesta de lord Bancroft también era un poderoso acicate.

Lo que Leo evitaba preguntarse, después de la rugiente hoguera que Ban acababa de prender en su pecho con sus últimas palabras, era si lo hacía por ella misma.

—Me casaré con usted.

Capítulo 10

Poco tiempo atrás, antes de Simla, Leonelle había albergado el improbable anhelo de reencontrarse con Ban. Quería descifrar al brahmán que le había hecho un regalo cargado de significado y resolver el desafío que había quedado pendiente entre ambos. Y quizá, solo quizá, quería volver a experimentar ese emocionante cosquilleo en la piel cuando estaba cerca y ella era la única a la que dirigía el indomable verde de sus ojos...

Lo que había encontrado, en cambio, era a un noble que podía decir las palabras más perversas e hirientes y entregar los besos más dulces. Que parecía despreciarla y protegerla al mismo tiempo.

Había que tener cuidado con lo que se deseaba.

Porque en menos de una hora se convertirían en marido y mujer.

Y, a pesar de los fuegos artificiales que estallaban en todos los colores cada vez que la tocaba, lo que prevalecía en Leo en esos momentos era la enorme inquietud de saber que, si no conseguía que Ban confiase en ella, compartiría el resto de su existencia con un completo extraño. Uno que se escondía con total deliberación en medio de una vida disoluta.

Santo Dios, ¿dónde se estaba metiendo?

—Lord Bancroft ha hecho lo correcto, contra todo pronóstico. Y serás condesa.

Las palabras de aliento de Emily sacaron a Leo de su revuelto mar de desazón. Su intuitiva amiga no había pasado por alto el gesto preocupado de la joven mientras la doncella daba los últimos retoques al elegante peinado con el que se desposaría a las once en punto de la mañana. Emily, que no le había lanzado ni una sola recriminación, no se había apartado de su lado desde la noche anterior, cuando abandonaron el valle de Annadale en un silencio absoluto y cargado de tensión.

Dada la urgencia y la naturaleza del asunto, George Campbell y el propio Bancroft se habían reunido con el reverendo Jones, el párroco de la iglesia del Cristo, a primera hora de la mañana, y el hombre había accedido de inmediato a oficiar una rápida ceremonia en la más completa intimidad.

Sin invitados, banquete o felicitaciones. Sin que se anunciase siquiera su compromiso, solo una licencia especial que el poderoso y acaudalado conde de Bancroft había conseguido en un abrir y cerrar de ojos.

—Sí, ha hecho lo correcto —repitió Leo, incapaz, una vez más, de expresar lo que sentía.

De abrirse a Emily y contarle todo. Exactamente igual que cuando, un rato antes, consiguió arrancarle la promesa a su amiga de tener cuidado con sir Richard si volvía a verlo, sin entrar en

más detalles.

—Es la hora, querida.

Heather Campbell se adentró en la habitación cuyas vistas a los Himalayas Leo tanto había admirado, y observó con ojo crítico el precioso vestido color oro que Emily le había prestado con la mejor intención, como si ella fuera una radiante novia que llegase al último renglón de su cuento con final feliz. Pero Leonelle no se dejaba engañar. En realidad, era un comienzo plagado de incertidumbres.

No pudo evitar echar un vistazo a su propio reflejo en el espejo, la tela quedaba un poco tirante sobre sus pechos y sus caderas, algo más rotundas que las de la esbelta Emily. Las ojeras y la hinchazón de su rostro tras toda una noche sin dormir eran imposibles de disimular. Se encogió mentalmente de hombros ante lo irremediable y acompañó a los Campbell fuera de la residencia.

Se subieron al *doolie* y atravesaron Simla sin encontrarse con nadie que les dirigiera una mirada escandalizada o de censura, lo que fue un alivio. Habían pedido a Rose y al señor Paxton que no contasen nada, pero, conociéndolos, solo era cuestión de tiempo que la tórrida escena entre el disipado lord Bancroft y la extraña señorita Ingram corriese como la pólvora por toda la estación.

Entraron en la iglesia por una puerta lateral, igual que fugitivos, y no se detuvieron en la nave central, sino que accedieron a una pequeña capilla, con Leo del brazo del señor Campbell. El novio ya la esperaba junto al altar y, al detenerse frente a él, la joven toqueteó con nerviosismo los diminutos botones perlados que cerraban la manga en su muñeca.

Luego se reajustó las gafas para darse fuerzas y alzar la vista más allá de los pulidos zapatos de Fitzwilliam Elwood. Lord Bancroft... Ban. Fue subiendo por las piernas, fuertes y algo separadas, las caderas estrechas y el amplio torso, todo enfundado en un elegante traje negro. Y, por fin, llegó hasta su rostro. Él también la miraba a ella. Realizó el mismo recorrido desde la punta de los pies de su novia hasta el elaborado peinado, con una dilatada pausa en los pechos, que sobresalían sin remedio sobre el escote cuadrado. Un músculo tembló en su mandíbula, pero el conde no dejó translucir ningún otro pensamiento o sensación. Ni siquiera le dirigió la palabra.

Así que ese día volvía a ser el noble inabordable.

Un estentóreo carraspeo interrumpió la mutua exploración de los contrayentes, y, cuando el reverendo saludó a los presentes con una potente voz de tenor, Leo supo, sin lugar a duda, que el padre Jones era el mismo que había estado a punto de provocar una avalancha de nieve el año anterior con su homilía, tal y como había contado Emily.

El religioso le quitó una mota de polvo inexistente al Libro de Oración Común que reposaba sobre el atril, su guía espiritual y la de sus feligreses; lo abrió y pasó un huesudo dedo sobre las páginas hasta que dio con el texto que contenía el rito anglicano del matrimonio.

Una abrumadora pena sacudió a Leo al verse privada de la presencia de Cam y de Lemy en un momento como aquel, cuando las necesitaba más que nunca. Y la tensión le agarrotaba los músculos mientras aguardaba, expectante, a medio camino entre la resignación y el miedo, a que Ban anunciara que se retractaba de su decisión.

La vista se le emborronó, y estaba tan absorta en sus pensamientos, que al principio creyó que se trataba de una tímida ráfaga de aire, pero enseguida sintió un cosquilleo mucho más terrenal sobre su clavícula. Aturdida, permitió que el dedo índice de Ban se deslizase entre la tela dorada de su vestido y su piel, y que trazase un lento camino de fuego alrededor de todo su escote.

—Hace juego con tus ojos —murmuró el conde, impasible ante las reacciones sofocadas de

los Campbell y de la propia Leo. Si quería distraerla de sus oscuras cavilaciones, había tenido éxito.

—¡Lord Bancroft, contrólese! —bramó el cura, con el rostro congestionado—. Por suerte, uno de los propósitos del matrimonio consiste en evitar la fornicación entre los que carecen del don de la abstinencia. Y a usted, sin duda, le hace mucha falta.

Ban apenas desvió su atención hacia el padre Jones, indiferente a su rapapolvo.

—¿Y cuáles son los otros propósitos, padre?

El hombre pestañeó un par de veces, desarmado por su aplomo, antes de enfocarse de nuevo en el libro para darle una respuesta literal.

—La institución del matrimonio se fundó para procrear hijos y formar una sociedad mutua —declamó con profesionalidad— en la que ayudarse y reconfortarse entre esposo y esposa, tanto en la prosperidad como en la adversidad.

—Interesante —volvió a intervenir Ban, ante lo que recibió otra mirada asesina del pastor.

«¿Interesante? ¿Qué es interesante?», quiso gritar Leo, con las piernas temblorosas. ¿Compartir sus penas y alegrías? ¿La posibilidad de tener hijos?

Cuando llegó el momento de intercambiar sus votos le dio un vuelco el corazón, pero logró mantener la compostura. A pesar de que sintió un punzante tironcito en el pecho en el momento en el que prometieron amarse, respetarse y mantenerse fieles toda su vida.

—¿Disponen de alianzas? —demandó el reverendo Jones.

Los dos negaron con la cabeza.

El matrimonio había sido tan precipitado que Leo no debería sentirse decepcionada por ser una novia sin anillo. Tocó de forma inconsciente el espacio vacío en su dedo anular y soportó la pérdida de algo que nunca había tenido en realidad.

El padre Jones hizo un ruidito exasperación.

—Entonces, los declaro marido y mujer. Puede besar a la novia.

—¿Con moderación? —inquirió Ban, irónico, antes de ahuecar la mano sobre la nunca de Leo y atraerla hacia él. El masculino olor a sándalo la envolvió, y la impecable máscara aristocrática cayó por un momento para dejar expuesta esa parte indómita, abrasadora que siempre estaba latente en él. Misteriosa e irresistible como la tierra en la que se habían conocido. El brahmán y el conde se superpusieron por un extraño instante, antes de que tomase sus labios con exquisita delicadeza. Lo que Leo no supo interpretar era si se trataba del primer beso de un nuevo comienzo o de otra agridulce despedida.

Capítulo 11

Emily y sus tíos se aproximaron a los recién casados con expresión decidida. La señora Campbell todavía se limpiaba las lágrimas con la punta de un pañuelo de encaje que parecía haber absorbido ya unos cuantos litros del salado líquido. Leonelle prefería obviar que el llanto fuera más de desconsuelo que de dicha. Cuando llegaron a su lado, la formidable mujer le dio tal codazo en las costillas a su marido que le hizo soltar un quejido sobresaltado.

—Vamos, díselo —bisbiseó ella.

—Ya voy, Heather —rezongó el señor Campbell. Después, se ajustó la levita y se balanceó sobre los pies, visiblemente incómodo—. Eh, bien... Pues ya está hecho. Espero que sea un hombre de honor y cuide con devoción a su esposa. Doy por hecho que ya es consciente de lo afortunado que es al tenerla, lord Bancroft. Sin embargo, hemos pensado que nuestra Leonelle podría quedarse un tiempo más en Campbell Cottage, para que ella pueda acostumbrarse a este vertiginoso cambio de una forma más pausada.

El corazón de Leo se llenó de una enorme ternura ante el gesto.

—Entiendo que lo hace con la mejor de las intenciones, señor Campbell —contestó Ban—. Pero me temo que no va a ser posible. Le agradecería que pidiera a sus sirvientes que empaqueten y trasladen las pertenencias de lady Bancroft a mi residencia lo antes posible.

Leo dio un respingo al escuchar el título. Ahora era Leonelle Elwood, condesa de Bancroft, pero ese nuevo nombre sonaba ajeno, como si perteneciera a otra persona.

—No creo que... —comenzó a protestar la señora Campbell.

—¿Leonelle...? —Emily la tomó de la mano y la interrogó con la mirada, a la espera de su respuesta.

Leo no sabía cuál sería su porvenir a partir de ese momento, pero lo que no podía negar era que estaba unido al de Ban, y que no tenía sentido postergar lo inevitable y causar un enfrentamiento. Por muy tentador que fuera sentirse arropada por los Campbell, ya no era su responsabilidad cuidar de ella y verse involucrados en más problemas. Además, ¿no sería mejor que ese nuevo comienzo con Ban empezase con buen pie? O, al menos, intentar que así fuera. Quizá desde su posición como esposa, de verdad tendría posibilidades de ayudarlo a luchar contra lo que lo atormentaba.

Apretó la mano de Emily con cariño.

—Nunca alcanzaré a agradeceros lo suficiente todo lo que habéis hecho por mí desde que nos conocimos por primera vez. Y espero que jamás dudéis del profundo afecto que os tengo ni de los lazos que unen a nuestras familias. —Miró a Ban de soslayo y, para su alivio, este no hizo

ningún ademán de negar su última afirmación. Así que Leo se mordió ligeramente el labio y luchó por encontrar las palabras adecuadas—. Pero mi sitio ya no está en Campbell Cottage.

—Tengo la corazonada de que Leonelle, quien, por si no lo habéis notado, acaba de brindarnos el inestimable respaldo del condado de Bancroft, está más que preparada para desempeñar sus funciones como lady Bancroft —la atajó Emily, con una enorme sonrisa y los ojos presa de una sospechosa humedad—. Eres una maravillosa condesa.

Leonelle lo dudaba. Aunque era nieta del vizconde Graves, su padre había sido un plebeyo, las habladurías habían sido una constante en su vida y no sabía desenvolverse en sociedad, pero una Ingram no flaqueaba ante la adversidad.

Se dieron un sentido abrazo, al que se unieron enseguida los tíos de Emily.

—En ese caso, tendremos que apartarnos de ti. ¡Qué remedio, querida! —dijo Heather, apretándola contra su pecho—. Sabes que siempre serás bienvenida en nuestro hogar.

Emily aprovechó para susurrar en su oído:

—Apiádate de tu pobre amiga que necesita saber *absolutamente todos* los detalles de tu relación con lord Bancroft y programa tu visita a Campbell Cottage para mañana mismo.

Leo acababa de dejar escapar algo a medio camino entre un bufido y una carcajada, cuando la alta figura de Ban hizo sombra sobre ellos y le ofreció el brazo.

—Si nos disculpan.

Con la mano algo inestable, Leo se apoyó en el hombre que se había convertido en su marido, y ambos abandonaron la iglesia por la misma puerta lateral para subirse al *doolie* de lord Bancroft. El silencio en el interior del palanquín no era cómodo. Más bien era como la cegadora luz de un relámpago antes de que restallase el trueno.

Leo no pudo resistir estar callada demasiado tiempo.

—¿Cómo se siente después de haberse casado conmigo? —preguntó con genuina curiosidad.

No se habían visto desde la noche anterior y las únicas palabras que habían intercambiado habían sido las de la ceremonia.

—Creo que ya es perfectamente respetable que me tutees, *sherani*.

El pecho de Leo se estremeció cuando lo escuchó llamarla como solo él lo hacía. Su voz, en cambio, parecía algo hueca y se le veía cansado, con círculos morados bajo los ojos, a juego con los suyos.

—¿No va a... no vas a contestarme?

Ban apoyó el codo sobre el marco de la ventana abierta del palanquín y dejó descansar la mejilla sobre los nudillos flexionados. Su expresión alerta, sin embargo, desmentía esa posición desenfada.

—Antes tengo una pregunta que me gustaría hacerte.

—¿Por qué no me sorprende que eludas responder? —suspiró Leo—. Pero adelante, por favor, pregúntame lo que desees —lo animó un momento después.

Que estuvieran manteniendo algo parecido a una conversación civilizada era buena señal.

—Anoche estuviste a punto de rechazar mi propuesta de matrimonio y, por un momento, durante la ceremonia, parecías dispuesta a salir corriendo y no parar hasta llegar a Inglaterra. ¿Acaso no querías ser la esposa de alguien como yo?

—¿Qué quieres decir con «alguien como yo»?

A Leonelle no le gustó la manera tan específica en que había formulado la frase ni lo que daba a entender.

Hubo una brevísima pausa antes de que él continuara.

—No finjamos que ninguno de los dos sabe lo que se comenta de mí a mis espaldas. Que soy un indeseable, un desgraciado sinvergüenza que no merece el título de conde porque lo más seguro es que por mis venas corra una sucia mezcla de sangre británica e india.

El tono era frío, indiferente, pero eso podría significar lo mucho que había ensayado hasta lograrlo.

Leo se esforzó en no sentirse insultada por las conclusiones tan equivocadas a las que parecía haber llegado Ban. Se inclinó hacia delante en el asiento, para que su marido no perdiera detalle de lo que iba a decir.

—No es la primera vez que me echas en cara que solo te prefiera como británico y no como hindú, pero jamás te juzgaría por tus orígenes. Tampoco en Baipur.

—Ahora eres tú quien está eludiendo contestar. ¿Te arrepientes de que nuestros caminos se cruzaran y haber terminado casada conmigo?

Leo meditó un instante lo que diría porque esa respuesta era demasiado crucial para ambos. Instante en el que él también pareció inclinarse hacia ella. Impaciente.

—Aún es pronto para contestar a eso —se sinceró—. Pero todo dependerá de tu comportamiento hacia mí. Ni mucho menos de tu ascendencia.

Algo parecido a la incredulidad y la esperanza brillaron en el rostro de Ban, para después apagarse y dejar paso a unas sombras que erizaron la piel de Leo.

—Entonces, ya tengo la respuesta —repuso, antes de girar la cabeza hacia el paisaje de Simla.

Leonelle no tuvo ocasión de añadir nada más, ya que el vaivén del *doolie* se paró en seco frente a Silver Oak Cottage, la casa que Ban había alquilado en la estación, y este se bajó de un salto para luego ayudarla a descender. El pensamiento que se coló en la mente de la joven nada más poner un pie en el recibidor fue que, aparte de la propiedad en el norte de Inglaterra, no tenía ni idea de si el conde poseía una residencia en la India, o si vagaba de un lado a otro allí donde lo llevara su antojo. No conocía nada de él ni, tampoco, cuál sería su nuevo hogar.

Ambika apareció enseguida, con una sonrisa de alegría pintada en sus armoniosas facciones.

—Enhorabuena, lord *sahib*, lady *sahib.*

Leo solo atinó a curvar un poco los labios, en una pálida imitación del gesto de la doncella, y Ban fingió no haberla oído.

—Si deseas retirarte a descansar —dijo en cambio el noble—, Ambika te ayudará en lo que necesites. Mañana a primera hora contrataré a dos doncellas más y a cuatro sirvientes para que puedan atenderte con mayor comodidad.

—¿Seis sirvientes para mí sola? No sabía que, al convertirme en condesa, también me había transformado en un objeto de cristal.

—Eso es que no conoces a muchas condesas —ironizó él—. Pero la razón principal por la que los contrataré es para que te escolten en el camino de vuelta a Baipur.

—¿Regresar, en singular? ¿Sin ti? —inquirió, tirante.

Ban también estaba muy serio y ladeó la cabeza hacia la mujer india.

—Ambika, déjanos solos.

—*Haan*, lord *sahib* —asintió la doncella, antes de desaparecer en el interior de la casa.

El conde se cruzó de brazos y apoyó las caderas sobre una mesa baja que estaba al lado de la puerta.

—Mi estado civil ha cambiado, Leonelle, pero el resto de mis circunstancias, no. En dos, tres días a lo sumo, cuando los preparativos estén listos, emprenderás el viaje para volver junto a tus hermanas y el gobernador Warwick.

—¿Y ya está? —lo acusó, sacudiendo la cabeza—. ¿De verdad vas a seguir con tu obcecación en mantenerme lejos incluso estando casados? Sé que lo nuestro no es un matrimonio corriente, pero ¿qué hay de lo que quiero yo?

Ban apretó los labios en una fina línea y un músculo tembló en su mejilla. Pero no habló.

—No me marcharé.

Ban descruzó los brazos y se alzó ante ella.

—En efecto, eres mi esposa —gruñó—. Y preferiría que no hicieras las cosas más difíciles.

Si Ban suponía, siquiera por un segundo, que cedería y se doblegaría a sus instrucciones como un dócil animalito, se equivocaba de parte a parte.

—Eres mi esposo. Hace menos de dos horas que has jurado respetarme y ya quieres exiliarme. Como si yo fuera algo que esconder bajo el felpudo, milord —bufó.

—¿Y qué es lo que quieres, Leonelle?

Leo quería que hubiera un plural. Un «nosotros» desde el que poder empezar a construir algo que no estuviera repleto de secretos, suspicacias y arrepentimientos.

—¡Esto no! —exclamó, poniéndose de puntillas para intentar estar a su altura—. ¿Cuál será la próxima humillación? ¿Dejarme sola en nuestra noche de bodas?

La joven no sabía por qué había tenido que decir precisamente eso. Pero algo cambió en las atractivas facciones de Ban. La miró con aquella expresión que hacía temblar las piernas de Leonelle y provocaba ese desconocido latido entre sus muslos que sentía solo con él. A pesar de él.

—¿Una noche? ¿Eso es lo que quieres? —susurró con voz ronca, antes de tomarla por la cintura—. No me tientes a empezar todo lo que deseo hacer contigo, *sherani*. Ni siquiera me bastarían siglos para saciarme de ti...

Capítulo 12

Ban sabía que era un cabrón egoísta. Lo había sido siempre. Como, por ejemplo, cuando se dedicó a recorrer durante unos años el continente europeo tras una dama que lo había encandilado, sin pensar en nada ni en nadie más.

Y lo demostró otra vez ese día, al tomar por esposa a Leonelle Ingram porque no podía soportar que no fuera para él. No podría decir qué lo atraía más de ella. Si su carácter directo y testarudo o su inteligencia. Si ella supiera el efecto que tenía en su cuerpo cuando hablaba con su preciosa boca de intelectual... O puede que fuera la manera en la que abandonaba esa especie de burbuja tras la que se refugiaba y se entregaba a todas las emociones únicamente cuando estaba con él. Había sido así desde el primer momento en que la vio. Pero lo que lo volvía loco sin remedio era tenerla en sus brazos. Tal y como estaba ocurriendo en ese instante. Con su cuerpo pegado al de Ban y los ojos ambarinos brillantes tras los cristales. Tanto de enojo como de excitación, estaba seguro.

Lo más peligroso de su leona, en cambio, era que le hacía creer. Creer que no todo se había derrumbado a su alrededor. Que no todo estaba perdido y que algún día podría saborear algo parecido a una vida feliz. La pregunta clave era: ¿cuánto tardaría en conseguirlo? ¿Meses, décadas? O tal vez nunca, porque no lo merecía. Y, aun así, había arrastrado a Leonelle con él. La mantendría esperando en la oscuridad por puro egoísmo.

Al menos evitaría que sufriera cualquier daño. Jason Warwick cuidaría de ella tan bien como lo había hecho hasta entonces. No solo como gobernador de Merala, sino como el soldado experimentado que era.

Y él también debía protegerla. Incluso de sí mismo.

Exhaló un hondo suspiro que agitó los mechones castaños que caían sobre la sien femenina, y peleó con todo su ser contra la pasión que lo dominaba, temiendo perder. Pero no le haría el amor para alejarse después.

Más tarde se preguntaría cómo logró la tremenda hazaña de depositar un beso suave en la frente de Leonelle, en lugar de reclamar sus labios con todo el fuego que ardía en su interior. La estrechó contra sí una última vez antes de soltarla, a la espera de alguno de sus comentarios incisivos o extravagantes. Lo que hizo su mujer, en cambio, fue llevarse la mano al lugar donde la había besado para, después, dirigirle una mirada triste que Ban sintió como un zarpazo en el pecho.

—Te agradecería que, por una vez, no te burlases de mí. Aunque supongo que te debe resultar muy conveniente que quede reducida a una ingenua incapaz de reaccionar con sensatez cada vez

que empleas tu infalible experiencia de seductor conmigo.

Ban no refutó lo equivocada que estaba. Puede que fuera mejor así.

Tan solo apretó los puños cuando ella lo rodeó y lo rozó con el vestido de novia al pasar por su lado. Era su diosa Atenea, hecha de marfil y oro, de tinta y de batalla. Y quedó cegado por su brillo hasta que su esposa desapareció por la puerta que había utilizado Ambika.

—Por favor, no llore, *memsahib.*

—No estoy llorando —negó Leo a la doncella con un delator hipido, desde el escritorio frente al que se hallaba sentada.

La habitación que Ambika le había preparado en Silver Oak Cottage era muy parecida a la que había ocupado en la residencia de los Campbell, con muebles rústicos y confortables, y una privilegiada perspectiva de los Himalayas también. Lástima que no la fuera a disfrutar con el mejor ánimo.

Al parecer, el conde no había abandonado la casa, pero no lo había visto desde la discusión de esa mañana. Incluso se había excusado a la hora del almuerzo, así que Leonelle se había quitado el precioso vestido de Emily, y había preferido quedarse en su cuarto lo que restaba del día, en camisón, puesto que solo estaría en compañía de Ambika.

Trabajar en su libro de viajes solía conseguir que se evadiese de su alrededor, pero sus primeras y desastrosas horas como mujer casada harían aflorar lágrimas a ojos de cualquiera.

Apenas llevaba un párrafo cuando sonó un golpe en la puerta y el conde entró sin esperar respuesta, sorprendiendo a las dos mujeres de la estancia.

Leo se ruborizó y trató de cubrir el cuaderno con una mano y a ella misma con la otra, no sabía cuándo le hablaría de su proyecto, o si lo haría en absoluto si continuaba actuando como un cretino, así que no quería que lo descubriese de esa manera. Pero Ban no le prestó ni la más mínima atención a lo que había encima de la mesa. Estaba demasiado ocupado captando todos y cada uno de los detalles de su aspecto, desde el cabello apenas recogido hasta la pierna doblada bajo su cuerpo y que hacía que la tela arrugada del camisón le dejase las rodillas al descubierto. La vista debía de engañarla porque le pareció que las mejillas de su marido también se habían oscurecido un poco. Él emitió una pequeña tos antes de hablar.

—Voy a salir. Me he acercado a comprobar si necesitabas algo.

—No. Gracias —respondió con voz aguda mientras tiraba de la tela.

Ban asintió una vez con la cabeza y se marchó de la habitación, y Leo quiso darse de cabezazos por no haberle preguntado a dónde iba.

Se puso la bata y las zapatillas, y salió tras el conde con Ambika pegada a sus talones. Pero una nueva llamada a la puerta, esta vez la de la entrada, la hizo detenerse en seco. Era imposible ver lo que ocurría en el recibidor sin que la descubrieran en ropa interior, por lo que se ocultó en el pasillo en sombras.

Una voz familiar y poco grata se coló en sus oídos y la puso en alerta.

—Querido, te extrañaba. No te he visto en todo el día —ronroneó lady Shelton, y Leo sintió que una pesada bola se le formaba en el pecho.

Aguardó a que Ban le informase de los interesantes acontecimientos que habían ocurrido en ese preciso día, y que lo habían mantenido ocupado. Aguardó a que le dijera, por ejemplo, que ahora era un hombre casado.

—Caroline —saludó el conde, en cambio, como si su flamante esposa no estuviera bajo el

mismo techo que ellos—. Me preparaba para visitarte.

Leo se tapó la boca con las manos para evitar que ningún sonido saliera de esta, aunque la bola de malestar dentro de ella se había transformado en púas afiladas que se le clavaban por todas partes, entre las costillas, en la garganta, tras los párpados.

—Lo cierto es que tengo noticias que no podía esperar a contarte, ¿sabes? Pero ni siquiera me has recibido con un beso, así que creo que debería hacerte sufrir un poco.

—Hoy no estoy para juegos —replicó él, cortante.

—¡Vaya! Así que es una de esas ocasiones en las que estás de humor de perros. Lástima... —suspiró la dama—. Está bien, te lo revelaré. Él está en Patna.

—¿Ya ha llegado? —La voz de Ban sonaba extraña, ansiosa. La madera del suelo crujió, y Leo supuso que el conde se estaba paseando con nerviosismo sobre él—. ¿Estás segura?

—Me ha enviado una carta de su puño y letra. Se quedará unas semanas allí, y luego vendrá a Simla. Así que todavía podemos disfrutar de algo de tiempo juntos —dijo con una risita coqueta que le causó auténticas náuseas a Leo—. Aunque me temo que no podrá ser esta noche. La muy ladina de lady Grimes me embaucó para que patrocinase una velada musical en mi casa. Pero descuida, querido. Te lo compensaré en cuanto pueda.

Se escuchó el frufrú de la ropa, como si se estuvieran abrazando, y Leo se sacudió igual que si la hubieran abofeteado. Apretó los puños y se enfocó por completo en la pura rabia que la dominaba.

Su esposo había planeado pasar su noche de bodas con su amante y había sido tan cínico como para asegurarle que no le bastarían siglos para saciarse de Leonelle.

Cerdo. Repugnante y desleal reptil. No. Estaba segura de que los reptiles tenían más lealtad que él.

La puerta se cerró con la partida de lady Shelton y Leo se preparó para arrojarle todo eso y más a la cara, pero los pasos de Ban de vuelta hacia el pasillo no llegaron.

La joven se asomó y vio que el conde se había quedado inmóvil frente a la puerta, con los dedos tan apretados en torno al pomo que se le habían quedado blancos. ¿Remordimientos? Casi se le escapa una carcajada hiriente. Más bien, echaría en falta a lady Shelton.

Muy bien. Si tenía que ser ella quien se acercase, lo haría.

Solo que Ambika la detuvo con sus ojos oscuros llenos de agitación.

—No es lo que usted cree, *memsahib* —susurró con urgencia.

La doncella india estaba tan pálida que Leo la sujetó por los antebrazos.

—Ambika, ¿qué te ocurre? —consiguió preguntar en el mismo tono apenas audible.

—¿Podemos volver al cuarto, *memsahib*, por favor?

El ruego fue acompañado por un gesto de dolor y una mano sobre la sien.

—Yo...

Leonelle recordó el golpe que Ambika había recibido en la cabeza durante el accidente de carruaje y no le quedó más remedio que ceder a regresar a la habitación con ella, con la sensación de que iba a explotar desde dentro.

—¿Te encuentras mal?

La joven india no la miró a los ojos, sino que toqueteó la punta de su trenza con nerviosismo y cierta culpabilidad.

—Estoy bien, *memsahib*, tan solo deseaba evitar una discusión. Le prepararé un té que le ayude a serenarse y...

—¡¡Ambika!! —El potente grito del conde interrumpió a la doncella en seco.

—Parece que lord Bancroft requiere amablemente tu presencia —dijo Leo, a la vez que se pasaba la palma por la frente. Hasta su propia doncella fingía, pero el desasosiego de Ambika había sido muy real... Levantó la cabeza con brusquedad—. A no ser que temas acudir...

Ambika abrió mucho los ojos, claramente ofendida.

—Le aseguro que no hay nada que temer de lord *sahib*.

Leo ya no aguantaba más. La ira y la humillación burbujeaban en ella como un caldero hirviendo.

—Entonces, ve con él. —La conminó a la vez que apartaba una lágrima de un manotazo.

Ambika vaciló un segundo, antes de asentir.

—Regresaré enseguida, *memsahib*.

En realidad, a Leo no le importaba demasiado cuándo volvería la doncella. Tantas cosas bullían en su cabeza, y todas tan desagradables, que trataba de no pensar en ninguna en concreto. Estaba exhausta, pero se sentó una vez más frente al escritorio y escondió la cara entre los brazos cruzados.

Debió quedarse medio dormida, porque no se enteró de que Ambika había regresado al cuarto hasta que no percibió el calor del fuego que había encendido en la chimenea y la aromática fragancia del té.

—*Memsahib*, tengo un mensaje del lord *sahib* para usted.

Leo se incorporó en la silla, a la espera. ¿Con qué más la iba a deleitar su esposo en esa fecha inolvidable?

—Mañana partirá muy temprano hacia Patna, por lo que yo me encargaré de presentarla al personal que usted desee contratar. También ruega que le transmita que, en caso de no verse, le desea un agradable viaje de vuelta a Baipur.

Leonelle estuvo a punto de expresar en voz alta que ella le deseaba un agradable viaje de vuelta al Infierno de donde se había escapado.

—¿Así que ha decidido que a ti también puede desterrarte junto a mí? —se limitó a decir.

Ambika cambió el peso de un pie descalzo a otro.

—No, *memsahib*, yo me reuniré con el lord *sahib* en Patna dentro de unos días. Tan solo me quedo para cerciorarme de que usted parta en las mejores condiciones.

Leo agudizó la vista y trató de poner en orden sus ideas. No sabía nada sobre la relación que unía a Ban y a Ambika, pero estaba claro que era muy estrecha. Donde estaba el uno siempre parecía estar el otro. Apartó otra dolorosa punzada de decepción de la que su marido no era digno en absoluto, y se dirigió a la doncella.

—Entiendo. ¿Irá a Patna a supervisar su almacén de opio? Porque es allí donde tenía planeado comprarlo, si no recuerdo mal. ¿Y tanta prisa tiene por reunirse con esa misteriosa persona que, imagino, no es otro que el esposo de lady Shelton? Estoy sorprendida, supuse que querría apurar los últimos días de soledad con su amante.

—No es...

—Ambika —la atajó ella con una mano alzada y el rostro muy serio—, te pido que no intercedas por lord Bancroft. Te recuerdo que me encontraba en el pasillo contigo.

—Él no quiere que le ocurra nada malo, *memsahib*. Aunque... Aunque yo tampoco estoy de acuerdo en su proceder.

Leo se puso en pie y se reajustó las gafas ¿Qué iba a hacer? No tenía fuerzas ni para pensar.

—Quizá lord *sahib* me estrangule por lo que voy a decir si se entera. Pero yo no me perdonaría nunca, ahora que todavía están juntos, que pensara lo peor de él. —El cuarto se quedó

en silencio un momento—. Todo lo que hace lord *sahib* es a causa de Nasir Al-Musavi. —El cuello de Leo se alzó como un resorte, impactada por la confesión. Las pulseras que Ambika llevaba en las muñecas tintinearon cuando juntó las palmas en señal de súplica—. Pero no me fuerce a contarle más, se lo imploro.

«¿Al-Musavi?». Leonelle se llevó los dedos a las sienes, que comenzaban a palpitarle. Nasir Al-Musavi era el actual soberano de Merala, cuyo nombramiento como nabab se había producido cuando Leo y sus hermanas acababan de llegar a la India. Que el primo de Leonelle, quien fuera gobernador en aquel entonces, hubiera tomado esa decisión había causado un enorme alboroto y disconformidad. Los dos motivos para ello eran de peso. En primer lugar, unos cipayos sublevados habían asesinado muy poco tiempo atrás a toda la familia real de Merala, según se decía, por su abierta aceptación de los ingleses en sus tierras. Entre las víctimas de la terrible masacre se encontraba el propio marajá Moolam Pagri y todos sus herederos, y el pueblo aún no se había repuesto de semejantes pérdidas. Y, en segundo lugar, el gobierno en el estado nativo había pasado a manos de un regente de creencias musulmanas tras ser ostentado por hindúes durante generaciones.

Leonelle había visto al nabab una única vez, pero su cercanía le había puesto los pelos de punta. Por no hablar de que la presencia británica en Merala era más precaria que nunca, y su cuñado Jason tenía que lidiar con esa explosiva situación. Pero ¿qué relación tenía Ban con Al-Musavi como para que condicionase sus acciones?

—¿*Memsahib*? —la llamó la doncella india con voz vacilante.

—Necesito descansar, Ambika. Puedes retirarte —musitó, mientras se quitaba las gafas y se frotaba los ojos con la otra mano.

No presionar a Ambika para que le diera más respuestas era una de las cosas más difíciles que había hecho nunca.

—¿Está segura? —En el rostro de Ambika se mezclaban el alivio y cierto malestar por no cumplir con su trabajo si la abandonaba.

—Me tomaré el té que has traído e intentaré dormir —aseguró Leo.

—Como desee, *memsahib.*

La doncella le acercó la taza, aún humeante, y se retiró. Leo dio un sorbo reconfortante y contempló las maletas que todavía no había deshecho. Luego dejó que su vista vagase hasta el cuaderno. Páginas en blanco. Todo lo que tenía por delante con Ban eran páginas en blanco y ella iba a decidir qué escribir. Fuera como fuese, también iría a Patna.

Los posos del té dulce con cardamomo y jengibre se habían enfriado hacía mucho cuando el reloj de entrada de la casa dio las cuatro y media de la madrugada. Leonelle no estaba en la cama, ni mucho menos en camisón, a pesar de lo intempestivo de la hora. Se había vestido con su traje de montar gris, incluso se había colocado el gracioso gorrito sobre la melena castaña recogida en un moño suelto, y daba paseos de la puerta al tocador y viceversa, a la espera de cualquier ruido que indicase que Ban estaba despierto. La habitación del conde no estaba muy lejos de la suya, así que no tardó en oír unos pasos que pasaban por delante de su cuarto y tiró del pomo para abrir la puerta de golpe. Ban, también vestido de forma impecable para viajar, llevaba una vela en la mano cuya llama se agitó al volverse hacia ella.

Repasó de arriba abajo su vestimenta y encajó la mandíbula.

—Es muy temprano. ¿Vas a alguna parte, *sherani?*

—En efecto, milord. Me dirijo a Patna.

Ban expulsó el aire por la nariz de forma bastante audible y entró en el cuarto. Dejó la palmatoria manchada de cera sobre el tocador y se enfrentó a Leo.

—No vas a acompañarme a Patna. Eso está fuera de toda discusión.

—Coincido en que es inútil discutir algo obvio. Voy a ir —sentenció, retándolo con la mirada a intentar impedírselo. Él, desde luego, recogió el guante.

—Leonelle. —Su nombre fue más bien un trueno en el pecho masculino—. No te quepa la más mínima duda de que pondrás rumbo a Baipur, aunque tenga que ser maniatada.

—Hazlo —replicó con un hombro alzado, impertérrita. El conde no tenía por qué saber que su corazón le golpeaba con fuerza contra las costillas—. Ordena a tus sirvientes que me aten de pies y manos, pero, cuando llegue allí, no habrá nada que me impida tomar un *dak gari* de vuelta al norte.

—No serías capaz de cometer semejante locura. —La afirmación de su marido no era nada convincente. De hecho, por su expresión alterada, era evidente que sí la creía más que capaz de hacerlo.

Leo se aferró con uñas y dientes a esa ventaja que tenía sobre él al pillarlo desprevenido.

—No es nada extraordinario. Muchas mujeres, incluso niños, tienen que usar ese medio para reunirse con sus familiares. Yo misma lo he utilizado con la señora Campbell y Emily para llegar a Simla. Y volvería a hacerlo, no lo dudes, aunque me obligases a llegar a lo más recóndito del Indostán. —Su tozudo esposo estaba abriendo la boca para hablar, pero Leo lo detuvo. Iba a jugar su última baza—. Además, me pregunto si te preocuparía que en Baipur todo el mundo supiera que me he casado con un hombre que es brahmán y conde a la vez.

Leo inhaló muy hondo, temblorosa. En realidad, había meditado horas y horas sobre cómo iba a actuar, pero no había contado con lo mucho que le dolería ver la angustia en los rasgos del conde. Tanto, que estuvo a punto de retractarse de todo. No lo hizo, porque Ban la había puesto en una situación muy complicada, y jamás habría podido escoger el camino sencillo. Ese en el que regresaría al estado de Merala, con su familia, y fingiría que nada de esto había ocurrido hasta que un día su marido se dignase a aparecer de nuevo. Si es que lo hacía... No. Esa no era la dirección para ella. No soportaría vivir escondida, y sin saber si había un posible riesgo con Al-Musavi tan cerca de sus hermanas y de Jason. Si ese peligro también habría alcanzado a Ban y ella nunca se enteraría.

Él la atravesó con la mirada y dio unas palmadas que restallaron como cañonazos en el silencio de la madrugada.

—Enhorabuena, esposa, acabas de chantajearme. Qué pronto has aprendido el dulce y traicionero arte del matrimonio. —Luego giró la cabeza hacia las dos bolsas alineadas junto al marco de la puerta y su boca se torció en un gesto sardónico—. No será necesario que te diga que prepares tus cosas, ¿verdad?

Sin esperar una réplica, el conde recogió la vela y se acercó al umbral en dos zancadas. Apoyó la mano libre en la madera y volvió medio cuerpo hacia ella.

—Tú lo has querido. Partimos ya.

Más que sus palabras bruscas, ominosas, a Leo le afectó ver que esa especie de brillo que la acariciaba cada vez que posaba sus ojos esmeralda en ella se había empañado, como si la joven se hubiera encargado de sofocar su luz.

Capítulo 13

Patna, mediados de marzo de 1860

Los condes de Bancroft, junto con Ambika, tardaron ocho largos días en alcanzar su destino al este del país. Habían llevado un ritmo constante, incansable, tanto en *dak gari* como a caballo, con monturas de refresco en las que cargaban sus pertenencias. Partían en la oscuridad, iluminados por antorchas, aproximadamente una hora antes de cada amanecer para evitar el calor el mayor tiempo posible, y no se entretenían en los grandes núcleos de población. Tan solo habían hecho una parada más prolongada para descansar en Lucknow, a medio camino entre Simla y Patna. La residencia británica de la ciudad era célebre por haber resistido a los ataques del motín indio de 1857; y por Henry Thomas Kavanagh, un civil irlandés que se disfrazó de cipayo rebelde y cruzó las filas enemigas para contactar con la fuerza de socorro, a la que guio a través de las enrevesadas calles hasta donde sus camaradas soportaban el cruento asedio. A pesar de lo dolorida y agotada que se sentía por cabalgar tantas horas, Leo realizó un colosal esfuerzo por empaparse de la historia y los monumentos de Lucknow y escuchar con mucha atención todo lo que Ambika aportaba.

Ban, en cambio, apenas le había dirigido la palabra durante todo el viaje. Cuando ella iba en *dak gari*, él montaba a caballo y viceversa. Dormían en habitaciones separadas y parecía haberse abierto un abismo difícil de salvar. Por regla general, si tenía algo que comunicarle, el conde lo hacía a través de la doncella india, y más de una semana después de su partida de la estación de montaña, su fría actitud no había cambiado ni un ápice.

—*Lord sahib* ha pedido que se quede en la habitación a descansar mientras él trata los asuntos que ha venido a solucionar a Patna —dijo Ambika, nada más adentrarse en el cuarto que ocuparía Leo en la nueva casa que había alquilado el conde para su estancia.

El reloj dio las diez y media de la mañana. Leonelle casi no se movió, con todos los músculos del cuerpo agarrotados y con la sensación de que, si cerraba los ojos, podría dormir un año entero.

—¿A dónde ha ido lord Bancroft?

—Al club de caballeros Bankipore, *mem.*

Leo nunca había oído hablar de ese club ni de tantos otros elementos británicos que se habían implantado en la India. Aunque lo que quería preguntar a Ambika en realidad era si los asuntos del conde estaban relacionados con el almacén de opio. No lo hizo porque sabía que sería en vano. Aunque Leo había respetado la confianza de Ambika al no hablarle a Ban de Al-Musavi, la doncella se había vuelto mucho más cauta que antes y la miraba con una especie de disculpa en

sus penetrantes ojos negros. Además, ese día, la preciosa piel oscura de la mujer presentaba un aspecto cetrino, atribuido sin duda al cansancio acumulado, y no había necesidad de importunarla más.

Leonelle agradeció que la ayudara a quitarse el traje cubierto de polvo rojizo del camino y esperó a que Ambika regresara con un poco de agua para poder deshacerse del resto del polvo que se había adherido a su piel acalorada. Mientras aguardaba en ropa interior, barruntó sobre la inexistente relación que mantenía con su esposo. Aunque seguía dolida por lo ocurrido en su noche de bodas, lamentaba que, ahora más que nunca, fueran dos extraños que recelaban el uno del otro. Esa situación se le hacía insoportable, pero no sabía cómo hacerla cambiar.

Ambika regresó unos diez minutos después con una delicada jarra esmaltada con pavos reales, a juego con la palangana de la que Leo haría uso. La doncella vertió el líquido con manos muy inestables, que salpicaban de gotitas la mesa sobre la que reposaba el recipiente y la madera bajo sus pies.

—Ambika, ¿te sucede algo? —inquirió Leo, preocupada.

—*Nahin* —negó ella agitando la cabeza—, perdone mi torpeza, *memsahib* —dijo de forma atropellada antes de girar hacia la salida. Pero la frágil jarra se le escurrió de entre las manos y se hizo añicos sobre el suelo.

Con una exclamación de disgusto, la mujer india aferró su sari color ocre y se arrodilló para recoger los pedazos. La larga trenza le caía sobre el hombro izquierdo y los mechones sueltos ocultaban sus facciones, pero Leo se agachó a su lado para ayudarla, a la par que trataba de ver su expresión.

—¡No se acerque, *memsahib*, podría cortarse! —barbotó la doncella, alarmada.

Leo hizo caso omiso y le sostuvo las manos con un ligero apretón para que la mirase.

—Si me cuentas lo que te sucede, quizá podría ayudarte.

Ambika tragó saliva visiblemente, con la duda pintada en sus labios apretados.

—Es imposible que pueda ayudarme, *mem* —respondió, al fin. Debió de leer la decepción en la cara de Leonelle, porque le devolvió el apretón y continuó—: La esposa de mi primo podría estar en Patna. Pero la incertidumbre de no saberlo con seguridad me produce una tremenda inquietud.

—¿Hace mucho que no os veis?

—Más de un año.

Eso era mucho tiempo.

—¿Tu primo también podría estar en la ciudad? —Se interesó Leo. Comprendía perfectamente que la doncella estuviera ansiosa por ver a los suyos.

—No tengo más familia que ella, *memsahib*. —Lo dijo con una resignación desgarradora que conmovió a la joven condesa en lo más hondo.

—De acuerdo, esto será lo que haremos —anunció antes de ponerse en pie—, dame unos minutos para cambiarme y saldremos a buscarla.

Ambika también se incorporó.

—No podemos, *mem*, sería como buscar una aguja en un pajar. —Era obvio que luchaba por recuperar su apacible compostura—. Además, lord *sahib* está al tanto y traerá noticias en cuanto pueda.

«Cómo no». Ban parecía saber cada detalle de todo y de todos. Menos sobre cómo entenderse con su esposa. Leo se quitó las gafas, las frotó con la suave tela de su camisola para quitarles algo de suciedad y no tardó en volvérselas a ajustar.

—Está bien, entonces solo saldremos a dar un paseo —propuso. No solucionarían ninguno de sus problemas volviéndose locas entre esas cuatro paredes.

—Pasear es una actividad perfectamente apropiada —ponderó Ambika con gesto especulativo.

—Desde luego que sí —replicó Leo, con una gran sonrisa.

Las dos mujeres no tardaron demasiado tiempo en perderse por las bulliciosas calles de Patna.

Cobijada en el regazo del Ganges, la ciudad había sido un floreciente enclave comercial desde los tiempos del Imperio gupta, propulsor del hinduismo, y también del islámico Imperio mogol. Dos fuerzas eternamente enfrentadas, que habían dejado en ella su marca en forma de hermosos templos y mezquitas. Con la llegada de la Compañía Británica de las Indias Orientales, la construcción de fábricas, minas y plantaciones de índigo la convirtió en una de las metrópolis más grandes y prósperas del este del Indostán; y, sobre las aguas de río sagrado, navegaban barcos repletos de sedas, calicós y minerales, que tenían como destino final la lejana Europa. Pero el negocio más lucrativo para la Corona era el del opio, que se manufacturaba en los numerosos almacenes destinados a su producción en masa, cuyo valor alcanzaba el exorbitante millón y medio de libras esterlinas.

Leo había visto los millares de semillas de adormidera que se habían plantado de colina a colina en las inmediaciones de Patna, y un escalofrío imposible de contener le había recorrido el cuerpo. No había vuelto a ver a su marido bajo los efectos del opio desde aquella mañana en Simla, cuando entró en su cuarto, y el recuerdo había quedado relegado a un rincón de su mente. Pero las vistas de la ciudad lo habían hecho muy presente.

A pesar de la distancia abismal que los separaba en esos momentos, Leo no había desistido en la idea de pedirle que se alejase de ese veneno. No sabía cómo ni cuándo abordaría el tema, pero haría que se desvinculase de ese mundo. Y se obligaría a no recurrir al chantaje de nuevo para conseguirlo.

Se esforzó en hacer a un lado esos pensamientos para centrarse en su visita y caminó junto a Ambika delante de casitas bajas con techumbres de paja, que se intercalaban con otras más señoriales hechas de piedra, tejas y gráciles arcos de entrada. Tanto en las vías estrechas como en las más amplias, multitud de personas y animales se aglomeraban en un deslumbrante tumulto de olores y sensaciones. Vacas y perros campaban a sus anchas sobre la tierra prensada, y los monos saltaban por las ramas de los árboles que crecían entre puestos de alfombras y especias. Por insistencia de la doncella india, Leonelle se había cubierto el rostro con un coqueto velo de tul que caía de su sombrero, pero su cabello claro y sus ropas europeas seguían destacando entre los nativos, que la miraban con franca curiosidad.

Al girar una calle, se encontraron de sopetón con el bazar, atestado de vendedores, pillos y compradores, que se movían, atareados, bajo el sol de mediodía.

—Será mejor que no nos adentremos mucho, *memsahib* —pidió Ambika.

—Solo lo rodearemos —asintió Leo.

—Puede que nos encontremos con lord *sahib* —añadió la doncella con estudiada calma, mientras miraba a su alrededor. Parecía que desease que sucediera y Leo se preguntó si volvía a tener en ella una aliada más participativa.

—¿El club Bankipore está cerca?

La joven también miró en derredor con interés.

—Está a unos metros del bazar, pero a las damas no les está permitida la entrada.

—Desde luego —suspiró Leo para sí, desencantada.

Hasta allí llegaba la participación de Ambika, al parecer. Sacudió la cabeza y se acercó a los

puestos cercanos.

—En ese caso, veamos qué nos ofrece el bazar de Patna.

Ante ellas desfilaban atractivas bagatelas, flores de colores brillantes, servicios de té, telas con intrincados estampados, estatuillas paganas y todo tipo de suculentas frutas que consiguieron que el estómago de Leo rugiera de anticipación.

Después de un rato, cuando el calor se hizo insoportable, volvieron a una casa igual de vacía que cuando se habían marchado, y Leo ya no aguantó más.

Se dirigió con paso decidido a su cuarto y preparó una hoja, la pluma y el tintero. Ban le había escrito una nota para hacerla reaccionar muchos meses atrás, en otra vida, y ahora ella se disponía a hacer lo mismo de una forma que era puramente Leo.

Estimado lord Bancroft,

¿Tenía usted idea de que, en la cultura africana, existe un símbolo que representa la reconciliación después de un conflicto? El Mpatapo está formado por nudos exactamente iguales que se unen entre sí, encarnando las partes que se han herido mutuamente, para construir la paz.

¿Qué le parecería dibujar su otra mitad?

Lady Bancroft



Echó un último vistazo al papel, con una sensación extraña por firmar como condesa de Bancroft por primera vez y, satisfecha, lo dejó en el recibidor. Se aseguró de que quedara bien a la vista y estuvo pendiente del regreso de su marido, pero Ban se pasó el día en el club y ni siquiera lo oyó llegar por la noche ni marcharse temprano al día siguiente.

Antes incluso de desayunar, Leo se acercó al recibidor y la decepción la aplastó contra el suelo al encontrar la nota en el mismo lugar en el que la había colocado. Pero, al desdoblarla, el interior había cambiado. El Mpatapo estaba completo.



Mi trazo deja mucho que desear, pero no por ello es menos sincero, *sherani.*

B.

Leo se pegó la nota al pecho, donde un aleteo le hacía tantas cosquillas que le daban ganas de sonreír. Aunque Ban no había acudido a hablar con ella en persona, era un comienzo prometedor.

Sin perder tiempo, redactó otra nota.

Estimado lord Bancroft,

¿Sabía usted que la Grafología se centra en el análisis de la escritura para determinar el carácter de una persona? Ya que usted mismo ha analizado sus trazos, no puedo sino preguntarme qué conclusiones extrae de los míos.

Lady Bancroft

Tus ingeniosos y bellos trazos, sin duda alguna, están ejecutados para acabar con mi cordura. Y jamás me cansaré de tratar de descifrarlos.

B.

Y, así, Leo se dejó atrapar por una rutina en la que salía a pasear con Ambika, siempre cerca del bazar, trabajaba en su libro de viajes e intercambiaba notas, triviales en apariencia, con su terco marido, pero que lo significaban todo.

Una de esas mañanas, Leo estaba fascinada, contemplando cómo un hombre con un llamativo turbante rojo hacía subir y bajar un tamiz de madera de un recipiente de latón para que las fibras mojadas de cáñamo se transformasen en papel, cuando un alboroto a la izquierda del bazar llamó su atención.

Le pareció que un niño nativo, escuálido y muy sucio, corría en su dirección como si huyera de algo, pero el velo no la dejaba ver con la suficiente claridad. Se lo apartó con rapidez y advirtió, en efecto, que el pequeño estaba aterrado. Iba vestido con lo que apenas se podían llamar «harapos», y sus cortas piernas, a las que había imprimido una sorprendente velocidad, asomaban y desaparecían debajo de ellos mientras se precipitaba hacia su lado del bazar. Todas las personas con las que se cruzaba se hacían a un lado, enfadados, asqueados o indiferentes. Leonelle, en cambio, sintió un tremendo tirón en el alma, quizá al recordar a su hermana Lemy, que sería apenas unos años mayor que él. Sin dudar, la joven apoyó la rodilla derecha en el suelo y abrió los brazos de par en par. El niño la divisó, como un faro que lo atrajese a un lugar seguro, e hizo un último e inmenso esfuerzo para alcanzarla. Cuando se echó a sus brazos, el fuerte impulso que llevaba estuvo a punto de conseguir tirarlos a ambos al suelo, pero Leo logró mantener el equilibrio y lo envolvió en un ceñido abrazo.

Los temblores sacudían su frágil cuerpecito, pero no emitió ni un sonido, ni una palabra, y Leo sintió el picor de las lágrimas.

—Tranquilo —susurró, a la vez que le acariciaba el pelo, largo y apelmazado en la nuca.

—*Memsahib* —la llamó Ambika, agachada a su lado—, será mejor que...

—¡Rata inmunda! ¡Escoria!

La amenaza de la que el pequeño trataba de escapar se materializó en forma de dos soldados con casacas rojas que se alzaban ante ellos, amenazadores y casi sin aliento. Iban a agacharse a por el niño, pero se detuvieron cuando se percataron de que Leo, una dama británica, lo sostenía.

Se miraron el uno al otro, confundidos, y el que aparentaba más edad cuadró hombros y sacó pecho.

—Le ruego que suelte al mequetrefe, señora. No se deje embaucar por su aspecto.

El niño se aferró más al cuello de Leo y le rodeó la cintura con las piernas. La joven también lo sostuvo contra sí y se incorporó sin esfuerzo. Era más ligero que una pluma. Y no pensaba soltarlo.

—¿Con qué motivo lo perseguían?

Los soldados estaban comenzando a perder la paciencia, porque avanzaron unos pasos hasta invadir su espacio.

—No es de su incumbencia. Háganos caso y márchese. ¡Tú! —gritó el mayor, dirigiéndose a Ambika, que también había posado una mano sobre la espalda del niño y estaba desencajada—. Lleva a tu señora a casa, que es donde le corresponde estar, y no os metáis en problemas.

Leonelle no cedió ni un milímetro, furiosa por aquel trato deplorable.

—Los que deberían marcharse son ustedes —afirmó con una entereza que distaba mucho de sentir. Tenía el pulso acelerado, y su cerebro le decía a gritos que aquella confrontación no acabaría bien.

—Andrews, tú sujeta a la india. Yo me encargo del mequetrefe.

El soldado que había ladrado las órdenes extendió las palmas para arrancarle el niño de los

brazos a Leonelle, mientras el otro se aproximaba a Ambika. Leo no se lo pondría fácil. Trató de girarse para esquivar las violentas manos que querían apoderarse del pequeño, y afianzó los pies en el suelo, dispuesta a gritar hasta quedarse ronca.

—Ni se le ocurra tocar a mi mujer.

Por un momento, en el alboroto del bazar, Leo pensó que había imaginado la voz de Ban. Pero los dos soldados se habían quedado estáticos, y miraban un punto más allá del hombro de la joven. Ella se volvió, y el alivió de encontrarse con el rostro crispado y protector de su esposo le hizo temblar las piernas. Él la recorrió de arriba abajo y entrecerró los ojos ante el niño aferrado a su cuello.

—Vaya, vaya, Bancroft. No me has dicho ni una palabra en el club sobre el fin de tu legendaria soltería. Qué callado te tenías que ahora eres un hombre respetable.

Ban no respondió y Leo fijó su atención en el caballero que había pronunciado esas burlonas palabras. Debía de rondar la sesentena, bajito, rechoncho y con el rostro abotargado por el alcohol. Sus ropas, no obstante, eran de corte y calidad impecables, así como el bastón y el sombrero que los acompañaban.

—Lord Shelton —saludaron los soldados casi al unísono, en posición de firmes, cuando los dos hombres llegaron a su lado.

Leo alzó las cejas, incapaz de contener la incredulidad ante la escena que se estaba desarrollando en el bazar. Ban se posicionó a su lado, tan cerca que sentía su calor y seguridad, pero ella no podía desviar la vista del anciano marido de Caroline Shelton.

—¿Qué está ocurriendo aquí? —preguntó este a los soldados con un tono mucho menos amable.

El que llevaba la voz cantante señaló al niño.

—Todos los trabajadores de los almacenes tienen que lavarse sin excepción al salir. Este sucio granuja se escurrió de nuestra vigilancia embadurnado en opio y habría intentado venderlo en el bazar. Se habría sacado cuatro annas a su costa, lord Shelton. Y quién sabe cuántas veces lo habrá hecho antes, porque lo hemos pillado en varias ocasiones intentando escaparse.

Cuatro annas, unos seis peniques... No era demasiado dinero, pero si estaban decididos a culpar al pequeño de otras faltas que ni siquiera sabían si había cometido en realidad, la cantidad perdía toda importancia.

—¿Qué va a hacer con él, Shelton?

Ban intervino con su conocida voz indiferente, aunque el aire a su alrededor parecía crepitar con una emoción que Leo no alcanzaba a descifrar.

Lord Shelton, con una clara expresión de disgusto, chasqueó la lengua.

—No consiento que los ladronzuelos anden cerca de mis mercancías. Supongo que propinarle unos bastonazos y dejarlo en la calle con los otros muchos infelices como él será suficiente.

Leonelle percibía la desesperación que emanaba en oleadas del pequeño, quien seguía en completo silencio.

—Lord Shelton —se dirigió a él con voz suave, mucho más útil para sus propósitos que el bofetón que le encantaría darle—. Le propongo que me deje encargarme a mí del niño. Le pagaremos cincuenta rupias por las posibles pérdidas y nos olvidaremos del asunto.

Nada más decirlo, Leonelle contuvo el aliento, a la vez que rezaba por que Ban la respaldase y llevara tantas monedas encima. En caso contrario, ofrecería sus pendientes de oro, lo que fuera necesario para que el niño no continuase con ese calvario.

La risa quebrada de lord Shelton le puso el vello de punta, igual que sus escleróticas

inyectadas en sangre.

—Parece que tu esposa se ha encariñado con el monito, Bancroft. —La sonrisa repugnante no desapareció mientras se dirigía a su marido—. Pensándolo bien, seguro que lo ve como una mascota.

Leo dejó escapar el aire en una ofendida interjección.

—Las teorías de Darwin se aplican con errónea frivolidad a la raza humana para justificar la opresión del verdugo sobre la víctima. Un europeo puede esconder, tras su supuesta superioridad evolutiva, el cerebro de un primate, *milord.*

Lord Shelton arrugó la nariz, sin estar muy seguro de en qué modo había sido insultado.

Ban solo se encogió de hombros.

—Mi esposa tiene un extraño gusto por las publicaciones científicas —adujo, antes de extraer la cartera de su chaqueta—. Podría decirse que estamos en nuestra luna de miel, Shelton, y comprenderá que tengo que complacer a lady Bancroft.

El hombre no dijo nada por un momento, y Leo temió que el corazón se le fuera a salir por la boca.

—Como quieras —consintió, al fin—. De todas formas, no pensaba tenerlo mucho más tiempo conmigo. Ni siquiera es capaz de hablar y la mujer que cuidaba de él murió en el camino hacia Patna.

A Leonelle le pareció que Ambika hacía un movimiento extraño a su espalda, y los hombros de Ban se tensaron de forma casi imperceptible. Ella solo podía dar gracias al Señor por que el niño se quedase junto a ella, y más después de lo que acababa de escuchar.

—Asunto arreglado, entonces. —Ban le entregó el montón de rupias al caballero y sacó unas cuantas más para los soldados—. Por vuestra eficiencia.

—Gracias, milord —se entusiasmó el más joven.

—Milord —asintió con la cabeza su compañero, después de poner el dinero a buen recaudo.

—Eres bueno contentando a todo el mundo, Bancroft —lo aplaudió lord Shelton—. Reúnete otra vez conmigo en el Bankipore más tarde y seguiremos hablando de negocios.

—Nada me agradaría más. Pero quizá esta noche me retengan ciertos... asuntos que no puedo desatender.

Ban se había girado hacia ella, y sus palabras provocaron un nuevo arranque de hilaridad en el caballero. Esta vez con un tinte lascivo que no se le escapó a la joven, a pesar de su inexperiencia. Con las mejillas enrojecidas por la vergüenza y el enfado, y todavía cargando con el peso del niño, Leo dirigió a los hombres su mueca más despectiva en lugar de un saludo y se encaminó hacia una de las avenidas principales con Ambika a su lado.

No tardó en escuchar los pasos de Ban tras su espalda, y prefirió ser la primera en hablar.

—Podrás enfurecerte conmigo en casa, pero vayámonos de aquí, por favor.

Había levantado la mano derecha de la espalda del niño y la había colocado sobre el pecho de Ban de forma inconsciente, confiada. Lo que jamás habría imaginado fue que sentiría latir el corazón de su marido a un ritmo desbocado bajo su palma. Él, que se había mostrado tan dueño de sí mismo y de su aparente desinterés, estaba tan sacudido como ella por la situación. Colocó su propia mano, ancha y cálida, sobre la de Leo, y el resplandor esmeralda de su mirada volvió a hacerse dueño de cada centímetro de la joven. Se inclinó hacia ella, y Leo entreabrió los labios. Esperando, esperando... Pero el pequeño decidió removerse en ese preciso instante.

—Buscaré un transporte —anunció el conde, tras soltarla.

—De-de acuerdo. —Fue lo único que atinó a murmurar.

Ban detuvo un *tonga*, un pequeño carruaje con dos enormes ruedas, tirado por un único caballo, y el dosel sobre sus cabezas ahuyentó la temible fuerza del sol hasta que llegaron a su alojamiento. El niño no se había movido del regazo de Leonelle en todo el trayecto, y ella casi no había podido verle el rostro, que escondía en el hueco de su cuello. Por fin, se adentraron en el frescor que todavía conservaba el interior de la casa, y Ambika convenció al niño para que le diera la mano, con unas palabras en hindi.

—Voy a darle algo de comer y a asearlo un poco, lord *sahib*, *memsahib.*

La doncella tenía un aspecto tan alterado como el de la primera mañana que llegaron e intercambió una mirada con Ban en la que parecieron decirse muchas cosas. Leo trató de mitigar ese pinchazo incómodo que se empeñaba a veces en atormentar su pecho por culpa de su marido cada vez que la dejaba de lado. En cambio, le dirigió una sonrisa tranquilizadora al niño, que tenía la cabeza inclinada hacia ella con el pelo cubriéndole los ojos, cuyo color ni siquiera había podido ver todavía.

—Ve con Ambika —lo animó—, yo iré enseguida.

Él pareció entender que estaba a salvo, y se dejó conducir por la mujer a las cocinas.

—Leonelle.

La joven se enfocó en Ban. Su nombre había sonado extraño en labios de su marido, como si un nudo en la garganta le impidiera hablar, y lo único que hizo fue indicarle con un gesto que lo precediera a una especie de estudio forrado con palisandro de la India y libros.

—¿Tienes la más mínima idea de lo que podría pasarte yendo sola en una tierra que no conoces? ¿Lo que podrían haber hecho contigo?

La puerta casi no se había cerrado, y Ban ya se erguía sobre ella con ese acento que no era ni británico ni indio, y que solo utilizaba cuando sus emociones estaban desbordadas. Muy desbordadas. Aquel era uno de esos raros momentos.

Leo se colocó las gafas y se armó de valor.

—Comprendo que he de tener cuidado —empezó, para no alterarlo todavía más—, pero no ha ocurrido nada y...

—¿Que no ha ocurrido nada? ¡Leonelle, te has interpuesto entre un niño indio al que toman por ladrón y un aristócrata respaldado por soldados! —exclamó, antes de pasarse los dedos por el pelo con tanta energía que Leo temió ver mechones arrancados de cuajo—. Podrían haberte herido por proteger a alguien cuya vida es insignificante para ellos, ¿lo entiendes?

—Ban... —Hacía mucho que no lo llamaba así, no desde que se habían casado. Él exhaló aire con mucha lentitud y cerró los ojos, aunque un músculo seguía palpitando en su mejilla—. Está indefenso, no puedo ni imaginar lo que ha sufrido, lo que es no tener a nadie en este mundo. Volvería a interponerme de nuevo. Volvería a protegerlo.

Una expresión de pura agonía transformó los hermosos rasgos de Ban. Alzó los párpados, y la arrolladora mezcla de sentimientos que se escapaban de sus pupilas dilatadas casi hizo dar un paso atrás a Leo.

—¿Aunque sea un sucio ind...?

La joven cubrió la boca del conde con la mano.

—No te atrevas a decirlo —ordenó, arrastrada también por el huracán en el que se había convertido su marido—. No voy a abandonarlo. Y no pararé hasta verlo feliz.

Parecía que esa conversación ya no giraba solo en torno al pequeño.

Pero Leo se quedó petrificada al ver que una única lágrima descendía por la morena mejilla de Ban. Sus labios le rozaban la palma de la mano, mientras murmuraba algo que casi le daba

miedo escuchar. Fue alzando los dedos poco a poco y los quedos sonidos tomaron forma.

—Ese niño, al que has defendido como una verdadera leona...

El conde rodeó la cintura de Leonelle con los brazos y apoyó la frente sobre la suya sin dejar de temblar. De pronto, se quedó sin fuerzas, como un muñeco al que hubieran dejado sin cuerda, y se desplomó en el suelo arrastrándola con él.

—Ese niño, *sherani*, es mi hermano.

Capítulo 14

Ban yacía desmadejado cuan largo era sobre el suelo de una casa que no era la suya, en una ciudad desconocida, pero, por extraño que pareciera, se encontraba justo en el lugar donde debía estar. Tenía a Leonelle pegada a él, con los brazos y las piernas entrelazados entre los suyos, a pesar de las aparatosas capas del vestido, y la cabeza acurrucada contra el pecho masculino.

Su hermano también estaba en alguna parte dentro de esas cuatro paredes. Su hermano... a quien llevaba más de un año buscando con dolorosa desesperación. A quien ansiaba abrazar y a quien temía enfrentarse al mismo tiempo.

Todavía estaba conmocionado por lo que acababa de ocurrir. Ni en sus fantasías más descabelladas habría podido imaginar que sería Leo quien diera con él, y en el momento más oportuno.

Había tenido que soportar horas de tediosas conversaciones en el Bankipore que no le habían aportado nada más que frustración. Días monótonos y eternos que tan solo merecían la pena por las notas que se intercambiaba con su mujer. Y, de repente, un milagro se había producido en el bazar, cuando se encontraba en uno de esos inútiles paseos para hablar de negocios con lord Shelton.

La escena en la que su esposa, con el pequeño en brazos, hacía cara a sus compatriotas por defenderlo se repetía una y otra vez en su mente, y se quedaría a vivir para siempre en su memoria.

En esos instantes permanecía callada, concediéndole el espacio que necesitaba para recomponerse sin que él hubiera tenido que pedirlo con palabras.

Había sido muy difícil mantener las distancias con ella desde su discusión en Simla. Aunque se había sentido traicionado por el modo en el que lo había coaccionado para ir a Patna, en cuanto se acabó la rabia se dio cuenta de que Leonelle jamás dejaría al descubierto su doble identidad. En realidad, su esposa era lo más parecido a un ángel caminando en la Tierra. Y se había topado con un pobre diablo como él. Sin embargo, varias razones lo habían llevado a evitarla casi por completo. En primer lugar, su estúpido orgullo, que le impedía acercarse a ella para no parecer débil. En segundo lugar, el enfado que lo invadía cada vez que pensaba que se había puesto en peligro de forma totalmente innecesaria al no marcharse con su familia. Y, por último, la razón más complicada, porque sabía que, al compartir cada minuto del día juntos, llegaría un momento en el que admitir la verdad sobre su vida sería inevitable. Y le daba miedo, le aterraba que Leonelle descubriese cada rincón oscuro y arrepentido de su alma.

Aún no estaba preparado, no sabía cuándo lo estaría, pero Leo seguía insuflándole esa

descabellada esperanza que lo hacía creer en imposibles. Tras el bazar se lo había demostrado más que nunca.

Algunos mechones castaños le hicieron cosquillas en la barbilla, y no pudo controlar por más tiempo las ganas de posar los labios sobre su preciosa melena leonada. Ella alzó los ojos ámbar, húmedos y cuajados de preguntas, y a Ban le invadió una inmensa ternura al figurarse lo mucho que le estaba costando contenerlas.

—*Sherani* —susurró con la voz todavía un poco inestable mientras contemplaba a esa extraordinaria mujer que descansaba entre sus brazos—. ¿Tienes idea de lo que has hecho? Dime, ¿cómo puedo compensarte algo así?

Los labios rosados de Leonelle temblaron ligeramente, y su esposa negó con la cabeza con sentimiento, como si lo único importante fuera Ban.

Cerró los párpados con fuerza y sintió las delicadas yemas de la joven sobre ellos, recorriendo sus pestañas, en una caricia suave y reconfortante.

—Por eso viniste a Patna. Para buscarlo.

La escuchó decir con rotunda seguridad.

—Por eso he recorrido media India. Por eso he tenido que soportar a Caroline Shelton. Por eso he comprado un maldito almacén de opio. Y habría llegado a los confines del mundo de ser necesario. —Cogió aire de manera entrecortada después de aquel estallido—. Las últimas noticias que tuve de mi hermano fueron que el desgraciado de Shelton lo había puesto a trabajar para él, a un niño de seis años. —Rechinó los dientes solo de pensarlo—. Pero nada más. Ni dónde se encontraban ni a dónde se dirigían. Lo único que se me ocurrió fue acercarme a su esposa, quien acude año tras año a Simla. Fue ella quien me habló del negocio de opio de su marido y de Patna. Quizá suene estúpido, pero pensé que, si tenía que disponer de mi propio almacén para mantener esa maldita farsa y obtener información, lo haría. Y no lo dudé.

Era sorprendente el bien que le hacía haberle contado aquello a Leo. Si hablarle de todo lo demás pudiera ser así de fácil...

No se le escapó la expresión de alivio que cruzó su rostro al escuchar, por fin, una verdad completa de él. Y Ban también sintió el hormigueo de la liberación al haber explicado algunos de los motivos de su deplorable comportamiento hacia ella. Continuaba siendo inexcusable, pero, quizá, más comprensible ahora.

—No es estúpido, sino todo lo contrario. —Arrugó su adorable naricilla para subirse las gafas, y lanzó el interrogante que el conde más temía—. Pero... ¿Por qué razón os separasteis, Ban?

«Por mi culpa». «Por mi egocentrismo».

Su leona debió de percibir que había vuelto a retraerse, que aquella era la parte más dura, porque lo estrechó de nuevo contra sí.

—Es que necesito entenderlo. Quiero saber por qué ambos estáis sufriendo así.

Si abría la boca, Ban se partiría en mil pedazos.

—Está bien —dijo contra su oído al cabo de un momento—. Ahora, no.

Él también la abrazó y se dejó invadir por su tibieza y su paz.

—Te lo contaré, *sherani*, cuando sea capaz de lidiar con ello, te lo contaré.

—¿Me lo prometes?

El conde asintió una única vez, perdido en el centelleo dorado de su mirada.

¿Leo también sentiría ese vínculo? Uno que iba más allá del contacto físico, del contacto carnal que apenas habían experimentado, como si sus almas se estuvieran anudando. Un vínculo que Ban había ignorado que pudiera existir hasta que la conoció.

—Esperaré. —Accedió tras una pausa, y Ban estuvo a punto de sonreír ante su tono paciente y anhelante al mismo tiempo—. Pero necesito saber una cosa más.

—Adelante.

—¿Cómo se llama tu hermano?

De las decenas, cientos de suposiciones que podría haber hecho, Ban nunca habría acertado que esa sería la pregunta. Pero hacía mucho que se había dado cuenta de que era imposible anticiparse a Leonelle.

—Vikram —respondió, después de tragar saliva con fuerza.

El sonido del nombre de su hermano le causó euforia y dolor a la vez.

—Vikram —repitió Leo con dulzura.

—Significa «valeroso» en hindi.

—Lo es. Estoy segura de que lo es.

—En la India, cuando un niño llega al mundo no tiene nombre. Los padres deben aguardar a un brahmán o astrólogo védico para conocer la Nakshatra, la estrella bajo la que ha nacido el bebé. Esta indicará la sílaba por la que deberá empezar su nombre y, además, determinará su destino y su forma de ser.

La boca de Leo se curvó hacia arriba.

—Lo encuentro fascinante. ¿Y qué hay de ti?

—El padre de Vikram era indio, al igual que nuestra madre. Por desgracia, mi padre era demasiado británico como para adaptarse a esas costumbres hindúes y esperar a que se leyera mi Nakshatra. Fitzwilliam es cuanto puedo ofrecerte.

Acababa de confirmar lo que todo el mundo especulaba; que tenía sangre india corriendo por sus venas, pero lo que hizo Leonelle no fue apartarse como si fuera algo que pudiera contagiarse, sino que apoyó la mano sobre su mejilla, con la vista empañada.

—Vuestra madre... ¿Ella es quien murió en el camino hacia Patna, según dijo lord Shelton?

Un latigazo de pesar volvió a hacer mella en él.

—No. Me temo que esa mujer era la prima de Ambika. Ella cuidaba de Vikram, y fue quien me hizo llegar la nota acerca de que se encontraban al servicio de Shelton.

—Pobre Ambika —murmuró Leo, con una congoja parecida a la suya—. A nuestra llegada, me habló sobre su posible reencuentro.

—Ambika también ha pasado por momentos demasiado duros. Le debo mucho.

—Tú y ella... Vosotros... —El delicioso labio inferior de Leonelle tembló un poco y Ban comprendió su inquietud y su reticencia a expresarla en esos momentos.

—Nunca ha habido ni jamás habrá nada entre nosotros, *sherani*, más allá del inmenso respeto que nos tenemos. —La tranquilizó, a la vez que la acariciaba con la mirada.

Su mujer se fundió un poco más contra él y siguieron abrazados otro rato, hasta que Leonelle se removió, inquieta.

—Deberíamos ir a verlos ya.

Ban se levantó del suelo con un movimiento elástico y la ayudó a incorporarse. Todavía la tenía sujeta y la abrazó de nuevo con tanta fuerza que la alzó del suelo, lo que provocó un tímido sonido de protesta en su esposa que le hizo hormiguear el cuerpo.

Antes de abandonar la estancia, sin embargo, Leonelle se volvió hacia él.

—¿Tu hermano sabe quién eres?

Por supuesto, a su esposa no le había pasado desapercibido que Vikram no hubiera hecho ni un gesto que indicase que lo había reconocido.

—Dudo que me recuerde, *sherani*, no tendría más de dos años la última vez que estuve con él.

Leo frunció con delicadeza el entrecejo.

—Se lo dirás, ¿verdad?

Él vaciló en dar un «sí» tajante.

—Quiero hacerlo, pero ya has visto lo afectado que está. Ni siquiera es capaz de hablar...

Pensar en el pequeño sano y contento que dejó en la India, y el niño aterrado y refugiado en sí mismo en el que se había convertido, bastaba para que Ban volviera a sentir que su mundo se había hecho pedazos.

Leonelle tomó su mano temblorosa entre las suyas.

—Eres su familia, Ban. Será bueno para Vikram.

El conde sabía que su esposa tenía razón, era su familia y lo protegería hasta su último aliento. Solo que a Vikram le había tocado en suerte un hermano que se despreciaba a sí mismo.

Sacudió la cabeza.

—No sabría cuáles serían las palabras adecuadas, *sherani*.

—Dile que eres su hermano. Y dile que lo quieres. Con eso basta —repuso Leonelle con una fiereza que le hizo recordar toda la fuerza que albergaba dentro de ella.

—Mi leona... —murmuró, a la par que le colocaba un mechón castaño tras la oreja, que adquirió un precioso tono rosado a causa de su sonrojo—. Si te pidiera que estuvieses conmigo cuando se lo diga, ¿lo harías?

Leo no dudó en responder.

—Desde luego que lo haría, Ban, pero creo que ese reencuentro os pertenece únicamente a vosotros dos.

Ban la miró fijamente un instante, casi tentado de intentar convencerla y que le prestase un poco de esa fuerza, pero, de nuevo, su esposa tenía razón. Sería una temeridad.

—Está bien. —Las manos no habían dejado de temblarle ni un segundo y se las pasó por el pelo antes de suspirar con lentitud—. Voy a necesitar un momento. Adelántate, me uniré a vosotros enseguida.

Leo estaba segura de que había roto todos los protocolos británicos y costumbres hindúes al abrazar a Ambika en cuanto la doncella les abrió la puerta del salón en el que se encontraba con Vikram. La joven india se había quedado paralizada por la sorpresa, pero ella había necesitado proporcionarle ese consuelo, por ínfimo que fuera.

A Vikram, en cambio, se aproximó con mucho cuidado.

El pequeño había comido algo y acababa de darse un baño, y Leo se volvió a estremecer ante sus extremidades flacas como palillos, pero Ambika le había peinado los cabellos negros hacia atrás, y sus ojos resultaban ser del mismo tono que el espectacular verde de Ban. E igual de expresivos. Se había medio acurrucado en una silla y la miraba con una tristeza que no correspondía en absoluto a los pocos años que tenía. Sin embargo, había una diminuta chispa de confianza en ellos que consiguió que el corazón de Leonelle doblase su tamaño.

La joven se arrodilló en el suelo para quedar a su altura y dejó las manos sobre los muslos.

—Hola —dijo con tono ligero—. Creo que no nos hemos presentado todavía. Soy Leo, ¿y tú?

Vikram se puso más recto, pero no hizo intención alguna de hablar.

—¿Te encuentras bien? ¿Hay... algo que necesites?

La postura del niño no cambió, pero cada intento sin resultados tan solo implicaba que había

que seguir probando. Vikram merecía toda la paciencia y el cariño del mundo y nada conseguiría desalentar a Leonelle. Merecía un futuro feliz para él.

Así que se sentó con las piernas cruzadas y lo intentó de nuevo.

—¿Sabes? Tengo una hermana pequeña, se llama Lemy. —Se le dibujó una sonrisa al pensar en su hermana—. Es tan solo unos años mayor que tú, y le encantan los animales, ¿a ti también?

Esta vez, el pequeño se bajó de la silla y se sentó con timidez no muy lejos de ella, y a Leo se le cerró un poco la garganta por la emoción.

—Cuando digo que le encantan, me refiero a que los adora hasta límites insospechados —continuó, mientras el niño se iba acercando cada vez un poco más—. Por ejemplo, en una ocasión Lemy rescató a un caracol de ser pisoteado en Inglaterra, y estaba empecinada en que el señor Besucón, pues así se llamaba nuestro viscoso amigo, se hiciera a la mar como un avezado marinero para acompañarnos hasta la India.

Mientras terminaba de contar la historia, Vikram se tumbó y apoyó la cabeza en el regazo de Leo, y ella tuvo que hacer un esfuerzo inmenso para no llorar. Se le rompió un poco la voz, pero siguió hablando y hablando sobre cualquier anécdota que se le viniera a la cabeza.

En algún momento, y de forma inconsciente, había comenzado a acariciarle los cabellos oscuros y eso parecía calmar al pequeño.

Iba a girarse hacia Ambika para pedirle que trajese algo más de comer a Vikram, cuando encontró a su marido observándola desde la puerta. Tenía el ancho hombro apoyado en el marco, y la intensidad de sus ojos fue un toque casi físico que consiguió que todo su cuerpo cosquillease.

Leo se colocó las gafas e iba a saludarlo, pero Ban se llevó un dedo a los labios y señaló al niño. Ella siguió su dirección hasta dar con un Vikram profundamente dormido y el conde llegó hasta ellos en un par de zancadas para agacharse y cogerlo entre sus brazos. Lo hizo con tanto cuidado, lo acercó con tanta delicadeza a su pecho, que Leo volvió a sentir que se le cerraba la garganta.

—Lo llevaré a su cuarto. Espérame, *sherani* —apenas murmuró.

Ella asintió una única vez, y su marido dejó la estancia junto con Ambika el tiempo suficiente para que Leo se rehiciera un poco, aunque fue incapaz de moverse del suelo. ¿Qué le podía haber pasado a Vikram para encontrarse en semejante estado? ¿Cómo había sobrevivido a meses de implacable trabajo y Dios sabía qué más? Si a ella le torturaba pensarlo, no quería ni imaginar cómo se sentiría su hermano.

Se le escapó un pequeño respingo cuando unas manos fuertes la alzaron desde atrás. Luego, su espalda quedó pegada a un pecho duro que subía y bajaba con respiraciones entrecortadas, y Leo se permitió apoyarse en él y que el aroma a sándalo la envolviese como una lluvia suave que fuera calando gota a gota en su piel.

Su marido le rodeó la cintura y apoyó la barbilla en su coronilla.

—Soy un cobarde. Lo he dejado durmiendo y he sentido que era una mínima tregua hasta que despierte y descubra que, por desgracia, está unido a mi miserable persona.

—¡Ban! Retira eso.

Leo quiso girarse, indignada, pero él la sujetó con más fuerza contra su cuerpo.

—Me temo que es imposible, *sherani*. ¿De qué serviría, si hay hechos más que suficientes que lo demuestran?

—Pues haz algo que demuestre justo lo contrario. Algo por lo que Vikram se sentiría orgulloso.

—Leonelle, no puedes redimirme...

Esta vez, era él quien iba a soltarse, pero Leo lo aferró por las muñecas y lo mantuvo unido a ella.

—¿Qué vas a hacer con el almacén de opio?

Ban se tensó y su profunda exhalación le hizo cosquillas en la nuca.

—Si lo quemase hasta los cimientos, y te juro que es lo que más deseo, me buscaría problemas con la Corona, y no puedo permitírmelo. Supongo que lo venderé y me olvidaré de que una vez ha existido.

—Pero existe, Ban. Y es tuyo. —Casi le clavó las uñas en la piel sin darse cuenta—. Saca a los trabajadores del almacén y reubícalos en otro lugar. El apellido Bancroft es garantía suficiente, ¿verdad? Luego, deja que las amapolas se marchiten en los campos, he leído que requieren muchísimos cuidados, abono y riego constante, cortar y drenar cada bulbo de forma individual... Cuando llegue la recolección, sería fácil alegar que ha sido una mala cosecha. Puja muy alto en las subastas para llevarte los lotes de opio y dejar que se pudran dentro del edificio. Puede parecer insignificante. *Es* insignificante dentro de la descomunal maquinaria del mercado de opio, pero a alguien le importaría.

«A Vikram le importaría». «A mí me importaría».

—Mírame, *sherani*.

Leo giró en el círculo de sus brazos y chocó de nuevo contra unos ojos que transmitían un intenso sufrimiento y titilaban de forma muy tenue, como si una refracción de luz estuviese luchando por abrirse paso entre tanta oscuridad.

—Te estoy mirando, Ban.

—No hagas esto —exigió él.

Una de sus grandes manos había subido por el costado de Leo hasta sostenerla por la nuca con mucho cuidado.

La joven tragó con más fuerza de la necesaria y los atentos iris verdes no perdieron detalle del movimiento de su garganta. Los dedos que la sujetaban se cerraron un poco más y las palmas de Leonelle también emprendieron un aleteante camino hasta descansar sobre el pecho de Ban.

—¿Porque prefieres castigarte a ti mismo?

—Porque no merezco ninguna absolución. Pero si quieres partidas de opio arruinadas, las tendrás.

La soltó tan rápido que Leo temió perder el equilibro. O puede que ya lo hubiera hecho desde que lo conoció y que su cuerpo no estuviera sometido a la gravedad, sino a su cercanía.

Lo observó salir del salón con una trémula amalgama de emociones en su interior. Su marido se había abierto a ella. No del todo, aún quedaban muchos recovecos en sombras por recorrer, pero cada pedacito de sí mismo que le entregaba era un regalo. Y, también, una condena. El sufrimiento de Ban le había calado hasta los huesos, pero al menos estaba haciéndola partícipe de una parte de su vida y de sus pensamientos.

Ban cerró la puerta del estudio y se desprendió de toda la ropa inservible hasta quedarse en camisa y pantalones. Luego se sirvió unos dedos del alcohol más fuerte que encontró en uno de los armaritos. Se lo bebió de un trago y no se detuvo hasta llegar al dormitorio donde había dejado a su hermano. El niño dormía encogido sobre sí mismo en una esquina de la cama, como si quisiera pasar lo más desapercibido posible incluso en sueños, y Ban apretó mucho los puños

antes de obligarse a flexionar los dedos y sentarse en la esquina opuesta.

No se iba a mover de ahí en toda la noche. E, incluso así, estando tan cerca de él que podría tocarlo, iba a costarle creer que era real.

Cerca del alba, Vikram comenzó a agitarse en medio de pesadillas y el conde, que no había despegado la mirada de él, le puso una mano en el hombro para intentar calmarlo.

Ban apenas contuvo un juramento cuando su acción tuvo justo el efecto contrario y su hermano se sobresaltó tanto que casi se cae del colchón. Iba a sujetarlo, pero el niño fue más ágil y trepó hasta el cabecero de la cama, desde donde lo observó con desconfianza absoluta a la luz de la vela que había dejado encendida. Casi con miedo.

Su expresión fue como un hierro candente en el pecho de Ban.

—Vikram. —Se le escapó su nombre sin pensar.

La boca del niño se abrió por la sorpresa de que un desconocido supiera cómo se llamaba, y Ban estuvo a punto de maldecir otra vez. Solo que recordó las palabras de Leo y las obligó a salir a empujones de su corazón asustado.

—Vikram —repitió con voz áspera—. Soy tu hermano Ban. Kiyana también era mi madre.

El pequeño se quedó paralizado largos minutos.

En realidad, Ban tampoco se creía capaz de moverse.

«Ella... ¿te habló de mí?», anhelaba preguntar.

Después de lo que pareció una eternidad, Vikram se bajó de la cama, y el conde supuso que saldría de la habitación para alejarse de él. Lo que hizo el niño, en cambio, fue aproximarse con su manita estirada para rozar con la ligereza de una pluma el rostro de Ban, justo debajo de sus ojos.

Luego, su hermano volvió la mano hacia sí mismo y pasó las yemas exactamente por el mismo punto.

—Nuestros ojos —asintió Ban mientras una lágrima furtiva se escurría por su mejilla y parecía que podría ahogarse con la cruda emoción que sentía— son los mismos que los de ella.

Las mejillas de Vikram también estaban húmedas.

Con un gemido, Ban abrazó a su hermano pequeño y lo estrechó con fuerza contra sí.

Cuando fue capaz de respirar otra vez, su aliento formó frases en hindi que transmitían cariño, pero también fortaleza y determinación; con ellas, pretendió envolver a Vikram como una coraza hasta que el niño recuperase de nuevo su voz para decirlas él mismo en voz bien alta.

Porque aquel era su idioma, su sangre, su tierra. Y Ban jamás permitiría que lo olvidase.

Leo no tenía ganas de desayunar, por eso se acercó al aparador sin ver nada de lo que había en los platos colocados en perfecto orden. Ban había acompañado a Vikram toda la noche, y ella se había paseado de un lado a otro de su propio cuarto, y hasta la puerta entornada de la habitación de Vikram, sin atreverse a entrar.

Le había dicho a Ban que era un momento demasiado íntimo, pero no podía evitar querer estar cerca por si la necesitaba cualquiera de los dos. La razón por la que un niño perdería incluso la voz tampoco había dejado de dar vueltas en la cabeza de la joven.

Estaba tan ensimismada que no se percató de que el pequeño había entrado en el comedor hasta que no sintió un pequeño tirón en la falda. La miró con esos iris tan expresivos como los de su hermano, y Leo le dio un beso en la coronilla. Tenía rastros de lágrimas, pero parecía tranquilo. La vista de Leo voló hacia Ban, que había entrado tras él. La apariencia del conde

también parecía más relajada, aunque el pesar que llevaba arrastrando desde hacía mucho tiempo se reflejaba en cada poro de su piel.

—¿Ha ido... todo bien? —tanteó, vacilante.

Su marido asintió con la cabeza.

—Al principio, mi decisión era llevar a Vikram a Baipur tras encontrarlo —fue lo que dijo, con su atención puesta en Leo—. Pero lo primordial es que mi hermano se encuentre a salvo y protegido, y no lo conseguiré en Merala. Al menos, no por ahora.

Leo se mordió la lengua para evitar cuestionar por qué Merala no era un lugar seguro y si Al-Musavi era el responsable.

—¿Qué vamos a hacer? —preguntó, en cambio, dando por hecho que permanecerían juntos.

No se permitió pensar en Cam ni en Lemy, ni en cómo se sentirían si recibían noticias de su inverosímil matrimonio. Leo les había escrito una carta tanto a Emily como a ellas el día después de partir de Simla para hacerles saber que se encontraba bien, pero había omitido mencionar ese pequeño detalle sobre el cambio de su estado civil a sus hermanas.

Ban se pasó una mano por la cara en un gesto cansado, y Leonelle temió que desanduviera todo lo que habían avanzado, que volviera a repetir que ella se marcharía sola.

Su marido suspiró y se enfrentó a ella.

—Lo llevaremos al lugar en el que nació nuestra madre. —Los pulmones de Leo volvieron a funcionar con normalidad y Ban esbozó una diminuta sonrisa, cuajada de nostalgia—. Iremos a Cherrapunji, la ciudad de los puentes vivientes.

Capítulo 15

Leonelle había perdido la cuenta de los kilómetros que había recorrido desde que partiera de Baipur, casi dos meses atrás. Así como tampoco era posible hacer una estimación de lo mucho que habían cambiado la propia Leo y sus circunstancias en esa misma franja de tiempo.

Aunque, para ser sinceros, sí que tenía anotados todos los kilómetros que había viajado, así como los que recorrería hasta Cherrapunji, pero era una perfecta analogía sobre cómo se sentía y era una lástima desperdiciarla.

Antes de comenzar la travesía, no obstante, Ban había acudido por última vez al club Bankipore. El hecho de que la condesa de Bancroft cobijase a un niño hindú bajo su techo ya había llamado lo suficiente la atención, y Ban prefería seguir manteniendo una apariencia de normalidad lo máximo posible. Lord Bancroft había comentado a quien lo quisiera oír que sus negocios de opio eran más aburridos de lo esperado, por lo que había designado a alguien de su confianza para que los gestionase mientras él continuaba la luna de miel con su esposa —una actividad mucho más interesante— en otra parte. Dada la conducta caprichosa y disipada por la que era conocido, no había resultado extraño ni se habían preguntado por qué no les había presentado a dicho empleado. Nadie tenía por qué saber que la clave no había estado en la confianza, sino en la obscena cantidad de libras esterlinas que habían cambiado de unas manos a otras para que se siguieran las excéntricas instrucciones del noble en cuanto a desaprovechar la cosecha bajo el más absoluto secreto.

Cuando Ban regresó del club y Vikram estaba sumido en sueños inquietos, el conde se llevó a Leo a un aparte, y profundizó más en las razones por las que había elegido su próximo destino. Cherrapunji era un sitio extremadamente tranquilo y apartado, donde residían las mismas familias hindúes desde hacía generaciones, sin apenas presencia extranjera, ni británica ni de cualquier otro país. Eso le confería un ambiente bastante apropiado para la recuperación de Vikram, pero la razón principal era que la abuela de ambos vivía allí. Ban la había visitado con frecuencia en sus años de juventud; y aunque Vikram no la conocía aún, estaba seguro de que su extraordinario carácter supondría un gran apoyo. A Leo le parecía que su decisión rebosaba lógica y se sentía bastante intimidada y, a la vez, impaciente por conocer a otro miembro de su familia por quien Ban parecía sentir un profundo cariño.

Con el equipaje listo, y reducido a una sola bolsa, llegaron a primera hora de la mañana a la orilla del Ganges, donde partirían en una pequeña embarcación de remos. Era un transporte completamente seguro, Ban no lo habría consentido de otro modo, y también era poco profundo, para evitar encallar en los bancos de arena del río hasta alcanzar un lugar llamado Sitakund, a

unas cinco horas de distancia de Patna, donde harían un pequeño alto.

Su esposo y la doncella india estaban completamente inmersos en una discusión con el dueño de la embarcación, sin llegar a un acuerdo sobre el precio por el que se la entregaría, mientras que Vikram y ella aguardaban a la sombra del granero Golghar. Era un descomunal edificio cuyo atractivo histórico y arquitectónico había fascinado a Leo incluso desde antes de verlo en persona. Construido en el siglo anterior por un gobernador general de la India para prevenir hambrunas, el granero en forma de estupa tenía veintinueve metros de altura y ciento cuarenta y cinco escalones que bordeaban la pared exterior en una espectacular escalera en espiral. Se decía que, desde la cima, en la que había un orificio para introducir el grano, se podía disfrutar de una vista inigualable de la ciudad, y a Leo nada le habría gustado más que comprobarlo de primera mano. Pero era inviable con Vikram a su cargo. El niño parecía estar cada vez más inquieto, no paraba de mirar en derredor y daba un respingo cada vez que escuchaba un golpe estridente. De pronto, un grupo de soldados apareció a unos cuantos metros de ellos y Vikram se aferró a Leo con los ojos llenos de lágrimas. A pesar de que los hombres no les prestaban ni la mínima atención, ella no pudo soportar el miedo del pequeño y, con el corazón encogido, lo alzó en brazos y se introdujo por una de las enormes puertas del granero.

El lugar olía ligeramente a humedad y estaba iluminado tan solo por el haz de luz que entraba por el agujero del techo, pero estaba vacío y servía para evitar que Vikram se sintiera amenazado por los soldados. Aún temblaba y Leo trató de pensar en cualquier cosa que consiguiera distraerlo. Entonces recordó algo que había leído en alguna parte sobre el Golghar.

Se llenó los pulmones de aire y exclamó lo más alto que pudo:

—¡¡Holaaa!!

Numerosos «holas» rebotaron contra ellos y Vikram giró la cabeza, sorprendido. Debido a la gigantesca cúpula, el eco del edificio era espectacular, pero fue aún más increíble la inocente sonrisa del niño. Leonelle continuó diciendo cualquier palabra tonta que se le viniera a la cabeza y comenzó a girar con el pequeño, hasta que los dos empezaron a reír de manera incontrolable, mareados por las vueltas y sin deseos de detenerse.

La puerta del granero chirrió al desplazarse con fuerza y Leo, alarmada, trató de frenar. Solo los brazos de su marido impidieron que se cayera al suelo con Vikram mientras todo a su alrededor se retorcía y se agitaba. El eco de sus risas se fue apagando hasta dejar paso a un silencio ensordecedor.

Cuando el mareo cedió, Leo pudo enfocar la vista en Ban y se miraron durante un largo momento, hasta que él habló:

—Parece que lo estáis pasando bien... Yo he tenido que pagar más rupias de las que planeaba para poder salir corriendo hasta aquí.

Aunque su voz no sonaba enfadada, Leo captó la poco sutil indirecta. No era ninguna novedad que Ban la reprendiera, por lo que prefirió hacerse la inocente.

—Qué contrariedad, espero que no haya sido una cantidad excesiva, milord. Yo pensé que sería buena idea enseñarle el granero a Vikram.

Atravesó con la vista al conde para que no mencionase a los soldados delante del pequeño.

—Lo sé —repuso él en voz baja, devolviéndole una mirada igual de cargada—. Lo he visto. Todo.

Después revolvió el pelo del pequeño y pasó los dedos sobre uno de sus flacos mofletes con suavidad, como si intentase atraer de nuevo esa sonrisa esquiva que Leo había conseguido que aflorase.

—Acompaña a Ambika hasta la embarcación para que no se pierda. Nosotros os seguiremos enseguida, ¿de acuerdo?

Vikram hinchó el pecho con orgullo infantil y a Leo le aleteó el corazón ante los gestos que Ban tenía con su hermano, esos que lo hacían sentirse valorado. Bajó al niño al suelo y Vikram tomó la mano de la doncella, que también se había acercado al granero, para tirar de ella con suavidad.

Una vez solos, Leonelle se colocó las gafas y escrutó el rostro de su marido. Este presentaba un gesto muy serio, aunque había comenzado a conocerlo mejor y sabía que la pasión bullía bajo esa superficie fría y controlada, como si el fuego que contenía en su interior la fuera quemando poco a poco, hasta que ya era demasiado tarde para que ella pudiera huir de las llamas.

—¿Alguna vez acudirás a mí si necesitas ayuda?

—¿Qué quieres decir? —inquirió, atrapada por su intensidad.

—Cuando Vikram se asustó, me habría gustado que caminases en mi dirección. Pero el único problema es mi estúpido ego masculino, ¿verdad, *sherani*? —Ban le acarició la mejilla con cuidado—. Ya has demostrado que eres sobradamente capaz de enfrentarte a los problemas sola.

Leo se pegó a su palma de forma inconsciente.

—Tengo la sensación de que nunca he dejado de caminar en tu dirección.

El ambiente se volvió más espeso, cargado de electricidad. Su marido exhaló el aire con fuerza y le aferró la muñeca.

—Si supieras el efecto que tienen en mí, no dirías esas cosas, *sherani*. —Sus palabras fueron un gruñido apenas controlado.

A Leo le dio la impresión de que todo volvía a girar sin control y que la realidad se desdibujaba hasta que lo único seguro fueron las verdes profundidades de los ojos de Ban.

Deslizó la mano desde los hombros del conde hasta su cuello, en busca de equilibrio, y se puso de puntillas para aproximarse a su rostro.

—¿Y si quisiera saber qué efecto tienen?

—Leonelle... —advirtió mientras le rodeaba el talle con las manos, justo debajo de sus pechos, haciéndola estremecer—. Si desease menos devorar tu boca, me sería más sencillo explicártelo.

Pero no hizo ningún movimiento para cerrar el mínimo espacio que los separaba.

Su marido no había vuelto a besarla en los labios desde la mañana de su boda y el enfado empezó a abrirse paso en ella.

—¿Así va a ser a partir de ahora entre nosotros, milord? Antes, tras tu discurso de seductor experimentado, al menos tenías la deferencia de besarme.

—¿La deferencia de besarte?

El gesto de sorpresa de Ban hubiera sido mucho más gratificante si no estuviera experimentando tanta frustración. Se soltó de un tirón.

—¡Sí! Darme un beso es la mínima cortesía que cabe esperar. ¿Acaso no es ese el objetivo final de esos términos tan carentes de decencia que empleas conmigo?

—¿Quieres que te bese, Leonelle?

Ahora era Ban quien había avanzado unos pasos y la dominaba con su altura.

—En absoluto —se negó demasiado rápido.

—¿Ah, no? —Fue más un ronroneo que una pregunta.

—No, solo trato de hacerte entender la situación. ¿Qué expectativas despertaría en ti si yo emplease esas palabras? Si te dijera que...

Notó que la temperatura de sus mejillas ascendía varios grados.

La expresión de su marido se había vuelto hambrienta, Leo era incapaz de encontrar otro adjetivo para el modo en el que la miraba.

—Si me dijeras qué, Leonelle...

Estaba tan cerca que Leo, sin saber muy bien cómo, se encontró otra vez con los dedos enredados en la nuca de su esposo y sus cuerpos pegados desde los muslos hasta el pecho.

Se humedeció los labios y no se apartó de sus ojos.

—¿Cómo reaccionarias si te dijera que quiero devorar tu boca, Ban, para alejarme un momento después?

Le pareció escuchar una ronca plegaria, y cada músculo del conde se volvió rígido. Sus manos rodearon las caderas de Leo para presionarla más contra esa dureza.

—Me volvería loco si te alejaras tras pronunciar algo así, *sherani*. Me tendrías rogando por tus besos. Rogando por más.

Acalorada, Leonelle también curvó los dedos entre los cabellos de Ban.

—Supongo que una persona en esas circunstancias merece consideración —logró murmurar.

—No merezco nada tuyo, Leonelle, pero lo quiero todo —susurró contra sus labios—. ¿Me lo darás?

Con el corazón completamente desbocado, Leonelle se alzó sobre las puntas de sus pies y unió su boca a la de su marido.

Los dos gimieron al primer contacto y Leo perdió el rumbo al probar el sabor de Ban después de tanto tiempo.

Él se apoyó contra la pared del granero, como si tampoco fuera capaz de mantener la estabilidad, y la atrajo entre sus piernas abiertas. Los pechos de Leo quedaron apretados contra el torso masculino, que subía y bajaba en una respiración tan irregular como la suya, y sus grandes manos la mantuvieron pegada a su cuerpo cuando ella se alejó un milímetro en busca de aire.

—Más, *sherani*.

Leo siguió besándolo de la única forma en la que sabía, con cierta torpeza y mucho sentimiento, juntando y separando sus bocas en pequeños besos. De pronto, la lengua de Ban recorrió su labio inferior en una caricia húmeda y lenta que la hizo temblar de la cabeza a los pies y derrumbarse aún más contra él, aturdida.

Ban blasfemó con voz ronca, para después alzarle el mentón con mucha ternura.

—Te pido que me perdones, Leonelle. En ningún momento debí permitir que creyeras que no quiero hacerte todas las cosas indecentes que te confieso en voz alta. —Volvió a maldecir con fuerza—. Vendería mi alma por hacerte las que me guardo para mí. Pero te puedo asegurar que la palabra «cortesía» ni se me pasa por la cabeza. Desesperación por ti es lo que más se aproxima.

Le enmarcó la cara con las manos, y en esta ocasión fue Ban quien acercó su boca.

Un ruido en la calle los sobresaltó y Leo estuvo tentada a repetir la ristra de juramentos que lanzó el conde.

—¿Por qué será que jamás podemos acabar nuestras lecciones?

Sumida todavía en la particular bruma de sensaciones que creaba Ban, a Leo le llevó unos segundos comprender a qué se refería. Entonces, las lecciones sobre besos y placeres prohibidos se hicieron muy reales...

Igual de reales que Ambika y Vikram, que los esperaban en la embarcación.

La joven utilizó los brazos para hacer palanca y apartarse.

—No podemos demorarnos más.

Se encaminó a la puerta del granero, pero el conde la atrapó de nuevo desde atrás. Besó su

cuello desde la unión con el hombro hasta un punto sensible justo bajo su oreja, que le arrancó un pequeño jadeo, antes de derramar unas ardientes palabras en su oído.

—Pronto, muy pronto, *sherani*, voy a encontrar el modo de que lleguemos hasta el final o voy a perder la cordura.

Leonelle no encontró una respuesta coherente que darle, su razón parecía igual de afectada que la de Ban, y este entrelazó los dedos con los de ella para salir a la brillante luz de Patna. Una vez en la calle, parpadeó varias veces, con las piernas mucho menos firmes de lo que deberían, y se dejó ayudar por él para subir a la embarcación, junto a la doncella y al pequeño, que le hizo un sitio a su lado de inmediato antes de ponerse en marcha.

Sitakund, siete horas después

La diminuta aldea de Sitakund era un verdadero remanso de paz tras la caótica Patna. Ambika le había explicado a Leo que el lugar se había erigido cerca de una tierra sagrada para los hindúes, y ese misticismo y sosiego parecía haberse filtrado hasta sus casas y habitantes, que los trataron con toda amabilidad. Después de dejar la barca en un pequeño embarcadero, se acercaron a una suerte de *dak bungalow* y pagaron por la única habitación libre que tenían, donde deberían acomodarse los cuatro. Apenas dejaron su equipaje, Ban llevó a Leo a un aparte.

—Debéis de estar agotados, pero espérame despierta.

Leo frunció el ceño.

—¿Por qué? ¿Qué te propones?

—Paciencia, *sherani*. Merecerá la pena —murmuró.

Y la peligrosa curva que se dibujó en los labios del conde podría haber sido respuesta suficiente.

El corazón de Leo dio un salto extraño y su lengua perdió efectividad.

—Pero ¿cómo...? ¿Y qué hay de...?

Ban miró por encima de su hombro a Ambika y Vikram.

—Jamás os expondría a ninguno de vosotros. Pero tampoco hago promesas que no pueda cumplir.

Sin añadir más, se marchó con ese aire de misterio que siempre lo envolvía y a Leonelle le costó un triunfo no lanzarle una zapatilla a su dura mollera para que se quedase y les contase sus planes. Se preciaba de tener buena puntería.

Ya habían pasado varias horas desde entonces, la noche estaba a punto de caer y un empleado del *dak bungalow* les había preparado una cena puramente india a base de vegetales y jugosas carnes empapadas en curry al estilo *vindaloo*. Aunque el delicioso plato recibió menos atención de la que merecía, desafortunadamente, porque la mente de Leo estaba en otro sitio. Vikram, en cambio, ya había dado cuenta de su parte hacía un buen rato y se había quedado dormido con la cabeza apoyada en su regazo después de que le cantase una de las canciones que le cantaba a Lemy antes de irse a la cama. Ella, sin embargo, no podía evitar sentirse inquieta y expectante, y que sus pensamientos se centrasen por completo en el conde de Bancroft.

—Pierda cuidado, *memsahib*, lord *sahib* vendrá pronto —la animó Ambika—. En este cuarto están las cosas más preciadas para él.

La condesa sonrió y apartó el pelo de la frente a Vikram, aunque la doncella se equivocaba. Por supuesto que su hermano era lo más preciado para Ban, pero Leo era una casualidad que se

había estrellado con tanta fuerza contra su vida como para quedarse atrapada en ella. Su matrimonio no había sido fruto de una decisión medida y pensada, sino de un arrebato que ninguno de los dos planeaba. En realidad, ¿cómo podría clasificarse su unión cuando ni siquiera la habían consumado más allá de contados —e intensos— encuentros?

Fue un pensamiento extraño el saberse la esposa de alguien tan carnal como Ban y no tener ni la más mínima idea de lo que suponía ser una mujer casada. Lo evidente que era su absoluta inexperiencia. Sobre todo, ante la incógnita de lo que ocurriría esa noche entre ellos. La recorría una energía que le hacía hormiguear el cuerpo, nerviosa porque el momento se acercaba e impaciente porque parecía no llegar nunca.

Pero, al menos, Leonelle tenía algo claro. Sucediera lo que sucediese, sería Ban quien estuviera a su lado, y no lo querría de ninguna otra forma.

Al cabo de una media hora, unos golpes ligeros en la puerta la sacaron de sus pensamientos y le hicieron dar un respingo.

Leo rodeó con los brazos a Vikram en un gesto reflejo, mientras el pequeño seguía ajeno al mundo, y Ambika se acercó al pomo para abrir con precaución.

La silueta de un hombre se recortó contra el umbral, y Leonelle contuvo el aliento.

El cabello corto era el único vestigio de lo que había sido una pátina impoluta de rígida aristocracia británica. El cuerpo poderoso y moreno de Ban se mostraba de nuevo ante ella como la primera vez que lo vio en Baipur, envuelto por una tela clara que aferraba con celo sus caderas. Solo que, en esa ocasión, los músculos del torso aparecían sin ninguna pintura blanca que ocultase su fuerza y su belleza. Estaba descalzo, menos severo, más libre.

El brahmán había regresado.

Capítulo 16

—Hay algo que quiero enseñarte, *sherani*.

Esas fueron las primeras palabras de Ban, sin preámbulos ni saludos. Leo resistió a duras penas las ganas de observarlo centímetro a centímetro y se concentró, en cambio, en mover a Vikram sin despertarlo y ponerse en pie con fingida serenidad.

—Bienvenido... —iba a decir «milord», pero no le parecía que se ajustase a la apariencia exótica que había retomado. Su marido debió de notarlo porque esbozó una media sonrisa y se pasó los dedos por los cabellos negros hasta dejarlos algo revueltos. Luego apartó su mirada de ella un momento para dirigirse a la doncella.

—Ambika, si surge cualquier clase de problema, estaremos en la *jharana*.

La mujer asintió, tranquila. Leo, sin embargo, era un manojo de nervios cuando Ban extendió la mano hacia ella para reclamarla a su lado. Dio unos cuantos pasos con lentitud. Ya se había adaptado a sus modales de caballero, y esa vuelta a su naturaleza más desconocida, casi salvaje, había conseguido desestabilizarla por completo. Era como si se hubiese casado con dos hombres distintos y con ninguno a la vez. Pero, cuando dejó descansar la palma sobre la suya, un reconocimiento que iba más allá de condados y brahmanismo, de apariencias preestablecidas y roles heredados despejó cada incertidumbre para dejar lugar a otra certeza absoluta. Él siempre sería el mayor de sus enigmas y la más importante de sus respuestas.

Emitió un quedo suspiro y Ban apretó el agarre para conducirla fuera de la modesta edificación. El sol ya se había escondido y la pequeña aldea apenas disponía de luces que opacasen el brillo del firmamento.

—¿A dónde vamos? —Quiso saber, a la vez que ponía mucho cuidado de no tropezar en el terreno desigual, aunque Ban no la había soltado ni mostraba intenciones de hacerlo.

—Tendrás que esperar a verlo por ti misma —respondió categórico, antes de ofrecerle una mueca de sorpresa—. No me digas que te asusta la oscuridad.

—Todo lo contrario —replicó ella con vehemencia. Al darse cuenta de que le estaba tomando el pelo, sacudió el brazo para liberarse—. Serás...

Intentó buscar un insulto convincente, pero Ban rio y alzó sus manos unidas para besarle el dorso con delicadeza.

—Te pido que no me dejes aún, *sherani*.

Leonelle quiso ignorar, sin éxito, el estremecimiento de placer que recorrió su cuerpo al escucharle decir esas palabras, y continuaron andando con la luna llena como guía. El pequeño sendero que seguían dejaba la aldea y la jungla a su izquierda para dar paso a un terreno más

rocoso y sin apenas árboles, pero, por el momento, no había nada que llamase la atención.

Lo único destacable, a pesar de lo tardío de la hora, era el calor que los cercaba con implacable determinación. Leo había llegado a la India en pleno invierno, y aunque le había resultado extraño que las temperaturas fuesen mucho más altas que en Inglaterra, había sido llevadero. Nada la había preparado para el pegajoso bochorno del trópico en primavera, por lo que no quería ni imaginar cómo serían los meses de verano en la llanura. Empezaba a comprender mucho mejor la masiva estampida británica hacia refugios de montaña como Simla.

Incluso con la blusa y la falda tan ligeras que llevaba, sin aparatosos armazones que la constriñesen, la joven notaba el cosquilleo de las gotitas de sudor al resbalar por su espalda y entre los senos. Con disimulado apuro, se pasó la mano que tenía libre sobre el pecho para mitigar el molesto hormigueo, y casi chocó con Ban cuando este se detuvo con brusquedad.

—¿Acalorada, *sherani*? —murmuró con una voz tan candente como la atmósfera que los rodeaba. ¿Cómo era capaz ese condenado hombre de estar al tanto de todo lo que hacía, incluso en mitad de la penumbra?—. Mi pobre leona... —continuó—. Me temo que esto solo acaba de empezar, pero quizá pueda ayudarte.

Cualquier otra reflexión al respecto de su visión sobrehumana se esfumó al sentir que Ban se aproximaba más a ella y soplaba con suavidad sobre su garganta para luego descender poco a poco... Al igual que en el día de su boda, su marido introdujo un dedo dentro de su escote, solo que esa vez tiró hacia él de la tela y dejó un pequeño camino para que su aliento se derramase sobre la piel sensible y acalorada de sus senos. Los labios masculinos estaban más cerca de esa parte de su cuerpo de lo que ningún otro hombre había estado jamás, y la dulce y tormentosa corriente de aire que provocaban conseguía que cientos de escalofríos la recorrieran sin control y se enredasen hasta formar extraños remolinos en su vientre.

Leo acababa de cerrar los ojos, sobrepasada, cuando la corriente se detuvo.

—¿Mejor? —la interrogó Ban junto a su oído.

La había dejado reducida al estado de una temblorosa pavesa, pero no lo admitiría tan fácilmente. Se reajustó las gafas con dedos inestables y emitió un sonido que quería transmitir un indolente asentimiento. Aunque acabó siendo más parecido a un jadeo ahogado.

Ban solo le dio un pequeño tironcito para que prosiguieran la marcha.

—Ya estamos cerca —aseguró, como si estuviera muy impaciente.

Unos dos metros más adelante, el camino giraba a la derecha de forma abrupta al toparse contra una barrera de piedra, y a Leo le pareció escuchar el borboteo constante de agua que fluía.

Doblaron el recodo y la joven dejó escapar una exclamación de deleite ante el pequeño paraíso que se materializó frente a sus ojos. Los rayos lunares caían en oblicuo sobre una hondonada poco profunda y hacían destellar con cintas argénteas el estanque natural que el azar había formado con asombrosa fineza. Una cascada de unos cuatro metros de caída lo nutría con mimo desde la pared de roca volcánica y, junto a ella, en una pequeña oquedad, se encontraba lo que parecía un altar con una antorcha que lo custodiaba.

—No sé ni por dónde empezar —exclamó Leo, deseosa de ver todo lo que la rodeaba.

La risa grave de Ban rodó por su cuerpo con íntima satisfacción.

—¿Qué tal si empezamos por el principio?

La condujo hacia el altar, donde pudo distinguir las estatuillas de un hombre y una mujer de apariencia exquisita. Ella era hermosa, pero presentaba un aspecto muy humano, con las palmas unidas a la altura del pecho y una sonrisa serena. Él, en cambio, tenía la piel de una suave tonalidad azul, y portaba un temible arco con varias flechas. Ambos estaban rodeados por flores

y ofrendas de frutas que desprendían un delicioso perfume a su alrededor.

—¿Sabes lo que es un avatar, *sherani*?

Leo negó con la cabeza, sin poder apartar la vista de las figuras. Parecían tener vida propia debido a las luces y sombras que proyectaban sobre ellas las llamas de la antorcha.

—En el hinduismo, se trata de la encarnación terrenal de una deidad. —Ban señaló hacia los ídolos—. Ellos son Rama y Sita, los avatares del dios Visnú y la diosa Laksmí.

Esos dos últimos nombres sí le resultaron familiares a Leo, ya que eran muy venerados a lo largo y ancho del subcontinente. En Baipur había aprendido que Visnú era conocido como el Preservador, un dios protector. Y Laksmí era la diosa de la belleza y la buena fortuna, por lo que sus apariencias cobraban sentido.

—Visnú y Laksmí son marido y mujer —prosiguió Ban—. Solo se pertenecen el uno al otro, por lo que siempre se encarnan juntos. En este caso, como Rama y Sita.

«Solo se pertenecen el uno al otro».

Leo sintió que su corazón palpitaba con una energía desconocida, todo su ser estaba concentrado en las palabras que flotaban hasta sus oídos igual que si fueran un conjuro.

—Cuenta la leyenda que cuando caminaban por estos bosques, Sita se sintió sedienta y le pidió agua a su esposo. Rama no dudó en disparar su arco contra las rocas, y surgió una cascada abundante y fresca para saciarla. —Ban tiró de sus manos enlazadas y la llevó al lugar donde la corriente se precipitaba con fuerza sobre el estanque. Al acercarse a la base de la cascada, las gotas pulverizadas dieron la bienvenida a la joven con frías y efímeras caricias que se evaporaron demasiado rápido sobre su cuerpo acalorado. Unos instantes después, Ban extendió el brazo libre y ahuecó la palma bajo el agua como si fuera un cuenco que le ofreció con silenciosa intensidad. Leo no dudó en abrir los labios, y el líquido cristalino inundó su boca y resbaló por su piel como si fueran los dedos de su marido los que la estuvieran tocando...

—Cuando Sita quedó satisfecha —susurró Ban con voz ronca—, pidió a Rama un lugar donde pudiera tomar un baño. Su esposo, rendido a sus deseos, disparó una segunda flecha sobre la tierra, y surgió un estanque profundo en el que nadar.

Inmersa por completo en esa fantasía en la que la realidad y la magia parecían entremezclarse, Leonelle se dejó guiar de nuevo hasta el borde mismo del estanque.

—¿Qué te parece, *sherani?*

—Que Sita era muy caprichosa y Rama un fanfarrón...

Ban volvió a reír de esa forma liberada que había estado ocultando las últimas semanas.

—¿Qué no haría un hombre por su mujer? —susurró contra su sien, provocándole un nuevo estremecimiento—. Pero eso no es todo... Solo el agua más pura, más ardiente, era digna de tocar la piel de la diosa.

—¿Ardiente? —repitió Leo, sin poder dejar de mirar los ojos de su marido.

—¿No me crees? —Ella reprimió un ruido de protesta cuando Ban la liberó de su agarre, que se convirtió en un jadeo sorprendido cuando se arrodilló a sus pies—. Todavía no he olvidado cómo ser un caballero. Permíteme...

Tomó su tobillo izquierdo con cuidado para quitarle el zapato, y el movimiento inesperado la hizo tambalearse y apoyar las palmas sobre los hombros descubiertos Ban. Ambos quedaron paralizados un momento, pero él no desistió en su cometido y se deshizo del otro zapato con la misma eficacia.

Leo pensó que se alejaría para que ella introdujese los pies en el estanque. Lo que hizo Ban, en cambio, fue agarrar el ruedo de su falda y comenzó a alzarla en un lento y tortuoso camino hacia

su cintura. No llevaba medias a causa de las altas temperaturas, y aunque ella fue víctima de un profundo sonrojo, su marido pareció deleitarse con cada centímetro de sus piernas que quedaba expuesto ante él. Los nudillos masculinos entraban en contacto con su carne con total intención y dejaban un rastro encendido a su paso.

Cuando la tela le llegó por encima de las trémulas rodillas, él se detuvo y la atravesó con su mirada de humo verde.

—No dejes que caiga.

Igual que si hubiera tirado de ella con hilos invisibles, Leo aferró la sencilla muselina y la apretó contra sí, expectante. De pronto, Ban se incorporó con asombrosa rapidez y la levantó en brazos.

—Rodéame con las piernas, *sherani*.

La petición era demasiado osada, muy íntima, y Leo la obedeció de forma instintiva para no caer, ya que sus manos habían quedado enredadas entre los metros de tela y el cuerpo del brahmán.

El contacto de sus muslos desnudos y abiertos contra la piel de su marido fue como una descarga que los sacudió a los dos y los hizo exhalar con fuerza. Entonces Ban entró en el estanque poco a poco, midiendo cada centímetro que iba desapareciendo bajo la superficie, mientras Leonelle esperaba notar el fresco contraste del agua contra el delirante bochorno tropical. Pero, tal y como había dicho él, cuando comenzó a hundirse, solo sintió más y más calor, que se unió al que ya parecía fundir todos y cada uno de sus huesos desde que Ban la había acariciado.

—¿Tienes curiosidad por saber qué más le entregó Rama a su mujer, mi pequeña estudiosa? —preguntó el brahmán en voz baja. Sabía demasiado bien cómo provocarla para que se sintiera desafiada y seducida al mismo tiempo. La joven asintió una única vez y se encontró perdida en la intensidad con que la contemplaba.

—Placer. —La palabra restalló para avivar aún más ese fuego que siempre había existido entre ellos, y Leo dejó escapar un jadeo cuando Ban acercó aquel rostro que se parecía al de un dios pagano al suyo—. Le dio todo el placer que fue capaz de reunir con sus manos, su boca. Con todo su cuerpo. ¿Dejarás que te demuestre cómo, *sherani*?

Capítulo 17

Leonelle estaba suspendida entre el cielo y la tierra por los fuertes brazos de Ban.

El agua cálida lamía su cuerpo con la confianza de un amante, y ella necesitaba saber. Experimentar ese mundo irresistible y pleno de sensualidad que su marido le estaba ofreciendo. Solo con él. Siempre había sido así con cada encuentro, cada roce, beso y mirada.

Nunca se había atrevido a explorar esa parte de sí misma antes y por eso se sentía tan en desventaja, perdida. Su arraigado sentido de la lógica le decía que únicamente encontraría respuestas si se unía a ese peligroso juego. Una voz más sincera susurró que no necesitaba justificarse para estar con Ban. Era hora de sentir más y pensar menos.

De alguna manera, consiguió liberarse y rodear el cuello de su marido con los brazos en un consentimiento tácito que hizo que se le disparase el pulso.

Los ojos de Ban centellearon de deseo y esbozó una sonrisa demoledora antes de ladear un poco la cabeza para pegarse a ella. Primero sintió la mandíbula firme rozar su sien, después su mejilla, como una caricia. Luego posó los labios en la comisura de su boca.

—¿Qué número de beso es ese? —Se le escapó sin querer.

Ban echó el cuello un poco hacia atrás, con una interrogativa ceja alzada.

—Hace mucho me enumeraste los tipos de abrazos que existen en la India. Sería más que probable que tus lecciones sobre besos describan un número concreto de formas de besar.

Contuvo el impulso de abanicarse las mejillas para controlar el sofoco. Quizá no le era tan fácil dejar de pensar...

Ban se echó a reír en voz baja, y los pechos de Leo hormiguearon cuando el cuerpo de su marido vibró contra ella.

—Has estado cavilando sobre mis lecciones, ¿verdad, *sherani*? —Acarició la mejilla de Leo con una mano y dejó un rastro húmedo sobre su piel. En medio del vapor que ascendía del agua y adquiría un fulgor plateado por la luna, todo parecía parte de un sueño irreal—. Eres demasiado inteligente y demasiado impaciente como para no cejar en tu empeño hasta descubrirlo todo, así que te lo diré. El dios Kama creó ocho maneras de abrazarnos, veintidós tipos de besos y sesenta y cuatro formas de hacer el amor. —Respiró cerca de su oreja.

Leo escondió la cara en el hueco entre el hombro y el cuello de Ban.

—¿No es algo excesivo y... agotador?

Al hablar sus labios rozaron sin querer la garganta de su marido, y este dejó escapar un siseo antes de bajar sus grandes manos hasta su trasero y estrecharla contra él. Esa parte dura y desconocida de Ban, que ya había percibido en anteriores abrazos, presionó justo sobre el

sensible centro entre sus piernas y la hizo clavar las uñas en sus poderosos hombros mientras gemía.

—Te prometo que nunca nos va a parecer bastante. —Jadeó él, antes de atrapar su boca entreabierta con un nuevo beso que transmitía puro anhelo por cada rincón de Leo. La lengua de Ban se introdujo en ella y la recorrió con lenta minuciosidad. La tanteaba, la descubría... y la derretía por dentro de una manera que jamás habría imaginado que existiera. Tras la sorpresa inicial, Leonelle se entregó a la excitante necesidad de acariciarlo de la misma manera. Con inexperta intensidad, deslizó la lengua sobre el suave interior de las mejillas masculinas y trazó el camino regular que formaban sus dientes mientras cientos de pinchazos se acumulaban por debajo de su abdomen.

El sabor adictivo y misterioso de Ban estalló entre sus labios y la impulsó a balancear las caderas para sentir una nueva descarga de placer. Él rugió en su boca y separó los labios en un sonido húmedo y enloquecedor.

—Justo así, *sherani*... —exhaló mientras volvía a empujar entre sus muslos y el agua se arremolinaba a su alrededor.

Como si necesitase recuperar el control, el brahmán retrocedió hacia la orilla y, una vez allí, la tumbó con cuidado sobre el mullido suelo de hierba y se situó sobre ella. Los cabellos oscuros le caían sobre la frente amplia y las pestañas bajadas dibujaban medias lunas sobre sus mejillas al contemplarla con profunda atención.

—Te avisé de que tuvieras cuidado con tus ropas. Ya que se han mojado, habrá que quitarlas —pronunció con voz densa.

Leo se extrañó de su propia audacia cuando permitió que Ban desabotonase la blusa y la falda con manos hábiles, pero solo quería su proximidad. Muy pronto, una camisola de tirantes y unos calzones cortos fueron lo único que la separaba de él, y no pudo evitar removerse, con el pecho agitado.

Al percibir su desazón, Ban apartó con increíble ternura un rizo que había caído sobre su rostro.

—Quiero que hables conmigo libremente de todo lo que sientes. De cada una de tus dudas, ¿lo harás, Leonelle?

Leo debería haber recordado que Ban tenía la capacidad de comprenderla mejor que nadie, debería haber sabido que ninguna otra frase, en medio de toda aquella mágica seducción, podría haberla calmado como lo hizo su petición de ser sincera. De ser ella misma.

—Lo cierto es que sí he tenido mucho tiempo para pensar cuando no estabas. —Se humedeció los labios con la lengua y la suave presión de las caderas de su marido contra ella casi le hace perder el hilo, aunque consiguió sonar coherente—. Confieso que la ecuación formulada hace un par de años por Gustav Fechner para cuantificar la relación entre un estímulo físico y la sensación que desencadena parece bastante apropiada para las actividades que... en fin, que tú y yo practicamos juntos.

¿De verdad estaba sonando coherente?

—*Sherani*. —Ban la contemplaba con una mezcla de excitación y ternura—. Espero que cada uno de mis estímulos sobre ti te produzca sensaciones muy muy placenteras el mayor tiempo posible. ¿Deseas comprobarlo con otra actividad?

—¿No vamos... a seguir besándonos?

Besarse parecía seguro y sumamente agradable.

—No es ningún secreto para ti que besarte es mi mayor debilidad —respondió él en tono

ronco—. Pero quizá te atraiga la idea de intentar algo distinto.

Leo se ajustó las gafas y apoyó los codos sobre la hierba.

—¿Algo como qué?

El brahmán sonrió con hechicera malicia y luego acortó el escaso espacio que los separaba para deshacerse de las horquillas que sujetaban su moño hasta que la larga melena castaña quedó libre.

—Se me ocurre adorar cada parte de ti. Despacio, con infinita y enloquecedora paciencia... —Tocó uno de los mechones que caían sobre el hombro de Leo, cerca de su pecho, y la instó a tumbarse de nuevo—. Lograr que el tiempo se desvanezca y solo quedemos nosotros dos y las cosas que te esté haciendo. Porque ya te prometí que quiero hacerte muchas cosas, *sherani*, cosas que he aprendido en distintos continentes. —Envuelta por su acento hipnótico y las imágenes que creaba, Leo se mordió el labio inferior y dio una pequeña sacudida cuando Ban lamió ese punto exacto con feroz precisión—. Y me propongo cumplirlas.

—Ban...

Su nombre fue todo lo que consiguió articular, pero a él le bastó para continuar. Se inclinó hacia ella con los antebrazos a cada lado de su cabeza.

—¿Cerrarías tus ojos si te lo pido, *sherani*?

Leo vaciló unos instantes, pero la sugerente invitación era como una puerta entreabierta que pedía ser atravesada. Bajó los párpados y todo se volvió negro y pulsante. El mismísimo aire pareció confabularse con el brahmán y su olor a sándalo, a indómita masculinidad, se hizo más intenso y se adhirió a ella, mientras el calor del cuerpo de su marido, envuelto solo por una tela húmeda, hacía estragos en su costado derecho, demasiado cerca y demasiado lejos a la vez.

—Siénteme, Leonelle...

Tan pronto como terminó de hablar, Ban empezó a deslizar los dedos por encima de sus clavículas, sobre sus hombros desnudos. Apenas la rozaba con las yemas de los dedos, en lánguidos círculos, pero nunca había sido tan consciente de algo como el toque de su esposo sobre ella.

Él trazó una línea por la cara interna del brazo, desde el pliegue del codo hasta ese lugar en su muñeca donde el pulso latía acelerado, y la hizo estremecer.

—¿No te gustan mis caricias? —El murmullo llegó acompañado de la electrizante fricción de su barba incipiente sobre la mejilla de Leo.

—Nunca me habían acariciado antes —confesó con la voz entrecortada.

Hubo una pequeña pausa, e iba a abrir los ojos para ver la reacción que había provocado, cuando el pulgar de Ban delineó la curva de su labio inferior con exquisita delicadeza.

—Tú haces que también sea la primera vez para mí, *sherani* —susurró.

Antes de que Leonelle pudiera aferrarse a esa chispa que había prendido en su pecho y le hacía querer sonreír, la boca de Ban presionó sobre la de ella y sus lenguas se enredaron con una emoción que no supo interpretar.

—¿No habíamos dejado a un lado los besos? —Quiso provocarlo con una mirada retadora cuando por fin abrió los ojos, sin preguntarse el porqué.

—Ha quedado demostrado que lo haces del todo imposible.

Los cálidos labios de su marido, sin embargo, no regresaron a su boca, sino que iniciaron un viaje desde la delgada columna de su cuello hasta el inicio de sus pechos. La joven pensó, con el aliento contenido, que se detendría en la frontera de su ropa, pero Ban siguió bajando, besándola por encima de la fina camisola... hasta que capturó su pezón.

El jadeo que le provocó, tanto de impresión como de placer, se encadenó con otro más fuerte cuando Ban siguió atormentando su pecho con firmes succiones a la par que una de sus grandes manos se posaba en su rodilla.

Los ojos de Leo volvieron a cerrarse sin pretenderlo cuando él comenzó a dibujar formas imaginarias que erizaban su piel allí por donde pasaban y le provocaban un erótico cosquilleo. Eran caricias errantes, sin ningún orden aparente. Primero, en la sensible corva, a la que le siguió la cintura; luego, delineó su pantorrilla antes de colarse bajo el algodón y alcanzar su abdomen. Para cuando rozó el interior de sus muslos, el corazón de Leo parecía querer salírsele del pecho, a la espera del siguiente movimiento. Tensa por la excitación y la anticipación.

Pero nada la había preparado para el momento en el que Ban deslizó los dedos dentro de su ropa interior y alcanzó ese lugar que latía por él.

—¿Alguna vez te has tocado aquí, *sherani?*

Con el rostro arrebolado, Leo alzó las pestañas y negó con la cabeza.

—¿También vas a enseñarme? —logró pronunciar.

Ban dejó escapar una especie de gruñido bajo y excitado, peligroso, que se enroscó como fuego líquido en el vientre de Leo.

—Cuando empiece la lección, no vas a querer que pare, mi pequeña leona.

El fuego brillaba en sus ojos verdes en el momento en que separó sus tiernos pliegues con ambas manos e introdujo un dedo largo y cuidadoso en su interior. Leo pensó que se moriría de placer allí mismo y, en un acto reflejo, agarró la ancha muñeca del brahmán antes de cerrar los muslos. Notaba sus tendones fuertes y el pulso acelerado que latía debajo.

—O, mejor todavía —la voz de su marido sonaba como si hubiese corrido kilómetros—, explícame más de esa ecuación, mi brillante Atenea.

—¿Qu-qué?

Tenía el dedo de Ban enterrado en lo más hondo de ella, ¿cómo pretendía que se concentrarse?

—La ecuación, Leonelle.

El tono dominante, mezclado con su pronunciado acento, desencadenaron una nueva oleada de humedad en Leo. Inspiró hondo.

—S es la sensación... R equivale a uno de los estímulos... ¡ah! —Se le escapó un jadeo cuando Ban curvó el dedo para acariciarla desde dentro de tal manera que unos puntitos de luz aparecieron en los bordes de su visión.

—Continúa, *sherani.* He descubierto que yo también estoy deseando aprender.

—Esto... no, esto es... —Ban detuvo el movimiento a modo de advertencia y Leo se apresuró a seguir, con el aliento entrecortado—. C es... una constante que varía... de estímulo a estímulo...

—Mmm —medio asintió medió gruñó Ban—. Así que otro estímulo.

Introdujo un segundo dedo y empezó a moverlos con suavidad, explorando, estirando... Ella unió los labios para no gritar y dejó caer la cabeza hacia atrás.

—Espero estar siendo un alumno aplicado.

Leo ya no fue capaz de articular nada más.

El rugido de la cascada, de la propia noche india, se mezclaba con sus alientos y el sonido de los dedos de Ban, que se movían sin parar. Dentro, fuera. Una y otra vez.

Con un gemido se rindió a aquella invasión que amenazaba su cordura y apretó la mano masculina contra su sexo, aún más dentro. Sus caderas salieron a su encuentro por pura intuición y se balancearon contra él. Ban sonrió con el deseo desnudo pintado en sus rasgos y las gotas de sudor y agua brillando en su piel. La agarró por la nuca con su mano libre para besarla en la boca

mientras su otra mano no dejaba de resbalar en su interior, y Leo derramó todo el placer que estaba sintiendo en la boca de su marido.

De pronto, salió de ella y Leonelle sollozó en muda protesta al perder su contacto por unos interminables segundos.

—Ban... —Había un ruego implícito en su tono que no pasó desapercibido a ninguno de los dos. Que no se detuviera nunca. Que no parase.

—Jamás —prometió él a su muda súplica, su amplio pecho subía y bajaba como si le costase llenar de aire los pulmones—. Voy a descubrir cuál es el compás que crea música en ti, Leonelle. Para eso, necesito escucharte...

Esa voz ronca reverberó por todo su cuerpo antes de que apartase de nuevo sus hinchados pliegues para acceder a un lugar para el que no tenía nombre. Cuando comenzó a frotarlo con las yemas de los dedos empapados por la humedad que había causado, Ban no se rindió hasta hacerla gritar. Aceleraba el ritmo y conseguía que se retorciera en busca de algo que la liberara para después tocarla lenta y tortuosamente y enviar descargas a sus extremidades, y Leo se perdió tanto en él que todo su universo empezaba y terminaba en los dedos de Ban. Durante un momento sintió que cada uno de sus músculos se agarrotaba, como si se prepara para saltar a un precipicio.

—Así, *sherani,* tensa las piernas —susurró contra sus labios—. Déjame complacerte.

Leo obedeció sin pensar, y gimió más y más alto cuando las caricias de Ban ganaron velocidad, hasta que quedó suspendida en el vacío y un único toque, pausado y fuerte, provocó que su interior se fundiera en ardientes oleadas de placer que se estrellaron contra su sexo.

Presa de deliciosos temblores, se aferró al cuello de su marido en busca de aire, pero Ban no había terminado. Siguió dando suaves toquecitos a su carne, sensible e hinchada, hasta que se apoderó de todos y cada uno de los espasmos que la recorrían y ya no le quedó nada por entregarle.

Capítulo 18

Abrazar a Leonelle después de que experimentara su primer y glorioso orgasmo en sus brazos era un bálsamo para el alma rota de Ban y un suplicio para su cuerpo excitado.

Enterró el rostro en la melena leonada y apretó los dientes para tratar de mitigar el dolor de la potente erección que parecía acompañarlo desde que la dejó en el granero de Patna y que en esos momentos era imposible de ocultar, incluso bajo la holgada tela hindú que había vuelto a ponerse.

Todo había salido bien en la ciudad y había dispuesto de muchas horas para pensar en la embarcación, cerca de ella, rodeados por las místicas aguas del Ganges. Mucho tiempo para fantasear con la idea de llevársela a un lugar apartado y especial, y comenzar el despertar sexual de su cuerpo. De demostrarle, aunque fuera una mínima fracción, lo mucho que la deseaba.

Sin embargo, la realidad de tocarla, por fin, a su antojo no se parecía a nada que hubiese imaginado o vivido antes. Daría absolutamente cualquier cosa por volver a ver su expresión al alcanzar el clímax, con él enterrado en su cálido interior. Ese estado al que lo había conducido era preocupante. Le alarmaba que Leo tuviese semejante poder sobre sus actos y sus pensamientos, cuando lo que necesitaba era controlarse. Porque, sin ese control, acabaría revelándole la verdad, y no podría soportar que su mujer quedara expuesta al peligro ni que lo mirase con desprecio.

Y, aun así, ¿cómo podía alejarse de la única luz que parecía ser capaz de atravesar su oscuridad?

—Ban —murmuró Leo con la voz algo ronca, saciada, y la sangre volvió a palpitar con fuerza en su entrepierna—. ¿Esta es nuestra noche de bodas?

La inocente pregunta lo pilló totalmente desprevenido y lo golpeó con violencia. Se movió para captar lo que le decían sus preciosos ojos felinos tras los cristales y, detrás del brillo de pasión satisfecha, también encontró una incertidumbre que lo partió en dos. Se dio cuenta de que el placer que le había dado esa noche era lo más cerca que la había hecho sentir de ser una esposa, y se sintió avergonzado.

Clavó la vista en su dedo anular, vacío. Había cometido un monumental error porque su leona nunca se conformaría con algo incompleto, mucho menos su matrimonio.

Pero, aunque le estuviera costando cada brizna de autocontrol, seguía decidido a anteponer a Leonelle al hecho de que su mente y su cuerpo pedían a gritos estar dentro de ella de todas las maneras posibles.

—No lo es, Leonelle.

—Entonces, ¿nosotros no vamos a...?

Soltó un juramento y se puso en pie.

—Esta noche solo estaba destinada a tu placer.

Su tono cortante iba dirigido hacia sí mismo, pero Leo no podía saberlo. Ban se perdió el gesto herido que cruzó su semblante porque estaba ocupado recogiendo los zapatos, la blusa y la falda que le había quitado sin sopesar las consecuencias, con lujuria... «Y con algo más», se dijo, algo que había apretado todavía más fuerte ese maldito nudo invisible que los enredaba el uno en el otro.

—En Simla —empezó ella a su espalda—, dijiste que la unión entre un hombre y una mujer está basada en un poco de atracción y mucha conveniencia. Y aunque ya me has dejado claro muchas veces que no te convengo, supongo que te atraigo, pero...

—¿Supones? —espetó, interrumpiéndola—. Si me atrajeras más sería un condenado montón de cenizas a tus pies, Leonelle.

—¿Alguna vez nuestro matrimonio será más que esto, Ban? ¿Confiarás en mí por completo?

—Te pedí que no me presionaras —replicó, con el mismo tono brusco.

Era más fácil atacar que enfrentarse a las palabras que Leonelle merecía escuchar.

La ayudó a vestirse y regresaron al *dak bungalow* en un silencio incómodo, antinatural, sobre todo después de lo que había ocurrido entre ellos. Que tuviera la culpa de que su dulce diosa del conocimiento no hiciera ninguna pregunta más ni pronunciase una sola palabra fue otra dura sacudida que soportar.

Cuando entraron en el cuarto, había una vela prendida a punto de apagarse en el charco de cera, pero suficiente para alumbrar a Ambika y a Vikram, que dormían sobre el sofá que antes había ocupado Leo. Esta miró a Ban con ojos interrogantes, ya que solo había un estrecho catre en un rincón.

—Duerme tú también, yo pasaré la noche fuera —dijo, antes de salir.

Habría sido feliz acostado en el suelo, a su lado, lo que restaba de la noche hasta el amanecer. En cambio, se giró sin un beso, sin una nueva caricia, y cerró la puerta con estudiada suavidad, aunque lo que quería realmente era hacerla astillas.

Pronto se dio de bruces con el extenuante calor tropical, y pidió una *hookah* a uno de los trabajadores del *dak bungalow* que estaba en la entrada antes de encaminarse hacia una enorme higuera que crecía frente a la edificación. Se sentó con las piernas cruzadas y apoyó la espalda en el grueso tronco con un hondo suspiro, sin importar que la corteza le raspase la piel desnuda.

El sirviente no tardó en llevarle el curioso armatoste de metal y loza, cuyas tres patas acomodó en la tierra. La base de cobre estaba llena de agua perfumada con fragancia a jazmín y, sobre ella, descansaba otra pieza metálica que sostenía una cazoleta de cerámica llena de agujeros y un largo tubo de cuero y alambre conectado a una boquilla de ámbar.

Ban observó casi sin ver cómo el hombre enjuto llevaba a cabo un ritual que debía de haber practicado cientos de veces, y colocaba el tabaco húmedo sobre unas ascuas antes de soplar con energía para avivarlas.

En realidad, rara vez fumaba, pero el burbujeo que producía la pipa cuando aspiraba el humo a través del tubo le transmitía una especie de sosiego que necesitaba con desesperación.

Acaba de dar la tercera calada, cuando la silueta de una mujer se recortó contra el cielo azul marino. El estómago de Ban dio un vuelco al pensar que Leonelle había ido en su busca, pero enseguida distinguió el llamativo sari y el oscuro pelo trenzado de Ambika.

—He escuchado a lady *sahib* y he supuesto que no lo encontraría muy lejos.

Ban suprimió la imagen de Leo preparándose para acostarse y se centró en ella. A pesar de todo el tiempo que hacía que se conocían, y de todas las terribles tristezas por las que habían pasado juntos, se negaba en redondo a tutearlo, por lo que se había dado por vencido.

—¿Se lo ha dicho ya? —lo interrogó al comprender que no iba a decir nada.

Ban se pasó una mano por la cara, sin estar listo para esa conversación.

—No. —Fue la escueta respuesta.

—Su esposa pronto se enterará, y lo mejor es que lo sepa por usted.

Había pasado al hindi, por si sus palabras podían llegar a Leonelle de alguna manera, y Ban le agradeció la precaución con un gesto de cabeza.

—Soy incapaz, Ambika —contestó en el mismo idioma—. Ojalá pudiera.

Ella dobló las rodillas y se puso a su altura, con el sari formando un pequeño charco a su alrededor.

—¿Qué se lo impide?

«Yo mismo». A pesar de que Ambika era testigo de primera mano de su egoísmo, de sus errores, de todo lo que estaba mal en él, Ban no lo admitiría en voz alta. Dio otra nerviosa calada y expulsó el humo en varias ráfagas que se enroscaron con sinuosa parsimonia en las hojas de la higuera, y deseó que su pesar se evaporase con la misma facilidad.

—Lady *sahib* posee un coraje inusual. Y es una mujer tan decidida... Sé que lo último que quería era que mencionase a Al-Musavi.

Ban se tensó solo con recordar lo furioso que se había puesto con Ambika cuando ella le confesó lo que había hecho de camino a Patna. Algo que ya no tenía remedio.

—Pero no puedo lamentar que todo haya sucedido así y que fuera ella quien encontrase a su hermano. —No. Ban tampoco podía lamentarlo. Y menos cuando cada punto de Leonelle que había señalado Ambika lo había cautivado y desarmado por completo—. Además, está libre de prejuicios —prosiguió Ambika—, y es más fuerte de lo que usted cree.

Ban suponía a dónde quería llegar, y una parte de sí mismo anhelaba escucharlo. Confiar, por un lado, en que lo aceptaría y, por otro, que estaría a salvo, aunque la implicase en un asunto que era mucho más grande que él.

—Yo también me alegro de que Vikram tenga a Leonelle —dijo en cambio.

Ambika emitió un diminuto suspiro, pero aceptó que zanjase el tema.

Se quedaron callados unos minutos, digiriendo las cosas que habían expresado y las que no, y Ban le ofreció la boquilla de la *hookah*, pero Ambika declinó con un grácil gesto.

—¿Hasta cuándo permaneceremos en Cherrapunji? —indagó, mientras se rodeaba las rodillas con los brazos.

—No lo sé. El tiempo que Vikram necesite —masculló Ban, asediado por su otra descomunal frustración. Todo lo que había planeado con tanto cuidado se había desmoronado ante sus ojos con injusta crueldad. Al menos le quedaba el consuelo de que su hermano no lo había rechazado cuando le reveló su identidad, aunque era evidente que el pequeño se sentía mucho más cómodo al lado de Leonelle. No podía culparlo. Se mesó el pelo y alzó el cuello para enfrentarse a Ambika—. Pero cabe la posibilidad de que allí nos atrape el monzón.

Leo no podía parar de dar vueltas en el camastro lleno de bultos del *dak bungalow*. Su desazón, sin embargo, era una cuestión mental y no física. Se había quedado completamente inmóvil y había fingido que su respiración era profunda y regular cuando había escuchado a Ambika

deambular por el cuarto antes de abandonarlo para ir, con toda seguridad, en pos de Ban.

Había decidido no seguirla para salvaguardar lo que quedaba de su rasguñado orgullo. Una vez más, la complicidad de Ban con la doncella india la superaba y se clavaba como finas agujas en su pecho, y se sumaba al malestar que le había provocado su marido en el estanque un rato antes.

Ban le había dicho que fuera sincera, que fuera ella misma. Y Leo, como una tonta, le había hecho caso. Había descuidado por completo sus defensas y le había preguntado, después de la magia que habían vivido, si aquella había sido la primera noche real en su matrimonio. Si ese era el comienzo que tanto necesitaba.

El rechazo y la seca negativa habían hecho que se sintiera fuera de lugar una vez más, como siempre que abría la boca para decir algo inoportuno y quedaba expuesta y vulnerable. Solo que resultaba más hiriente que el desdén procediera de Ban.

Dio otra vuelta en la cama, mientras trataba de evitar reflexionar sobre la peor parte de su conversación. Esa en la que le había pedido que confiase del todo en ella y la había apartado de plano sin haberla dejado apenas ver un poco más allá de la superficie. Y, aunque Leo no se había ceñido del todo a la promesa que le hizo de esperar a que estuviera preparado para sincerarse, tenía la triste sensación de que Ban nunca lo haría por voluntad propia.

Y quizá siempre sería la mujer de un extraño.

Capítulo 19

Cherrapunji, estado de Megalaya, India, 20 de marzo de 1860

Cherrapunji era un edén esmeralda de un verde tan puro e intenso como los ojos de Ban, igual que si la propia tierra de la que descendía hubiera querido dejar su huella en él.

Y Leonelle creyó estar segura de haber encontrado su lugar favorito en el mundo.

Después de descender varios kilómetros más por el Ganges y recorrer la cada vez más tórrida llanura india durante días en dirección este, el paisaje cambió forma brusca, como si se tratase de un diorama cuya maqueta se hubiera modificado abruptamente para transformarlo en algo distinto.

El terreno volvía a ser montañoso, no de la misma forma que los impresionantes Himalayas, pero lo suficiente para traer el frescor a su piel acalorada y el oxígeno a sus pulmones. Inspiró hondo y el dulce olor a tierra mojada cosquilleó en su interior. La humedad del reciente aguacero que había caído en la jungla se concentraba en gotitas que destellaban sobre hojas estrechas y alargadas para luego resbalar con juguetona gracia hasta otras más anchas con un suave y musical *plic*.

Lo único que faltaba para alcanzar la perfección era que la relación con su marido no se hubiera quedado estancada. La ausencia de privacidad no les había permitido hablar, o puede que ninguno de los dos hubiera tenido la fuerza suficiente para encontrar el momento oportuno, pero al marcharse de Sitakund, habían actuado ante Vikram y Ambika como si nada hubiera ocurrido.

Noche tras noche, sin embargo, el cuerpo traicionero de Leo revivía cada caricia y cada beso de Ban, y luchaba consigo misma por ser más fuerte, por intentar que no le afectara la actitud del brahmán.

Estaba tan absorta en sus pensamientos que no se dio cuenta de que el pequeño grupo que formaban, y que había estado caminando durante unos diez minutos desde que bajaron del *dak gari*, se había detenido hasta que casi se dio de bruces con la bronceada espalda de Ban. Lo rozó con los dedos unos segundos para equilibrarse, y él se giró y la atravesó con una mirada que le hizo temblar las rodillas, antes de alzar el brazo y señalar un lugar entre la frondosa vegetación. Leo, con las mejillas sonrojadas, se colocó las gafas y entrecerró los ojos para escudriñar la zona que le había indicado. Una sonrisa se dibujó en sus labios al ver un hermoso rincón en el que no le habría sorprendido que una criatura mágica apareciese en cualquier momento. Un río, cuyo ancho caudal estaba salpicado de enormes piedras, lisas por la erosión del agua, partía en dos la jungla. En la orilla más próxima, un árbol de unos treinta metros de altura sostenía dos pasarelas suspendidas sobre la corriente hasta la escarpada orilla opuesta. Lianas y pequeñas ramitas se

habían apoderado de ellas, hasta que habían hecho invisible la estructura, y conseguían que se fundieran con el paisaje como si siempre hubiesen estado allí. Aunque... había algo que no encajaba.

—¿Podemos acercarnos? —preguntó, con el ceño fruncido.

Ban asintió.

—Tenemos que cruzarlo, de hecho.

Leo no aguardó más invitación. Su esposo era quien cargaba con su bolsa de equipaje, por lo que se sujetó las amplias faldas del vestido con ambas manos y adelantó a Ambika y a Vikram para aproximarse al inmenso tronco e inspeccionarlo de cerca. Buscó cuerdas, clavos, hierro o cualquier otro elemento que hubiera sido colocado allí por obra del hombre. Pero no había nada, absolutamente nada que uniera la corteza a las pasarelas. Brotaban del propio árbol.

—Son sus raíces.

Leonelle dio un respingo cuando Ban habló muy cerca de ella. Se había acercado con tanto sigilo que ni siquiera se había dado cuenta.

—Son puentes de raíces vivientes —repitió, y Leo empezó a asimilar lo que le estaba diciendo.

—Pero ¿cómo es posible? —preguntó, asombrada, a la vez que alzaba una mano y la apoyaba sobre una descomunal raíz que crecía por encima de su cabeza.

—Son árboles del caucho —explicó él, quien también colocó la palma sobre la madera, pegada a la de Leo—. Parte de sus raíces están enterradas, y las otras se entrecruzan y se dirigen mientras crecen durante unos diez o doce años hasta que alcanzan el otro extremo de los ríos y arroyos para que la gente pueda acceder de un sitio a otro. Hay decenas en todo Cherrapunji, pero ninguno doble, como este.

Era fascinante. Y hermoso... y aterrador.

—¿De verdad vamos a pasar por encima de uno de ellos? —bisbiseó, sin poder evitar lanzar una elocuente mirada entre los puentes y la considerable distancia que los separaba del agua y de las piedras, que ya no se le antojaban tan lisas—. ¿Y si no aguanta nuestro peso?

—Llevan aquí más de cien años. Seguro que resistirán, al menos, otros cien —repuso Ban con un guiño travieso—. ¿Por el de arriba o por el de abajo?

—Por el de abajo —resopló al punto. Al menos reduciría su sufrimiento en la caída.

El muy sinvergüenza la miró con diabólico regocijo y luego agitó el brazo en un rimbombante gesto de galantería.

—Las damas primero.

En realidad, no sería la primera, ya que Vikram y Ambika ya estaban avanzando hacia el otro lado con envidiable despreocupación. El pequeño se mostraba encantado, como supuso que le ocurriría a Lemy en semejante aventura.

Ella, sin embargo, no pudo evitar una sensación de vértigo que le hizo perder todo rastro de color.

De pronto, la mano grande y cálida de Ban se cerró sobre la suya.

—Vamos, *sherani*, cruzaremos juntos —dijo, completamente serio.

Con el corazón golpeándole contra las costillas por diversas razones, Leo arrastró los pies por el inicio del puente, a cuyos laterales no podía aferrarse porque eran tan bajos que le llegaban a los muslos. La estructura trenzada se bamboleaba con suavidad, y la hacía verse como una torpe funambulista que no podía apartar los ojos de sus pies para no tropezar con las nudosas raíces, a través de las cuales se atisbaba la rápida corriente que corría por debajo.

Tragó saliva con fuerza.

—Mi padre, lord Bancroft, oyó hablar de los puentes vivientes de Cherrapunji en uno de sus muchos viajes por la India. A pesar de las responsabilidades de un título que recayó sobre él demasiado pronto, y de la oposición de su familia a su estilo de vida, disponía de riqueza y juventud, así que no dudaba en desplazarse allí donde lo llevara su interés. —La voz grave y cadenciosa de Ban se coló en su pecho agitado y logró transmitirle la tranquilidad que necesitaba para continuar andando—. Llegó aquí con el propósito de ver con sus propios ojos si la naturaleza podía crear semejante obra de arquitectura, y en efecto quedó impresionado. Con lo que no contaba, sin embargo, fue con que se quedaría aún más prendado de una mujer hindú a quien cortejó con inagotable empeño hasta que logró que le dijera que sí.

Los acontecimientos que le estaba narrando su esposo la tenían tan atrapada que no fue consciente de que ya casi estaban llegando a la otra parte de la jungla.

—Mantuvieron su matrimonio en secreto —continuó él—, ya que no contaban con la aprobación ni de hindúes ni de británicos, y mi padre siguió viajando por el subcontinente hasta que mi madre se quedó embarazada. Para evitarle el dolor y la humillación de ser rechazada por su padre, el conde adquirió una casa en Baipur y la trasladó allí. Mientras que en muchos lugares había tensión por la ocupación inglesa de sus territorios, Merala era un estado pacífico, en el que yo podría crecer con cierta normalidad, a pesar de ser un mestizo. —La terrible palabra y la forma desapasionada en la que la pronunció le revolvieron el estómago a Leo. Iba a protestar, pero Ban no había acabado—. Cuando yo tenía cuatro años, mi padre murió como mueren muchos de los incautos que creen que pueden conquistar la India. Vencido por ella. Lo que ocurrió después... Lo que ocurrió después es otra historia.

El suelo cambió de pronto, se volvió firme y sólido al dejar el puente. Y Leo, con la garganta encogida, no supo qué decir, dividida entre el agradecimiento y la tristeza.

—Ban... Estoy segura de que tus padres se quisieron mucho.

Él alzó la mano de Leo y depositó un beso lento, que dejó huella mucho después de que se hubiera apartado.

—Y yo estoy seguro de que cruzaron juntos este mismo puente, *sherani*.

Vikram y Ambika se acercaron y todos retomaron la marcha por el camino abierto entre la espesa jungla. Leonelle no podía ni quería negar la emoción que sentía por el hecho de que Ban le hubiera revelado otra pequeña porción de su vida, pero un pensamiento se alzó por encima de los demás y se apresuró a caminar a su lado y a llamarlo con timidez.

—Ban... ¿Cómo van a recibirte en Cherrapunji?

—Como lo hacen en todas partes —respondió, críptico.

—¿Y a mí?

El brahmán redujo el paso y la recorrió entera de esa forma lenta y penetrante que conseguía acelerarle el pulso.

—Serás la *angrezi* más hermosa que hayan conocido.

—Sabes que no me refería a esa tontería. No busco cumplidos superfluos —refunfuñó, a la vez que sacudía una mano en el aire y evitaba la tentación de abanicarse con ella. No iba a caer en sus palabras seductoras de nuevo como una de esas serpientes que había visto en el mercado de Baipur, hipnotizadas por el sonido de una flauta—. ¿Cómo se tomarán que seamos marido y mujer?

—No debes preocuparte por eso —aseguró con un encogimiento de hombros que puso sus poderosos músculos en movimiento—. La gente de la aldea no interfiere en las decisiones que

tomo. Además, la persona que nos dio la espalda a mi madre y a mí hace mucho que ya no está. —A juzgar por lo que le había contado, debía de tratarse del padre de su madre—. Y, *sherani* —murmuró, antes de acercar su rostro y unir su frente a la suya—, no dudes de que me dejas sin aliento cada vez que te veo.

Él también acababa de robarle todo el aire de los pulmones.

Vikram eligió ese momento para tirar de la manga de su vestido con evidente excitación. Leo le acarició el pelo con cariño y volvió la cabeza para averiguar lo que le había provocado una sonrisa en su carita delgada y solemne.

Habían llegado a Cherrapunji, y entre las palmeras e higueras que bordeaban el camino, empezaron a asomar las primeras casas de sencilla construcción, y se escucharon los ladridos de algunos perros y la algarabía de niños jugando. Aceleraron el ritmo y Leonelle se encontró en medio de un peculiar escenario al ver a unos cuantos hombres nativos apilando una ingente cantidad de leña en una enorme pira que destacaba contra el aspecto apacible de la pequeña aldea.

—¿Para qué es ese fuego? —preguntó, a nadie en particular.

—Es la hoguera de Holika Dahan, *memsahib* —aclaró Ambika—, esta noche arderá para quemar al diablo que intentó desafiar a Visnú y demostrar que el bien prevalece sobre el mal.

La mente curiosa de Leo se deleitó ante la idea de experimentar una nueva tradición, tan distinta a lo que había conocido durante su vida en Inglaterra y, además, sin las estrictas reglas de decoro que oprimían a las mujeres británicas, ya fuera en Londres o en Bombay. Estuvo a punto de echarse a reír al imaginar lo que dirían los encopetados aristócratas si descubrieran que la reciente condesa de Bancroft se había lanzado de lleno a un extraordinario viaje en la más absoluta libertad. Pensó en sus hermanas y en lo mucho que disfrutaron del festival de Diwali cuando llegaron a Baipur, sin miedo a romper las reglas establecidas, y supo que también reirían con ella.

—Mañana —continuó la doncella india—, se celebrará Holi. El festival del amor.

Las últimas palabras quedaron suspendidas en el aire, y los ojos de Leo buscaron los verdes iris de Ban para descubrir que él también la estaba mirando.

Capítulo 20

«Amor» repitió Leonelle para sus adentros, mientras contenía las ganas de hacer rodar la palabra en su paladar. ¿Qué sabía ella lo que significaba en realidad? Leo era pura lógica, pragmatismo y sentido común. Lo que sí comprendía era que se trataba de algo distinto al deseo. No se entregaba el cuerpo, sino el corazón. El alma. Esas partes de sí misma que había escondido durante tanto tiempo de las críticas y el dolor, que también habían permanecido ocultas a cualquier otro sentimiento que no fuera la devoción que profesaba a su familia.

¿Era por esa razón que se encontraba cada vez más a la deriva? ¿Se debía a que no se le daba bien manejar ese aluvión de emociones que se derramaban sobre ella desde que conoció a Ban?

Eso sería admitir que estaba enamorada de él...

Un rubor incontrolable se apoderó de su rostro en el mismo instante en el que esa idea se apropió de su mente, y apartó la vista de su marido con la absurda convicción de que podría leer sus pensamientos con la misma claridad que si los expresara a viva voz.

Se quedó con ojos fijos en el suelo y los hombros tensos, rogando porque Ban no hubiera notado nada, hasta que detectó un movimiento de soslayo que le hizo girar la cabeza hacia el extremo norte de la aldea.

Unas diez o doce figuras se aproximaban a la zona de las hogueras, pero, en la distancia, no parecían del todo humanas. Leo se ajustó las gafas sobre el puente de la nariz y parpadeó un par de veces, aunque el resultado final fue el mismo. Cuando estuvieron más cerca, por fin pudo distinguir a hombres y mujeres de distintas edades que llevaban una especie de caparazón de bambú que los cubría desde la cabeza hasta la mitad del trasero, igual que si fuesen grandes tortugas.

—No es parte de Holi, ¿verdad?

—No —respondió Ban—. En Cherrapunji llueve tanto como en el Rajastán el sol no cesa de brillar. Necesitan usar los *knup* para resguardarse mientras siembran arroz, sobre todo ahora que se acerca el monzón.

Leo asintió con aire entendido, y acababa de almacenar la información con mimo en su cerebro, cuando una de las mujeres cubiertas con el *knup* reparó en su presencia y se encaminó hacia el grupo con paso lento pero firme.

Ban depositó el equipaje en el suelo y salió a su encuentro con las facciones más relajadas que le hubiera visto nunca, como si todas las cosas que lo atormentaban hubieran desaparecido. Sintiéndose como una intrusa, pero sin poder dejar de contemplar el encuentro, Leo observó cómo la mujer india emitía un pequeño grito encantado y se deshacía del caparazón con manos

hábiles.

Debía de rondar la sesentena, y las canas creaban un precioso patrón sobre su pelo negro y recogido en la nuca. Era menuda, pero su figura estilizada aún mantenía el porte de la belleza que debió ser en su juventud. Iba envuelta en una especie de sari de algodón en lugar de seda, cuyo bajo estaba salpicado de barro.

Ban estuvo a su lado en unas largas zancadas y la alzó en vilo para abrazarla, a pesar de las fingidas protestas de ella. Era una escena dulce que se acabó demasiado pronto. El brahmán la dejó con cuidado en el suelo y comenzó a hablar en hindi con las manos convertidas en puños a ambos lados del cuerpo. Su abuela, pues no podía ser otra persona, miró a Leo con ojos sorprendidos y asintió con cuidado a lo que fuera que le decía su nieto. Después, su moreno rostro se contrajo de emoción y las lágrimas rodaron por sus mejillas cuando se giró hacia Vikram.

El pequeño se había quedado detrás de Leo y Ambika, pero también seguía con atención los movimientos de su hermano. Cuando este lo llamó por señas para que se aproximase, Vikram se aferró a la falda de Leonelle y alzó esos ojos verdes que hablaban sin palabras hacia ella. Leo se agachó en el suelo, invadida por la ternura.

—Acércate a ellos —lo animó, mientras le apartaba con cariño uno de los mechones rebeldes que le caían sobre la frente—. Esa mujer tan hermosa es tu abuela y estoy segura de que no puede resistir más las ganas de verte, ¿recuerdas que Ban te ha hablado de ella?

El niño asintió y se puso en movimiento con andar vacilante. Ni Ban ni su abuela movieron una pestaña, y Leo estaba convencida de que el brahmán le había explicado que Vikram todavía tenía episodios de angustia y pesadillas por las noches tras su experiencia en los almacenes de opio. La joven sufría y no podía evitar llorar con él, sacudida por la impotencia de que alguien tan pequeño y dulce hubiera tenido que pasar por una situación así. Qué era lo que había ocurrido antes para llegar a ese extremo era algo que a Leonelle le urgía conocer y le daba casi el mismo miedo averiguar.

La abuela de Ban, y del propio Vikram, dobló las rodillas para ponerse a la altura del niño como ella había hecho unos momentos antes y tendió la mano hacia él de forma muy delicada. Respetuosa. Cuando el niño aceptó, la mujer se llevó la mano del pequeño a la frente y más lágrimas se escurrieron por su semblante a la vez que le hablaba.

—Está explicándole quién es ella y diciéndole lo mucho que se parece a su madre, *memsahib* —dijo Ambika a su lado, aunque se había abstenido de traducir todo lo anterior.

—¿Vosotras ya os conocéis?

—*Haan, mem* —cabeceó la doncella.

—Ambika...

Leo no estaba muy segura de qué era lo que iba a hacer a continuación, mientras resistía la necesidad de tirarse al suelo y rogarle a la doncella que le contase todo lo que sabía de Ban y de Vikram, pero su marido llegó a su lado y extendió una mano hacia ella.

—Déjame que te presente a Nana ji. Significa «abuela» en hindi, y no consentirá que te dirijas a ella de otra manera.

—Pero —protestó Leo mientras se agarraba a él— es demasiado...

—¿Informal? Ahora no estás entre intransigentes pares del reino ni damitas de apariencia angelical y lengua de víbora, *sherani* —la cortó él—. Nadie te juzgará por ello.

Le rodeó la cintura y la guio con firmeza, sin dejarle opción a más dudas.

Nana ji la esperaba con un brazo alrededor de los estrechos hombros de Vikram y un aire

sabio y acogedor que le provocó un nudo en la garganta al recordar a su propio abuelo. Londres había quedado tan lejos que el vizconde Graves bien podría estar en otro planeta.

—Namasté. —El saludo tradicional llegó acompañado de un grácil movimiento de manos y un arco de su oscura cabeza cuando la mujer se inclinó hacia ella.

—Namasté.

Leo trató de hacer una torpe imitación de esos movimientos que le valió un ligero apretón de Ban en la cintura. Al encararlo, se topó con una sonrisa sesgada y una de sus infalibles miradas que la hacía temblar por dentro.

Los ojos negros y todavía humedecidos de Nana ji se movieron de uno a otro con agudo interés.

—Bienvenida a Cherrapunji, Leonelle —pronunció con ese marcado acento que acariciaba las erres.

—Gracias... Nana ji —dijo, insegura, antes de colocarse las gafas—. Y llámeme Leo, por favor. Las circunstancias de nuestro encuentro son agridulces, pero nunca había visto un lugar tan hermoso como este.

La mujer estrechó más a Vikram contra sí y dibujó una sonrisa que formó arruguitas en su tez oscura.

—Mis nietos están conmigo, es lo que importa. *Todos mis nietos* —remarcó, tendiéndole su mano libre. Leo se sonrojó con timidez y colocó su palma contra la de Nana ji—. *Aa jao*, vamos, os prepararé un té —propuso con energía, a la vez que tiraba de ella.

Ban se agachó a por el *knup* y las bolsas que se habían quedado en el suelo y los siguió junto a Ambika, quien también saludó respetuosamente a Nana ji. Se dirigieron hacia una casita de una sola planta, elevada del suelo por varios troncos, con paredes blanqueadas y una ventana a cada lado de la puerta. Nana ji apartó la esterilla que colgaba del marco de madera, y todos atravesaron el umbral. El interior era tan sencillo que podría haberse calificado como austero, una mesita baja, un fuego, una cama y un altar para las ofrendas a sus dioses. Pero cada rincón hablaba de paz, de vivir con lo necesario sin que la opulencia oscureciese el brillo de lo que de verdad merecía la pena.

Su anfitriona preparó con asombrosa eficacia cinco vasos de un té que desprendía un agradable olor floral, y todos se sentaron en el suelo, alrededor de la mesita, pese a las dificultades iniciales de Leo con el vestido.

—Debes de estar agotada —le dijo Nana ji mientras esta daba un sorbo al fragante y cálido líquido—. Por el viaje y por haberte casado con alguien tan fogoso y complicado como mi nieto.

Leo se atragantó con el té y tosió hasta que varias lágrimas rodaron por sus mejillas.

—Nana ji —la amonestó Ban a la par que masajeaba la espalda de Leo con movimientos pausados que llegaban más abajo de lo que dictaba el decoro—. Mi esposa no está acostumbrada a tratar esos temas de manera tan abierta.

La mujer emitió una especie de bufido de disgusto. Leo, en tanto, intentaba recuperar el aliento y mantener discretamente alejadas las zarpas de Ban con escaso resultado.

—Los *angrezi* tenéis una forma muy extraña de existir —arguyó Nana ji—. Escondéis demasiadas palabras importantes y utilizáis muchas otras que no significan nada. —Entre los británicos, no podría decirse que Leo escondía demasiadas palabras, pero no tenía defensa alguna frente a la formidable mujer. Todo era cuestión de perspectiva—. Recuerdo la primera vez que acudí a Baipur a conocer a mi nieto —prosiguió—. Sus orgullosos padres me mostraron una diminuta criatura con un nombre interminable.

Alzó las cejas hacia Ban. Su nieto, como si hubieran representado esa escena infinidad de veces, recitó:

—Le presentaron a Fitzwilliam Nathaniel Luca Elwood. Vizconde Linley y futuro conde de Bancroft... Por aquel entonces —apostilló con una sonrisa escondida en su voz.

Nana ji sacudió la cabeza y Leo apoyó los codos en la mesita, expectante. Incluso Vikram contemplaba a su abuela con curioso interés.

—Yo miré sus ojos verdes por un momento... Y fue Ban —afirmó con rotundidad la mujer antes de beber de su vaso.

Leo pestañeó, entre confundida y asombrada por el final abrupto a su diálogo.

—Ban quiere decir «bosque» en hindi.

Su marido se había inclinado hacia ella para susurrarle aquel pequeño misterio, y una oleada de calidez se extendió por sus extremidades.

Ella siempre lo había llamado de esa manera, aunque solo fuera en su mente cuando el protocolo la obligaba a referirse a él como lord Bancroft. Ese nombre era algo que siempre le había pertenecido, que encajaba en él como una segunda piel, y ahora adquiría un nuevo y espléndido significado. Era el precioso sonido de su dualidad.

—Ban es perfecto —dijo.

Él seguía muy cerca de su rostro y sus labios rozaron la sien de la joven en un beso secreto... O eso creyó Leo hasta que vio la boca de Nana ji torcerse con picardía tras la taza.

—Bien —prorrumpió la mujer con un manotazo sobre la madera que consiguió que todos enderezasen la espalda—. Tenemos que prepararnos para la *puja* de Holi. —A Leo le costó un momento ubicar esa palabra, pero la había escuchado en Baipur. Era la forma con la que se referían los hindúes a las ofrendas que realizaban a los dioses.

Después de su arrebato, los ojos oscuros de Nana ji se detuvieron en Vikram con un brillo cariñoso y preocupado.

—Este año es todavía más primordial. Ya sabéis lo que hace falta.

Leonelle no podía dejar de sorprenderse por sus cambios repentinos, pero Nana ji era, sin duda, una de las personas más excepcionales y vivaces que había conocido nunca.

Ban se puso en pie en un solo movimiento y la ayudó a hacer lo mismo sin ningún esfuerzo. Iba a seguirlo a donde quiera que se dirigiera para preparar la ofrenda, porque no deseaba perderse ningún detalle, pero Nana ji la detuvo.

—¿Podemos hablar un momento las dos?

El cuerpo de Ban pareció tensarse. Leonelle, en cambio, asintió con la cabeza y con un nudo en la garganta a la espera de lo que Nana ji tuviera que decirle.

Capítulo 21

La casita se quedó vacía, a excepción de Leo y de Nana ji. Ambika, Vikram y Ban, este último a regañadientes, habían salido al exterior para ayudar en los preparativos del Holika Dahan.

El silencio, sin embargo, no se prolongó por mucho tiempo.

—El vínculo que compartís mi nieto Ban y tú es especial. Incluso estos ojos viejos pueden verlo —dijo la mujer india.

Leonelle exhaló muy despacio el aire que había estado conteniendo. Lo lógico era que la conversación que tendría con ella girase entorno a ese tema, pero su relación con Ban era algo que ni siquiera podía explicarse a sí misma con una mínima coherencia.

—Nosotros... Él y yo...

Unió las manos sobre la falda arrugada, como si así pudiera conseguir ánimos para continuar.

—Ban creyó estar enamorado una vez.

Las letras de la frase que acababa de pronunciar Nana ji se estrellaron contra Leo como agudas esquirlas.

—¿Ban, enamorado?

«¿De quién?». «¿Cuándo?». La lengua se le había enredado entre las preguntas que quería hacer, pero su interlocutora pareció escucharlas de todos modos.

—Ocurrió hará unos cuatro años. Con la fortuna que había heredado de su padre, Ban decidió visitar *Yoorop*. —Rebuscó unos segundos la palabra en su mente—. Europa. Cuando el conde murió, su abuela inglesa insistió en que un tutor se encargaría de parte de su educación y se lo llevó a Inglaterra desde los diez hasta los quince años. Después regresó a la India. Pero el Viejo Continente siempre le había llamado la atención y llegó el momento de descubrirlo por sí mismo. Allí conoció a una de esas damiselas que solo sonríen detrás de un abanico. Fue en Roma. ¿O en París? ¿Qué sé yo de esos lugares extraños que pronuncia mi nieto?

Nana ji no se había levantado y Leo se arrodilló a su lado, a la vez que rogaba por que la mujer no se desviase del tema.

—¿Ella correspondía a sus afectos? —preguntó, como un pequeño empujoncito.

—*Haan*. Al principio —puntualizó—. Ban fue tras sus pasos por muchos países, alentado por ella y bien recibido por sus familiares. —La dama en cuestión, caviló Leo, debía de estar realizando el Grand Tour, el recorrido por Europa que solo se podían permitir los jóvenes de las clases más pudientes—. Eso fue cuando estaba segura de que mi nieto era uno de esos purasangres ingleses con los que las muchachas nobles aspiran a casarse.

A Leonelle se le cayó el alma a los pies. Intuía lo que vendría a continuación.

—Él aprendió desde muy pequeño que era mejor no admitir sus orígenes. Sin embargo, Ban creyó que dicha dama era diferente y que debía mostrarse por completo ante ella, por lo que un buen día le reveló que era parte indio. Yo no estaba allí, pero puedo imaginar su cara de repulsión. Es la misma que le dedican muchos hindúes cuando descubren que es parte británico. Mi nieto pertenece a dos mundos y no es aceptado en ninguno.

Leo sintió una hiriente opresión en el diafragma.

Por fin entendía la razón por la que se había mostrado tan desconfiado. Tan empecinado en no decirle la verdad sobre sí mismo. Tan dolido cuando pensaba que solo suscitaba rechazo en ella. Parecía ser lo único que había conocido en su vida. Y la triste realidad es que era cierto. Rechazo por parte de las dos culturas que deberían haberlo respaldado. Recordaba la forma despectiva y morbosa en la que se murmuraba sobre él en la sociedad angloíndia de Simla. Y su propio abuelo hindú ni siquiera había reconocido su existencia.

Era desgarrador pensar que un hombre tan fuerte como Ban era también muy vulnerable y que luchaba día a día por mantener oculta una de sus dos mitades cada vez que mostraba la otra, ya fuera como aristócrata o como brahmán.

Volvió la cabeza hacia la puerta con la esperanza de atisbar su alta figura y el tremendo deseo de envolverlo en sus brazos. Pero Nana ji no había terminado.

—La decisión de confiar en esa mujer lo atormenta desde entonces. No porque su orgullo y su corazón salieran rasguñados por la aversión y el desdén con los que lo golpeó. ¿Quién no está expuesto a los envites crueles de la vida? —Encogió sus hombros estrechos—. La razón es que las consecuencias de seguirla como un bobo encaprichado durante tanto tiempo fueron nefastas. Se culpa por haber estado alejado de la India.

Leo hizo un rápido cálculo mental con los datos que le había dado Nana ji.

—¿Porque estuvo ausente durante el motín de los cipayos? —se atrevió a aventurar.

—Aah... El motín —suspiró con tristeza—. Bueno, eso lo preocupó, pero no lo suficiente como para volver. Le tranquilizó saber que Megalaya, Calcuta y Merala era zonas seguras, alejadas del conflicto.

Entonces, ¿qué había ocurrido?

—Tiene que ver con Vikram. —Leo dio un respingo, como activada por un resorte, al escuchar el nombre del pequeño, mientras Nana ji la miraba con ojos muy atentos—. ¿Quieres saberlo?

«Sí».

—No —negó con un hilo de voz. Acababa de reunir cada gramo de voluntad que había en ella —. Es decir, deseo conocer todo lo que sucedió más que nada en el mundo, pero prometí a Ban que esperaría a que fuera él quien me lo contase.

Puede que hubiera intentado presionarlo para que se lo dijera. Y le parecía vital conocer los hechos por los que habían pasado los dos hermanos para comprenderlos mejor y ayudarlos. Además, una parte de ella estaba muy enfadada con su marido por callar con tanta obstinación. Pero saberlo todo de boca de Nana ji era una deslealtad hacia Ban que no cometería por muy tentador que resultase el ofrecimiento.

La mujer india dejó la taza de té sobre la madera con un golpe seco y, sin más preámbulos, Leo se vio apretujada contra el pecho de la abuela de Ban en un maternal abrazo.

—Eres su *aadha* —murmuró con voz emocionada.

Leo, con una delatora humedad en las pestañas, se dejó mecer por los brazos de Nana ji. Hacía mucho que no sentía ese tipo de muestras de afecto, incluso desde antes de que su madre

muriera, ya que Eleanor Ingram había pasado por una larga enfermedad. Aunque abrazaba a Cam y a Lemy a menudo, no era la misma sensación de protección. Saber que podía permitir a su mente descansar por un momento de las preocupaciones.

—¿Qué significa *aadha*? —preguntó pasados unos agradables minutos. Su mente no parecía muy inclinada a relajarse mucho más.

—Significa que eres su mitad —aclaró Nana ji—. Mi nieto ya no tendrá que sufrir más por sentirse traicionado. Con el tiempo, sanará y será feliz.

Ser feliz con Ban. ¿Cómo sería eso? Un agradable cosquilleo se abrió paso hasta el corazón de Leo, igual que una pequeña corriente de agua que intentara alcanzar un lugar que llevaba mucho tiempo seco.

De pronto, se apartó y se ajustó las gafas, torcidas por el abrazo, y frunció el ceño hacia Nana ji.

—¿Me estaba... probando?

—Estaba confirmando lo que mis huesos ya habían adivinado —dijo con un desparpajo tan encantador que los labios de Leo se curvaron hacia arriba en contra de su voluntad.

La mujer le dio una palmadita cariñosa en la mejilla antes de ponerse en pie.

—Vamos, vamos, ya casi es la hora. —La arreó con nuevos bríos, otra vez en movimiento.

Salieron al exterior y Leo comprobó que habían colocado una figura de madera con torso de mujer y una terrible cabeza demoníaca en el centro de la enorme hoguera.

—Ella es Holika —explicó Nana ji, al ver que se quedaba parada mirando hacia esa dirección —. Quiso acabar con el pequeño Prahalad, un devoto del dios Visnú, haciéndolo arder en el fuego, pero fue Holika quien acabó quemada como castigo.

Leo asintió, entre fascinada y espeluznada por la figura, y tuvo que trotar un poco para seguir a Nana ji, a quien debió parecerle que ya se habían entretenido bastante.

—¿A dónde vamos? —la interrogó la joven cuando le dio alcance.

—Al templo. Está a punto de empezar la *puja*.

Caminaban hacia al lado opuesto del pueblo por el que ellos habían llegado, y después de dejar atrás más casitas e impresionantes palmeras, salieron de nuevo a la espesura. El río, que quedaba bastante abajo desde su posición, había adquirido un llamativo color verde al reflejar las hojas de los árboles que se cerraban sobre él como un techo natural, y fluía con alegre placidez. Solo que en el borde del terreno no había puentes de raíces vivientes, sino un templo construido con exquisita perfección.

No era demasiado grande, pero eso lo hacía todavía más especial, como un acogedor refugio en el que los dioses pudieran cobijarse. Su planta rectangular sustentaba un edificio de seis columnas y, a la derecha, una estructura en forma de cono que se dividía en muchos pisos hasta semejar un pétreo panal de abejas. La cumbre estaba rematada con un pináculo en forma de fruto, y cada una de las paredes y divisiones estaba llena de esculturas de flores y animales sagrados como vacas, aves o elefantes. Entre toda esa exuberancia, se mezclaban centenares de divinidades que adoptaban gráciles formas y un sinfín de extremidades plagadas de un simbolismo que Leo lamentaba no comprender. Lo que más había cautivado a la joven, sin embargo, era el colorido que se derramaba sobre el edificio para dar vida a todos ellos. En lugar de la elegante sobriedad de la piedra anaranjada del templo de Baipur, el templo de Cherrapunji estaba pintado con minuciosa destreza en una explosión de rojos, verdes, azules, amarillos y púrpuras que lo transformaban en un vibrante cuadro que parecía respirar. Y ver. Y sentir...

—*Sherani.* —Ban estaba a su espalda. Su calor, su esencia misma, se filtraban en ella a través

de la ropa—. Ya había reunido a un ejército para rescatarte de Nana ji.

Se giró despacio. Su marido tenía gesto preocupado a pesar de sus palabras ligeras, y Leo solo quería besarlo.

—Creo que habrías necesitado tres ejércitos como mínimo —bromeó, en cambio.

La mandíbula masculina perdió algo de su rigidez, aunque no del todo, y los ojos verdes brillaron divertidos.

—No has necesitado mucho tiempo para calar a mi abuela —afirmó con aprobación. Luego señaló el templo—. ¿Entramos?

—¿Puedo? —Quiso asegurarse, atrapada otra vez por la viveza de las esculturas que parecían llamarlos. Había visto muchos templos desde fuera, pero jamás su interior. Era como si el destino la hubiera hecho aguardar, sin saberlo, hasta aquel momento extraordinario.

—Claro. El único inconveniente es que tienes que descalzarte.

—No es nuevo para mí —respondió, y enseguida de sonrojó al recordar el estanque de Sitakund.

Ban también debía de recordarlo, porque la miró con los párpados entornados y una sonrisa que auguraba placenteros peligros.

La tomó de la mano y la llevó hasta la entrada, donde se deshizo de sus zapatos, y continuaron su marcha hacia el interior.

Ban se detuvo y tocó una pequeña campana colgada en el umbral y la instó a hacer lo mismo.

—Así anunciamos nuestra presencia a los dioses.

Leo no estaba segura de si los dioses se mostrarían muy complacidos con su visita, pero el sonido envolvente que produjo la campanita de metal al golpearla con suavidad le transmitió una calma instantánea y apaciguó su tumultuoso interior.

Entonces, su marido le cedió el paso y entró de lleno en la atmósfera ligera, distendida, que se respiraba en aquel lugar sagrado, tan distinta del recogimiento y la seriedad de los santuarios cristianos.

Las mismas esculturas de divinidades que los habían observado desde fuera los contemplaban ahora con gesto risueño en la parte superior de las paredes, emulando sugerentes frisos que jugaban con los volúmenes, los colores y las texturas. El olor intenso del incienso que se consumía poco a poco en delicados quemadores de latón actuaba como catalizador del misticismo que los envolvía, y los susurros mundanos de muchos fieles que charlaban animadamente servían de acorde para los mantras que se recitaban con veneración en un continuo ciclo de armonía y repetición.

Al igual que en el exterior, todos los rincones desbordaban vida, y el templo desprendía una energía espiritual tan potente que Leo tenía la sensación de que las pulsaciones de la propia India recorrían cada ornamento y cada piedra.

—Todos los elementos cósmicos que conforman la existencia de los hindúes están presentes. Fuego y agua. Naturaleza y deidades, lo masculino y lo femenino. Uno no tiene razón de ser sin el otro.

Mientras hablaba, Ban la guiaba hacia el fondo del edificio con una mano presionada con suavidad en la curva de su espalda, y Leo estaba convencida de que su toque la hacía todavía más sensible a cualquier estímulo.

Se fueron abriendo camino con cierta dificultad, hasta que se detuvieron frente a dos figuras mucho más grandes que las que había visto con anterioridad, sostenidas por unas pesadas peanas. Uno de los ídolos tenía un peculiar aspecto zoomorfo, con cabeza de elefante y cuerpo humano

dotado de cuatro brazos y una prominente barriga.

—¿El templo está dedicado al dios Ganesha? —preguntó Leo, sorprendida.

Ban la miró de reojo, con una sonrisa bailándole en los labios.

—En efecto, *sherani.*

La curiosidad de su marido quedó pendiendo en el aire entre ellos y Leo se colocó las gafas, algo cohibida.

—Ambika me dijo un día que Ganesha, el Destructor de Obstáculos, me había llevado hasta Simla. —Se reservó que la doncella india también había dicho que la razón era encontrar a Ban.

—Imagino que te escandalizaste cuando investigaste sobre él y descubriste su aspecto —conjeturó Ban con un guiño.

—En realidad, me pareció bastante adorable —replicó ella, impertérrita.

¿Por quién la tomaba? ¿Por una impresionable cabeza hueca?

—¡¿Adorable?!

Leo tuvo la satisfacción de ver que casi se atragantaba al repetir sus palabras, y solo asintió con las cejas muy alzadas, desafiándolo a contradecirla. Por supuesto, no lo hizo, pero compuso una expresión entre solemne y maquinadora que hizo saltar sus alarmas.

—Desde luego, sería una deidad adecuada a la que venerar, puesto que tenemos muchos obstáculos que salvar ante nosotros. Sin embargo... —Se rascó la barbilla, como si de verdad estuviera pensando en algo que ya tenía muy claro cómo expresar—. Yo te relacionaría más con el dios Hanuman. Es el único que conoce todos los libros sagrados. Un admirado erudito que me hace pensar en ti.

Su marido movió la cabeza hacia el ídolo que estaba al lado de Ganesha. Este tenía una forma aún más animal, con el cuerpo muy musculado, una larga cola y un rostro simiesco, cuyos carrillos estaban hinchados igual que si estuviera reteniendo el aire dentro de ellos.

—¿Un mono te hace pensar en mí?

Fue el turno de Leo de ahogarse por la indignación. Hizo un amago de girarse hacia el lugar donde parecían estar preparándose las ofrendas, pero, tal y como ella esperaba, Ban la detuvo. Sin embargo, Leo no podría haberse imaginado lo que él haría a continuación. Primero, pegó su pecho a la espalda de Leonelle a la vez que la rodeaba con los brazos, y la joven quedó oculta entre su ancho cuerpo y las estatuas de los dioses. Pronto, todos los sonidos que casi la habían aturdido hacía un momento desaparecieron hasta que solo quedó la cadencia de la voz de su esposo, reverberando en su interior.

—Ni siquiera Sarasvati, la más hermosa diosa del conocimiento, sentada sobre la flor de loto más pura, podría compararse jamás contigo, *sherani* —susurró contra su cuello.

Leo se apoyó en él. El corazón le retumbaba en el pecho, y no era capaz de explicarse lo que estaba ocurriendo entre ellos. En las pocas horas que llevaban en Cherrapunji, la actitud de Ban parecía haber cambiado. No solo se mostraba más comunicativo de lo que había sido nunca, sino que la manera en la que se dirigía a ella, la forma en la que expresaba lo que sentía, ya no era únicamente seductora, también tenía un matiz dulce y delicado que pulsaba preciosas notas en su alma...

Y Leo no sabía cómo reaccionar ni qué responder. Se sentía tan perdida como hacía un rato al escuchar la palabra «amor». Se removió, aturdida por sus propias emociones, y Ban debió de pensar que trataba de separarse, porque la estrechó más fuerte.

—Deja que te abrace, *sherani*. Dame tiempo para que sea capaz de recordar la sensación de tu suave piel bajo mis dedos y las notas del perfume que se enreda en tu pelo.

Leonelle se quedó paralizada. Su corazón, que había estado latiendo a toda velocidad, detuvo su loca carrera de golpe y chocó contra sus costillas.

—¿Por qué tendrías que recordarlo? —preguntó muy bajito, como si así pudiera hacer desaparecer ese regusto a despedida.

Su marido colocó la barbilla sobre la coronilla de Leo antes de hablar en el mismo tono.

—Porque puede que sea la última vez que me permitas tenerte entre mis brazos.

Esta vez, Leo sí que consiguió volverse y mirarlo cara a cara.

—Dame una razón por la que no lo permitiría.

Capítulo 22

«Te lo explicaré después». Siempre había un detestable después.

Leo ya no sabía qué era peor, si el Ban del pasado que rehuía sus preguntas, o el de ahora, que las posponía indefinidamente.

Pero la *puja* había comenzado frente a las estatuas tras las que se parapetaban, obligándolos a unirse a la multitud, y poco podía hacer para entender la actitud de su marido.

Las guirnaldas de flores que reposaban en el cuello del dios Ganesha y el dios Hanuman regalaban desordenados patrones de color en los que se mezclaban el blanco del jazmín, el naranja de las caléndulas y el morado de los lirios. En el suelo del templo, bandejas metálicas de un dorado destellante, denominadas *puja thali*, contenían más flores y cuencos con arroz, agua, cúrcuma, coco, granos de trigo, incienso e, incluso, hilos de algodón natural. Todo estaba colocado con suma delicadeza, cada elemento en su lugar correspondiente y, al mismo tiempo, conseguían evitar la fría impresión de que hubiera sido premeditado.

Nana ji, Vikram y Ambika habían depositado algunas de esas bandejas a los pies de las deidades, detrás de los sacerdotes hindúes que repetían mantras en sánscrito en una cadencia relajante que vibraba contra las ofrendas, los creyentes y el propio cosmos. Los hombres santos movían las lamparillas de aceite encendidas en pequeños círculos delante de las tallas y los fieles ejecutaban los rituales en perfecta sincronía. Esparcían agua sobre la *puja thali* y sobre ellos mismos para purificarse, sostenían flores y arroz en la mano derecha en honor a Ganesha o bañaban más flores en cúrcuma y trigo para rendir culto a Visnú. Leonelle había intentado mantenerse solo como observadora, pero Ban había insistido en que ambos compartiesen ese momento, por lo que sus manos unidas fluían de un elemento a otro con la hábil guía de su marido.

Leo, todavía muy cerca del cuerpo de Ban, podía sentir la fuerza vital con la que impregnaban todos esos objetos inanimados para que los dioses pudieran nutrirse de ella. Era una experiencia que iba más allá de lo terrenal, y todavía no había acabado.

Todo el mundo fue abandonando el templo poco a poco, de vuelta a la enorme hoguera donde la temible figura de Holika aguardaba su destino final.

Vikram, que había estado lanzando miradas furtivas a Leo mientras imitaba los gestos de su abuela durante la ofrenda, disminuyó el paso y Leo lo aceleró para entrelazar los dedos con los suyos.

—Lo has hecho muy bien —le aseguró, sin el más mínimo arrepentimiento por no tener ni idea de si lo que decía era verdad o no a ojos de los sacerdotes.

El pequeño había ido ganando peso hasta tener un aspecto más sano, acorde al de un niño de su edad, pero aún quedaba un largo camino por delante. Leo apretó un poco más el agarre y le sonrió.

—¿También te ha explicado Nana ji lo que hay que hacer a continuación?

Vikram solo la miró con aire tímido. Su abuela, que iba algo adelantada, se giró y le guiñó un ojo.

—Mi *nati* sabe cómo conseguir que la tristeza, los miedos y los malos pensamientos ardan en el fuego junto a Holika.

Leo formó una «o» con los labios.

—En ese caso, ¿puedo seguirte?

—No os olvidéis de contar conmigo.

Ban se había aproximado a su hermano y lo agarró de la otra mano a la vez que miraba por encima de su cabeza a Leonelle. Una corriente pasó entre ambos, aunque no se dijeran nada.

—Esta noche sirve para conmemorar que el bien siempre vence al mal y el pasado queda atrás —afirmó Nana ji con gesto satisfecho.

Desde luego, a la joven le pareció una victoria muy importante que celebrar.

Durante la siguiente hora, se volvieron a ofrecer más flores y frutas y, para cierta reticencia de Leo, una guirnalda hecha con estiércol seco de vaca. Después, dieron tres vueltas a la hoguera con el hilo de algodón y vaciaron el agua de la *puja* antes de alejarse para permitir que se prendiera fuego a los troncos donde las energías negativas se quemarían junto a la figura demoníaca de Holika.

En un instante, las llamas se alzaban varios metros por encima de las personas que cantaban y bailaban alrededor de ellas con una atmósfera mucho más festiva y menos solemne que unos minutos antes, como si todos se hubieran liberado de cargas que pesasen toneladas.

La fiesta se prolongaría durante toda la noche, pero cuando se hizo patente que Vikram apenas podía mantener los ojos abiertos, Leo se ofreció a llevarlo a casa de Nana ji. Ban se hizo con una lamparilla de aceite para los tramos más oscuros del camino y Ambika también expresó su deseo de retirarse, por lo que los cuatro se despidieron de la abuela de su marido para dirigirse a la casita.

Vikram fue el primero en entrar y, una vez en la puerta, Ban apenas rozó el codo de Leo con los nudillos para llamar su atención.

Luces y sombras danzaban por su rostro debido a la llama titilante que sujetaba, pero podía distinguir su silueta cada vez mejor gracias a las lámparas que Ambika estaba encendiendo en el interior de la casa.

—¿Podemos hablar ahora, *sherani*?

Leo levantó tanto las cejas que no le hubiese extrañado que alzasen el vuelo con la más mínima ráfaga de aire.

—¿Que si podemos hablar ahora? —repitió—. Es uno de los eufemismos más elaborados que he tenido la oportunidad de escuchar en mucho tiempo. Llevamos intentando hablar desde que nos conocimos.

Ban pareció encogerse un poco.

—Si prefieres esperar...

Leo lo atajó alzando la palma abierta hacia él.

—Si espero un segundo más, Ban, temo que nunca volveré a recuperar la paciencia en lo que me resta de vida. Y la paciencia es una capacidad muy útil, ¿no crees?

Los hombros anchos de su marido se relajaron un poco e incluso le dedicó una sonrisa ligeramente torcida.

—La paciencia es una de las virtudes que ofrece las mayores y más satisfactorias recompensas, *sherani* —murmuró mientras acortaba el espacio entre ellos.

—Ah, no —protestó ella, aunque el cosquilleo que despertó en su vientre fue imposible de suprimir—. Si tu idea de que charlemos consiste en describirme de manera gráfica más pasajes de ese dichoso libro del amor indio, te desearé las buenas noches y me retiraré a descansar.

La sonrisa de Ban se intensificó, solo que sus ojos verdes también destilaban una seriedad que no parecía concordar del todo con sus labios risueños.

—Intentaré no tomarme tu desconsideración hacia el tratado del dios Kama como un desafío para ofrecerte pruebas de lo mucho que puede complacerte. Al menos por esta noche. —Dio otro paso más hacia ella y le acarició los pómulos con mucha suavidad—. No obstante, me gustaría defenderme y demostrarte que también me inspiras para recitarte los versos más delicados.

Se inclinó hasta que su boca casi rozó la sensible oreja de Leo y la hizo estremecer cuando su voz se derramó sobre ella. Le llevó un momento darse cuenta de que no estaba utilizando el inglés sino hindi. En esa lengua, el tono de su marido parecía más grave; el sonido, melódico y cautivador.

Cuando terminó, la pregunta sonó falta de aliento porque así era como se sentía Leo.

—¿Qué significa?

Ban se apartó un poco para mirarla a los ojos y recitó de nuevo el poema con la misma intensidad.

En vano trata la luna cada mes
de pintar un retrato de tu hermosa tez,
y, al fallar en capturar su exquisitez,
destruye el trabajo y comienza otra vez.

—Oh, vaya. —Notó cómo se le teñían las mejillas de rosa—. Es... es precioso.

Leo tendría que investigar a fondo si un ser humano podía entrar en combustión por el puro deleite de escuchar un poema dedicado a él.

Los iris de Ban destellaron de nuevo con esa mezcla de calor y solemnidad.

—Ven conmigo, *sherani*.

Extendió la mano hacia ella y Leo no dudó en tomarla.

Luego, Ban los condujo por el mismo recorrido que habían hecho para llegar al templo, pero, al llegar al colorido edificio donde todavía quedaban algunos fieles y sacerdotes, siguieron avanzando hasta un nuevo recodo que desbordaba quietud.

El pequeño claro tenía forma de C y algunos montículos de piedras planas estaban diseminados en los extremos. La lluvia constante les había dado una apariencia pulida y Ban aprovechó para apoyar la lámpara en una de las rocas.

Se quedó un momento de espaldas a Leo, quieto por completo. Ella dio un paso en su dirección mientras él comenzaba a girar sobre sus pies descalzos y se sostuvieron la mirada como si estuvieran tratando de alcanzar lo más profundo del interior del otro. Sus escondites mejor guardados, sus emociones todavía sin filtrar. Ambos habían demostrado ser buenos en ello.

En primer lugar, lo que Leo encontró fue mucha cautela. Y, un poco más allá, algo parecido a la resignación, como si hubiese dado por perdida una oportunidad que ni siquiera había

comenzado.

Eso la asustó. ¿Qué hallaría Ban en ella? Esperaba que viera, sobre todo, que no tenía intenciones de rendirse.

Los dos empezaron a la vez:

—Ambika me contó...

—Nana ji ha dicho...

Se detuvieron de manera igual de abrupta, y Ban le hizo un gesto amable para que continuase.

Leo dudó, pero quizá sería más fácil para él si era la primera en hablar.

—Nana ji ha dicho que una dama te rompió el corazón en Europa.

Su marido apretó los puños a ambos lados del cuerpo.

—Mi corazón y mi vida se hicieron pedazos, *sherani*.

Había tanto dolor en su voz que a Leonelle se le comprimió el corazón. ¿Sería un error abrazarlo? Intuyó que sí. Que lo tomaría como lástima, cuando rodearlo con los brazos la reconfortaría tanto a ella tanto como a él. Permaneció donde estaba, incapaz de salvar esa brecha que podría dar lugar a un nuevo rechazo.

—Ya has visto que en Holika Dahan lo malo arde entre las llamas y el pasado se convierte en cenizas —prosiguió Ban—. Eso es lo que mi abuela desea. Eso es lo que yo deseo para Vikram, pero mi pasado nunca dejará de quemarme por dentro. Sin embargo, no hay mejor momento que este para contártelo todo, Leonelle. No me malinterpretes, hace mucho que dejé de desconfiar de ti, era yo el que no soportaba hacer frente a cómo cambiará la realidad cuando lo sepas todo. Pero he conseguido aceptar que nunca estaré más preparado que en esta noche.

La perforó con la mirada a la espera de una confirmación de que eso era lo que deseaba, aunque ya no hubiese vuelta atrás. Leo apenas fue capaz de tragar saliva, sacudida por su admisión de que confiaba en ella, y asentir.

Ban se tomó un momento, como si estuviera poniendo en orden sus ideas.

—Ambika me confesó que te ha mencionado a Al-Musavi —dijo, al fin.

La joven parpadeó un segundo, confundida, porque el tema que había abordado no parecía relacionado de ninguna manera con la joven que lo rechazó.

—No te enfades con Ambika —se apresuró a decir con el ceño fruncido—. Ella solo pretendía apaciguarme en un momento en el que estaba realmente furiosa contigo.

Él también pareció querer salvar la brecha, pero se balanceó en el borde y no avanzó.

—Lo sé, Leonelle. Sé que mi disculpa llega tarde, pero lamento muchísimo lo que ocurrió el día de nuestra boda.

Leo se ajustó las gafas.

—Los recuerdos desagradables del pasado se han convertido en cenizas, ¿verdad?

Su marido se pasó una mano por los cabellos, que habían crecido bastante desde Simla, y suspiró.

—Joder, desearía tanto que fuera así.

—Ban... ¿qué tiene que ver Al-Musavi contigo?

A excepción de algún que otro animal que se deslizaba por la jungla, todo quedó en silencio hasta que Ban respondió:

—Nasir Al-Musavi asesinó a mi madre.

Capítulo 23

Ban no debería haberse expresado de una forma tan descarnada. El rostro desencajado de Leonelle se le clavó en el esternón y controló las ganas de alzarla en brazos y llevársela lejos. Lejos de la realidad. Del sufrimiento y las decisiones que tendría que tomar pronto. Su apariencia era tan delicada; el pelo, revuelto tras todo un día de celebraciones, parecía estar hecho de hilos de plata a la luz de la luna; la blusa se le pegaba un poco a la piel por la humedad del ambiente y su propia transpiración, y, en cualquier otra situación, no habría controlado el impulso de inclinarse y lamer el brillo que se extendía por la columna de su cuello. El ruedo de la falda estaba deshilachado en mil sitios, y pequeños temblores sacudían su cuerpo desde que había pronunciado esas malditas palabras.

Sin embargo, desconocía la manera de suavizar su historia, y sabía que su leona tenía tanta fuerza como la flor de loto que florecía incluso en el estanque más opaco.

—Ban... ¿qué estás diciendo?

—Será mejor que comience por el principio, *sherani*. O, más bien, que continúe la historia que comencé cuando cruzamos los puentes vivientes.

»Mi madre, Kiyana, tuvo un matrimonio corto aunque feliz junto a mi padre, hasta que al conde de Bancroft le falló el corazón y murió en sus brazos, en la tierra que le había dado todo lo que su espíritu aventurero siempre buscó. Yo ni siquiera tenía la edad de Vikram ahora, pero recuerdo la tristeza de mi madre y su deseo de permanecer en Baipur, cerca del lugar donde enterraron a su esposo. Llevábamos una existencia tranquila, hasta que un hombre que se había quedado prendado de la belleza de Kiyana desde que mi padre los presentó le hizo una nueva oferta de matrimonio que ella consideró lo más sensato aceptar.

—No puede tratarse de Al-Musavi, ¿verdad? —Trató de atar cabos Leonelle.

Ban negó con la cabeza.

—No. Pero era un hombre tan poderoso y enamorado como para pagar una auténtica fortuna a un brahmán y que este le devolviese a mi madre la casta que había perdido cuando se casó con un inglés. Tanto, que presionó hasta conseguir que la Compañía Británica de las Indias Orientales aprobase la Ley de segundas nupcias para viudas hindúes. Seguro que has oído hablar de ella, ¿verdad, mi preciosa erudita? Imagina el incalculable valor que tiene para esas viudas. Pasaron de quedar relegadas a vivir una vida de abnegación, austeridad y soledad impuesta a poder elegir casarse de nuevo sin perder sus derechos ni los de sus hijos. Yo mantuve todos mis derechos y responsabilidades como conde de Bancroft.

Leonelle cruzó los brazos sobre el pecho, quizá a modo de escudo.

—¿Y quién tenía semejante poder?

Esa noche, se había prometido a sí mismo que Leonelle sabría la verdad, y al diablo con todo.

—Moolam Pagri, el fallecido marajá de Merala.

Su mujer agachó la cabeza y se tambaleó un poco, y Ban estuvo junto a ella en dos zancadas para estabilizarla.

—*Sherani*.

Tiró de ella para acercarla a las rocas donde había dejado la lámpara y la ayudó a sentarse, antes de clavar una rodilla en el suelo y quedar casi a la altura de su rostro. Sus ojos, más oro que ámbar por la luz de la llama, lo miraban perplejos.

—Entonces, Vikram...

—Es su hijo —asintió él, sin evitar atrapar un mechón castaño entre sus dedos—. El gobernante legítimo del estado de Merala.

—Pero ¿cómo es posible? Se dijo que toda la familia real fue asesinada con las armas que unos cipayos rebeldes le robaron al destacamento de mi cuñado Jason.

—Esa fue la versión oficial de Al-Musavi para acceder al trono y ser nombrado nabab de Merala sin obstáculos, pero, por suerte para mí, mi hermano sobrevivió al ataque.

Leo volvió a llevarse las manos a las sienes.

—Ban, necesito que me lo expliques todo, por favor.

—Cuando mi madre aceptó ser una de las varias esposas del marajá —concedió él—, yo me crie en el harén junto al resto de la descendencia de Moolam Pagri. Se me instruyó en el hinduismo y en el brahmanismo. Aprendí a ser un miembro más de la corte del regente de Merala, pero mi madre no quería que olvidase mis raíces británicas ni el compromiso que tenía con mi título. Por eso, aceptó la petición de mi abuela paterna de ir a vivir a Inglaterra unos años y contratar tutores que se encargasen de cubrir esos conocimientos. A los quince años, regresé a Baipur, siempre con la aprobación del marajá, quien consideraba una alianza muy beneficiosa el acoger bajo su techo al conde de Bancroft hasta su mayoría de edad mientras un tío lejano manejaba mis asuntos en Inglaterra.

»Nunca me sentí cómodo en ninguno de los dos papeles. Ni aceptado en ninguno de los dos países. Ni apreciado por quienes me rodeaban. Excepto por mi madre, Nana ji y, a su manera distante, mi otra abuela. Acostumbraba a viajar de Inglaterra a la India y permanecí otra larga temporada en el palacio al nacer Vikram, pero llegué a asfixiarme tanto que decidí recorrer Europa. —Esbozó una sonrisa que más bien se asemejaba a un corte amargo en su rostro—. Fui un cretino egoísta que pensó que, dejando atrás todo lo que era, tendría el mundo a sus pies. Patético, ¿no crees?

—Ban... —comenzó Leonelle.

—Ya sabes lo que viene a continuación, *sherani*. Mi corazón roto. Seguro que Nana ji lo narró con mucha más pericia que yo. Resumámoslo en que fue un merecido baño de realidad. Pero llegó un día tarde. Y me rompió la vida.

»Si me hubiera embarcado antes... Regresé a Baipur con el rabo entre las piernas, como si el rechazo de una mujer que no aceptaba la sangre que corría por mis venas fuera el mayor problema de mi existencia. La peor tragedia que podía acontecer y, una vez allí, descubrí que mi familia había sido masacrada. No había quedado nadie con un aliento de vida en el palacio. Ni mi madre. Ni los otros herederos y princesas con los que me había criado. En ese momento, tenía la certeza de que Vikram tampoco había conseguido...

No pudo terminar la frase. Ni siquiera estaba seguro de que pudiera respirar. Parecía que su

visión se había vuelto un túnel que se iba tragando la luz de la llama y lo consumiría todo hasta que no quedase nada.

—¡Ban!

La voz dulce de Leonelle sonaba lejana. Y no fue consciente de que se había derrumbado en el suelo, con las rodillas y las palmas de las manos contra la tierra, hasta que su esposa no se arrodilló también en el suelo frente a él y apoyó la cabeza de Ban contra su pecho.

—Estoy aquí, Ban. Respira. Respira —murmuraba una y otra vez de manera entrecortada mientras trazaba círculos en su espalda con su mano pequeña y delicada.

Le faltó muy poco para impulsarse hacia atrás y rehuir su contacto. Dios, era la segunda vez que quedaba reducido a un montón de escombros temblorosos en sus brazos. Pero eran los brazos de Leonelle y no había fuerza humana o divina que pudiera hacer que se separase de ella. Tendría que ser su leona quien tomase la iniciativa.

—El ataque no fue culpa tuya. No podrías haber hecho nada, aunque te encontrases allí.

Sabía que Leonelle no decía esa frase a la ligera, no era un recurso para hacerlo sentir mejor, sino la aplastante realidad.

—Sé que no podría haber hecho nada contra los asesinos, *sherani*. Pero, si hubiera estado allí, puede que hubiese logrado sacar a mi madre del palacio. O puede que no hubiésemos sobrevivido ninguno. Eso son hipótesis que únicamente están dentro mi cabeza y cuyo sonido a veces es tan alto que no consigo hacerlo callar. Pero la realidad es esta: jamás podré perdonarme el haber dejado solo a Vikram. Que tuviera que sufrir tanto tiempo desde que lo atacaron hasta que lo abrazaste en Patna.

Sintió la humedad de las lágrimas de Leo sobre la piel; sin embargo, siguió sin ser capaz de moverse, tan solo dejó que se mezclasen con las suyas.

—¿Cómo consiguió escapar? —preguntó mientras le acariciaba el pelo, como hacía con su hermano, y el sonido de su corazón, que escuchaba con claridad contra su oído, apaciguaba su angustia, igual que si le transmitiese su fortaleza con cada latido.

—Ambika trabajaba en el palacio junto a su familia, pero se había ausentado unos días para verse con un pretendiente de un pueblo cercano. Cuando regresó, se dio de bruces con lo mismo que yo. La misma desolación. También pensó que había perdido a todos los que le importaban, puesto que ya habían entregado los cuerpos al río. A lo que nos negamos a dar crédito fue a la historia de que un pequeño grupo de cipayos sublevados hubieran conseguido por sí mismos planificar semejante asalto a la residencia del marajá de Merala. Y menos cuando Nasir Al-Musavi era su enemigo acérrimo desde hacía muchos años.

»Acordamos mantener en secreto que el conde de Bancroft había regresado, ya que sería más prudente y sencillo no atraer la atención sobre mí si queríamos desenterrar la verdad. En nuestra búsqueda, encontramos a Jason, quien corroboró que las circunstancias y motivos del ataque eran, cuanto menos, sospechosos.

—Y, después, nos conocimos en Baipur —dijo bajito.

—Y, después, nos conocimos en Baipur —repitió—. Y, pasado más de un año, descubrimos que la prima de Ambika, incluso herida, había logrado escabullirse fuera de los muros con mi hermano pequeño porque logró hacernos llegar un mensaje. El resto ya lo conoces, *sherani*.

—Volviste a convertirte en lord Bancroft por tu hermano y, ahora, estáis juntos.

—Ojalá todo fuera tan sencillo.

El suspiro tempestuoso que soltó rebotó contra el pecho de Leo y produjo otro suspiro en ella.

—Sé que no lo es, Ban. Las implicaciones de que un sucesor legítimo de Moolam Pagri siga

vivo son abrumadoras. El Raj tendría que intervenir de nuevo para declarar quién debe ostentar el trono, si Vikram o Al-Musavi. Podrían desencadenarse revueltas.

—No voy a exponer a mi hermano a eso. —Un escalofrío le recorrió la columna vertebral solo de imaginarlo—. Al menos, no hasta que se me hayan agotado el resto de las opciones.

—¿Y cuáles son esas opciones?

—Por encima de todo, demostrar la culpabilidad de Al-Musavi y que sea condenado. Entonces se habrá hecho justicia y mi hermano podrá reclamar el trono que le pertenece sin exponerse al peligro de ser atacado por el nabab otra vez.

—¿Crees que Al-Musavi lo está buscando?

—Estoy convencido de ello. No sé qué treta acordaría con los cipayos rebeldes para tapar la huida de Vikram, puede que hasta hicieran pasar a un pobre inocente por mi hermano. Ni tampoco sé cuánto tiempo tardará en llegar a sus oídos que el conde de Bancroft tiene un niño indio a su cuidado. Pero sé que, en algún momento, las noticias lo alcanzarán y podrá relacionarnos.

Para su disgusto, Leo se apartó un poco y el ritmo constante de sus latidos desapareció. Su mujer miró con intención su atuendo. La tela blanca que le cubría parte del cuerpo.

—Pero no podrá encontraros si habéis desaparecido. Si no hay rastro del noble.

Él apenas asintió.

—Dame un momento para poner todo en orden en mi cabeza —pidió Leonelle—, a mí también me pareció muy extraño que Nasir fuese nombrado nabab, cuando el estado de Merala siempre había estado regido por marajás. Qué conveniente para él. Si pudiéramos...

—Leonelle —la interrumpió con dientes apretados—. ¿Eres consciente de que tú también estás en peligro ahora que lo sabes todo?

Leo se puso en pie y Ban la siguió, como si ella hubiese tirado de esos hilos que los tenían anudados el uno al otro. Luego se sacudió las faldas con más fuerza de la que era necesaria.

—Entiendo perfectamente los riesgos. Pero, sea lo que sea lo que estés pensando, no te atrevas a volver a tomar decisiones por mí, Fitzwilliam Elwood.

A Ban le hubiera resultado gracioso que utilizase su nombre completo por primera vez para sonar más intimidante si no hubiese llegado a otra encrucijada que podría destruirlo de nuevo, cuando pensaba que ya no quedaba más en él que pudiera romperse.

—Soy un eslabón más en esta cadena —continuó ella tras su silencio—, uno muy resistente, si se me permite decirlo. Y, por si necesitases una razón de más peso, soy tu esposa. Prometí estar a tu lado en las adversidades.

—Quedarías libre de esa promesa si nuestro matrimonio fuese declarado nulo.

Leonelle no habría podido mostrar un aspecto más dolido o traicionado ni aunque Ban la hubiera insultado.

—¿Eso es lo que quieres? ¿La nulidad?

—No hemos consumado nuestra unión —pasó a explicarse con rapidez, sin responder de forma directa, o no sería capaz de ofrecerle esa vía de escape jamás—, así que separarnos sería muy sencillo ante los tribunales superiores de justicia de cualquier estado nativo. Incluso en Delhi o Calcuta. Podrías comenzar una nueva vida, te ofrecería todas las comodidades de una condesa, pero sin estar ligada a mí, un mestizo quebrado por mil lugares; ni exponerte a sufrir algún daño a causa de los enemigos de mi hermano.

El amanecer se aproximaba, porque la oscuridad ya no era tan densa. La vela se había ido consumiendo poco a poco y esa iluminación tenía el efecto de un filtro en blanco y negro. La

falta de color parecía muy apropiada para ese momento en el que cabía la posibilidad de perder la única luz que lo había iluminado desde lo que parecía una eternidad.

Leo se limpió otra lágrima bajo la montura metálica y Ban se depreció a sí mismo un poco más.

—Si me conocieras bien, sabrías que aborrezco la mera idea de llevar una existencia lujosa a cambio de guardar silencio ante una injusticia y darle la espalda a personas que me importan. A Vikram. A Ambika. —Se detuvo una milésima de segundo—. A ti.

Joder, no se lo estaba poniendo nada fácil. No podía confesarle que le importaba y esperar que no se volviera loco por no tenerla.

—Te conozco bien, *sherani*. Por eso quiero protegerte.

—Estoy segura de que una parte de ti actúa con esa intención. Pero también quieres protegerte a ti mismo, Ban. O fustigarte. O cualquier otra de esas malas ideas que se te suelen cruzar por la cabeza.

—¿Malas ideas?

Aquella conversación no estaba yendo como esperaba.

—Terribles. Como intentar intimidarme para alejarme, tratar de enviarme sola a Baipur —iba extendiendo los dedos conforme enumeraba—, ocultarme información crucial a propósito. Oh, y esta se lleva la palma, seducirme, pero dejando mi virginidad intacta para poder separarme de ti.

—Leonelle...

—Yo no soy esa mujer que te hizo daño, Ban. No concibo el sinsentido de creer que pertenecemos a mundos diferentes.

—¡Maldita sea, Leonelle! ¡Sí que pertenecemos a mundos diferentes! —Quizá unas cuantas aves hubieran salido espantadas de los árboles cercanos con su arrebato. Por él, podían volar hasta el condenado Tíbet—. ¿Qué ocurrirá si la carga de Vikram se hace demasiado pesada? ¿O si te das cuenta de que ser mi mujer conlleva murmuraciones y críticas a tus espaldas? Porque soy distinto a lo que se espera de un noble británico.

Leonelle alzó una ceja y Ban captó el mensaje con claridad. Ella jamás había sido lo que esperaba de una dama británica. Sin embargo, volvió a sorprenderlo al no usar ese argumento contra él.

—Quiero a Vikram, y mi familia nunca sería una carga, por muy complejos que sean sus problemas. En cuanto a tu otra preocupación, déjame decirte que todos somos distintos a nuestro modo. Pero aquí... —Leonelle avanzó un paso y, con cierta timidez, colocó la palma derecha sobre su pecho color café, justo donde se acababa la tela blanca, y luego tomó la mano de Ban para colocarla sobre su propio corazón—. Aquí somos iguales.

Él no pudo contener un gemido al sentir su palma sobre el pecho de Leo.

—Hoy, por fin, he podido verte tal y como eres, Ban.

—¿Y qué has visto, *sherani*? —Anheló saber, todo su ser pendiente de las siguientes palabras que pronunciaría su mujer.

—Al hombre que eres cuando no finges. Cuando no intentas ser solo hindú o solo británico. Brahmán o conde. —Leo presionó un poco más su mano contra el pecho masculino—. No puedes separar al uno del otro. Ese eres tú, Ban. Una maravillosa fusión de ambos. ¿Por qué, de entre todas las personas, te exiges a ti mismo ser lo que han establecido los demás? La claridad no tiene que ser buena por defecto y temerle siempre a la oscuridad. ¿No te das cuenta de que, a veces, tus luces son tan brillantes que me deslumbran, y tus sombras tan acogedoras que son un refugio para mí? No luches más contra tus dos mitades, por favor. Ocurra lo que ocurra entre

nosotros, al menos, te pido eso.

Ban sentía que sus piernas podrían ceder en cualquier segundo. Que su cuerpo cada vez iba siendo menos suyo y más de Leonelle.

—¿No vas a responderme? —Quiso saber ella.

¿Qué se respondía cuando jamás había manejado las emociones que bullían dentro de él como un huracán a punto de desgarrarlo?

Leo hizo ademán de soltar sus dedos y, en un acto reflejo, Ban presionó todo su cuerpo contra el suyo, unidos todavía.

Luego, la besó con el máximo cuidado del que fue capaz. Leonelle se fundió contra él, y rozar sus labios llenos, esos labios que lo salvaban de sí mismo, le hizo sentirse cerca de las estrellas.

—*Sherani*... —consiguió pronunciar, quién sabe cuánto tiempo después, sin despegarse, porque ella todavía esperaba una contestación.

—¿Mmm? —La vibración contra su boca casi logra que cualquier pensamiento racional abandonase su mente, pero Leonelle continuó—: ¿Vas a reñirme de nuevo porque no me convienes? ¿Porque soy demasiado testaruda?

—Definitivamente, no te convengo. Y eres la mujer con la voluntad más inquebrantable que he conocido.

—¿Y?

Quería disculparse por haber tratado de decidir qué era lo mejor para ella. Quería gritar de puro alivio por haberse expuesto a perderla y que todavía estuviera en sus brazos. Quería asegurarle que, si hubiera aceptado la nulidad, Ban se habría fragmentado en partículas tan pequeñas que no habría quedado nada de él que mereciera la pena; sin embargo, fue incapaz de decir nada de eso.

Solo consiguió pronunciar el deseo más profundo que guardaba dentro de él, ese que, cuanto más intentaba acallar, más fuerte resurgía desde que pusieron rumbo a Cherrapunji.

—Cásate otra vez conmigo —susurró, sus alientos entremezclados.

Ella solo sacudió la cabeza, con los ojos ligeramente empañados tras las gafas y una adorable expresión de no entender nada.

—Concédeme un último deseo de Holika Dahan. Lanza al fuego mi anterior propuesta y que se deshaga en cenizas, donde merece estar por lo increíblemente estúpido que he sido, y déjame convertirte de nuevo en mi esposa por los ritos hindúes —le pidió, con el corazón tan acelerado que podría estallar de un momento a otro—. Dijiste que sí al noble en unas circunstancias que se escapaban a tu control. Acepta al brahmán porque es la elección que quieres hacer.

Se había puesto seria de golpe, con esa solemnidad que conseguía que su ceño se frunciese un poco, y Ban le ofreció todo lo que tenía.

—Te entrego mis dos mitades, Leonelle.

—Es... —La sintió temblar o, tal vez, lo hacían los dos—. Es la mejor idea que te he escuchado decir nunca.

Capítulo 24

Ninguno de los dos añadió nada. No se confesaron las razones por las que, tras enfrentarse el uno al otro durante meses y casarse mediante una boda forzosa, volverían a celebrar un enlace que los ataría todavía más.

Leo conocía bastante bien sus propios motivos para aceptar, y no solo incluían el desear seguir cerca de Vikram. No obstante, pensar en decirle a Ban que estaba enamorada y que resultase no ser correspondida de la misma manera era un potente inhibidor. Él todavía guardaba demasiado dolor y demasiado escepticismo dentro como para dar un paso en falso.

Por amor de Dios, acababa de relatarle un episodio tan terrible de su vida que la propia Leo sentía una especie de negación, como si no pudiera ser posible que tragedias de esas proporciones ocurriesen de verdad. Ahora comprendía muchas de sus actitudes. Por eso, Leo abrazaría sus dos mitades y, cuando estuviese listo para entregárselo, su corazón al completo.

Era muy desafortunado que no existiesen ningún manual ni enciclopedia que la ayudasen a enfrentarse al amor, así que tendría que fiarse de su intuición. En cuanto a su marido, no podría asegurar qué sentimientos albergaba hacia ella más allá del deseo que demostraba y su actitud protectora. Todo era tan volátil dentro de Ban como el mismo éter, y lo acababa de demostrar. En un instante hablaba de nulidad y, al siguiente, de un nuevo matrimonio. Sin embargo, su propuesta se asemejaba mucho al camino que Leo quería que recorrieran juntos.

Iban de la mano de vuelta a la aldea, con el sol que ya asomaba con vigor entre las copas de los árboles a pesar de que el alba acababa de despuntar. Aunque habían transcurrido apenas unas horas desde que se dirigieron al claro, habían sido tan intensas que a ella le pareció media vida.

—La ceremonia no tiene por qué ser dentro de poco. Lo más importante en estos momentos es tu hermano —le habló al perfil de Ban.

El hijo del marajá de Merala.

Ese pensamiento también conseguía dejarla sin respiración.

—¿Qué opinas de preguntarle a Vikram si le parece bien que la celebración sea hoy, *sherani*?

Leonelle dio un traspié y tan solo el agarre de su marido evitó que cayese cuan larga era sobre la tierra húmeda por el rocío.

—¿Estás loco?

—Eso es debatible en muchos sentidos. Pero no en lo que respecta a este tema.

—Hoy es Holi.

El festival del amor.

Esta vez, lo miró de lleno. Él, en cambio, siguió con la vista hacia el frente.

—Así habrá un ambiente todavía más festivo. Eso es bueno para mi hermano.

Los dedos entrelazados con los suyos irradiaban tensión. Él no parecía ser consciente de todas las cosas que le decía sin palabras y las muchas para las que no estaba preparado.

«Pies de plomo, Leonelle».

—¿Has oído hablar de Isaac Pulvermacher?

Aquello consiguió que volviese la cabeza hacia ella con una oscura ceja alzada.

—¿Debería conocerlo?

—Verás —lo ignoró mientras se colocaba las gafas—, en la primera Exposición Universal de Londres de 1851, presentó su cinturón hidroeléctrico, un raro artefacto que proporciona pequeñas descargas para aliviar ciertas dolencias como migrañas o ataques nerviosos.

Su expresión se volvió una de incrédulo ultraje.

—¿Acaso te produzco esos síntomas?

Leo le sujetó la muñeca con la mano que tenía libre.

—Desde luego que no, no es necesaria tanta suspicacia. Solo me preguntaba si el aspecto que presentan los usuarios de dicho cinturón al sentir las descargas sería parecido al mío en momentos como este, cuando me pillas desprevenida.

No podría aguantar el rostro serio por mucho más tiempo. Ban debió de notarlo, porque sus labios se curvaron y a Leo se le escapó una risita.

Su marido se inclinó para robarle un beso rápido que, sin duda, consiguió el efecto de un millón de descargas.

—Podría pasar horas besando tu boca cuando sonríes así, *sherani*... pero mucho me temo que tendrá que esperar. —Sin darse cuenta, ya habían recorrido últimos los metros que los separaban de la casa de Nana ji—. ¿Quieres descansar un poco, y yo me encargo de hablar con Vikram?

Sacudió la cabeza mientras cruzaba el umbral bajo la esterilla que le sujetaba Ban.

—Si está despierto, también me gustaría verlo.

Se movieron con bastante sigilo. Todos los ocupantes de la casa dormían con respiraciones profundas y acompasadas. Nana ji, quien ya había regresado, roncaba ligeramente en la cama, mientras que Vikram y Ambika se habían acurrucado sobre un colchón hecho con mantas en la pared junto a la ventana.

A Leo se le escapó un bostezo sin querer, y Ban le acarició la mandíbula con los nudillos.

—Descansa, *sherani*. Créeme, hoy te hará falta mucha energía.

La joven no podía negar que la otra pila de mantas junto a la otra ventana tenía un aspecto de lo más tentador.

—¿Y tú?

—Me acercaré un momento al templo a informarlos de una posible boda que oficiar y regresaré enseguida.

—¿No necesitas que vaya contigo?

Fue el turno de Ban de sacudir la cabeza.

—Solo será un momento.

Leo asintió, exhausta del viaje hasta Cherrapunji, la *puja* de Holika Dahan y todas las emociones de una noche en vela. En realidad, no estaba del todo segura de poder conciliar el sueño a pesar del cansancio, debido a la energía nerviosa que también le recorría el cuerpo.

Tan solo le dio tiempo a quitarse los zapatos y apoyar la cabeza en las mantas antes de quedarse dormida.

Una pequeña sacudida en el hombro la trajo de vuelta a la realidad.

—Vamos, muchachita. Tenemos una novia que preparar.

Por un momento, Leonelle necesitó ubicarse. Encadenó varios pestañeos y trató de masajearse un punto detrás de la oreja izquierda, donde se le había clavado la patilla metálica de las gafas al haber estado recostada sobre ella.

Acto seguido, ahogó un grito ante la cercanía del rostro de Nana ji y otras dos mujeres a las que no conocía. Las tres habían formado un semicírculo por encima de ella en el que sus mejillas casi se tocaban, y la contemplaban con distintos grados de curiosidad y picardía.

—*Aa jao*, vamos, vamos —la azuzó de nuevo Nana ji—, el día no espera a los rezagados.

Leo se preguntó si sería de buena educación saludar desde posición supina o una vez que se hubiera puesto en pie y, con cuidado de no chocar su nariz contra ninguna de las otras tres que se hallaban en sus inmediaciones, optó por un término medio. Se quedó sentada sobre las mantas y juntó las palmas sobre el pecho.

—Namasté.

Las mujeres le devolvieron el gesto, pronunciaron sus nombres —Priyanka iba vestida de verde y Mitali de color anaranjado— y, una vez satisfechas con su grado de lucidez, se lanzaron a un torbellino de actividad en el que se pasaban cuencos de unas a otras y charlaban con excitación en hindi mientras removían lo que había dentro.

—¿Dónde está Vikram? ¿Y los demás? —preguntó Leo.

El espacio de la casa era demasiado reducido como para no echar en falta al pequeño, a su marido y a Ambika.

—Ban tiene sus propios preparativos que hacer —le ofreció Nana ji la información—, y Ambika y Vikram deben de estar a punto de volver.

—¿Vikram está... de acuerdo con la boda?

—Mi *nati* está entusiasmado.

—¿Y tú, Nana ji?

Leo sintió las mejillas un poco calientes.

La abuela de Ban soltó el bol en el que estaba machacando lo que parecían hojas secas y se acercó a ella con los brazos en jarras.

—¿Que si estoy de acuerdo en que mi nieto siga nuestras tradiciones para unirse a su *aadha*? ¿Que disfrute de un momento de alegría después de todo por lo que ha pasado? Leonelle... —Cerró el espacio que las separaba y le enmarcó la cara con sus manos, tiernas y ajadas por el tiempo y el trabajo en los campos—. Ya era feliz al sentirte como una nieta en mi corazón. Que aceptéis la bendición de los dioses de esta tierra para que vuestro matrimonio sea dichoso es un regalo.

Por más que intentó encontrar las palabras apropiadas, un nudo en su garganta se empeñaba en impedirle a Leo decir nada.

Los ojos oscuros de Nana ji se volvieron un poco acuosos y le dio unos golpecitos en las mejillas antes de apartarse.

—Solo puedo reprocharle a mi nieto que nos haga ir con prisas —rezongó, mientras volvía a coger el cuenco y a machacar las hojas con vigor, igual que Priyanka y Mitali—. El *Mehndi* debería haberse llevado a cabo ayer.

Las otras dos mujeres asintieron y continuaron haciendo mezclas en la mesa de Nana ji.

—¿Qué es el *Mehndi*?

Leo también se había situado al lado de ellas y miraba con atención el proceso.

—Es... pintura ceremonial, *¿haan?* —replicó la abuela de Ban—. Hay que pintarle los pies y las manos a la novia para atraer la buena fortuna.

—Oh. —Eso la serenó de golpe y se sintió más ella misma—. ¿Cuáles son los ingredientes que estáis mezclando? Me atrevería a asegurar que eso es azúcar, pero desconozco la cantidad exacta que utilizar y, también, la especie de la planta. ¿Son autóctonas de Cherrapunji?

Las preguntas de Leonelle continuaron como una batería en plena campaña militar, pero las tres mujeres trabajaban con precisión y le daban respuestas vagas, más pendientes de lo que estaban haciendo, mientras intercambiaban algunas palabras en hindi, que de sus preguntas quizá una pizca demasiado específicas.

No es que eso fuera a desanimarla.

—¿Se pueden obtener distintos colores? ¿O es un único pigmento? ¿Cuánto hay que esperar hasta que esté listo?

—Será mejor que te lo demostremos. Ven, niña, siéntate aquí.

Nana ji la condujo hasta la cama, que estaba un poco más elevada que el resto de los muebles, y Leo se acomodó, obediente.

—Yo te pintaré una mano y Priyanka la otra. Mitali se encargará de los pies, así que necesitamos que te alces un poco la falda.

La falda en cuestión estaba hecha un desastre e hizo lo mejor que pudo para arremangársela y que estorbase lo menos posible.

Las tres decididas mujeres mojaron los extremos de unos palitos de madera en la pasta densa y de color marrón que habían obtenido en cada uno de sus recipientes y comenzaron a trazar líneas sobre su piel. Dibujaron anillos en el inicio de cada uno de sus dedos, justo por debajo de las uñas, unidos a la palma y al dorso por espirales, hojas y puntos, donde comenzaban patrones más complejos, también con espirales, puntos, flores y motivos geométricos. Se asemejaban mucho a los mandalas que Leo había visto en libros y decoraciones, y su diseño era exquisito. El suave cosquilleo de la madera sobre ella era muy relajante, y aunque en un primer momento se esforzó por permanecer completamente inmóvil, los músculos de Leonelle se fueron destensando poco a poco.

—¿Qué es? —Intentó averiguar de nuevo.

El ambiente se había vuelto más distendido, y Nana ji sonrió sin levantar la vista del entramado de círculos y ondas que estaba creando.

—La planta es *mendhika* mezclada con aceite de tamarindo, té negro y azúcar. Así, el color será más oscuro y resistente, más hermoso, lo que llama a la buena suerte y propicia una unión duradera.

Mitali y Priyanka se lanzaron una rápida mirada de complicidad y soltaron unas risillas conocedoras.

—Y el aroma que desprende alimentará la llama de la pasión entre marido y mujer.

Aunque Priyanka tampoco cruzó los ojos con los de Leo tras aportar esa información, la joven volvió a ruborizarse con violencia al pensar en que se estaba embadurnando el cuerpo con un afrodisiaco.

Nana ji y Mitali se unieron con ganas al salaz asunto.

—Si se parece en algo al efecto que tuvo en mi esposo, no podrán despegarse en toda la noche.

—¿Una noche? —bufó Nana ji—. Mitali, ¿recuerdas la cabaña de Kaur? Se la ha cedido a mi nieto por varios días.

Las pullas continuaron, y Leonelle lamentó no ser lo bastante sensible como para desmayarse

y ahorrarse el estar consciente durante esa conversación. Ni siquiera su intento de evadirse al pensar qué tipo de planta era la *mendhika* podía sacarla de su azoramiento, y solo el regreso de Ambika, que sostenía un bulto de ropa, y Vikram detuvo esa tortura.

El pequeño fue hasta ella casi de un salto, pero se frenó en seco, indeciso ante el despliegue de cuencos y mujeres que la rodeaban.

Leo les sonrió de oreja a oreja a ambos y luego se dirigió a Nana ji.

—¿Puede sentarse conmigo?

Las mujeres detuvieron su labor un momento y Vikram se escurrió con habilidad hasta colocarse en el regazo de Leo. Ella intentó abrazarlo solo con los antebrazos doblando los codos de una manera bastante torpe, y él le rodeó la cintura con los bracitos.

—¿Estás listo para las celebraciones de hoy?

Sus ojos verdes emitieron un centelleo y asintió con un único movimiento. Luego se tocó el pecho y se llevó esa misma mano a la comisura de la boca, donde se dibujaba una sonrisa. Cada vez interactuaba un poco más y cada intervención significaba un paso descomunal para Leo. Con más razón, tras el trauma que había soportado.

—El *Mehndi* está quedando precioso, *memsahib* —elogió Ambika la obra de arte que cubría sus extremidades una vez que Leo volvió a estirar los brazos para darles acceso a Nana ji y a Priyanka a sus manos.

—Todo el mérito es de ellas.

Parecían a punto de dar las últimas pinceladas al *Mehndi* y Mitali se dirigió a Ambika por encima del hombro.

—¿Cómo ha ido?

Lo que hizo la doncella fue desenvolver el fardo que habría traído y sacudir metros y metros de delicada tela roja.

—Tu sobrina ha sido muy amable al prestarnos el sari con el que se casó para que *memsahib* pueda usarlo hoy.

—¿Es para mí?

Leonelle hubiera corrido hasta Ambika para verlo de cerca, impresionada, si Vikram no hubiese estado encima. Lo que hizo fue quedarse con las manos y los pies rígidos y estirados, como algún tipo de mamífero en situación de alerta. Nana ji pareció presentir la tragedia que se cernía sobre los dibujos corporales que había delineado con tanto mimo y le dio un apretoncito en el hombro a modo de advertencia.

—Tienes que esperar a que se seque el *Mehndi*.

—Tan solo serán unos minutos, *mem* —se adelantó Ambika a su pregunta, ya que habían pasado juntas el tiempo suficiente como para conocer a Leo—. Lo que en otros lugares denomináis henna debe tener un aspecto cuarteado antes de retirarla con un paño húmedo y que el *Mehndi* quede impregnado en la piel durante varios días.

Leonelle cambió el foco de atención del sari a su propio cuerpo, entre decepcionada por tener que esperar y curiosa por los resultados.

—Mientras —intervino Nana ji—, te explicaremos en qué consiste la ceremonia.

Las cuatro mujeres comenzaron a darle consejos, directrices y una amplia cantidad de información tan valiosa como el oro para Leo. Tanta que, para cuando terminaron, la pasta ya se había agrietado en numerosos lugares. Un comedido Vikram también ayudó a retirar la henna con unas telas que habían mojado previamente y las llamativas formas del *Mehndi* quedaron al descubierto. Habían adquirido un precioso color bronce que contrastaba con su tono claro y que

no solo cubría sus manos y pies, sino las muñecas y tobillos igual que brazaletes engarzados en su propia piel.

—Llevaremos a Vikram junto a su hermano mientras terminas de vestirte —se despidieron Priyanka y Mitali, una vez que comprobaron que el ritual había salido como debía.

—Os agradezco profundamente todo lo que estáis haciendo.

Leo le dio un beso en la cabeza al pequeño, quien estaría al lado de Ban en la ceremonia, y cuando alzó la mano para decirles adiós, notó que le temblaba el pulso.

¿Era real lo que estaba sucediendo? ¿Era lo correcto?

Algo en su expresión debió de filtrarse, porque Ambika se acercó a ella y le tocó el hombro con suavidad.

—¿Se encuentra bien, *memsahib*?

—Ambika... —Leo se volvió y tomó la mano de la doncella entre las suyas—. Ban me ha contado lo que sucedió en Baipur. Si consideras que no es el momento de seguir adelante con la ceremonia, dímelo, por favor.

Ella cerró los dedos sobre los de Leo, cubiertos con el *Mehndi*.

— Para usted, es como si lord *sahib* y yo hubiéramos perdido a nuestras familias hoy mismo, pero el duelo pasó y ellos me acompañan de otra manera desde hace tiempo. No hay nada malo en festejar por buenos motivos —replicó con voz suave—. Permítame otra frase de un hombre sabio, *mem*: «Un momento puede cambiar un día, un día puede cambiar una vida y una vida puede cambiar el mundo». No deje pasar ninguno de ellos. Tampoco permita que lo haga lord *sahib*, Ganesha sabía que usted sería el cambio que él necesitaba para ser feliz.

Leonelle jamás habría imaginado formar parte de la India de una manera tan íntima, con unos sentimientos tan intensos por Ban que tenía la sensación de que se harían tangibles de un momento a otro y cualquiera podría verlos.

Como había hecho mil veces antes, pensó en Lemy y en Cam, en que volvía a faltarle su presencia en un acontecimiento crucial que no se repetiría, pero intentó transformar esa añoranza en una historia que narrarles cuando se encontrasen de nuevo.

Ambika dividió su largo pelo castaño en dos y lo peinó en una trenza que quedó suspendida hasta casi su cintura y, junto a Nana ji, la ayudó a desprenderse de sus ropas europeas para vestirse como una novia hindú. Primero, se puso una prenda llamada *choli*, una blusa de manga corta que terminaba justo por encima del ombligo y, después, procedieron a colocarle el sari. Eran siete metros exactos de una tela de un rojo bermellón, con incrustaciones de piedras, pequeños espejos e intrincados bordados florales en color oro que se le antojaba casi etérea. Solo la práctica de quien lo ha repetido cientos de veces podía otorgar la pericia con la que ajustaron el largo tejido alrededor de la cintura de Leo con un nudo para hacer una falda, lo doblaron en pliegues por la parte delantera y pasaron el resto de la tela por la espalda y su hombro derecho a modo de estola. Cuando salieran de casa, utilizarían el extremo para cubrirle parte del cabello y que colgase a modo de velo.

—Ya casi hemos terminado —anunció Nana ji, antes de abrir una cajita que tenía entre sus objetos personales—. Falta el Nath.

Sin darle tiempo a reaccionar, le puso un pendiente en la oreja izquierda unido a una cadena que, a su vez, estaba sujeta a un arete de oro que estaba abierto por un lado para que Leo lo sujetase de la nariz.

Se estaba acostumbrando a la cosquilleante sensación de tener algo dentro de su fosa nasal sin sucumbir a la tentación de estornudar cuando la abuela de Ban le alcanzó un pequeño espejo

deslustrado para que pudiera verse.

El reflejo que Leo atisbó parecía el de un cuento de hadas.

—Tu novio te espera, *memsahib*.

Capítulo 25

En efecto, Ban aguardaba bajo una estructura muy similar a una pérgola, formada por cuatro tablones de madera que sostenían unos cortinajes blancos, alrededor de los cuales parecían estar reunidos todos los habitantes de Cherrapunji.

Y es que no todos los días un brahmán con sangre inglesa y una dama extranjera contraían matrimonio por los ritos hindúes. Leonelle prefería no pensar en la enorme suma de rupias que debía de haber recibido el sacerdote que oficiaría el matrimonio para ignorar los impedimentos religiosos que habrían existido de otra manera. Pero, al igual que todo era hecho por hombres en India, cualquier cosa se conseguía con dinero sin importar la nación que se estuviera pisando.

El *mandap*, la pérgola provisional, se había alzado muy cerca de las enormes hogueras que habían ardido sin descanso la noche anterior, y el aroma ahumado de la leña se mezclaba con el perfume azucarado de los dulces típicos cocinados en las casas de los alrededores para Holi. Nana ji le había ofrecido unos ladus, con esa característica forma esférica y consistencia compacta y harinosa, antes de salir de su casa, pero Leonelle tenía el estómago cerrado a cal y canto por el nerviosismo.

Esa sensación se convirtió en otra de puro vértigo cuando contempló la figura de Ban vestido con la ropa tradicional que le habían prestado. Que las prendas le estuvieran un poco estrechas debido a su constitución alta y musculosa solo le añadía atractivo a un aspecto ya completamente magnético e imponente de por sí. Si le hubieran dicho que era el rajá de un mítico reino perdido, habitado por dioses guerreros, Leonelle lo había creído. Sobre los cabellos negros descansaba un turbante en tonos granates que resaltaba el espectacular esmeralda de sus ojos, igual que gemas que la atravesaban con un calor abrasador. El *achkan*, la chaqueta color crema que debería llegarle hasta las rodillas, se le pegaba a sus hombros anchos como una segunda piel y solo alcanzaba hasta la mitad de los muslos, envueltos en unos pantalones que tenían las perneras tan ajustadas que marcaban a la perfección los contornos de sus piernas hasta sus pies descalzos.

Cuando Leo llegó a su altura, tenía la respiración agitada y el pulso se le descontroló ante la manera única que tenía de mirarla. No hubo ni una sola parte de ella que no recorriese a conciencia, sin prisa, como si, aunque el mundo empezase a colapsar a su alrededor, él jamás estaría dispuesto a apartar sus ojos de ella.

Vikram les entregó dos guirnaldas de flores de jazmín y la ceremonia dio comienzo cuando se inclinaron el uno sobre el otro para intercambiárselas. Ban no tuvo ningún inconveniente en pasársela por la cabeza y dejarla descansar sobre su cuello con delicadeza. Sin embargo, Leonelle necesitó ponerse de puntillas para devolverle el mismo gesto. Él aprovechó la ocasión

para agacharse un poco mientras le susurraba en el oído:

—He perdido la cuenta de las veces que me has hecho desear caer de rodillas ante ti, *sherani*.

Leo abrió y cerró la boca un par de veces, segura de que serían sus piernas las que no la sostendrían. Sobre todo, cuando las siguientes palabras de Ban fueron la promesa ancestral de asistirla en los tres aspectos más importantes de la vida hindú: Dharma, el deber religioso, Artha, riquezas, y Kama. Placer.

Pero esa no era la inquieta Leonelle que se casó con lord Bancroft en Simla con la incertidumbre por compañía. Se sentía libre. *Era* libre. Se subió un poco las gafas sobre el puente de la nariz y no apartó la vista de su marido a pesar del fuego en sus mejillas.

—Yo también prometo entregarte fe, riquezas y placer. —La lengua estuvo a punto de enredársele con esa última palabra, inconcebible en un matrimonio victoriano.

La India abrazaba con naturalidad lo espiritual y lo carnal, la transformadora combinación de ambos.

Ban avanzó medio paso, apenas perceptible, pero que provocó que la corriente de atracción entre ellos se tornase pura sensualidad y expectación.

El sacerdote que había celebrado la *puja* de Holika Dahan encendió el fuego sagrado para que pudieran hacer más ofrendas a las llamas mientras su voz encadenaba los mantras que bendecirían su unión. Tras tomarse de la mano y dar siete vueltas a la hoguera, cada una de las cuales equivalía a una oración por los alimentos, la fortaleza, la prosperidad, la sabiduría, la descendencia, la salud y la amistad, Ban se agachó para coger una bandeja que contenía una pirámide de polvo rojo.

—¿Te han explicado Ambika o Nana ji lo que es el *Sindoor Daan*, *sherani*? —El tono de Ban era un tanto inestable, su acento, más pronunciado que nunca; y a Leo se le erizó la piel.

—Es el símbolo de mi estatus como mujer casada. Vas a marcarme como tu esposa.

—Voy a demostrar la devoción que siento por mi diosa particular.

Con sumo cuidado, la guio hasta el suelo, donde Leo se sentó con las piernas cruzadas, y él se arrodilló a su lado.

—¿Ves cómo no paro de venerarte?

A Leo se le escapó una pequeña sonrisa ante su dramatismo y Ban pasó el pulgar por la comisura de sus labios, como si se llevase esa sonrisa con él, antes de impregnar un dedo de polvo rojo que fue aplicando a pequeños toques en la frente, el nacimiento del pelo y la línea que dividía en dos el peinado de la joven.

Parecía dueño de sí mismo; sin embargo, ella era la única que podía sentir el ligero temblor de su mano al tocarla.

Cuando terminó de aplicar el *sindoor,* Ban se giró de nuevo hacia Vikram, y el pequeño le entregó con orgullo un fino collar de cuentas negras y una esfera de oro en el centro.

—Pertenecía a Nana ji —explicó, un poco cohibido para sorpresa de Leo—. Las mujeres llevan este collar desde que se casan hasta que enviudan, y en Cherrapunji no había ningún orfebre a mano —intentó bromear—, pero si prefieres no usarlo...

—Es perfecto. —Lo tranquilizó, a la vez que hacía a un lado la trenza para que pudiera abrochárselo, y se colocó a su izquierda, cerca del corazón, tal y como lo dictaba la costumbre.

Su marido, ya no solo ante las leyes británicas, sino también las hindúes, se dispuso a atarle el collar y la acarició mucho más de lo que era necesario para hacerle tres nudos al cordón. El roce de sus dedos, que dibujó formas en la piel sensible de su cuello, era como una nueva forma de lenguaje que únicamente les pertenecía a los dos, y que le demostraba a Leonelle que sus cuerpos

y sus vidas estaban ligados más que cualquiera de las ceremonias que habían protagonizado.

Se humedeció los labios, electrizada por su contacto; e iba a realizar el enorme esfuerzo de desviar la atención de Ban para mirar hacia Ambika y que esta le recordase la frase ceremonial que debía pronunciar, cuando él se adelantó:

—Larga sea tu vida llevando este sagrado Mangalasutra. —Las verdes hogueras que eran los iris de Ban se llevaron el oxígeno de sus pulmones—. Tú que eres la razón de mi ser.

Se produjo una pequeña conmoción entre los asistentes al ser el novio quien pronunciase esas palabras en lugar de la novia, rompiendo así con lo establecido en su cultura milenaria.

A Leo también se le escapó un jadeo, el eco de la voz cadenciosa y profunda de su marido diciendo que era la razón de su ser retumbaba cada vez con más fuerza en su pecho en lugar de disiparse. Notó cómo se ruborizaba desde las puntas de los pies hasta las raíces del cabello, y bajó la cabeza al suelo de golpe porque no creía ser capaz de guardarse lo que sentía por él si seguía teniendo su rostro frente a frente tras lo que acababa de hacer.

Ban le enmarcó la cara entre las manos con suavidad.

—Mírame, *sherani.*

Los murmullos de la multitud se fueron apagando conforme la vista de Leo se apartaba de las alfombras que amortiguaban sus pies descalzos e iba subiendo por la impresionante figura de su marido.

Él la contemplaba de vuelta, su intensa mirada a la que no se le escapaba nada se deslizaba entre sus ojos ámbar y sus labios entreabiertos. Una pequeña arruga cruzaba su ceño.

—¿Te he incomodado demasiado, Leonelle?

¿Incomodar? Lo que iba a conseguir era que su corazón nunca volviera a latir con un ritmo estable de manera permanente.

—Ban, yo...

Iba a hacerlo. Iba a confesarle que estaba enamorada por cien razones perfectamente lógicas y mil sentimientos que jamás tendrían explicación.

¿Importaba que él no se lo dijera de vuelta?

Su mente se quedó en blanco y las sílabas se deslizaron por su lengua con un regusto dulce.

—Te quiero.

Oh, Dios mío, resistió las ganas de cubrirse la boca con las manos.

El gesto de Ban, en cambio, se tornó hermético y apretó los labios en una línea tensa, a pesar de que seguía sujetándole el rostro con increíble suavidad.

Un alboroto a su derecha rompió el silencio que había descendido sobre ellos igual que una frontera que separase un territorio de otro, sin que Ban ofreciera ningún tipo de salvoconducto para entrar. Porque no iba a responder nada a sus palabras de amor. Nada en absoluto.

Leo dio un paso atrás, desprendiéndose así del calor de su contacto, e intentó hacer caso omiso de las finas y afiladas esquirlas de escarcha que lo sustituyeron. No se arrepentía de lo que había hecho, y la reacción por parte de su marido era más que previsible, pero eso no significaba que fuera más fácil aceptarlo. Tampoco significaba que ella estuviera compuesta solo de datos o que siempre tomase la decisión correcta, era tan imperfecta como para resbalar, aunque intentase caminar con pies de plomo y lo bastante honrada como para no mostrarse ofendida por la manera de actuar de Ban.

Se colocó las gafas y se esforzó por encauzar el rumbo.

—Olvídalo, por favor. No volveré a repetirlo.

Ban apretó los puños a ambos lados del cuerpo y sus ojos adquirieron un brillo peligroso.

Lo que quiera que fuera a hacer a continuación se perdió en medio de una nube de polvo que los salpicó del mismo modo que una lluvia impregnada de color, y Leo se sintió aliviada de no tener que continuar esa conversación.

El alboroto había ido aumentando de forma exponencial hasta que todo su alrededor se había convertido en una descomunal celebración con música y bailes que los arrastró con ellos. Varias personas los rodearon, entre ellas Vikram y Nana ji, y los guiaron en direcciones opuestas mientras el propio aire cambiaba de materia para transformarse en partículas azules, amarillas, verdes o rojas que quedaban suspendidas en un caótico y brillante lienzo.

La boda había finalizado y la celebración de Holi daba comienzo.

En un instante, Leonelle era una novia impecable y, al siguiente, daba la impresión de que un pintor exaltado se hubiera dedicado a dar pinceladas arbitrarias sobre ella. Vikram sonreía sin parar mientras tomaba puñados de gulal, los polvos hechos con harina de arroz, pétalos de flores, frutas y otros elementos naturales para que adquieran sus diferentes tonalidades, y los lanzaba al aire trazando arcos con los brazos. Ella trató de dejarse llevar por ese entusiasmo, pero no logró reprimir una última mirada al lugar donde había desaparecido Ban entre la aglomeración de gente.

Inhaló aire con brusquedad al verlo. Sus ropas y su cuerpo también estaban manchados de pintura, y aún así, seguía pareciendo salido de alguna leyenda ancestral. Y se estaba abriendo camino hacia ella con férrea determinación.

Sin ser totalmente consciente, Leo interpuso a Ambika entre ambos y la expresión de su esposo se volvió decididamente tormentosa. La joven doncella, ajena a la tensión, lo saludó risueña y con su propio puñado de gulal en las manos.

—Permítame felicitarlo de nuevo por su matrimonio.

—Creo que no.

Pronunció la negativa sin apenas mirarla porque sus ojos estaban ocupados en mantener a Leonelle clavada en el sitio, a la par que su rechazo se encargaba de hacerle llevar la palma al pecho y frotar un poco en el punto que dolía.

—¿Declinas las felicitaciones porque te he incomodado demasiado? —le lanzó sus palabras de vuelta.

Ban rodeó a Ambika con tres eficientes pasos, apartó la mano de Leo y utilizó la propia para trazar pequeños círculos a la altura de su esternón, bajo la guirnalda de flores, mientras la escudaba de observadores curiosos con su amplio torso. Si pretendía calmarla y ralentizar sus respiraciones estaba obteniendo el efecto contrario, porque cada movimiento reverberaba por todo su cuerpo hasta concentrarse entre sus piernas.

—El motivo es que todavía no he besado a la novia —murmuró él, sin dejar de tocarla.

Por la forma en la que su mirada la consumía no iba a tratarse de un beso casto en la mejilla como en la iglesia del Cristo. Sus dedos habían ido avanzando sobre el pecho de Leo poco a poco, en círculos cada vez más lentos, hasta que entraron en contacto con su pezón y un escalofrío de placer la recorrió entera mientras el aguacero de colores seguía desbordándose sobre ellos.

Se apoyó en los antebrazos de su marido, perdida.

—Ban, ¿qué...? Estamos a la vista de todo el mundo.

—Entonces, será mejor que vayamos a un lugar más privado, *sherani*, porque esto que hay entre nosotros, *esto* —enfatizó con voz ronca y una presión más fuerte sobre el sensible pico de su seno que le arrancó un jadeo— es imparable.

Seguía subyaciendo un filo peligroso en él, casi salvaje. Y eso solo conseguía aumentar la temperatura que ya amenazaba con consumirla.

Pero tenía razón. Hacía mucho tiempo que se había vuelto imposible detener el complejo alud de emociones que los arrastraba hacia el otro y los llevaba a colisionar y a fundirse juntos en igual medida.

—Llévame a ese lugar —pidió porque no cabía otra respuesta posible.

Dio un paso tentativo, muy consciente de que estaba pisando el suelo repleto de ceniza, tierra y gulal bajo sus pies descalzos, hasta que su marido la alzó en brazos e hizo caso omiso a sus leves protestas de que la soltase.

Enseguida se detuvieron frente a una cabaña algo aislada del resto, a la que se accedía a través de una puerta en lugar de una esterilla, y Ban se las arregló para cruzar el umbral todavía sosteniéndola contra él.

Cerró de un puntapié y la fue bajando sin prisa hasta que dio con los tablones de madera, sin que ella albergase intención alguna de alejarse.

Al contrario, Leo tragó saliva y rozó el pómulo salpicado de gulal de Ban.

—¿Sabías que, hace mucho tiempo, cuando tan solo era un bebé, un demonio envenenó al dios Krisna y tornó su piel de color azul?

Su tono era bajo, íntimo. Y por supuesto que Ban conocía la leyenda de Holi, pero le parecía que no habría un momento para contarla que significase más para ellos que ese.

—¿Aprendiendo otra vez sin mí, *sherani*? —Sonrió él, a sabiendas de que Nana ji y Ambika se lo habrían enseñado mientras la pintaban con henna. Pero continuó con la historia, acariciando la mejilla de Leo a su vez—. La diosa a la que deseaba, en cambio, era una beldad de tez clara y absolutamente perfecta... Así pues, vivía desesperado por saber si su aspecto sería un impedimento para que Radha le correspondiera.

El suspiro de Leonelle llenó la cabaña de una sola estancia, tan parecida a la de Nana ji.

—Solo habría hecho falta preguntar a Radha.

Ban sonrió un poco contra su palma y a Leo le gustó. Le gustó mucho, de hecho. Tanto como para querer repetirlo a diario.

—Ah, pero entonces, mi pequeña leona, Krisna no habría hastiado tanto a su madre con sus lamentos como para que esta le sugiriese elegir un color con el que pintar el rostro de Radha con el fin de que ambos fueran iguales y, así, poder estar juntos.

—Y la táctica de los colores funcionó.

—Funcionó —repitió él, observando con intención el gulal que los cubría. Se humedeció los labios y habló antes de que Leo pudiese reafirmar su convicción de lo iguales que eran ambos—. ¿Sabes que Krisna y Radha también son los avatares de Visnú y Laksmí?

Visnú y Laksmí, las deidades que solo se pertenecen la una a la otra.

Las que fueron testigos de la manera en la que Ban la tocó junto a la cascada de Sitakund.

—Han pasado cinco días con sus noches desde Sitakund. —Se hizo eco de sus pensamientos, porque era justo lo que había pretendido que Leonelle recordase—. Dieciocho, desde nuestra boda en Simla. —La pegó a sus caderas, y Leo pudo sentir su dureza apretarse contra ella. La falta de aliento de su voz grave—. Pero quise hacerte mía desde el primer momento en el que puse mis ojos en ti, Leonelle.

Y así, mientras la boca de su marido descendía sobre la de ella como una tormenta de fuego, Leo tuvo un pensamiento fugaz. Uno en el que se preguntaba cómo habría sido que Ban hubiera terminado esa declaración con otro «te quiero» que sonase tan sincero como el suyo. Ese que se

había prometido no volver a repetir hasta que su marido no estuviera listo para corresponder sílaba a sílaba.

Entre tanto, ella seguiría entregándole todo cuanto era.

Capítulo 26

Ban quedó suspendido por un instante sobre el precioso rostro de Leonelle, dividido entre la casi dolorosa necesidad de besarla y el anhelo de contemplarla milímetro a milímetro, sin dejar ni un mínimo espacio de su mujer que acariciar y adorar con la mirada.

Lo que acababa de decir era cierto. Había querido hacerla suya desde que se enfrentó a su aguda inteligencia y su fiero coraje en Baipur. Había tenido el maldito privilegio de canalizar su innata curiosidad hacia el deseo, sentir la humedad de su rosada lengua en su boca y complacerla hasta provocarle un orgasmo.

Pero esta Leonelle, la que lo había elegido libremente y le había confesado su amor, iba a ser su perdición.

A duras penas contuvo el ansia de devorarla. Tan solo se concedió la satisfacción de morder su carnoso labio inferior, de arañarlo con suavidad entre sus dientes, porque sencillamente no podía no tocarla, y obtuvo un dulce jadeo como recompensa. Arrancar esos sonidos de ella lo hacía sentir el jodido héroe de un poema épico, y su ya imposible erección se hizo todavía más evidente contra los estrechos pantalones.

Pero él no era ningún héroe. Era uno de los demonios que vagaban sin rumbo en busca de un alma inocente. Lástima que Leonelle se hubiera topado con él, porque no estaba seguro de ser capaz de volver a ofrecerle marcharse nunca más.

Se quitó el turbante y lo arrojó a un rincón sin dedicarle ni una ojeada. Su mujer había reclamado ser su único centro de atención hasta que expirase el último aliento, y Ban estaba más que de acuerdo con ello.

La tomó de la mano y la condujo al centro de la cabaña, donde había la mejor iluminación gracias a los rayos de sol que se filtraban desde las ventanas enfrentadas en paredes opuestas.

Luego se alejó unos pasos, cruzó los brazos para evitar la tentación de estrecharla contra su cuerpo y se recreó en la extraordinaria imagen que tenía ante él. Había visto a Leonelle de numerosas maneras. Su adorable cara de concentración cuando estaba inmersa en uno de sus libros, el aspecto deslumbrante, nervioso y decidido cuando le dio el sí por primera vez en Simla; también enfadada con él o dueña de una de esas preciadas sonrisas que le hacían difícil respirar con facilidad si se encontraba cerca. Pero Leonelle vestida como una novia hindú era lo más parecido a un sueño en su mundo de pesadillas.

El trazado del *Mehndi* que decoraba sus manos y sus pies era muy refinado, y el ruedo del sari le hacía preguntarse hasta dónde llegarían los tatuajes de henna debajo de la tela. No durarían eternamente, pero sí lo suficiente para ser visibles por unas semanas, y Leonelle había permitido

que se los dibujasen por él, para honrar a esa mitad que pertenecía a Oriente. Una parte primitiva en su interior despertó con un rugido cuando sus ojos ascendieron hasta la otra marca que le había hecho con sus propias manos, esa línea escarlata que destacaba contra sus cabellos de un castaño dorado y significaba que era *su* mujer.

También se dio cuenta de que podía entender un poco mejor la dualidad que Leonelle encontraba en él. Las gafas seguían en su lugar sobre su encantadora nariz, pero ahora brillaban en ella el arete dorado y la cadena que lo conectaba con su oreja, y el efecto era arrollador.

No obstante, lo que rompió por completo su voluntad de permanecer alejado fue recorrer su cuerpo envuelto por esa fina seda roja, casi etérea, casi transparente, y atisbar una pequeña parte de su abdomen expuesto entre el choli y la falda.

Nunca le había dado la más mínima importancia antes a ese pedacito de piel. En realidad, decenas de mujeres habían vestido el sari en su presencia, unas más voluptuosas, otras más reservadas, y era algo tan natural para él como respirar. Sin embargo, verlo en Leonelle le robó el escaso juicio que le quedaba y sintió celos hasta de los haces de luz que tocaban ese punto exacto de su cuerpo.

Se colocó frente a ella en dos largas zancadas.

Su mujer no había dicho ni una palabra, aunque su pecho subía y bajaba con una respiración más rápida de lo normal. Tan solo esperaba con paciencia a que él terminase su exhaustiva exploración. Porque Leo era toda intuición en lo que a Ban respectaba, y parecía saber que había necesitado esos minutos dentro de la cabaña para darse cuenta de muchas cosas. Como que todavía no se consideraba merecedor de su amor, a pesar de haber escuchado las palabras más importantes de su existencia derramarse de esos labios llenos. Que todavía estaba demasiado fracturado como para tener un corazón que dar y por eso se había callado.

Pero que, por encima de todo, no podía soportar la idea de que Leonelle no volviera a decírselas nunca.

Estiró el brazo y perfiló la curva desnuda de su cintura con dos dedos, el calor y la suavidad de su piel le hicieron tensar la mandíbula, así como la manera en la que su mujer dejó de respirar por un segundo.

—No creas ni por un instante que voy a olvidar que me has dicho que me quieres, Leonelle.

Sonaba casi enfadado, amenazador, cuando era ella la que debería recriminarle su silencio. Tan solo abrió mucho sus preciosos ojos ámbar, tomada por sorpresa, y luego los entrecerró con férrea determinación detrás de los cristales de las gafas.

—Es... halagador que lo menciones, creo. Pero no cambia el hecho de que no volveré a repetirlo.

Ahí estaba otra vez la adrenalina bombeando en sus venas ante ese desafío.

—Eso ya lo veremos, *sherani*. —Se inclinó hacia su oído e inhaló el aroma que se escondía en el hueco de su cuello—. Tal vez consiga que lo pronuncies una y otra vez entre gemidos mientras estoy dentro de ti.

No era justo. Ni caballeroso. Pero Ban no era ninguna de esas cosas. Además, ni siquiera podía hilar dos pensamientos decentes teniéndola así, pegada a él.

La respiración acelerada de Leonelle cosquilleó sobre su esternón y casi pudo sentir el fuego que desprendía su tez ruborizada.

—Muy bien. —Le llegó su voz aterciopelada—. Pruébame.

A Ban le costó tragar el nudo de pura lujuria que se le formó en la garganta. La había escandalizado, pero su leona nunca cejaba en hacerle frente.

—Tengo toda la intención de probarte entera.

Para demostrárselo, la hizo retroceder con su cuerpo hasta que los muslos de Leonelle chocaron con la cama emplazada en una elevada tarima, para aislarla de la humedad. Ya estaba calculando las ventajas de tenerla de pie sobre ella, y las partes de su mujer que quedarían accesibles a su boca, su lengua, sus manos...

—Pero, primero, deshagámonos de esto —murmuró mientras le quitaba el Nath de la nariz y del lóbulo de la oreja con mucho cuidado—. Y, también, de esto.

Le retiró el sari del hombro derecho, apartando los metros de seda poco a poco y esforzándose en que, con cada pasada de la tela, Leonelle sintiera una caricia. Si deshacía el nudo que formaba la falda, ella quedaría desnuda de cintura para abajo; y aunque la sangre le tronaba en los oídos, Ban la miró a los ojos, a la espera de su permiso.

—¿Demasiado deprisa, *sherani*?

Leonelle se humedeció el labio inferior antes de reajustarse las gafas y él apretó el sari con los puños.

—Siento que no estamos en igualdad de condiciones.

Las pupilas de su mujer, dilatadas por la excitación, recorrieron su vestimenta tradicional, la cual lo estaba ahogando de muchas formas.

—Pues, cambia las tornas, *sherani*.

Sin perder un momento, Leonelle empezó a desabotonar su *achkan* con dedos trémulos hasta que la chaqueta color crema se abrió a ambos lados de su torso. Ban sujetó las palmas de su mujer contra los pectorales y las fue haciendo subir hasta sus hombros para que le ayudase a quitársela del todo, y enseguida quedó hecha un charco a sus pies.

—¿Mejor? —Fue casi un gruñido.

Y, para su monumental asombro, Leonelle se deshizo del choli, dejando así también sus pechos expuestos.

—Mejor —asintió ella.

Ban soltó una ristra de juramentos al ver el tono rosado de sus aureolas, y tuvo que reajustarse el ceñido pantalón, sin conseguir apenas alivio para la dureza que presionaba contra la tela.

Leonelle, que tampoco le quitaba la vista de encima, enfocó su mirada en ese punto, y la excitación que había brillado en sus cálidas profundidades se mezcló con algo parecido a la inquietud.

—Ven aquí —imploró Ban, porque no iba a permitir que nada, absolutamente nada la hiciera sentir incómoda en ese momento.

Se sentó en el borde de la cama y la hizo montar a horcajadas sobre él. No llevaba ropa interior bajo el sari, y entre las dobleces de la seda, pudo sentir la humedad entre sus muslos presionando contra su erección mientras sus pezones hinchados se le clavaban en el pecho.

Articuló otro par de maldiciones, y cerró los ojos para darse un respiro en lugar de explotar como un jodido cartucho de pólvora.

Cuando los abrió, Leonelle lo observaba de vuelta, expectante. Él la sujetó de la nuca, justo debajo de la trenza, y acercó los labios a los suyos, mientras deslizaba la otra mano entre sus cuerpos.

—¿Recuerdas la sensación de mi lengua entrando y saliendo de tu enloquecedora boca, *sherani*? —Todo a lo que atinó su mujer fue a asentir una vez a la par que se aferraba a sus hombros justo cuando sus nudillos la rozaron con total intención al desabrocharse los pantalones —. Eso es exactamente lo que esta parte de mí va a hacer en esta parte de ti.

Empujó contra el sexo de Leonelle y ella apretó las rodillas alrededor de sus estrechas caderas en un acto reflejo, sin poder contener un quedo gemido que se hizo eco del suyo. No la había penetrado, todavía no, pero sintió cómo su miembro resbalaba entre sus pliegues empapados de deseo.

—Lo sé. —Le llevó un momento captar las palabras de su mujer en medio de esa bruma de necesidad, y casi podría haber jurado que había un deje risueño en su voz entrecortada—. Las mujeres de la aldea han insistido en ofrecerme... algunos detalles.

—¿Pero qué...?

Se quedó boquiabierto y sin saber qué decir, aunque debería haberlo imaginado. Tan solo apoyó la frente entre los pechos de Leonelle y dejó escapar su propia sonrisa renuente. La escondió enseguida para dirigirse a ella con una expresión que era puro pecado.

—Por favor, mi pequeña estudiosa, al menos dime que no te han explicado que, antes, te haré alcanzar el clímax con mi lengua enterrada en tu interior.

Fue el turno de Leonelle de perder la capacidad para hablar. El calor entre sus piernas pareció intensificarse, y Ban casi pudo ver los engranajes girando en su brillante cabeza para formar una imagen mental de su lengua dentro de ella.

—Supongo que sería anatómicamente plausible —anunció, por fin, con ese tono de erudita que usaba en ocasiones y lo ponía todavía más duro—. No obstante, en nombre del razonamiento científico, necesitaría una demostración empírica efectuada sobre mi, digamos, persona...

Sin darse cuenta, había empezado a balancear las caderas contra él, seguro que para aliviar la tensión que se acumulaba en su centro, y el rubor se había extendido por su garganta y clavículas.

—No te imaginas lo convincente que voy a ser con mi demostración, *sherani* —prometió mientras llevaba las manos a su trasero y la embestía con más fuerza.

—Ban...

Su nombre en sus labios acabó con cualquier contención. El último nudo del sari se rindió a sus dedos, y giró sobre sí mismo con una Leonelle sin un ápice de ropa para tumbarla en la cama. Los pantalones quedaron descartados unos instantes después, y Ban tuvo que replantearse lo que había pensado hasta ese momento mientras se colocaba sobre ella. Porque, si verla vestida de novia hindú había sido un sueño, tenerla desnuda para él debía de ser lo más parecido al nirvana.

Su piel era un caleidoscopio de colores. El gulal se entremezclaba con la henna, su propio sonrojo y las cuentas negras y doradas del Mangalasutra, y Ban no había visto nada más hermoso en toda su maldita existencia.

—¿Tienes idea de lo que me hace verte solo con ese collar?

No esperó una respuesta, sino que se apoderó de su boca con un beso tan cargado de fuego que, por un momento, fue incapaz de discernir el sabor de Leonelle. Simplemente, ardía. Entonces, lo notó, el toque de lluvia de un amanecer británico, el dulzor de los terrones de azúcar que le gustaba servirse en el té y un matiz mágico que únicamente le pertenecía a ella.

Ninguno de los dos se había deshecho de las gafas, y cuando detuvieron el beso para buscarse con la mirada, Ban decidió que el hecho de que su mujer viese con claridad todo lo que iba a hacerle era una idea espectacular.

Con un último vistazo cargado de intenciones, le abrió las piernas suavemente y se arrodilló entre ellas. Le encantó descubrir que la henna llegaba casi hasta sus pantorrillas, y fue trazando las espirales y flores con las manos y la boca. No se iba a detener ahí, ni mucho menos, sino que continuó besando sus rodillas y la cara interna de los muslos, desviando su atención a partes

iguales de uno a otro. El rastro de saliva que dejaba sobre la exquisita piel de Leonelle era como un camino inexorable que lo conducía a su objetivo. Ella ya se retorcía bajo sus caricias, pero Ban quiso prolongar el momento acercándose sin prisa.

—Ban, por favor...

—Ya te dije que la paciencia tenía sus recompensas, *sherani.*

Cuando, por fin, lamió su hendidura de una lenta pasada y dejó escapar un gemido contra sus rizos, Leonelle gritó su nombre y arqueó tanto la espalda que se separó del colchón.

Ban dedicó un instante en recrearse en lo bella que estaba rendida por completo al placer. Luego, separó sus pliegues húmedos y la mantuvo abierta con ambas manos mientras introducía la lengua en su estrecho interior. Un burbujeo de euforia le estalló en el pecho cuando las manos de su mujer se enredaron en su pelo y se apretó más contra él. Redobló los envites de su boca a un ritmo casi frenético, porque lamer el sexo de Leonelle era como beber *soma* de la copa de los dioses, un misterioso néctar que lo volvía ebrio de necesidad por ella.

Los gritos de placer de Leonelle ya amenazaban con superar la algarabía de Holi, que sonaba no muy alejada de la cabaña, pero cuando le succionó el clítoris a pequeños sorbos, su leona se deshizo en inteligibles sollozos, cerca del final.

Ban le acarició los costados con ternura, sin perder el ritmo con el que sus labios presionaban ese punto tan sensible, y cuando le dio un mordisco con un poco más de fuerza de la que pretendía, sintió cómo se tensaba para luego entregarse a las oleadas del clímax.

—Aprieta los muslos uno con otro para prolongar el placer, *sherani* —ordenó, su voz revestida de un acento gutural que apenas reconoció, y el corazón latiendo como un martillo contra sus costillas.

Ella lo hizo, entre jadeos, hasta que se incorporó un poco para mirarlo con las gafas torcidas y una expresión saciada y maravillada.

—Retiro cualquier ofensa que pudiera haber causado a ese manual.

—Por más que me complazca que admitas apreciar los conocimientos del dios Kama, Leonelle, debo añadir que algo del mérito es mío, ¿no crees?

La contestación de la joven fue una de esas sonrisas que latían en el centro de su pecho.

—¿Acaso mi lord brahmán está buscando cumplidos?

Ban le dio un beso en el que se aseguró de que pudiera saborearse a sí misma.

—Sabes lo que estoy buscando, Leonelle.

—No lo diré.

En un movimiento ágil, lleno de urgencia, se sentó contra el cabecero de la cama, y la volvió a colocar sobre él. Pero no le permitió apoyar las rodillas en el colchón, sino que la dejó en cuclillas, en precario equilibrio. Le sujetó la cintura y flexionó sus propias piernas para que pudiera apoyar su espalda en ellas si lo necesitaba.

—Rodéame el cuello con los brazos —la alentó, a lo que accedió de buena gana. Escapaba a su comprensión cómo no había perdido todavía la capacidad de hablar con Leonelle en esa postura, pero sabía que a su mujer le tranquilizaba saber lo que ocurriría—. Ahora, ve bajando para meterme dentro de ti, Leonelle. Tú marcas el ritmo y yo no voy a soltarte.

Su leona rozó sus labios con los suyos en un beso que le transmitió ese sentimiento al que no quería volver a poner nombre, y alineó la entrada de su sexo con su erección para ir introduciendo tortuoso a tortuoso milímetro en ella.

Ban no sabía cuál de las dos sensaciones iba a acabar con él, pero no había ni la más mínima posibilidad de que saliera indemne tras hacer el amor con Leonelle.

Al principio, el gesto de su mujer era tenso mientras se iba a adaptando a su tamaño y la forma en la que la estiraba, hasta que se fue relajando. Ban seguía sosteniéndola, atento a cada estremecimiento y sonido que emitía, y, con cada respiración, entraba más, un poco más, hasta que tuvo que cerrar los ojos cuando el fuego líquido del sexo de Leonelle lo envolvió por completo.

—Joder. —Jadeó.

Leonelle se derrumbó sobre él, y Ban la abrazó con todos los músculos en tensión y gotas de sudor resbalándole por la piel.

Estaban tan pegados que no tenía margen para entrar y salir de ella con fuerza, pero la penetración era tan profunda en esa posición que bastaba con ondular un poco las caderas para que potentes descargas de placer recorriesen todas sus terminaciones nerviosas.

Se había enredado la trenza de Leonelle en un puño sin darse cuenta y había apoyado la otra palma debajo de uno de sus muslos para mantenerla abierta para él. Y ella lo miraba con los labios separados, el ceño fruncido y las uñas clavadas en sus hombros, casi sin poder articular ningún sonido por la intensidad que estaban viviendo.

«Dilo, *sherani*. Dilo», era lo único que giraba en círculos en su cabeza.

El clítoris de Leonelle estaba pegado a su pelvis y lo estimulaba con cada movimiento, la fricción cada vez más desesperada, hasta que la sintió contraerse alrededor de él y Ban también se dejó ir con un rugido que pareció sacudir la estructura de madera.

Se tumbó y la arrastró con él, todavía en su interior, sus cuerpos un amasijo de sudor, pintura y la humedad que se escurría de entre sus piernas.

No le había dicho que lo quería en ningún momento, y la abrazó pensando que, quizá, Leonelle iba a terminar de destruirlo entero para reconstruirlo de nuevo.

Capítulo 27

Leonelle se despertó con el sonido del aguacero que repiqueteaba en el tejado de la cabaña y sobre las hojas de los árboles cercanos. Debía de haberse quedado dormida durante varias horas, porque el ocaso había pintado de naranjas y violetas el hueco de la ventana que se situaba frente a ella.

A su espalda, todavía podía notar el rastro de calor que había dejado su marido, pero ya no estaba en la cama con ella, bajo la manta fina con la que la había tapado. Palpó un poco el borde del colchón para recuperar las gafas que había logrado quitarse con dedos temblorosos tras caer desmadejada en los brazos de Ban, y se giró para buscarlo. Sus ojos lo encontraron casi al momento.

Su alta figura estaba recostada en el marco de la ventana opuesta, observando la lluvia; se había vuelto a poner los estrechos pantalones y el torso desnudo estaba salpicado de gotitas que se colaban sin permiso en la habitación. Era una escena idílica, y Ban parecía relajado, pero algo en su postura la hizo ponerse alerta. Se le hizo un nudo en la garganta mientras trataba de bajar de la alta cama con la manta sujeta contra el pecho y, a ser posible, dar con el sari sin hacer ruido. Esperaba que su voluble marido no tuviera remordimientos acerca de la absolutamente deslumbrante intimidad que acababan de compartir. Esa que hacía definitivo su matrimonio.

Alguno de sus movimientos la delató, porque Ban se volvió hacia ella y estuvo a su lado en un par de elásticas zancadas. Le bloqueó el paso en su descenso de esa especie de Himalaya de los muebles y le enmarcó el rostro entre sus grandes manos.

Lo que Leo vio en esos ojos del mismo verde que la jungla que los rodeaba bastó para curvar sus labios en una sonrisa. Allí estaba ese brillo satisfecho y un poco incrédulo, como cuando ha ocurrido algo demasiado bueno para ser verdad y costase creerlo. Lo sabía porque ella sentía exactamente lo mismo.

—¿Cómo te encuentras, *sherani*? —preguntó antes de darle un rápido beso en los labios.

Un aluvión de recuerdos burbujeó entre sus costillas y se esforzó por mantener el sonrojo a raya.

—Estoy bien. Pero ¿cómo te encuentras tú? ¿Ocurre algo?

Se quedó callado tanto tiempo que temió que no fuera a responder.

—Es el monzón —admitió, por fin, y la llovizna pareció arreciar un poco más de manera ominosa.

Leonelle frunció el ceño.

—¿Tan pronto? Todavía faltan casi tres meses para junio —calculó.

Estaba segura de que junio era la época en la que se desataban las lluvias torrenciales de sur a norte del país.

Ban suspiró y la invitó a sentarse en la cama con un gesto. Él se acomodó a su lado y le pasó un brazo por los hombros para pegarla a su costado.

—Cherrapunji no se rige por el clima de otros lugares en India, *sherani*. —Señaló más allá de las ventanas—. Las montañas que guardan el valle se conocen como *la morada de las nubes;* y cuando esas nubes se ciernan sobre nosotros, no parará de llover hasta dentro de unos seis meses.

—¡¿Medio año?! —Se atragantó con la cifra—. ¿Qué vamos a hacer?

—Una parte de mí desearía quedarse aislado del mundo durante medio año y vivir en paz con Vikram, Nana ji y contigo.

A Leo también le sonaba atractiva la idea de pasar los próximos meses resguardada en una cabaña con la gente que quería y el sonido del aguacero de fondo, igual que en esos instantes.

—¿Pero? —Lo instó a continuar.

—Pero tengo que regresar a Baipur. Hace poco que Al-Musavi ha ascendido al poder y su situación todavía es inestable, seguro que aún no ha tenido tiempo de ocultar sus flaquezas. Dentro de seis meses, en cambio... —Sacudió la cabeza—. No puedo permitir que se asiente por completo sin oponer resistencia.

Ya sería tarde para cualquier oportunidad que pudiera tener Vikram de recuperar su vida y el trono que le pertenecía.

—Dispongo de una semana —continuó—. Ocho días a lo sumo, antes de que el monzón nos alcance de lleno. Baipur está a menos de cuatrocientos kilómetros de Cherrapunji, por lo que el viaje hasta allí no me llevará más de tres días.

—¿Por qué hablas en singular?

Ban se pasó la mano que tenía libre por el pelo, con tanta fuerza como para arrancharse mechones, y Leo lo sujetó con cuidado para que no se hiciera daño.

—No voy a cometer de nuevo el error de elegir por ti, *sherani*. Pero piensa en esto. Cuando empiece el diluvio, los caminos quedarán inundados; los ríos, desbordados; y la tierra se moverá alrededor de Cherrapunji sin que la aldea cambie ni un ápice de su tranquila rutina, como una burbuja en medio del caos. No hay un lugar más seguro para que nada pueda alcanzaros.

Leo trazó con el pulgar círculos sosegados en el dorso de la mano de su marido y se aseguró de que la mirase a los ojos.

—Yo no quiero un lugar seguro, Ban. Quiero estar contigo.

Él tensó un poco los músculos, dispuesto a seguir aportando argumentos con los que convencerla para quedarse, solo que lo pensó mejor y apoyó su frente contra la de Leo.

—Mi leona.

Fue un murmullo resignado que la hubiera hecho reír si no fuese testigo de la angustia que lo dominaba.

—Y, ahora, ¿tendrías la gentileza de explicarme cuál es tu plan?

—Para ser honesto, el único plan sólido que tengo es pedirle a Ambika que se quede al cuidado de Vikram junto a Nana ji. Mi hermano no está en condiciones de acusar a Al-Musavi de ningún crimen. Y llevarlo a Baipur me sigue pareciendo una locura, sería exponerlo ante el nabab sin garantías de nada. Si al menos la prima de Ambika hubiese escrito algo incriminatorio en la nota...

Pero debió de estar demasiado asustada como para atreverse a hacer algo así.

—Ban. —Le acarició la mejilla con suavidad—. Nos quedaremos unos días más con Vikram

en Cherrapunji para que no dude ni un segundo de que todo lo que haces es por él. Para que comprenda que os tenéis que separar por última vez porque vas a luchar por devolverle todo lo que le han arrebatado.

Él giró un poco el rostro y besó la palma de Leo.

—Te echará más de menos a ti que a mí. —Sonrió contra su piel.

El corazón de Leonelle se contrajo al evocar la carita del pequeño, cada vez un poco más fuera de esa concha en la que se había refugiado del dolor.

—Ese ha sido un buen intento para que decida quedarme, el mejor, de hecho. Sin embargo, a pesar de que me va a resultar terriblemente amargo alejarme de tu hermano unos meses, le seré de más ayuda en Baipur que aquí. Y a ti, también. —Se subió las gafas—. Se me da bien recabar información.

Ban la observó con una ceja oscura alzada.

—El brahmán será quien regrese de nuevo a Baipur, ¿verdad? Eso limitará tus movimientos en ciertos círculos. Lo sabes tan bien como yo. Y tendrás que andarte con mucho cuidado para que no te reconozcan como lord Bancroft.

Ya incluso el pasado otoño, Ban se había mantenido al margen de un encuentro formal en el palacio de Al-Musavi con Jason y sus hermanas.

—No me gusta, Leonelle. No quiero que te expongas a Al-Musavi de la misma manera que no quiero que lo haga Vikram.

—Lo sé. La diferencia está en que él es solo un niño y yo, una mujer adulta.

Ban apretó mucho los dientes.

—Tendremos que fingir que no estamos casados. Y no solo me refiero a que no podré acercarme demasiado a ti en público siendo hindú, sino a que no podré respaldarte como conde. Si alguien cercano al nabab se entera de que eres lady Bancroft, será como colocarte una diana en la espalda.

El rostro duro, casi cruel, del actual regente de Merala no era uno que a Leonelle le fuera fácil olvidar, y un escalofrío le recorrió la espina dorsal. Se llevó la mano al Mangalasutra de forma involuntaria. Los ojos de Ban también se enfocaron ahí y parecieron arder.

—Yo sé que eres *mi marido*. —Hizo hincapié en esas dos palabras—. Y nunca he dejado de ser Leonelle Ingram. De hecho, sigo siendo Leonelle Ingram en Baipur. En el sentido literal.

—Vas a tener respuestas para todos los impedimentos que se me ocurran. —Era una afirmación rotunda.

—No lo dudes —le aseguró de todas formas, por si acaso.

En un segundo, se encontró envuelta en los brazos de su marido, con la mejilla apoyada en su pecho.

—Está bien, *sherani* —murmuró mientras le daba un beso en la coronilla—. Disfrutemos, pues, de los últimos días que nos quedan en Cherrapunji, de la calma antes de la tempestad. —Hizo una breve pausa—. En el sentido literal. —La imitó.

Leo soltó un resoplido ofendido, e iba a separarse para vestirse cuando Ban la sujetó con cuidado de los antebrazos.

—Hay una cosa más que necesito que sepas.

Después de todo lo que había ocurrido en la última semana, era incapaz de hacer una mínima conjetura de lo que podría ser o de evitar sentir una corriente de aprensión.

Tragó saliva y le hizo un gesto con la cabeza a su marido para que continuara.

—¿Recuerdas que te hablé de que barajaba varias opciones para garantizar el bienestar de

Vikram?

—Claro que sí.

Aquella conversación había surgido cuando Ban le reveló que Vikram era hijo del fallecido marajá de Merala.

—No me voy a rendir hasta que vea la cabeza de Nasir Al-Musavi rodar lo más lejos posible del trono de Merala. Pero, si algo sucede, si no pudiera lograr entregarlo a las autoridades y devolverle a Vikram el estado nativo que le pertenece por nacimiento... —La nuez de Adán subió y bajó rápidamente en su garganta morena—. Mi hermano posee un diamante que vale un reino, yo me he encargado de que así sea.

Un diamante que vale un reino...

La cabaña giró por un segundo.

—¿Tú fuiste quien sacó el Masha-i-noor de las ruinas de Hara Baori?

No se dio cuenta de lo acusatoria que había sonado su voz hasta que los labios de Ban se torcieron en un gesto preocupado.

—Sé lo mucho que esa joya ha hecho sufrir a tu hermana, *sherani*.

Sufrir no abarcaba ni una milésima parte de lo que había tenido que experimentar Cam por esa maldita gema casi mítica. Solo que no lo era. Era muy real.

—¿Lo sabes? ¿Sabes que encontró el diamante cuando era pequeña porque tropezó por casualidad con las ruinas donde había permanecido escondido quién sabe cuánto tiempo mientras exploraba la jungla y que, después, unos hombres la atacaron hasta dejarla malherida cuando iba a contarle el descubrimiento a nuestros padres?

Se bajó de la cama casi de un salto, sin prestar ya ninguna atención a la altura.

—¿Y sabes que nuestro propio primo y que el teniente Harris, en quien Jason confiaba, confabularon cosas horribles para hacerle confesar a Cam la localización de las ruinas de Hara Baori y del diamante cuando regresamos a la India? ¿Que ese hombre las *raptó* a ella y a Lemy para conseguirlo a cualquier precio e hirió a Surinder? —Se detuvo en seco y lo miró de lleno mientras se sujetaba la manta contra el pecho—. Pero claro que lo sabes. Estabas en Baipur. ¡Conmigo!

Estaba claro que Ban la había dejado explotar como una botella recién descorchada, porque cuando acabó de hablar, lo tenía encima de ella, rodeándola con los brazos desde atrás mientas enterraba el rostro en el hueco entre su garganta y el hombro.

—Por favor, escúchame, *sherani*.

—No quiero saber nada de ese diamante, Ban. Debería haberse quedado perdido para siempre en la jungla.

No estaba siendo razonable, pero las heridas que había provocado el Masha-i-noor todavía eran demasiado recientes.

—Te juro que daría cuanto tengo por cambiar las cosas, pero ese diamante podría marcar la diferencia entre que Vikram viva para siempre oculto del mundo o que tenga una nueva oportunidad —susurró contra su piel, sin dejar de sujetarla, como si quisiera absorber sus temblores y el dolor que los provocaba.

Aunque, en ese caso, también él fuera en parte el causante. Sin embargo, ¿podía culparlo por querer luchar con uñas y dientes por la felicidad de su hermano? No, no podía en absoluto.

El Masha-i-noor, «Luna de luz», en persa, era un símbolo de verdadero poder, uno que incluso podría conseguirle un nuevo título a Vikram, el inicio de una nueva dinastía, si nunca lograba ser marajá en Merala.

Gobernantes hindúes, mogoles, persas, incluso afganos y sikh, habían sido sus dueños o habían luchado amargas batallas por él. Era un trofeo de guerra, puesto que entregarlo marcaba la deshonra y poseerlo aseguraba un lugar cerca de los dioses. Era un tesoro de valor incalculable.

Leo inspiró hondo unas cuantas veces para calmarse y se apoyó en el pecho sólido y familiar de Ban. Su olor a sándalo la envolvió y consiguió tranquilizarla todavía más.

Él también pareció soltar el aire que había estado conteniendo.

La hizo dar la vuelta poco a poco en sus brazos, sin soltarla.

—Tras lo que le pasó a tu hermana... pensé una y mil veces si debía ir a Hara Baori o que las ruinas siguieran custodiando el diamante, pero Warwick tuvo que presentarle un informe al Gobernador General de la India contándole todo lo ocurrido con Harris. Tu cuñado se arriesgó mucho al decirle a Canning que el Masha-i-noor no estaba en el perímetro de las ruinas, que podría no ser más que una leyenda.

—¿Se arriesgó porque tú se lo pediste?

—Sí, pero ¿de verdad crees que Canning no envió a alguien de inmediato para comprobar si era cierto? La reina Victoria ya tiene otro de los grandes diamantes de la India en su colección particular, podría perfectamente añadir uno más. Al menos, yo fui más rápido en llevármelo. Esas joyas, extraídas de las mismísimas entrañas de la India, no pertenecen a los británicos ni a la codicia. —Agachó la cabeza y se miró las palmas, como si pudiera ver la joya ahí mismo—. Cuando lo tuve en mis manos, Leonelle, casi pude sentir una señal del cosmos que me instaba a guardarlo en algún lugar donde nadie lograra encontrarlo. Pero no creas que actué guiado solo por esa parte de mí que también pertenece a esta tierra y quiere protegerla. Ese diamante es mi garantía de que Vikram tendrá un futuro si todo lo demás falla. Porque mi prioridad es que mi hermano vuelva a su hogar. A su palacio. Y que Al-Musavi reciba su castigo.

Que su marido hubiera escogido el camino difícil para hacer lo correcto en lugar de marcharse con Vikram y con la joya lo decía todo de él.

Ahora fue ella quien alargó los dedos para trazar la línea tensa de su mandíbula.

—Ban, sé que no guardas ese diamante para lucrarte ni por avaricia.

—Maldición, no. Si un día se diera ese caso, te pediría que me lo estrellases en la cara con todas tus fuerzas.

Leo no pudo evitar una diminuta sonrisa, sin dejar de acariciar cada rasgo de esa misma cara que lanzaba al peligro con absoluta negligencia. Los pómulos marcados. El arco de sus aristocráticas cejas. La nariz aguileña. Sus labios rectos y un poco irritados por todas las veces que se habían besado en esa cabaña.

—Eso tendría un desenlace fatal. ¿Sabías que los diamantes son los materiales naturales más duros que existen?

—A mí me preocupaba la potencia que le pondrías al golpe.

Ban le aferró ambas manos, entrelazó los dedos con los suyos y colocó las palmas unidas sobre su corazón.

—*Sherani.*

—¿Mmm?

—No me has preguntado dónde está el diamante, mi curiosa leona.

A Leo se le agarrotaron los músculos de las piernas. No estaba segura de que deseara averiguarlo.

—¿Tú quieres decírmelo?

—Leonelle... —suspiró mientras presionaba un poco más sus dedos—. Eres la única persona a

la que le voy a confiar y le confiaré jamás una información de esa magnitud. —Leo abrió la boca, no sabría decir para qué, pero Ban no se detuvo—. Antes de reunirme con Ambika, me desvié hasta Calcuta y deposité el diamante en la bóveda del Banco de Bengala. Como conde de Bancroft, tengo mi propia caja de seguridad, hermética y absolutamente confidencial. Tan solo el apellido Bancroft puede abrirla.

Leo se las arregló para soltarse de su agarre y deslizar los brazos alrededor de la estrecha cintura de su marido, apretó como si fuera una serpiente pitón, de las que los nativos advertían a los incautos cuando se adentraban en la jungla, sin que su marido emitiera ni un quejido de protesta.

Puede que la manta se hubiera escurrido hasta el suelo y que sus pieles estuvieran en contacto sin que nada se interpusiera; sin embargo, de lo único que era consciente Leo era del corazón que latía junto a su oído, en un compás perfecto con las gotas de lluvia que seguían cayendo.

—¿Fingiremos que no existe a no ser que tengamos que usarlo como último recurso? —preguntó al cabo de un rato.

Ban le dio un beso suave en los labios.

—Como último recurso, *sherani*. Cuando no quede más esperanza.

Capítulo 28

Los días siguientes transcurrieron mucho más deprisa de lo que Leo habría deseado. Aunque la sombra de Al-Musavi era igual de amenazadora que los nubarrones grises que se iban acumulando en el techo de la jungla, los momentos que pasaba junto a Vikram equilibraban la balanza.

El pequeño se había tomado su separación temporal relativamente bien.

Cuando regresaron de la cabaña y Ban se sentó a hablar con él, le pidió a Leo que estuviera junto a ellos y, esta vez, aceptó. No tenía sentido permanecer al margen de momentos importantes de su vida cuando Vikram ya pertenecía irrevocablemente a la suya.

Aunque tan solo tenía seis años, el pequeño había sido educado para ser marajá desde la cuna, y pareció captar a la perfección lo crucial que era la misión de su hermano mayor. A pesar de que le rompió el corazón ver su gesto entristecido al informarle de que ella también se marchaba, Leo tenía la certeza de dejarlo en las mejores manos.

El esposo de Priyanka le había hecho un *knup* de su tamaño para acompañar a su abuela a los campos de arroz y resguardarse del monzón, y parecía comenzar a relacionarse con otros niños de la aldea a los que había conocido en Holi.

Por las noches, dormía abrazado a Leo.

A pesar de que los dueños de la cabaña les habían ofrecido quedarse más tiempo porque estaban recién casados, ambos habían elegido permanecer en la casita de Nana ji. Era casi cómico ver las miradas anhelantes que le dedicaba Ban cuando los cinco se acurrucaban en cada espacio libre de la única estancia; sin embargo, la ternura ganaba en sus iris verdes cuando Vikram enroscaba sus bracitos en el cuello de Leonelle.

No era muy a menudo, pero en los ratos libres que le quedaban cuando el pequeño estaba fuera o en compañía de su hermano, Leo escribía.

Su cuaderno de tapas rojizas continuaba siendo su medio de evasión y su manera de afianzarse al mundo. No tenía una respuesta lógica que explicase por qué todavía no le había contado a Ban lo del cuaderno cuando ya habían caído las barreras entre ellos, pero, la quinta noche desde su boda, su marido lo descubrió por sí mismo.

Entró como un ciclón en la casa mientras se sacudía gotitas de lluvia de su pelo negro igual que si fuera un cachorro. Cortó el movimiento en seco y su cuello quedó en un ángulo extraño cuando divisó a Leo sentada con una pierna doblada debajo de ella en la mesita baja de Nana ji, y la larga trenza echada por encima de su hombro.

Sus ojos verdes fueron de la cara de la joven al cuaderno mientras el resto de su cuerpo

permanecía congelado, hasta que esbozó una sonrisa maliciosa y se aproximó a pasos lentos. Felinos.

—Veo que te gustó mi regalo, *sherani*.

A Leo se le arrebolaron las mejillas. Parecía que hubiesen pasado siglos desde aquel momento en la biblioteca de Baipur.

—Fue bastante considerado —replicó con gesto adusto.

Dejó la pluma en una esquina con muchísimo cuidado para que no emborronase nada.

Él rodeó la mesita y se arrodilló a su lado con una de sus expresivas cejas negras enarcadas.

—¿Bastante considerado?

—Está bien. Fue muy acertado —resopló—. Nunca deja de sorprenderme la manera en la que intentas buscar alabanzas. —Trató de pincharlo.

El rostro de Ban se tornó serio.

—Sabes lo que estoy buscando, Leonelle.

—No voy a decirlo.

Su reacción fue tirar un poco de su trenza para acercarla a él y besarla con lenta deliberación. Dibujó las comisuras de su boca con pequeños besos para luego mordisquear su labio inferior hasta arrancarle un diminuto gemido. Satisfecho, le lamió los lugares donde la había mordido y Leo no pudo evitar salir al encuentro de su lengua. Ambos se enredaron en una espiral que los dejó jadeando tras ponerle fin, al cabo de un rato.

Y, quizá, esa era justo la reacción que esperaba obtener Leo.

—Ese día no querías que me marchase de Baipur —murmuró Ban cuando recuperaron un poco la compostura.

—No, no quería —confirmó ella.

—Yo tampoco deseaba marcharme, *sherani*.

Le acarició con el dorso de los dedos unos pequeños rizos que le crecían en el nacimiento del cabello, y a Leo no se le escapó el vistazo de refilón que le echó al cuaderno, lleno de curiosidad.

—Estoy escribiendo un libro de viajes —declaró de sopetón.

Era la primera vez que lo decía en voz alta y Ban la primera persona en escucharlo, y le pareció un momento trascendental.

Su marido ya no necesitaba disimular su intriga, por lo que alargó los dedos hacia el cuaderno.

—¿Puedo? —La miró con las manos todavía suspendidas en el aire.

Ban quería leer lo que había escrito. Claro, ¿por qué no iba a querer leerlo si para eso lo había escrito? Para ser leído.

Apenas contuvo un burbujeo de risa nerviosa. Quizá por eso no le había hablado del libro antes. Porque le intimidaba muchísimo mostrar algo que había mantenido mucho tiempo para ella sola.

Cuadró los hombros e inspiró hondo.

—Adelante.

Los dedos de Ban descendieron a la velocidad del rayo para apoderarse de su botín y Leo trató con todas sus fuerzas de no retorcerse mientras veía cómo sus ojos verdes saltaban de una línea a otra igual que el péndulo de un reloj de pared.

Al llegar al final, depositó el cuaderno con cuidado en la mesa y se giró hacia ella con el semblante muy serio.

—Estás descubriendo el mundo, ¿verdad, *sherani*? Y lo plasmas como nada que haya leído antes. —El orgullo que transmitía su tono roncó le erizó la piel—. Pero ¿sabes que es lo mejor?

Que, muy pronto, el mundo te descubrirá a ti, mi pequeña leona, y no tiene ni la más mínima posibilidad de no caer rendido a tus pies.

Se toqueteó la punta de la trenza porque no tenía ni idea de la forma en la que responder a unas palabras que la hacían sentir a rebosar de ilusión, tan solo notaba que sus orejas estaban ardiendo. Luego, cayó en el significado de sus palabras.

—¿Cómo sabes que me gustaría publicarlo y no guardarlo para mí?

—Porque guardarlo sería un crimen —aseveró Ban con contundencia.

Leo se acomodó mejor sobre su pierna doblada y se colocó las gafas.

—En realidad, he estado reflexionando mucho acerca de si debiera usar un seudónimo o no para que me ayude a encontrar a alguien interesado en mi manuscrito. La librería Higginbotham's, en la ciudad de Chennai, también publica obras inéditas y... —Se detuvo un momento, con un ramalazo de culpabilidad—. Por supuesto, todas estas ideas han quedado pospuestas por tiempo indefinido hasta que Vikram esté asentado en Baipur.

—*Sherani*. Tu obra también es importante. Tu viaje también es importante. Una cosa no invalida la otra.

Vikram, Ambika y Nana ji eligieron ese momento para apartar la esterilla y entrar en la casa con los brazos cargados de algunas frutas de aspecto suculento. La voz de la abuela de Ban semejaba una alegre canción mientras no cesaba de hablar en hindi.

Leonelle solo pudo acariciar la mano de su marido, cerrar el cuaderno y apretarlo contra su pecho, lo que le ganó un guiño del muy sinvergüenza.

—Me alegra que no me lo devolvieras, *sherani*.

Seis noches después de su boda, en plena madrugada, comenzó a llover con una intensidad tal que Leo temía que la fuerza del agua arrancase el techo y las paredes blanqueadas de la casita de Nana ji y que arrastrase cualquier cosa que no tuviera unas raíces hundidas, al menos, tres metros bajo tierra. Y ella no las tenía.

Se aferró a Vikram mientras el pequeño dormía como un bendito, pero no volvió a cerrar los cerrar los ojos porque sabía lo que aquello significaba. Si el monzón había llegado con toda su fuerza, ellos debían partir hacia Baipur antes de quedar aislados.

A la mañana siguiente, la infinita cortina de lluvia y el rostro contraído de Ban fueron confirmación suficiente. No tardaron demasiado en estar listos y su equipaje, ya escaso, quedó reducido a una sola bolsa de tela de alfombra de Leo. Después de todo, ella volvería muy pronto a su residencia, donde tenía la mayoría de sus pertenencias, y Ban siempre viajaba ligero.

Los cinco se despidieron dentro de la casa.

—Que Ganesha rompa todo obstáculo y abra un camino seguro que transitar, *memsahib*. Lord *sahib* —deseó Ambika a la par que se llevaba las palmas unidas al pecho.

Nana ji fue mucho menos formal. Primero besó y abrazó a su nieto y, después, estrujó entre sus brazos a Leo.

—Cuidaos el uno al otro. No os alejéis de vuestra *aadha*, de vuestra mitad, por ser los dos testarudos.

—Hay tantas partes en mí que Leonelle tiene un enorme trabajo encajando esas mitades con la suya, Nana ji. Pero ella es más testaruda.

Eso le valió a Ban un coscorrón de su abuela, que se alzó con sorprendente agilidad en las puntas de los pies para alcanzarlo. Inmediatamente después le dio otro abrazo.

—Te prometo que tendremos cuidado, Nana ji —aseguró Leo, aunque sus ojos estaban puestos en Vikram.

El niño se había situado un poco por detrás de Ambika, sin acercarse en ningún momento. Su postura era casi como la de un adulto, puños apretados a los lados del cuerpo y los hombros muy rectos, como si quisiera demostrar que la separación no lo afectaba en lo más mínimo. Pero un brillo delator en los ojos y el leve temblor de su labio inferior lo desmentían.

A Leo también se le llenaron los ojos de lágrimas e hizo exactamente lo mismo que aquel día en el que se conocieron en el bazar de Patna. Hincó una rodilla en el suelo y abrió los brazos de par en par.

Vikram vaciló un instante. Y, al siguiente, Leo casi pierde el equilibro cuando su cuerpecito se estrelló contra el suyo.

No supo por cuánto tiempo lo abrazó y tampoco quiso limitarlo a una simple cantidad porque la sensación debía durarle hasta que volvieran a encontrarse.

—La primera vez que pregunté por tu nombre, tu hermano me dijo que Vikram significa «valentía». Me lo has demostrado una y otra vez, pero has de saber que no siempre tienes que resistir todo tú solo. Nana ji y Ambika te escucharán siempre, y Ban y yo. —Le tomó la carita con las manos y se le cerró la garganta—. Tu hermano y yo estamos deseando escucharte. Cuando estés listo.

Ban también se agachó junto al pequeño y le acarició con dulzura el pelo antes de susurrarle unas palabras en hindi a las que Vikram reaccionó pasándole suavemente las puntas de los dedos en la piel, justo debajo de los ojos.

La salida de Cherrapunji fue ardua en muchos aspectos. Dejaban a Vikram y se enfrentaban a un objetivo incierto. Y, tras cruzar uno de los puentes vivientes, no les quedó más remedio que atravesar un lodazal que se había formado con la lluvia en cuestión de apenas unas horas. El camino en *dak gari* hasta el bungalow donde se detendrían a hacer noche tampoco resultó ser mucho mejor. Las pezuñas del caballo se escurrían en muchos tramos y el traqueteo del carromato reverberaba en cada hueso de su cuerpo al tiempo que discutían estrategias a seguir para acercarse a Al-Musavi, formulaban hipótesis sobre lo que podría haber investigado Jason en esos meses, y Leonelle sentía un hormigueo de anticipación por reunirse con su familia.

Por fortuna, cuando alcanzaron la posada en la ribera del río Padma, una corriente de agua separada del Ganges que tendrían que navegar para alcanzar Merala, la lluvia había cesado y la cúpula de nubarrones acerados se había disuelto por completo, igual que si nunca hubiera existido.

Cuando solicitaron una única habitación, las expresiones de la gente del *dak gari* abarcaron un rango desde sorprendido a reprobatorio al ver a una señorita inglesa sin más compañía que la de un hombre y, para más escándalo, hindú. Pero a Leo le trajo sin cuidado.

Era la última noche que tenían la certeza de poder pasar juntos antes de verse obligados a transformarse casi en desconocidos y ningún prejuicio iba a separarla de su marido.

Precedió a Ban, arrastrando los pies, dentro del diminuto cuarto iluminado por una única vela, con el sentimiento de que se resquebrajaría como la cerámica debido al engrudo de polvo y barro fusionado con su cuerpo, y aceptó ser la primera en usar la palangana y la jarra de agua tibia que acababa de dejarles un empleado del *dak bungalow*. Su marido le había dado la espalda sin decirle nada para proporcionarle intimidad, así que se aseó rápido y se puso un ligero camisón de algodón. En el proceso, no dejó de darle vueltas a si ese gesto tan atento era realmente necesario. Estaban casados. Habían hecho el amor. Y a ella no le importaría volver a...

Con las mejillas rojas y sin acabar de formar ese pensamiento en su cabeza, se giró hacia Ban.

—Ya he terminado.

Por amor de Dios, sus cuerdas vocales nunca habían vibrado con una nota tan aguda.

Él asintió, y su hombro la rozó de manera fortuita al pasar a su lado. Ese mínimo contacto tuvo el efecto de una onda expansiva por todo su cuerpo.

«Basta, Leonelle».

Procuró mantenerse ocupada sacando un peine y su cinta del pelo de la bolsa de viaje, y recolocando cosas que ya estaban perfectamente ubicadas, como el marco de un cuadro colgado de la pared, al tiempo que escuchaba los sonidos que hacía su marido al lavarse en la palangana cuya agua había cambiado previamente. La quinta vez que alineó el marco con un pequeño desconchón a una altura equidistante, se dijo que era suficiente. Tan solo iba a volverse un poco para sentarse en la cama. Sus ojos, en cambio, tenían planes propios y enfocaron la silueta de su marido. Puede que se le detuviese el corazón por un instante.

No llevaba más que la tela blanca enrollada a las caderas y estaba pasando un trapo húmedo por los planos de sus costillas, omóplatos y cuello, así que Leo tenía unas vistas privilegiadas de cada músculo que se ondulaba en esa espalda color café.

Algunos mechones de cabello mojado se le habían pegado a la nuca y a las sienes. Y era demasiado tentador no querer pasar los dedos por ellos y...

Un estruendo procedente de detrás le comprimió la caja torácica del susto. Se volvió casi de un salto y se encontró con el marco caído en el suelo, el muy traidor parecía pedir clemencia para que Leo no lo nivelase más.

—¿Nerviosa, *sherani*?

La pregunta, prácticamente un soplo en su oído, expandió cada poro de su piel y le puso el vello de punta.

Su marido se había pegado a ella con esa imposible fluidez que lo caracterizaba, sin llegar a tocarla.

Ella solo atinó a sacudir la cabeza.

—No tienes nada de lo que preocuparte, Leonelle. Ha sido un día complicado y no pretendo hacer nada que te haga sentir incómoda. Dormir contigo en mis brazos es un privilegio.

Leo tuvo que parpadear un par de veces.

—Oh. Claro.

Dormir. Eso era exactamente lo que deberían hacer. Las horas previas habían sido difíciles. Y más lo serían las semanas que tenían por delante. Semanas en las que tendrían que medir cada palabra que se dijesen, buscar momentos robados y extrañar el consuelo que le proporcionaba su contacto. El alivio de sus caricias... Sería mejor que sus pensamientos no se empeñasen en seguir ese curso.

Ban le dio un beso en la coronilla y apartó las sábanas para que se acostasen.

Leo se mordió el labio inferior, se quitó las gafas y se acurrucó contra el costado de su marido cuando este también se tumbó en la cama. Desde luego, era un privilegio que Ban la abrazase como si valiese lo mismo que un diamante. Sin embargo... Leonelle carraspeó ligeramente.

—Tengo un poco de calor.

Ban la soltó de inmediato, la llama de la palmatoria que había dejado encendida iluminaba sus rasgos algo heridos.

—Tienes razón. Las temperaturas han subido mucho. Será mejor si... —Se atragantó con su propia lengua cuando Leonelle agarró el ruedo del camisón y se lo pasó por la cabeza.

Al quitarse el choli en Cherrapunji, había obtenido un resultado óptimo en lo referente al grado de efusividad de su esposo, y cualquier adepto a la ciencia sabía que lo más sensato era seguir la misma ruta de experimentación para continuar sumando avances.

—Desde luego. Mucho mejor así. —El pulso se le había disparado y la sangre corría como un torrente en todas direcciones—. Ya puedes volver a abrazarme, Ban.

Él se cubrió el rostro con las manos.

—Leonelle... ¿es que te has propuesto matarme?

El sonido que escapó de entre sus labios era áspero, gutural incluso, y Leo se preguntó si no había cometido un error de cálculo.

Se incorporó un poco sobre los antebrazos.

—En realidad, es la enésima vez que remarco que soy capaz de tomar mis propias decisiones. Y si hay algo que quiero hacer, es decir, algo en común contigo, puedo tomar la iniciativa para hacerlo, ¿verdad? A no ser que tú no quieras. —Hizo una breve pausa—. ¿Tú no quieres y soy yo la que te estoy incomodando?

La pregunta se quedó suspendida en el aire por un momento, antes de que Ban se situase encima de ella con movimientos muy lentos y premeditados, abriéndole las rodillas con las suyas para colocarse entre sus muslos. Con la misma premeditación, se deshizo del rectángulo de algodón que lo cubría sin dejar de mirarla.

—Me gusta mucho hacer cosas en común contigo. —La enjauló contra el colchón al inclinarse y colocar los brazos a cada lado de su cara—. De hecho, me *enloquece* hacer cosas en común contigo.

Salieron al encuentro del otro y sus bocas se hallaron a medio camino. A diferencia del último beso que se habían dado, Ban no se entretuvo en pequeñas caricias, sino que consumió sus labios y el interior de su boca con tanta habilidad como si fuera el mismísimo dios de la seducción hecho carne y hueso.

Leonelle se recreó en la sensación de tener su peso sobre ella y abrió más las piernas para darle espacio. Sin romper el beso, Ban trazó una línea con las yemas de los dedos desde su mandíbula hasta su sexo y gimió en su boca al notar lo húmeda que estaba. Deslizó unas cuantas veces los dedos entre sus pliegues, y a Leo le pareció que utilizaba esa misma humedad que los había impregnado para recubrir su erección antes de entrar muy muy lentamente en ella.

A partir de ese momento, perdió la capacidad de raciocinio y se entregó a las sensaciones. A la forma en la que Ban se movía en su interior sabiendo exactamente cómo darle el máximo placer posible.

Se había aferrado a sus hombros y también elevaba las caderas con cada golpe de las de su marido sin poder controlar los delatadores sollozos que emitía cada vez que alcanzaba un punto sensible dentro de ella.

—Eso es, empuja contra mí, *sherani.* —Jadeó contra sus labios y aumentó el ritmo de una manera que le hizo encoger los dedos de los pies—. Es una batalla en la que ganamos los dos.

El clímax llegó como una oleada blanca que le hizo arquear la garganta y gritar su nombre. Sintió el calor de la liberación de Ban inmediatamente después, y los dos cayeron debilitados y abrazados de nuevo sobre el colchón.

Estaban de lado, con los brazos de Ban rodeándola, su trasero acomodado en el regazo masculino y las corvas perfectamente encajadas contra sus rodillas.

Era tan perfecto que no deseaba cerrar los ojos.

—Tengo que confesarte que he mentido. Me sería imposible quedarme dormido contigo así —

susurró como si le leyera la mente.

—Pues quedémonos despiertos.

La respuesta de Ban fue trazar un reguero de besos en la columna de su garganta, que le produjo un agradable cosquilleo. Igual que las espirales que dibujaba alrededor de su ombligo y de sus pechos.

Daba la sensación de que estuviera cartografiando su cuerpo para memorizar cada uno de los lugares a los que regresar en sus pensamientos.

Al cabo de un rato, lo notó endurecerse contra ella una vez más.

—Perdóname, *sherani*. No puedo evitar...

Leo giró la cara y le sujetó la mandíbula para darle un beso.

—Yo tampoco.

Luego, hizo ademán de moverse para tumbarse boca arriba, pero él la sujetó con fuerza contra él, con la espalda pegada a su amplio pecho.

—¿Podemos hacerlo a-así?

—Justo así, *sherani*. Hay sesenta y cuatro formas de hacer el amor, ¿recuerdas?

Entonces, colocó el muslo de Leo por encima del suyo y la penetró desde atrás, robándole el aliento. Eran embestidas lentas, pausadas, y su mano le acariciaba el clítoris en círculos indolentes.

Ban siempre parecía tener el control de su cuerpo y ella obedecía. No paró de entrar y salir de su empapado interior hasta conducirla al borde del precipicio; y cuando Leo se dejó llevar por la ingravidez con un gemido largo y ronco, él le susurró al oído:

—Cuando estemos en Baipur, recuerda que, cada vez que te miro, te estoy besando.

Capítulo 29

Baipur, estado de Merala, India, al día siguiente

El bungalow del gobernador de Merala se materializó ante Leo como un espejismo. Y, al mismo tiempo, era una vista tan familiar que eran los últimos meses fuera de Baipur los que se asemejaban a una ilusión.

Los dos pisos de la construcción albergaban numerosas estancias y dormitorios; la veranda, en la que alguna vez se había tomado fotografías junto a sus hermanas o había leído al frescor de la sombra de las higueras, rodeaba todo el perímetro de la casa y las paredes blancas casi la cegaban al reflejar los rayos del sol de media tarde.

Ban ya se mantenía a una distancia prudencial de ella mientras se acercaban a la puerta principal, y Leo tenía que contenerse para no acortar la brecha que los separaba.

Para evitar cometer una tontería, como agarrar la mano de su marido y que le prestase un poco de su fuerza, se tocó el Mangalasutra, que había enrollado en su muñeca con un par de vueltas para poder llevarlo siempre encima sin que fuese tan revelador como un collar ante cualquiera que conociese las tradiciones hindúes.

Las marcas de henna también se habían desvanecido prácticamente por completo de su piel, igual que un encantamiento que se hubiera deshecho.

Llamó dos veces sobre la hoja de madera, emocionada y ansiosa a un tiempo.

No podía aguantar ni un momento más sin ver las caras de sus hermanas, a las que había añorado tantísimo, pero Cam y ella tenían una conversación ineludible que mantener. En Cherrapunji, Ban le había explicado que Cam sabía toda su historia y la de Vikram por Jason, y, aunque podía entender perfectamente que no se lo hubiera contado, no bastaba para que no se sintiera un poco herida por su silencio.

Cuando un chico indio de unos doce años y rostro sobrio abrió la puerta, Leo hizo a un lado esas tribulaciones y sonrió de oreja a oreja.

—Hola, Surinder.

Aunque era casi tan alto como ella, Leo se las arregló para apretarlo contra su pecho, con cuidado de no deshacer su turbante azul, y los brazaletes de hierro que le adornaban los brazos chocaron en un sonido musical cuando él le devolvió un rápido abrazo.

El joven sij, procedente de la norteña región del Punyab, era como un hijo para el gobernador de Merala, y había fascinado tanto a Lemy que esta se había convertido en su sombra, siempre cerca. Por lo que eso solo podía significar...

—¡Leo!

Un borrón atravesó el umbral y el cuerpecito de su hermana pequeña se estrelló contra el suyo en medio de un revuelo de faldas amarillas y cintas para el pelo.

Leonelle la levantó un poco en vilo al apretarla contra ella, la humedad en sus ojos emborronándole la visión de sus cabellos castaño oscuro, a juego con sus iris, donde depositó un beso suave.

—Mi pequeña aventurera, ¿sabes que he pensado en ti todos los días que he pasado fuera?

—Te he echado tanto de menos, Leo —musitó Lemy, también al borde del llanto. Aunque la vivacidad de su hermana pequeña era legendaria, por lo que, al minuto siguiente, miraba por encima del hombro de Leonelle con un gorgojeo de alegría—. ¡Oh, y el señor Ban también está aquí!

—Pequeña *memsahib.*

El afecto con el que Ban le devolvió el saludo a su hermana pequeña consiguió aflojarle un poco las rodillas a Leo. Después de saludar también a Surinder, entraron en la casa con una excitada Lemy liderando la marcha hacia el salón principal.

—Te has perdido un sinfín de cosas, Leo. No mucho después de que te fueras, un mono rompió la celosía que da a las cocinas y se hizo con un botín de mangos mientras Surinder lo perseguía por toda la casa hasta quedarse sin resuello. Me refiero a que Surinder se quedó sin respiración, no el mono. Después, en el estanque de lotos del templo de Sarasvati —prosiguió sin detenerse siquiera a tomar aliento e ignorando el resoplido ofuscado de Surinder—, una rana se aproximó cojeando hasta mí. Cam dice que fui yo la que me acerqué, pero no estoy de acuerdo. La traje al bungalow para que se recuperase y ahora ya está de vuelta en el estanque y...

Cuando atravesaron las puertas del salón, varias cosas sucedieron a la vez.

Cam se levantó con cierta dificultad del sillón verde en el que estaba sentada y se llevó una mano al pecho por la impresión de verla. Un animalillo peludo y de ojos descomunales dio un salto hasta el hombro de su hermana pequeña. Y una mujer de cabellos rubios dejó caer la taza de té que sostenía contra los labios.

—Eso también quería contártelo. —Resonó la voz de Lemy en medio del ensordecedor silencio—. Cam está esperando un bebé. Me he hecho amiga de un loris. Y la señorita Emily Campbell ha venido a visitarnos.

Cuando el pandemónium del salón se sosegó un poco, Cam pidió a Surinder que se llevase a Lemy —para eterno disgusto de esta— y que cerrase las puertas dejando a los cuatro adultos dentro. Jason, quien estaba reunido con militares británicos en el acuartelamiento de Baipur, se les uniría tan pronto como pudiera una vez que recibiera el aviso que le había enviado su esposa.

Si Leonelle hubiera tenido que apostar sus tomos de la enciclopedia *Introducción a la Entomología: elementos de la historia natural de los insectos* en adivinar cómo sería su reencuentro con Carmentia, lamentaba admitir que los habría perdido todos.

Se fundieron en un interminable abrazo; y esa sensación de seguridad, de volver al hogar, fue tal y como la había imaginado tantas veces, sin duda. Pero no contaba con la redondez de su abdomen. Ya con las mejillas del todo empapadas en lágrimas, había apoyado una palma con suavidad sobre su tripa de unos cuatro meses y había paladeado la palabra «tía». Iba a convertirse en tía, y era la palabra más dulce que hubiera probado nunca.

—Tenía ciertas sospechas cuando te estabas preparando para ir a los Himalayas. Pero no quería que renunciases a tu viaje si, al final, resultaban ser infundadas —le había confesado.

Cam y su insistencia en pensar siempre en los demás antes que en ella.

—Me hubiera quedado contigo, aunque todas las probabilidades hubieran estado en contra, Cam —había respondido antes de envolverla en otro abrazo y acariciar de nuevo su abdomen con fascinación—. Me hace tan feliz.

Pero tampoco había contado con el brillo cansado y preocupado que transmitían los enigmáticos ojos dispares de su hermana, uno, verde; y otro, marrón. Ni con que supiera de antemano que ahora era la condesa de Bancroft.

Suponía que sería ella misma quien le diera la noticia al regresar a Baipur. Pero Emily se le había adelantado.

Apretó la mano de su amiga. Se habían acomodado en el sofá de tres plazas, con Emily a su costado derecho y Cam al izquierdo, en tanto que Ban se había apoyado contra la pared revestida de madera frente a ellas tras transmitirle sus felicitaciones a Cam.

—Por todos los santos, Leonelle —estaba diciendo Emily, mientras se limpiaba los rastros de lágrimas con un delicado pañuelo de encaje—. Me has tenido con un nudo en la garganta desde que te marchaste de Simla sin más despedida que una carta de dos líneas y ni una pista de hacia dónde te dirigías.

—Lo lamento mucho, Emily. Me encontraba en una situación... complicada.

Miró de soslayo a Ban. Esperaba que su marido entendiese que tendrían que darle muchas explicaciones a Emily y que era digna de absoluta confianza.

Él encogió solo un hombro, como queriendo decir que ya lo había reconocido de todas maneras y habría que pedirle su absoluta discreción.

—¿Una situación complicada, dices? Imagínate convencer a tía Heather de que te habías ido de Simla para disfrutar de tu luna de miel por varias ciudades del norte e inventarme que mis hermanas querían verme para poder regresar a Calcuta escoltada por un escuadrón de sirvientes y, una vez compinchada con ellas, venir a Baipur por si había noticias de ti o habías vuelto a casa del gobernador.

—¿Desde cuándo llevas aquí? —preguntó, porque le aguijoneaba la culpa, pero no podía decir nada acerca de secretos que no eran suyos hasta que no contase con el consentimiento de Ban.

—¿Unos tres días? —Asomó la cabeza por delante de Leo para mirar a Cam—. Carmentia y Jason han sido increíblemente hospitalarios con mi doncella y conmigo.

Cam hizo el mismo movimiento hacia delante.

—Ya sabes que es un placer tenerte aquí, Emily. Además, me has hecho descubrir cosas de lo más sorprendentes. Como que mi hermana mediana es lady Bancroft, lo cual, a pesar del aprecio que le tengo a lord Bancroft, no se traduce en que estuviese tranquila sin tener ni la más mínima idea de su paradero.

Había un claro reproche en su tono que se le clavó a Leo en el diafragma.

—Quería contártelo, Cam, no sabes cuánto. Pero no podía arriesgarme a hacerlo por carta. Y tú ya sabes el porqué. —«Tú has sabido quién era Ban todo este tiempo» era lo que quería decir, pero estaba segura de que su hermana captó el gesto elocuente de sus cejas—. Supongo que todos hemos descubierto cosas sorprendentes en estos meses.

Ella también estaba dolida.

Cam se levantó con gesto de culpa.

—Sé que esto es terriblemente descortés, pero hace muchas semanas que no veo a mi hermana y necesito intercambiar unas palabras con ella. ¿Nos disculpáis un momento?

Casi sin esperar la reacción de Ban y Emily, tiró de ella a una esquina del salón.

—Lo siento mucho, Leonelle —empezó en un tono tan bajo que incluso a Leo le costó captarla—. Si te hubiera contado lo de Ban, puede que hubiera evitado una boda forzada. Pero yo no era la dueña de un secreto de esa envergadura. Y jamás habría imaginado que...

Varias lágrimas rodaron de nuevo por sus mejillas y Leo notó que sus recriminaciones se evaporaban en el aire.

—Cam, soy yo la que lo siente. Tú estabas siendo leal y no podías saber lo que ocurriría. En cuanto a mi situación con Ban —se ruborizó—, no tienes de nada por lo que preocuparte.

Los iris dispares de su hermana la atravesaron, intentando leerla.

—Queridas, si me lo permitís, yo también lo siento mucho —era Emily quien hablaba desde el sofá mientras se echaba todavía más hacia delante para tratar de captar su atención—. Sé que deseabas discreción respecto a tu matrimonio, pero estaba fuera de mí por la preocupación, y ella es tu hermana. No se me ocurría nadie más apropiado a quien acudir.

Leonelle sacudió la cabeza.

—Emily, por favor, no tienes que disculparte. Lo que has hecho roza la heroicidad, ¿volver a cruzar el llano hasta Baipur por mí? Es mi conducta la que ha sido imperdonable.

El salón enmudeció por segunda vez.

—En fin, alguien... —Emily dedicó un perplejo parpadeo al punto donde Ban se apoyaba contra la pared—, ¿alguien tendría la amabilidad de esclarecer por qué lord Bancroft viste como un hindú?

El aludido se apartó de la pared y caminó hacia ella con sus atractivas facciones muy rígidas.

—Señorita Campbell, lo que le voy a revelar no puede salir de estas cuatro paredes.

Una hora después, Emily Campbell parecía necesitar sales para asumir que, a partir de ese momento, tendría que dirigirse al intimidante —y en una posición social estratosféricamente superior— Fitzwilliam Elwood, conde de Bancroft y par del reino, sencillamente como Ban.

A pesar de que Leonelle no hubiese querido involucrar a Emily por nada del mundo, y dadas las circunstancias de cómo se habían precipitado las cosas, era un alivio para ella que todas las personas que le importaban estuvieran al corriente de lo que ocurría en su vida y en la de su marido, y que formasen un frente unido.

Habían preferido no hablarle del Masha-i-noor, ya que era un tema demasiado sensible, peligroso incluso. Y tampoco habían arrojado muchos datos sobre Vikram, pero sí los suficientes como para que se hiciera una imagen de los acontecimientos.

—Querida —estaba diciendo Emily, un poco pálida y con una nueva taza de té entre las manos—, cada vez van encajando más y más detalles de tu forma de actuar en Simla desde que nos cruzamos por primera vez con... Ban —terminó.

Leo se subió las gafas y suspiró.

—Y eso que yo no sabía ni una millonésima parte de lo que sé ahora.

La puerta del salón se abrió y Jason Warwick, gobernador de Merala, entró con pisadas fuertes, decididas. Lo primero que buscaron sus ojos índigo fue a su mujer. Ella le hizo un ademán casi imperceptible de asentimiento, demostrándole que todo iba bien, y los hombros fuertes de Jason se relajaron una fracción.

Lo siguiente que hizo fue tomar a Leo de las manos y apretárselas con afecto.

—Bienvenida a casa, Leonelle. No imaginas el alivio que sentimos Carmentia y yo de que estés ilesa. —Jason siempre había sido otra de las escasas personas que nunca habían

cuestionado su forma de ser y la había tratado como una verdadera hermana—. Cuando la señorita Campbell nos informó de lo ocurrido en la estación de montaña, envié a unos cuantos hombres en busca de tu rastro. La mejor orden que podría darles es que regresen porque ya estás con nosotros.

Leo no tuvo oportunidad de contestar porque su marido se situó a la altura de Jason.

—¿A mí no me vas a dar la bienvenida, *huzoor*?

Apenas se volvió hacia él, Jason lanzó un potente gancho de derecha que impactó contra el pómulo de Ban y le provocó un pequeño hilillo de sangre en la comisura de la boca.

Leonelle, Cam y Emily dejaron escapar diferentes exclamaciones de alarma, aunque ninguno de los dos hombres pareció percatarse. No desviaban la atención del otro ni un ápice.

—Te lo debía por comprometer a mi cuñada, llevártela sin avisar y causarle una preocupación de muerte a mi mujer.

Ban se limpió el labio con el pulgar izquierdo.

—Me parece lo justo.

Luego, estiró la mano contraria.

—¿En paz?

Todo quedó congelado por una fracción de segundo, hasta que Jason aceptó su mano y se dieron un apretón que consiguió dejarles los nudillos blancos.

—En paz, condenado impulsivo.

Las testigos del intercambio habían pasado a estar completamente mudas hasta que Leo consiguió reaccionar.

—Supongo que la impecable ejecución del golpe dice mucho del riguroso entrenamiento militar de Jason. O de algún tipo de ritual primitivo para afianzar la amistad solo comprendido por hombres, pero me parece más apremiante que él sepa que te has reunido con Vikram.

El semblante serio de Jason se transformó en otro de asombro.

—¿Has encontrado a tu hermano?

Leonelle observó cómo se movía la morena columna que era la garganta de su marido al tragar con dificultad, tras lo cual le dirigió una mirada tan cargada de agradecimiento a la propia Leo que esta tuvo que clavarse las uñas en las palmas para no correr a abrazarlo.

—Lo encontramos. Los dos. Te lo contaré más tarde, si tienes una copa de algo fuerte.

Más tarde. Para darle mucha más información de la que se había atrevido a compartir con Emily. Con todo por lo que había pasado Vikram, nadie podría culparlo.

Su cuñado le dio una fuerte palmada en el hombro a Ban y asintió una vez.

—Está bien. Puesto que todas las piezas estamos en el tablero, tenemos que planear la siguiente jugada —dijo a continuación, con ese tono de mando con el que había dirigido a su regimiento durante muchos años—. Pero, primero, me encargaré de que la señorita Campbell tenga un regreso seguro a Calcuta.

Emily dejó la taza de porcelana con absoluta calma, se puso en pie y se alisó la falda de su elegante vestido color cobre.

—Desde luego que no me voy a marchar. Ahora, yo también soy una pieza más del juego. —Y Leo vio en sus ojos azules y angelicales el mismo brillo que cuando se enfrentaba a su tía, es decir, el que anunciaba que no haría concesiones ni cedería a la presión—. Os ayudaré en todo lo que pueda. Al-Musavi siempre me ha producido cierto rechazo. No sé si alegrarme de que mi intuición no me fallase.

—Un momento, Emily, ¿conoces personalmente a Nasir Al-Musavi? —se sorprendió

Leonelle.

—Desde hace años. Los negocios comerciales de mi tío hacen que nos relacionemos con muchas personas influyentes.

Ban le había contado a Leonelle que Jason y él habían dedicado prácticamente un año a conseguir información confidencial de Al-Musavi o de cualquier otro tipo que diera una mínima pista de su culpabilidad sin resultado alguno. La conexión con Emily, sin duda, podría ser un buen camino por el que empezar de nuevo.

Un sonoro golpe en la puerta y la voz de Lemy pidiendo que la dejasen entrar porque la habían dejado sola demasiado tiempo —sin ánimo de ofender a Surinder, en palabras textuales— interrumpió tanto la reunión como el hilo de pensamientos de Leonelle.

Capítulo 30

Ban le dio un par de vueltas al alcohol ambarino que llenaba, gota arriba gota abajo, un cuarto del vaso que sostenía, y se acomodó en la silla frente al escritorio de caoba donde Jason tenía colocadas varias pilas de papeles en ordenados montones.

El cargo de gobernador le sentaba a la perfección, lord Canning había hecho gala de un excelente sentido común al ofrecerle el puesto, ya que no había conocido a un hombre con más honor que él. Claro que eso también implicaba que estaba atado de pies y manos en cuanto a muchas de las cosas que podía hacer para tratar de acabar con Al-Musavi. Sin pruebas, no podía haber juicio. Sin juicio, no podía haber condena. Y Jason no podía acusar a nadie sin, al menos, un motivo de peso que lo hiciera culpable.

—Así que Cherrapunji.

Ban le dio un largo trago al vaso de whisky y dejó que le abrasara el esternón antes de responder a su amigo. Aunque tuviese ganas de aporrearlo por dicha honradez.

Hacía un buen rato que se habían encerrado en su despacho y le había contado todo lo que tenía para contar. Lo cierto es que hubiera preferido escuchar primero lo que Emily Campbell tenía que decir sobre el nabab. Pero este había hecho gala otra vez de su condenada consideración y había sugerido que todos se recobrasen de ese encuentro tan intenso y que Lemy pudiera disfrutar de sus hermanas, antes de escuchar a Emily y pensar con mayor claridad.

Que tuviera razón, porque así los dos dejarían de tener información sesgada de los últimos meses antes de escuchar a la señorita Campbell, era inconsecuente. Quería aporrearlo. Quería devolverle el golpe por el que le palpitaba la mejilla, y por el que alternaba llevar el vaso con hielos de sus labios a su cara.

—Me pregunto varias veces al día si esa ha sido la mejor decisión. Si no debería haber vuelto a Baipur como el conde de Bancroft, en lugar de un brahmán anónimo, con mi hermano de la mano, y declarar que el legítimo gobernante de Merala está vivo.

—Eso habría servido para quitarle su título a Al-Musavi, no para acusarlo de asesinato sin una declaración. Y, aunque Vikram lograse testificar, solo lo haría en contra de los cipayos rebeldes que ya fueron juzgados y llevados a la horca, puesto que fue a ellos a los únicos a quienes vio. Con Al-Musavi sin trono y tan cerca de tu hermano, habríamos temido que le volviera a hacer daño en venganza, que hostigase una nueva rebelión contra los británicos. O, incluso, entre los propios musulmanes e hindúes. Tiene apoyos y capacidad para desestabilizar Merala, Ban. Vikram está más seguro con tu abuela, por el momento.

—Lo sé —murmuró, frotándose los párpados cerrados—. Y es lo único que hace que me

sienta un poco más tranquilo por haberme vuelto a separar de mi hermano. Eso, y estar junto a Leonelle.

Jason le dirigió una mirada penetrante desde el otro lado de las pilas de papeles que él prefirió ignorar. No estaba seguro de por qué había añadido ese último dato.

—Te pregunto esto no solo como un marido enamorado cuya mujer se desvive por sus hermanas, sino porque me preocupo genuinamente por Leonelle. ¿Ella es feliz?

«Un marido enamorado».

Qué envidiable facilidad tenía Jason Warwick para ponerle nombre a cosas que no eran sencillas de nombrar. En eso, era similar a su leona.

—Ella sería la más indicada para responder. A mí me es imposible reducir a una palabra todo lo que ha ocurrido y lo que ocurre entre Leonelle y yo. Lo que sí te puedo asegurar es que estoy haciendo lo máximo que puedo para que lo sea.

El gesto de Jason se torció un poco.

—Más vale que lo máximo signifique hasta lo imposible. —Le dio un trago a su propia bebida —. Y suerte con pretender que no estáis casados. No sé si eres consciente del modo en que os miráis, pero bastaría para delataros desde el primer segundo que estéis en público.

—Como si mirar a mi mujer igual que si no existiera nada más en el mundo fuera algo que pudiera controlar. —Esta vez, las cejas oscuras de Jason se propulsaron hacia arriba del mismo modo en el que lo harían dos resortes. Maldición—. Por eso, voy a quedarme en el otro edificio, en las dependencias del servicio.

—No. Y no estoy abierto a discusión. Te quedarás en la residencia principal como mi invitado. Y así, podréis practicar delante de Lemy. A esa pequeña pícara no se le escapa nada.

A Ban se le dibujó una sonrisa. Aunque habían llegado al acuerdo de que Lemy era demasiado joven para soportar la carga de sus secretos, no subestimarían su sagacidad.

Se quedó un rato más en el despacho junto a Jason, con la intención de degustar más la bebida que prenderse fuego la garganta con ella.

Su amigo —demonios, ahora era también su cuñado—, seguía intentando infiltrar a alguien de confianza en el Zareen Mahal, el palacio de oro donde vivía Al-Musavi, sin resultados positivos hasta el momento.

Cuando barajaron y descartaron todas las ideas para espiar al nabab, como habían hecho decenas de veces antes, Ban dejó el vaso vacío en la mesa con un golpe seco y salió del despacho mientras Jason terminaba unas gestiones urgentes.

No tenía un rumbo fijo hasta que volvieran a reunirse con Emily Campbell. Así que, cuando escuchó voces risueñas que procedían de la parte de atrás de la casa, sus pies descalzos iniciaron el recorrido hasta allí. Se detuvo un poco antes de cruzar la puerta que daba a la veranda con vistas a la jungla, sin intención de fisgonear, pero tampoco de interrumpir, como sin duda ocurriría si salía al exterior y rompía con la armonía de las tres mujeres y la niña que se hallaban fuera.

—¿Una media de cuánto tiempo se detenía Leo en los monumentos que visitasteis? —Era la voz dulce de Cam, a la que no le faltaban trazos de humor—. Creo que nuestro récord fue de nueve horas en un templo de Calcuta.

—¡Sí! Me quedé dormida en el carruaje. —Se escuchó a Lemy junto a la airada protesta de Leo.

—Entre tú y yo... estuvo a punto de sucederme lo mismo en Delhi. —Era el turno de la señorita Campbell, cuyo susurro fue claramente audible—. La cara emocionada de vuestra

hermana, no obstante, mereció la pena. Por eso me entristece que no nos detuviéramos en el Taj Mahal en el camino de ida y que perdiésemos la oportunidad de hacer juntas un viaje de vuelta. Tengo la corazonada de que era uno de los lugares que más deseaba conocer, ¿no es así, querida?

Ban casi podía visualizar la forma en la que su mujer se estaría colocando las gafas sobre el puente de la nariz, incómoda porque la atención recaía sobre ella.

—Si nos enfocamos en el aspecto técnico, la arquitectura simétrica del edificio, los jardines y su reflejo en el agua, bastarían por sí solos para un minucioso examen de varias horas de una construcción única. —Allí estaba, esa faceta estudiosa que lo excitaba—. En cuanto al proverbial halo de trágico romanticismo que lo envuelve, um..., también me resulta atractivo.

—¿Eso es un «sí»? —La azuzó Emily.

—Sí. —Fue más un suspiro que otra cosa—. Me hubiera encantado conocerlo.

Ban se quedó inmóvil, mientras trataba de ubicar en qué otro momento Leonelle había mencionado el Taj Mahal... en Simla, delante de lady Shelton. Y él se había comportado como un verdadero cretino. Había menospreciado sus emociones. Y, por si eso fuera poco, se había interpuesto en su libro de viajes. Se había *impuesto* en su vida.

Giró sobre los talones y fue a pedirle otra copa a Jason.

—¿Y me vais a dejar mucho rato esperando otra vez? —El tono quejicoso de Lemy escondía una vulnerabilidad por ser dejada de lado que le comprimía el corazón a Leo y, estaba segura, a Cam también.

Sin embargo, ¿era muy egoísta de su parte desear que conservase su inocencia y su infancia todo el tiempo que fuera posible?

Le dio un beso en su coronilla oscura.

—No podemos decirte cuánto vamos a tardar porque no lo sabemos, Lemy. Pero te prometo que, cuando terminemos, haré lo que tú quieras.

Esa frase, de infinitas posibilidades, iluminó los ojos chocolate de su hermana.

—Si no hay más remedio, iré a recoger algunos dátiles para Dost.

El loris, cuyo nombre no podía ser otro que «amigo» en hindi, se había marchado hacía unas horas. Pero Lemy le había contado que volvía con el ocaso, puntual como un reloj, a la espera de su ración de fruta.

—No te separes de Surinder —intervino Cam.

—No lo haré.

Emily le guiñó un ojo.

—Nos vemos más tarde, señorita Ingram.

Tras dejar que Leo se refrescase un poco, las cuatro habían pasado la mayor parte de la tarde juntas y les habían servido un ligero tentempié en el exterior, pero ya era la hora de reunirse de nuevo. Después de pasar las veinticuatro horas junto a Ban en esas últimas semanas, se le había hecho un poco extraño no tener su alta figura cerca. Tampoco podía evitar conjeturar qué habría hablado con Jason.

Ya con todos en el salón, volvieron a retomar la conversación como si no hubiesen transcurrido unas cuantas horas.

—Emily, ¿serías tan amable de explicarnos más sobre esa relación con Al-Musavi? —comenzó Jason.

Su amiga se recolocó un poco los tirabuzones rubios y pareció poner en orden sus ideas.

—En primer lugar, quiero aclarar que no se trata de una relación estrecha en absoluto con mi familia. Sabéis que tío George es un comerciante muy reconocido y respetado en India. Sobre todo en Calcuta, puesto que ahí es donde están sus almacenes, y es el puerto del que zarpan y en el que atracan los barcos con sus cargamentos de productos de muchos tipos —comenzó—. Por eso, es natural que también tenga muy buena reputación en las ciudades y estados nativos de sus alrededores.

»Mucho antes de que se convirtiese en nabab, Al-Musavi ya era un hombre con mucho poder y riquezas heredadas de su largo linaje. Viajaba a menudo a Calcuta para reunirse con comerciantes que importasen productos de lujo para su palacio. Tapices europeos, sedas del Japón, maderas finas de África para los artesonados... nada es lo bastante bueno para él y los suyos.

—Su avaricia es lo que nos ha conducido hasta aquí —casi escupió Ban entre dientes y con las mandíbulas marcadas por apretarlas—. Y también debe ser lo que lo haga caer.

Jason animó a Emily a proseguir.

—Bien, el caso es que, para cerrar muchos de esos negocios, mi tío invitaba a Al-Musavi a cenar en nuestra casa, y coincidí con él en varias ocasiones. Como os dije, me causó rechazo casi de inmediato.

A continuación, pasó a detallar algunas de las conversaciones que recordaba o el tipo de transacciones que había hecho con el señor Campbell, pero, a pesar de su esfuerzo, nada parecía sospechoso.

Resultó ser un tanto anticlimático. Los ánimos parecieron bajar en picado después de haber subido.

—Si las oportunidades no vienen a nosotros, tendremos que crearlas —intervino Cam por primera vez.

—¿A qué te refieres? —Se interesó Leo.

—A que, ahora que se ha acabado el luto por mi primo, la esposa del gobernador de Merala tiene todo el derecho a dar una fiesta porque su hermana está de vuelta en casa. La primera invitación estaría a nombre del nabab de Merala, por supuesto.

—¿Quieres meterlo en nuestro hogar? —Se atragantó Jason.

—Sería de lo más natural —repuso, impertérrita—. Él nos invitó en una ocasión a su palacio.

—La idea tiene sentido —la apoyó Ban—. Así tendrá más ojos vigilantes sobre él y más posibilidades de cometer un desliz que en un cara a cara solo con el gobernador de Merala por asuntos políticos.

Y lo cierto era que lo tenía.

—Una cena informal —calibró Leonelle—, con bastantes personas para que no se sienta atrapado.

Continuaron discutiendo hasta bien entrada la noche.

Cuando se retiraron a dormir, todos distribuidos en habitaciones de la segunda planta, Leonelle no pudo evitar darle vueltas a lo que había narrado Emily sobre el nabab. Había algo que le molestaba, como un arañazo en la parte interior de las sienes que la instaba a que se diera cuenta de una cosa importante.

Para su enorme frustración, no logró descubrir qué era en toda la noche.

Capítulo 31

La fiesta en casa del gobernador de Merala en honor del regreso de la señorita Leonelle Ingram se fijó para la semana siguiente.

Era un nombre grandilocuente para una celebración de carácter informal, pero la extravagancia entre las altas esferas no era desconocida ni en Inglaterra ni en India, y todos los que poseían una posición privilegiada ansiaban disfrutar lo máximo posible de ese tipo de eventos y salidas, antes de que las lluvias y el calor limitasen casi a mínimos la actividad social.

El único inconveniente radicaba en que ni el gobernador ni su esposa habían dado una fiesta en toda su vida. Por suerte, Emily Campbell tenía mucho que asesorar al respecto. Una limpieza a fondo del bungalow, contratación de personal extra para un servicio impecable, planificación del menú, música e invitados. El tipo de mantelería y cubertería. El tipo de papel en el que enviarían dichas invitaciones. Y cientos de pequeños detalles más que conseguían levantarle dolor de cabeza a Leo.

Siempre que su rapidez se lo permitía, se escabullía lejos de donde estuvieran Cam y Emily y su vorágine de actividad antes de que la vieran. En algunas ocasiones, se reunía con Jason para hablar sobre el nabab. En otras, iba a la biblioteca en busca de cualquier información que le pudiera ser útil y, quizá, con la esperanza de encontrarse con cierto brahmán que parecía rehuirla. Aunque era cierto que había demasiados sirvientes y personas que entraban y salían prácticamente a diario de la residencia para encontrarse con Jason. De hecho, el capitán del Cuarto Regimiento de Fusileros de Bengala, que había sido nombrado en sustitución de su cuñado —y cuyo nombre Leo no recordaba—, se cruzaba varias veces al día con ella en su camino al despacho del gobernador.

El ruido de la puerta entornada de la biblioteca al abrirse del todo hizo que contuviese el aire en los pulmones, segura de que vería a su marido... hasta que Lemy se coló con gesto decidido.

—Hola.

—Hola. —Sonrió Leo.

—¿Recuerdas que me prometiste el otro día hacer lo que yo quisiera y que tardaste tanto que me quedé dormida antes de poder elegir qué pedirte?

La sonrisa de Leonelle se volvió cauta.

—Lo recuerdo. ¿Ya lo has decidido?

—Sí. Quiero seguir a Dost por la jungla, para ver si el lugar donde se resguarda es seguro. He oído que viene una cosa que se llama —se detuvo un segundo para encontrar el poco familiar término— monzón, y que no parará de llover en mucho tiempo.

Saltaron todas las alarmas dentro de ella.

—Lemy, internarse en la jungla es peligroso. Será mejor que me pidas otra cosa...

—Pueden venir Surinder y algún otro sirviente. Ni Cam ni Jason me lo permiten, pero tú has hecho una promesa, Leonelle. Hacer lo que yo quiera.

Sí, lo había prometido, y nunca se arrepentiría lo suficiente porque no podía incumplir su palabra. No quería ver la carita de decepción de su hermana. O, peor, que intensase hacerlo ella sola.

—Acepto con una condición. —Alzó el dedo antes de que Lemy pudiera protestar—. No acordamos si había condiciones o no asociadas a la promesa. Y las hay. Buscaremos dónde se resguarda Dost, pero solo nos vamos a adentrar diez metros a partir de donde comienza a espesarse la jungla, ¿de acuerdo? Una vez traspasado ese límite, nos daremos media vuelta.

Lemy se pellizcó los labios con los dedos, intentando discernir si había algún truco, tal vez. O si diez metros eran una distancia aceptable. Al final, decidió que merecía la pena.

—Está bien.

Un cuarto de hora después, el grupo formado por ellas dos, un Surinder con el ceño fruncido en desaprobación y uno de los sirvientes más jóvenes que atendían las caballerizas iniciaron el recorrido entre los árboles banianos por donde siempre desaparecía el loris, bajo un sol que los hacía transpirar por cada poro. ¿O era la espesa humedad del ambiente? Leo solo sabía que no veía la hora de regresar al bungalow.

Lemy alternaba parlotear sobre sus animales con un silencio concentrado y la vista enfocada en las copas de los árboles. Y Leo alternaba contestar las preguntas de su hermana pequeña sobre el reino animal con sujetarse las faldas y mirar continuamente al suelo para no tropezar con raíces o pisar a algún habitante de la jungla mucho menos dispuesto a trabar amistad que Dost.

No fue hasta pasado un buen rato, cuando los árboles ya crecían muy cerca unos de otros y había que apartar los arbustos con las manos, que Leonelle empezó a sentir unos tremendos picores en todo el cuerpo.

Se miró los brazos, dio un respingo y, sin entretenerse demasiado en su modestia delante de sus acompañantes, se levantó el ruedo de la falda para comprobar que, en efecto, la piel de sus piernas también se estaba tornando roja a una velocidad alarmante.

Se colocó las gafas —más tarde se daría cuenta de su error al permitir que sus manos entrasen en contacto con su cara— y llamó a su hermana.

—Lemy, tenemos que dar la vuelta.

—¿Qué? Si todavía no han pasado ni seis metros y... ¡Leo! Tu escote parece estar en llamas.

A la hora siguiente, la propia Leo se sentía en llamas.

Habían vuelto con rapidez al bungalow; Surinder, con el rostro desencajado y unas hojas con nervaduras cuya pigmentación iba del amarillo al rojizo, envueltas con mucha precaución en un trozo de tela de su ropa. El joven sij desapareció en las cocinas junto al chico de las caballerizas para buscar algún remedio mientras Leo pedía agua templada para un baño y se dirigía a su habitación con una preocupada Lemy tras sus talones.

—Ve a buscar a Cam y a Emily y quédate con ellas —pidió con los dientes apretados y toda la suavidad que el escozor de su cuerpo le permitía—, yo estoy bien, pero no estoy segura de si todavía tengo restos de lo que haya causado esta erupción. Así que no os acerquéis durante un buen rato.

Tampoco consintió que las doncellas se quedasen y, de algún modo, consiguió quitarse la ropa y meterse en la bañera sin rascarse demasiado con las uñas. Ya había comprobado el efecto

catastrófico que tenía ese alivio temporal. El agua fue un pequeño consuelo para sus maltratadas extremidades y la zona del rostro que se había tocado.

No podía creer que su abuelo hubiera tenido razón cuando las previno en Londres de plantas que producían urticaria con solo acercase y que ella hubiera tenido la mala fortuna de toparse con una. Al menos, Lemy, Surinder y el otro sirviente parecían estar bien.

Apenas se secó, puesto que el roce áspero de la toalla era una tortura, se puso un camisón sin mangas, el más ligero que encontró, y se metió en la cama hecha un ovillo de picores.

La puerta se abrió y cerró a su espalda, pero no se movió.

—Esto me pasa por haber desertado de la organización de la fiesta, ¿verdad? —preguntó con tono lastimero a Cam. O a Emily. A cualquiera de las dos que hubiera desoído su petición de que no entrase nadie y que le dejasen las bandejas al otro lado de la puerta.

—En realidad, lo que te ha pasado es una planta llamada crotón, *sherani*. Pero en un par de días estarás como nueva.

Leo se giró hacia esa voz cadenciosa y profunda con tanto ímpetu que por poco no se cae del colchón. Acto seguido, recordó su estado y metió la cabeza debajo de las sábanas con un gritito. Y Leo nunca daba grititos.

—¿Ban, qué haces aquí?

—Has asustado tanto a los sirvientes que tardarán un buen rato en pasarse por el segundo piso. —Escuchó sus pasos y cómo dejaba algo pesado en la mesilla al lado de su cama—. Déjame verte. —Ella negó con la cabeza por debajo de la tela blanca, al más puro estilo «aparición fantasmagórica».

Silencio.

—También me has preocupado a mí, Leonelle. Quítate la sábana.

Allí estaba. Ese tono autoritario que hacía cosas en la parte baja de su estómago...

—¿Y si te provoco urticaria a ti?

—Sabes que me provocas muchas cosas, *sherani*, pero es imposible que una de ellas sea urticaria. Te has retirado los restos de la savia que la produce al desnudarte y meterte en la bañera.

Oh, cielos, esta vibración grave en su voz también conseguía que le hormiguease el cuerpo. No, un momento, eso eran los picores que la recorrían. Pero Ban sabía lo que estaba provocando en ella.

—Leonelle...

Se bajó la sábana de un tirón.

—Muy bien, mírame. Soy un desastre.

Ban lo hizo, y el calor solo fue en aumento.

—Mi leona... —murmuró con sus ojos verdes recorriendo cada centímetro de su maltrecha piel—. Yo haré que te sientas mejor enseguida.

Se sentó a su lado, cogió algo de la bandeja y se inclinó sobre ella. El primer contacto del frío contra su brazo le hizo dar un respingo, para convertirse en un suspiro aliviado.

—El hielo conseguirá insensibilizarte la piel durante un rato, para que pique menos —explicó al tiempo que trazaba lentos círculos en cada brazo, en su escote y, con mucho cuidado, en la zona enrojecida de su mejilla.

—¿Cómo has sabido lo que me ha pasado?

—Encontré a Surinder en la cocina. Presa de un estado bastante... agitado, digamos, mientras sacudía unas hojas de crotón que tenía medio envueltas en lo que debo suponer que era trozo de

sus pantalones.

—Pobre Surinder.

Ban no contestó porque había terminado con las partes al descubierto y había comenzado a subirle el ruedo del camisón. Las zonas más afectas eran las pantorrillas y espinilla derecha. Su marido sujetó la tela a la altura de los muslos con una mano y volvió a trazar espirales de escarcha en los ronchones que contrastaban con su piel blanca. Y ella no pudo evitar removerse porque, aunque la estaba curando, todo lo que hacía Ban exudaba pura seducción.

Él debió notarlo, porque le acarició la cara interna del muslo con toques lentos y calmantes, pero siguió sin decir nada hasta que no acabó.

—Lo siguiente... —Carraspeó un poco y dejó lo que quedaba del último hielo en un cuenco, más afectado de lo que quería demostrar, por lo visto—. Lo siguiente es un ungüento con aloe vera y caléndula.

—¿Ayurveda? —Se interesó Leo.

Ban asintió, se untó los dedos en la pasta espesa y de olor muy agradable, y el sensual tormento comenzó de nuevo. Esta vez, con sus dedos tocándola directamente, llevándose el malestar y dejando un rastro relampagueante a su paso, como el de la estela de un meteorito.

No fue consciente de que se le había escapado un gemido hasta que la mano grande y cuidadosa de Ban se cerró sobre su muslo con un poco de fuerza. Se quedó ahí un momento y, al siguiente, la movió para mojar su dedo corazón en el agua helada de los hielos derretidos.

Leonelle estaba confundida, expectante... Y tuvo que aferrarse a las almohadas cuando Ban presionó ese mismo dedo sobre el nudo de nervios que palpitaba entre sus piernas. El contraste entre ese frío casi doloroso y el fuego líquido que la recorría entera la hicieron gritar, pero Ban ya había pegado los labios a los suyos en un beso que conectó directamente con el lugar donde la estaba tocando. Estaba tan preparada, Ban había aprendido a conocer tan bien la más mínima reacción de su cuerpo, que bastaron unos cuantos movimientos circulares de su dedo para que alcanzase el clímax.

Todavía jadeando dentro de la boca de su marido, y sin saber muy bien cómo habían llegado ahí, le sujetó la nuca y lo acercó un poco más a ella.

—Te he echado de menos.

Con cuidado de no rozarla en ningún sitio magullado por la erupción, Ban apoyó la frente en la suya.

—Yo también te he echado menos, *sherani*. Y ya te dije que ni la luna podía competir con tu belleza. —Le dio un beso en los labios—. Dime, ¿he conseguido hacerte sentir mejor?

Leo iba a colocarse las gafas, en un movimiento reflejo para disimular un poco el azoramiento, cuando se dio cuenta de que no las llevaba. No había una muestra más clara de lo mucho que Ban conseguía distraerla.

—Tengo que admitir que ha sido un tratamiento contra la urticaria de lo más efectivo.

Ban sonrió y le dio otro beso en la frente y, luego, en el pecho, justo encima del corazón.

—Me alegro de haberte sido de utilidad. —La sonrisa se convirtió en un gesto serio—. No puedo tardar demasiado en marcharme. Date el ungüento cada cuatro o cinco horas, pero, si ves que te escuece demasiado, puedes pedir más hielo a las doncellas o adelantar la aplicación.

Leo asintió, agradecida.

—Veo que sí que entiendes de medicina, después de todo.

Una de las primeras acusaciones que le había hecho bajo ese mismo techo era que no se trataba de un médico versado en la medicina tradicional india.

—Ya te dije que mi educación abarcaba muchos campos.

Desde luego, sabía conducirse con los modales estirados y caballerosos de un noble —en ocasiones—, y era un perfecto brahmán.

—¿Crees que estaré recuperada para la fiesta?

—Por supuesto, *sherani*. Recibirás a Al-Musavi y a las familias prominentes de Baipur con tu preciosa piel resplandeciente.

Leo se sentó muy tiesa en la cama.

—Eso es, Ban. Su familia.

Estiró la mano hacia la mesilla para recuperar sus gafas, porque no quería mantener esa conversación con el rostro desenfocado de su marido.

Cuando recuperó la nitidez, la estaba mirando sin entender.

—Llevo varios días sin parar de darle vueltas a todo lo que nos contó Emily —empezó Leo—. Es un hombre al que le gusta presumir, vanagloriarse de lo que tiene y lo que ha conseguido. Por las descripciones de mi amiga, trata a su familia como objetos. Puede que sus esposas sepan algo. Y si alguna de ellas siente desprecio por él, quizá desee ayudarnos. No sería extraño que también fuera cruel con ellas.

¿Cómo no se le había ocurrido antes en lugar de pensar solo en los rastros incriminatorios que podría haber dejado el propio nabab?

Los labios de Ban se apretaron en una fina línea.

—Jason y yo lo consideramos al principio. Nunca dejan de circular rumores, secretos y verdades entre las paredes del harén. Pero no es una opción viable. Las esposas y concubinas de Al-Musavi practican la *purdah*. Les está absolutamente prohibido, bajo castigos muy severos, ser vistas o establecer contacto con otros hombres que no sean de su familia, y viven recluidas en el espacio del Zareen Mahal reservado solo a las mujeres. Jamás abandonan la zenana. Y es una misión suicida intentar colarse en ella.

Leonelle bajó los hombros. Derrotada.

¿Por qué siempre llegaban a callejones sin salida?

Capítulo 32

Cam llamó a la puerta un rato después de que Ban se marchase, y Leo le pidió que entrara ahora que sabía que no había peligro de que acabase como ella.

Su hermana curvó los labios en una sonrisa cómplice y se sentó casi en el mismo sitio del colchón en el que lo había hecho su marido.

—Emily ha venido a verte, pero escuchó ruidos dentro y prefirió no molestar hasta que no se fuera la otra visita.

Leonelle enrojeció hasta la raíz del cabello. Y descubrió, para su incómoda desgracia, que el incremento del flujo sanguíneo triplicaba los picores de la urticaria.

—Ban vino a traerme un ungüento y...

Cam iba a tocarla, pero su mano quedó revoloteando sobre ella, sin saber bien en qué punto poco comprometido aterrizar. Al final, se decantó por darle un apretón en la cadera.

—Shh. Creo que prefiero no oír los pormenores al respecto. —Centró sus ojos dispares en ella —. Leonelle, ¿le has dicho que estás enamorada de él?

—¿Y por qué llegas a la conclusión de que lo estoy?

—Porque te conozco.

Se sostuvieron la mirada un rato.

—Sí —admitió al final Leo—. Una vez. Solo falta que él me lo diga de vuelta.

Un mechón pelirrojo se le había escapado del recogido, así que Cam suspiró y se lo colocó detrás de la oreja.

—Ban es un buen hombre. Les debo la vida de Jason a Ambika y a él, pero todo lo que ha tenido que vivir... —Se detuvo un momento—. Sus circunstancias son complicadas y lo único que quiero que sepas es que estaré aquí siempre que lo necesites.

Leonelle estiró la mano para tomar la de Cam.

—Te daría un abrazo si no tuviera la sensación de que he caído de cabeza en un avispero. Sabes que yo también estaré aquí para lo que necesites, ¿verdad?

—Siempre lo has estado.

Con una sonrisa hacia el abdomen de Cam, Leo preguntó:

—¿Y tú cómo te encuentras?

Su hermana también sonrió y se llevó una mano a la tripa.

—Tengo algunas náuseas, pero Jason lo está pasando peor que yo. Tiene los nervios de punta por el encuentro con Al-Musavi y no hace más que repetirme que tenga cuidado.

—Y no le falta razón. Eres la hermana menos conflictiva de las tres, así que te pido que sigas

cumpliendo con la estadística.

Para el segundo día, Leonelle ya se encontraba mucho menos molesta por la picazón. Incluso se permitió escribir en su libro de viajes y dejar el manuscrito casi terminado.

Para el tercero, ya no tenía un aspecto tan aterrador como para seguir encerrada en el dormitorio y decidió empezar a dar pequeños paseos con una contrita Lemy y un avergonzado Surinder, a pesar de sus esfuerzos por que se olvidasen del tema. Siempre había una parte positiva en todo y, en este caso, se trataba de que Lemy examinaba con tanta aprensión su piel llena de furiosos puntos rojos, que pasaría una buena temporada hasta que volviera a sentir la necesidad de internarse en la jungla.

Ban no volvió a entrar en su habitación. Pero la buscaba con la mirada cuando se cruzaban y, por el momento, tendría que bastar.

El séptimo día llegó como una de esas olas que se van formando a lo lejos, en la línea del horizonte, pero que siguen golpeando con fuerza al alcanzar la orilla aunque creyera estar prevenida.

Emily les había ofrecido un rápido viaje a Calcuta para que eligieran los vestidos que desearan de los muchos que sus hermanas y ella acumulaban en arcones, ya que no tenían tiempo para encargarlos a una modista, pero tanto Cam como Leo declinaron el ofrecimiento. Cam se pondría un espectacular vestido verde al que le tenía especial cariño y Leo había optado por un corpiño y una falda color granate de delicada muselina, que juntos parecían un vestido de una pieza. Mientras las doncellas le ayudaban a pasarse la aparatosa crinolina por la cabeza y le apretaban los lazos del corsé, Leo dejó vagar la vista por el conjunto, que sumaba las puntadas justas de encaje para poder ser considerado elegante en lugar de solo práctico, y le gustó su elección. Las doncellas también le rizaron el pelo y se lo amontonaron en un recogido alto que caía en bonitos bucles que cambiaban de bronce a oro con la luz. Una ligera capa de cosméticos le cubría el rostro, e inspiró todo lo hondo que le permitía el armazón que llevaba, preparándose para volver a encontrarse con el nabab de Merala.

Nasir Al-Musavi fue uno de los últimos invitados en llegar al bungalow del gobernador. Su guardia real hizo un aparatoso despliegue delante de la fachada blanca, y una escolta de tres hombres lo acompañó dentro mientras el resto esperaría fuera, también con soldados de Jason rodeando el perímetro. No demasiados como para resultar amenazadores, pero sí los bastantes como para corregir cualquier idea equivocada de debilidad.

Cam y Jason llevaban gran parte de la tarde de pie en el recibidor, donde daban la bienvenida a distintas personalidades de Baipur, como el juez del Tribunal Superior de Justicia de Merala, el coronel del Cuarto Regimiento de Fusileros de Bengala, y familias acomodadas de la alta burguesía, tanto británica como nativa. Leo observaba desde un discreto segundo plano, con Emily a su lado, a la vez que intentaba localizar a Ban, aunque supuso que él también estaba siendo testigo de todo lo que sucedía desde algún otro punto de la casa.

Cuando Al-Musavi entró, el vello de los brazos de Leonelle se le puso de punta. El nabab no había cambiado demasiado desde que lo conoció en su palacio en noviembre del año pasado, durante las celebraciones de Diwali. Un turbante y ropajes tan llenos de joyas y bordados de oro que podrían alimentar a un país entero durante un año. El cabello ensortijado y negro que le caía

hasta los hombros, unos iris igual de oscuros y vacíos por completo de emoción. La barba hirsuta y el bigote con las puntas rizadas hacia arriba.

—Ese bigote es atroz —murmuró Emily a su derecha, con lo que casi consigue que Leo se atragantase con el sorbo de ponche que acababa de dar.

La joven milagrosamente logró que el líquido no bajase por las vías respiratorias y se giró hacia su amiga.

—Querida Leonelle, estabas tan tensa que pensé que ibas a romper el cristal de la copa con los dedos. Daremos con algo, ya lo verás.

Asintió, un poco más tranquila, o, al menos, no tan agarrotada, y esperó a que el nabab intercambiase las cortesías de rigor con su familia.

¿Cómo se sentiría Ban al tenerlo tan cerca? Volvía a tener la extraña sensación de que no podía respirar.

Su hermana se giró hacia ella y le hizo una pequeña señal para que se acercase junto a Emily. Leo se humedeció los labios, que se le habían quedado muy secos de repente, y se acercó al hombre que poseía un trono de Merala manchado de sangre.

—Alteza —entonó Jason con un deje frío—, espero que recuerde a mi cuñada, la señorita Leonelle Ingram. Y a la señorita Emily Campbell, sobrina del respetado comerciante George Campbell.

En honor a la verdad, Leo desearía arrojarle a la cara que era lady Bancroft. Arrojarle *cualquier cosa* a la cara, cuanto más contundente, mejor.

Ambas hicieron una reverencia a la que el nabab dedicó un gesto perezoso y una mirada un poco más prolongada al escote de Emily, y continuó su camino hacia el comedor principal respaldado por sus guardias.

Leonelle apretó los puños una vez más, furiosa, pero no tardó en ocupar su sitio a la mesa.

La habían colocado entre la esposa de un alto cargo del servicio civil indio y el capitán de cuyo nombre seguía sin poder acordarse, hasta que él dejó caer el amable comentario de que tenía un apellido tan común que la gente olvidaba, que se trataba de Smith. Leo le dedicó una sonrisa que la inculpaba y desvió su atención hacia Emily, quien, afortunadamente, se encontraba justo en frente de ella. Era todo lo que podía hacer para no desviar los ojos continuamente a la cabecera de la mesa, donde se sentaban el nabab, su cuñado y Cam.

—Y, dígame, capitán Smith, ¿siempre ha estado en el Cuarto Regimiento de Fusileros de Bengala?

De esa manera, Emily comenzó una agradable conversación en la que incluyó a todos los comensales en un radio de tres sillas.

Leonelle intentaba participar en la medida de lo posible, y el capitán Smith le facilitaba la tarea con anécdotas divertidas, sin dejar de estar pendiente de cuándo se vaciaba su copa. Hubo un momento en el que el ruido del comedor había aumentado tanto que el capitán tuvo que inclinarse sobre ella para hablar y, pese a ser un contexto totalmente distinto, la invasión de su espacio personal le recordó a la desagradable experiencia en Simla con sir Richard. Se quedó bloqueada, hasta que escuchó el tintineo de la cubertería al caer al suelo con bastante estrépito a su espalda. Para su alivio, el capitán Smith se apartó para mirar por encima del hombro, y ella hizo lo mismo mientras aprovechaba para pegar un poco más la silla a la dama que tenía al lado.

Ya no había nadie en el hueco de la puerta, pero algo le decía a Leo que habría visto a Ban si hubiera atravesado el umbral.

La velada se prolongó una década, o esa fue la sensación de desazón que la invadía conforme

pasaban los minutos.

Al ser la hermana y cuñada de los anfitriones, recibía más miradas de curiosidad que de costumbre e, incluso, tuvo que aceptar un baile con el coronel del Cuarto Regimiento.

—Lo siento —murmuró la segunda vez que su escarpín impactó contra la bota del robusto militar.

—Vamos, muchacha, estoy seguro de que te has hecho más daño tú que yo. —Se rio con una voz estruendosa y cálida.

Leo solo sonrió. El pie le palpitaba demasiado como para añadir algo más.

En un momento dado, se sintió tan agobiada que se disculpó con Emily y salió al pasillo para insuflarle algo de oxígeno a sus pulmones.

En medio de la segunda inhalación, una mano le cubrió la boca y la otra la aferró por la cintura para arrastrarla a un hueco en sombras entre estancias. Estaba a punto de chillar cuando percibió el aroma a sándalo, justo antes de que unos labios que conocía tan bien como los suyos susurrasen contra su sien.

—No quería asustarte, *sherani*.

—Ban.

Dejó caer su cuerpo contra el de su marido y lo rodeó con los brazos.

—Espero que no te cobres tu venganza bailando conmigo. Me gustaría conservar los dedos de los pies unos años más, si es posible.

Leo medio bufó, medio rio contra su pecho cálido.

—¿Me has visto?

—Mis ojos no ven otra cosa. —Se agachó para depositar pequeños besos en su garganta—. Mi boca no saborea nada más que a ti. Y las palmas de mis manos solo sienten tu piel, *sherani* —terminó al tiempo que trazaba pequeñas caricias en sus brazos y espalda.

Un estremecimiento muy placentero la hizo sentirse mejor de lo que había estado en horas. Aun así, empujó un poco los hombros de Ban.

—¿Se puede saber cómo se te ocurren declaraciones tan dramáticas? —Se enderezó las gafas —. Además, lo que dices es biológicamente inviable.

—Veamos, mi preciosa erudita —murmuró contra sus labios. Las yemas de sus dedos recorrieron el escote bajo de Leonelle de esa forma que siempre conseguía que se olvidara de respirar—. ¿Y si te dijera que el color de ese vestido es como el de las granadas maduras y me hace desear... pelarte?

—¿Pelarme?

Se le escapó la risa sin querer. Justo lo que su marido parecía haber estado buscando, porque emitió un suspiró satisfecho y besó su labio inferior.

Leo le enmarcó la cara con las manos y le hizo mirarla.

—El ruido de la cubertería eras tú, ¿verdad?

Ban perdió todo rastro de humor.

—Me pareció que te sentías incómoda con ese tipo tan cerca. Si me he equivocado...

—Me sentía incómoda.

Entrecerró sus ojos verdes con rabia.

—Me encargaré de que ese cabr...

Leo le tapó la boca por dos motivos: para que no dijese una tontería y porque le había parecido oír un ruido en el pasillo.

—Será mejor que nos separemos —habló con sensatez. Pero no movió un músculo, apretada

contra el calor de su marido.

Este le apartó las manos con cuidado de la boca.

—Yo no lo habría expresado así, *sherani*. Nada de separarnos. —Le aferró la nuca y le dio un beso duro y rápido—. Solo nos acercaremos menos.

Leo tardó un momento en darse cuenta de que Ban se había ido y Emily estaba poniendo los ojos en blanco desde la zona iluminada.

—Es mi sino encontraros en situaciones escandalosas. —Luego, la sacó de las sombras, hacia los marcos que colgaban de las paredes—. ¿Estás bien, querida?

—Gracias a Dios que eres tú. Sí, solo necesitaba un momento.

Su amiga permaneció callada un rato, dándole espacio, hasta que alguien más las interrumpió.

—Es una colección interesante.

La voz masculina reverberó en las paredes de una manera desapacible, raspando las letras y dejándolas en carne viva.

Nasir Al-Musavi no las miraba. Sus ojos oscuros saltaban de una foto a otra de las que Cam había tomado durante esos meses en Baipur. Arriba a la derecha había una del bungalow, más abajo, otra de unos loros cuyas alas multicolores habían quedado batiendo infinitamente en blanco y negro. Pero, sobre todo, el nabab se detenía en las fotos de retratos. Y había algo, algo en esas profundidades negras parecido a la envidia, al ansia de poseer.

Una idea con la que no tenía nada que perder fue tomando forma.

—Gracias, alteza. Trajimos la cámara desde Londres. —Hizo una ínfima pausa—. Tener fotografías es un lujo al alcance de muy pocos.

Eso lo hizo volverse hacia ellas. Sus guardias, unos pasos por detrás.

—¿Ah, sí?

Empleó más tiempo en examinar a Emily, y Leonelle entendió su presencia en el pasillo. Se le revolvió el estómago.

—Desde luego, esas fotos valen una fortuna. Aunque no me parece apropiado hablar de dinero.

—Ah, pero yo tengo alma de comerciante —la secundó Emily, sin tener ni idea de lo que se proponía pero siguiéndole la corriente, y se recordó darle un beso más tarde—. Y puedo confirmar que todos los materiales empleados tienen un alto costo. Por no hablar de que muchos de ellos tardan meses y meses en importarse a la India.

—Y... ¿por qué habrían de saber nada de eso?

—Emily se interesa por los negocios de su tío. Y yo soy la encargada de hacer las fotos, alteza.

Estaba exagerando, puesto que ella había leído los manuales y Cam era quien lo había llevado a la práctica en el noventa y nueve por ciento de las ocasiones. Pero eran tecnicismos.

Al-Musavi la miró como si estuviera contando una fábula. Las rodillas de Leo amenazaron con ceder. Pero era ahora o nunca.

—Sería un honor para mí acudir a su palacio y fotografiarlos a usted y a su familia.

A su lado, Emily dejó escapar un ruido de alarma que intentó disimular de inmediato.

—Ooh, qué regalo tan generoso. Supongo que tener fotografías es flirtear un poco con la inmortalidad.

El nabab se mesó la barba. Lo más seguro es que estuviese evaluando a Leo y no considerase a una mujer un peligro para él ni para los suyos. Porque solo dio un seco asentimiento.

—Mañana, a las nueve de la mañana en punto.

—Claro, alteza.

Acababa de conseguir acceso al Zareen Mahal y, si jugaba bien sus cartas, entraría en la zenana.

Capítulo 33

—¿Podríamos someterlo a votación?

Emily Campbell se esforzaba en ser la voz de la cordura en el descontrolado despacho del gobernador.

Ban lo hubiera apreciado si la sangre no le rugiera en los oídos de tal modo que apenas era capaz de oírla.

Antes de que la condenada fiesta terminase, había supuesto que todos se reunirían para hablar sobre la inconsecuente conversación mantenida con el nabab, que él se sentiría frustrado hasta límites insospechados por milésima vez. Y que, después, intentaría volver a ver a Leo a solas para comprobar si su leona realmente estaba bien. Puede que la visita también fuera para recrearse en ese vestido granate y disfrutar de otro de los dulces momentos robados en medio de ese monumental esfuerzo que le suponía fingir que no se conocían.

Simple.

Y, sin embargo, había sucedido lo inimaginable. No bien el último invitado hubo puesto el pie en la calle, Leonelle los había convocado para informarles de que, en cuestión de unas horas, se reuniría con Al-Musavi en el Zareen Mahal para tomarle unas fotografías.

Ese jodido lunático ególatra.

—Soy la hermana mayor y la dueña de la cámara. —Cam estaba bastante pálida al hablar—. Mi respuesta es la única válida. Y es un «no».

—¿Se me permite apostillar que esto es una democracia? —repuso Leo.

Jason apoyó una mano en el hombro de su mujer, y ella se sentó tras el escritorio de caoba.

Leonelle aprovechó ese *impasse* para colocarse en el centro de la estancia y enfrentarlos uno por uno.

—Sois tan conscientes como yo de que no se nos presentará otra oportunidad así en mucho tiempo. A Al-Musavi no le conviene hacerme nada en su propio palacio. Mi primo lo nombró nabab de Merala, al fin y al cabo. Y tiene que mantener una mínima cordialidad con Jason, puesto que ahora es el nuevo gobernador.

—Tu exposición de los hechos es impecable, Leonelle —respondió Jason—, el problema es que no contábamos con que tuvieras que entrar en la guarida del lobo.

Ella se mordisqueó el labio, cavilando todos los ángulos.

Luego soltó el aire de forma decisiva.

—Lo más lógico es que vaya contigo y una pequeña escolta, Jason, como las otras visitas que hemos estado intercambiando. No sería correcto presentarme sin acompañante.

—En eso tienes toda la razón, querida, ya te dije una vez que estamos más cerca de nuestros objetivos si parecemos cumplir las normas —intervino Emily—. Además, yo también pienso ir.

Cam se volvió a levantar de la silla.

—Iremos las tres.

El caos estalló por otros buenos diez minutos. Ban no había dicho nada, porque se había quedado completamente en blanco, atrapado. Se llevó las manos a las sienes y cerró los ojos con fuerza.

Entonces notó que unos dedos delicados le rodeaban las muñecas y ejercían un poco de presión para atraer su atención.

—¿Tú qué opinas, Ban?

Los iris ámbar de su mujer parecían querer traspasar los suyos y encontrar todas las respuestas que no podía darle por sí mismo.

—Sabes que te respondería algo que no te gustaría oír, *sherani*.

Leo suspiró.

—Sé que tampoco quieres que vaya, pero no te lo pregunto como mi marido, sino desde un punto de vista objetivo. ¿Qué opinas del plan?

El plan era bueno. Demonios, lo había ideado ella. Pero no estaba listo para admitirlo.

—Os he implicado en algo que me concierne a mí, ¿y sois vosotros los que daréis la cara? —estalló, en cambio.

—No solo te concierne a ti, Ban —lo contradijo Jason—. Incumbe a toda Merala. Pero, en caso de que no fuera así, tendrías nuestro apoyo.

—Mañana voy a ir al Zareen Mahal con Jason. —El timbre de su mujer tenía un acero que Ban no había escuchado nunca—. Y Cam, Emily y tú os quedaréis aquí hasta que vuelva o todo se iría al traste porque no os ha extendido la invitación. Me niego en rotundo a dejar impune lo que ha hecho y a vivir en un estado regido por Nasir Al-Musavi cruzada de brazos.

El silencio en el despacho fue atronador. Y nadie podía romperlo porque Leonelle tenía razón.

A la mañana siguiente, Ban y Jason colocaron la cámara fotográfica y todos los artilugios que la acompañaban en el carruaje, bajo la atenta supervisión de las tres hermanas Ingram, ya que Lemy también había salido a despedirlos. Con instrucciones concisas de Cam para utilizar el aparato y las piernas algo inestables, Leo se preparó para subir al vehículo, y Ban extendió la mano, esperando a que se ayudase de ella para subir el alto peldaño.

Una vez que sus dedos estuvieron entrelazados, Ban aprovechó la cobertura que les daba la puerta abierta para acercarse mucho a su rostro.

—No hagas nada imprudente, Leonelle.

Ella acortó la escasa distancia hasta que sus labios rozaron los de su marido al hablar.

—Eso solo ocurre cuando estoy contigo.

Lo sintió estremecerse contra ella y se apartó al momento, consciente de la expresión tormentosa de sus ojos verdes.

Se acomodó en el asiento y Jason se le unió un poco después con su familiar semblante adusto.

—¿Qué estrategia tienes, Leonelle?

—Utilizar su soberbia en mi favor —repuso.

El aroma a cítricos de los naranjos y limoneros que decoraban los jardines fue lo primero que los recibió cuando el carruaje se detuvo y se reunieron con la escolta. Leonelle hizo una profunda

inspiración que la habría calmado si los nervios no se aferrasen a sus pulmones como hiedra venenosa.

Continuaron caminando por el borde de las acequias burbujeantes hasta llegar a las inmensas puertas, que franquearon para encontrarse con el nabab.

Sus sirvientes se habían apresurado a cargar con la caja de la cámara y entraron tras ellos con gotitas de sudor perlándoles las frentes.

Al-Musavi hizo acto de presencia unos diez minutos después con uno de los atuendos más pomposos que Leonelle hubiera visto jamás. Pero ¿qué podía esperar?

—Señorita Ingram —apenas la saludó, para darle más deferencia a Jason—. Gobernador. Le... agradezco que avisase con antelación de su llegada.

Un mensajero se había enviado a primera hora desde el bungalow para aceptar la invitación de manera formal e informar de la presencia del gobernador de Merala.

—Alteza —respondieron con cortesía.

Los condujo por varias estancias con techos y paredes que parecían contener sus propios soles y salieron a un patio interior rodeado de columnas de mármol.

En el centro, había un espectacular purasangre negro zaíno que piafaba con impaciencia.

—Es una montura incomparable.

Jason observaba al animal con auténtica admiración.

—Los monarcas europeos posan con sus caballos en sus retratos, ¿no es así?

La sonrisa pretenciosa del nabab le dio más esperanzas a Leo.

—Desde luego, alteza. —Se tocó las gafas de manera inconsciente—. Ahora, si me disculpan, tengo que montar un pequeño laboratorio antes de que podamos empezar. Si fuera tan amable de hacer que traigan una mesa u otra superficie plana sobre la que trabajar, le estaría muy agradecida.

Las órdenes se cumplieron casi al momento, y Leo dedicó la siguiente media hora a crear colodión húmedo —una solución compuesta por éter, alcohol y bromuro—, mientras Jason y Al-Musavi aguardaban en unas sillas tan ornamentadas como un trono y se les servían bandejas de frutas y bebidas.

Ella no pudo contener un resoplido, se apartó un mechón castaño que se le había quedado pegado a la frente por el calor, y vertió la mezcla sobre una placa de vidrio húmeda, colocada previamente encima de la mesa con patas en forma de garras que habían cargado los sirvientes.

Por último, agregó el nitrato de plata para sensibilizar la imagen y, así, poder revelarla, y rogó por que hubiera ejecutado bien todos los pasos.

—Ya podemos comenzar —anunció al tiempo que colocaba la placa en un soporte de madera dentro de la cámara.

Al-Musavi se colocó sobre el caballo con parsimonia.

—Por suerte, solo tendrá que permanecer inmóvil unos segundos, alteza, frente a los quince minutos de exposición que se necesitaban con la técnica del cianotipo —comentó, a la vez que orientaba el latón que envolvía la lente hacia el nabab, a quien no podían traerle más sin cuidado sus explicaciones.

El trípode era algo precario, pero tendría que servir. Metió la cabeza debajo de la cortinita negra y disparó.

La tentación de quedarse dentro de ese espacio oscuro un poco más era demasiado grande, pero tuvo cuidado de que no se introdujese ni un rayo de luz bajo la tela y emergió a la complicada superficie.

—Ya he terminado con la primera fotografía, alteza. ¿Le gustaría hacer llamar a su familia para continuar con los retratos?

Al-Musavi se apeó del purasangre y se acercó con el labio superior un poco curvado, bajo la atenta mirada de Jason, que decidió intervenir.

—Leonelle, las esposas y concubinas del nabab no pueden ser vistas en el exterior ni con hombres que no sean de la familia.

—Oh, discúlpeme, alteza. Lo desconocía. —Esperaba que sonase más creíble a oídos ajenos que a los propios—. Puesto que soy una mujer, no tengo inconveniente en ir a un lugar privado para tomar las fotos.

—Leonelle... —advirtió Jason con voz dura.

El nabab, en cambio, pareció encontrarlo divertido. Los examinó a los dos, como si pudiera leer lo que estaban tramando y fuera un aliciente el ser más listo que ellos.

—Las doncellas llevarán la cámara a la zenana con el mayor cuidado. Sígame, señorita Ingram.

Leo no quiso cruzar sus ojos con los de Jason, temerosa de que viera la sensación de triunfo y temor que se le arremolinaba en el pecho.

Giraron por tantos pasillos que no se molestó en memorizarlos, para después cruzar una galería techada que conectaba un edificio con otro. Había otro patio tras la nueva construcción lleno de árboles frutales a la sombra de las cúpulas doradas. Y, más allá, la jungla.

Las puertas dobles donde se detuvo Al-Musavi estaban custodiadas por un hombre enorme, de un metro noventa, al menos, y un torso descubierto dos veces más ancho que el de cualquier otro ser humano que hubiera conocido.

—Creía que no se permitía presencia masculina.

Leo fue incapaz de no mencionarlo.

—Hay casos excepcionales, como el del jefe del harén. ¿No es así, Bilal? —replicó el nabab.

Luego dirigió una mirada elocuente por debajo de la cintura del musculoso sirviente y las mejillas de Leo entraron en combustión. Al momento siguiente, el aliento se le quedó atascado en la garganta cuando Bilal se giró y dejó a la vista decenas de marcas que plagaban su piel morena. Unas más antiguas, otras más recientes y rosadas. Cicatrices todavía por curar. Leonelle tomó nota absolutamente de todo.

La despreciable risa de Al-Musavi todavía le resonaba en los tímpanos, cuando el hombre, inmune a los gestos hirientes de su señor, empujó las hojas de madera repujada con los brazos en tensión, casi teniendo que arrastrar los pies con las rodillas flexionadas para doblegar el peso de las puertas, que se fueron abriendo centímetro a centímetro.

—Bienvenida a la zenana, señorita Ingram.

Aunque no se había parado a pensar mucho en ello, Leonelle suponía que el interior del edificio donde las esposas y concubinas del nabab de Merala iban a pasar el resto de sus días sería igual de opulento que el resto de estancias del Zareen Mahal.

Lo que encontró, en cambio, fueron paredes desnudas y una decoración austera. Las alfombras y los muebles eran de primera calidad, pero de colores apagados, como una vida a medias.

La visita inesperada alteró por completo el transcurrir pacífico —al menos, en apariencia— de los integrantes del harén real. Las doncellas y niñeras corrieron a avisar y a preparar a las mujeres y a los hijos del nabab para las fotografías, mientras que otras sirvientas acarreaban las

pertenencias de Leo con bastante esfuerzo hasta una estancia amplia y bien iluminada con pesados cortinajes descorridos, cojines y *hookahs* diseminados por el suelo. Leonelle se apresuró a ayudarlas sin quitar la vista de todo lo que tenía a su alrededor. Mentiría si dijese que no estaba sobrepasada por la cantidad de caras que desfilaban ante ella.

Dos esposas reales, seis concubinas y nueve hijos —cinco niñas y cuatro varones— conformaban la familia de Al-Musavi, junto a los que convivían trece cortesanas y varias supervisoras del harén.

Y Leo se sintió desfallecer por un momento. Había cometido un tremendo error al imaginar que tendría la ocasión de hablar con alguna de las mujeres de la zenana. Que hubiese creído que podría hacerlo en privado se aproximaba más a un delirio que a la realidad.

Había intentado acercarse a una de las esposas reales, la favorita y madre del primogénito, con quienes el nabab se tomó otra fotografía, ya que no dejaba de observarla con intensidad, pero esta la había rehuido en cuanto abrió la boca.

Las supervisoras estaban encima de ellas como tigresas custodiando a sus protegidas, sin un solo movimiento que escapase a su escrutinio. Por si eso fuera poco, muchas iban cubiertas de la cabeza a los pies, dejando solo visibles los ojos, bajo la amenaza de duros castigos si se descubrían. Leo se dio cuenta porque una de las mujeres tropezó cuando la hostigaron para ocupar su sitio, y se cubrió corriendo la mitad inferior que había quedado a la vista al escurrirse el velo. El hermoso rostro salpicado de lunares estaba transfigurado de puro terror a pagar por su falta si ella la delataba, pero Leo apartó la vista deprisa, como si no hubiera sido testigo del temblor de su barbilla.

—Continúe, señorita Ingram.

—Tardaré lo menos posible, alteza.

Al-Musavi ya se había sentado en el centro de la estancia, rodeado de sus mujeres e hijos en escala jerárquica. Las esposas, a cada lado. Los niños, delante. Y el resto, concubinas y cortesanas, diseminadas alrededor.

Con el estómago revuelto, Leo repitió el proceso del patio y disparó. En esa foto iba a quedar fijada para la eternidad la expresión de autosuficiencia del nabab por haber resultado vencedor en ese enfrentamiento.

Capítulo 34

Leonelle sostenía las placas fotográficas envueltas en tela negra contra su pecho, como si fueran un salvavidas. Los baches que el carruaje de vuelta al bungalow no podía sortear eran bastante bruscos, y esa era la forma más eficiente de asegurarse de que no se rompieran.

Al menos, ese propósito la mantenía distraída del descomunal sentimiento de impotencia que por poco no consiguió que se echase a llorar al salir de la zenana. Mantuvo la compostura hasta el final, incluso al reencontrarse con Jason y percibir su mirada concernida sobre ella. Por fortuna, las despedidas del Zareen Mahal fueron rápidas, y su cuñado no la presionó para que dijese nada cuando estuvieron los dos solos dentro del estrecho cubículo.

—Podemos esperar a llegar a casa —fue lo único que murmuró.

—Te lo agradezco.

Que hubiera conseguido articular esas tres palabras era un milagro si se tenía en cuenta que su garganta estaba cerrada de manera casi hermética.

Ya en la residencia del gobernador, Leo entró como una exhalación a su dormitorio para que nadie la viera así. Dejó las placas en la mesa y se sentó en la cama para cubrirse la cara con las manos.

Empezó a temblar. Era incapaz de controlar las sacudidas producto de la tensión.

Dio un leve respingo cuando unos brazos la rodearon y, al alzar la cabeza, se encontró envuelta en el reconfortante abrazo con fragancia a caléndulas de Cam.

—Estoy muy orgullosa de ti, Leo.

Por fin, dejó escapar lágrimas de rabia contra el pecho de su hermana. Pasado un rato, se encogió de hombros, agotada.

—No ha servido de nada —fue lo único que dijo, puesto que Jason le habría contado lo ocurrido.

—Eso no lo sabemos.

A eso no respondió. Carmentia trataba de animarla, pero no encontraba la manera de mostrarse optimista.

—¿Quieres que me encargue de las fotos? —preguntó Cam un poco después, con un ademán a las placas fotográficas.

Lo que menos deseaba Leo en esos momentos era meterse en un cuarto oscuro y mezclar mililitro a mililitro de otros tantos productos para revelar la imagen triunfal del nabab.

—¿No te importa? Tendré que entregarle las fotos a Al-Musavi en persona tan pronto como pueda. Ha insistido en ello.

Para seguir jugando con Leo, pero eso se lo reservó.

—Me pondré ahora mismo. —Le apartó algunos mechones de la frente con cariño—. Ban está en los establos. Dijo que no soportaba esperar a que regresarais sin hacer nada, se fue a las ruinas del palacio del marajá y ahora está atendiendo a los caballos.

Leonelle sintió de nuevo la opresión en el pecho que le dificultaba respirar.

—Creo... creo que me quedaré aquí un rato más.

Cam le clavó una aguda mirada, para después darle un beso en la mejilla y apartarse.

—Está bien. Te dejaré descansar —se despidió, y cogió las placas fotográficas con mucho cuidado antes de salir y cerrar la puerta.

Leonelle no cambió de postura en una eternidad. Incluso cuando le subieron un poco de té y una doncella dejó la bandeja junto a ella. Reproducía las imágenes de la zenana en su cabeza pensando en qué podría haber hecho de forma distinta. Cuando el sol estaba comenzando a bajar en el horizonte, un par de golpes en la puerta la sacaron de ese bucle que había hecho presa en ella.

—*Sherani.* —La voz de Ban fue como un cabo que la llevó hasta la hoja de madera, donde apoyó la frente—. No estoy seguro de por qué no quieres verme, pero necesitaba decirte que, si cambias de opinión, sabes dónde encontrarme.

El silencio tras las palabras dolidas de su marido se alargó durante treinta segundos. Sesenta... y cada uno se le fue hundiendo a Leo en el esternón con dolorosas punzadas mientras escuchaba las pisadas alejarse.

Darse cuenta de lo que estaba haciendo fue como una bofetada. Ella no era así. No era una cobarde y nunca lo había sido, así que se encaminó tras él.

Las largas piernas de Ban le habían dado bastante ventaja, y a Leo le dio un vuelco el corazón cuando lo vio meterse dentro de la biblioteca y entornar la puerta. Esperándola, con la esperanza de que apareciera. Ya lo había hecho una vez y lo repetiría mil veces más. Caminó un poco más rápido, atravesó el umbral y cerró del todo tras ella.

Ban ya estaba frente a la puerta y se quedaron mirando. Sus ojos verdes la recorrían de la cabeza a los pies.

—Has estado llorando —dijo en voz baja y con las manos apretadas en puños a los costados.

—Es que... —intentó explicarse, aunque le dolía la garganta de tragarse las lágrimas— siento que he fallado.

No bien hubo terminado, rompió a llorar de nuevo para su eterna desazón. Esta vez, fue el aroma a sándalo el que la envolvió cuando Ban la alzó en brazos y la sentó sobre su regazo en el suelo de la biblioteca.

—Leonelle, déjame ver si lo he entendido bien. ¿Me has evitado porque pensabas —ni siquiera repitió las palabras— eso?

Pequeños hipidos hicieron ininteligible su confirmación, pero no era difícil de interpretar.

—Desahógate cuanto quieras —murmuró su marido sin dejar de abrazarla—, pero es lo más valiente que nadie haya hecho jamás por mí, ¿me oyes, *sherani*? Jason me ha dicho que te has abierto camino a la zenana de Al-Musavi con el aplomo de un general condecorado.

Leonelle esperó a que la humedad de sus ojos dejara de desbordarse.

—Una vez dentro, no pude hacer nada, Ban.

—Estar dentro ya es algo que nosotros no hemos conseguido jamás, ¿no te das cuenta?

Le limpió las lágrimas con el pulgar, y luego recorrió sus facciones con roces suaves.

—Y, aunque no hubieras logrado entrar a la zenana, Leonelle, seguirías siendo la mujer con

más coraje que he visto en mi maldita existencia.

La presión en el pecho iba amainando. Incluso su labio se curvó en una diminuta sonrisa. Ban se la devolvió.

—¿Quieres contarme todo lo que has visto, s*herani*?

Aquello era fácil, puesto que las imágenes se habían repetido en su mente toda la tarde. Cuando terminó, se quedó abrazada a él contra las estanterías.

A la mañana siguiente, un ligero dolor de cabeza se había asentado en las sienes de Leo y los ojos le raspaban un poco. Nada sorprendente tras el llanto del día anterior. Decidió tomarse las próximas horas con un poco más de calma para replantearse cómo continuar, cuando el grito de su hermana Cam llamándola por su nombre retumbó por cada rincón del cuarto y estuvo a punto de sacarle el alma del cuerpo.

Bajó a toda prisa, con los botones de la blusa a medio abrochar, hasta el despacho de Jason, puesto que de allí venía la conmoción.

Le pareció escuchar que Emily corría detrás de ella, pero solo podía centrarse en los tres ocupantes del despacho, en sus rostros absolutamente transfigurados.

Su cuñado se pasaba la mano por la barba incipiente. Cam negaba con la cabeza, estupefacta. Y Ban...

—¿Qué sucede? —los apremió.

—Leonelle. —El precioso tono moreno de Ban se había vuelto cetrino y no la miraba. Tenía los dedos tan apretados sobre el borde de madera de caoba del escritorio que la sangre no circulaba por ellos—. ¿Puedes volver a describirme el rostro de la mujer a la que se le cayó el velo por un momento?

Leo se acercó a él antes de responder. Siguió su mirada verde y se encontró con las fotos que había hecho el día anterior y que Cam ya había revelado. Se topó con la escena de Al-Musavi rodeado de mujeres y niños dentro de la zenana.

—Era... era muy guapa. Increíblemente guapa. Aunque sus ojos mostraban un pánico atroz a que la regañasen. Eran de color avellana. Y tenía varios lunares en las mejillas y uno sobre una ceja.

Su marido señaló con el índice, bastante inestable, a una de las personas que posaban para la foto.

—¿Era ella? ¿Tenía un lunar casi en el labio?

Leonelle se enfocó en la figura cubierta, en la expresión que todavía parecía asustada, incluso a través de la imagen monocromática. En el lunar sobre la ceja izquierda, que era el único visible de los muchos que tenía.

—Sí. —Le pareció que hasta el aire cambiaba alrededor de Ban—. ¿Quién es?

—Es la princesa Tsengal, del reino de Zenskar. Un lugar remoto cerca del Tíbet. —Por fin, miró a Leo—. Y una de las esposas favoritas del marajá Moolam Pagri.

No. Eso no era posible.

—¿Al-Musavi se llevó a su zenana a una de las mujeres del marajá durante el ataque? —Sonó la horrorizada voz de Emily a su espalda.

Ahora se daba cuenta. El velo no había caído por azar. El semblante de la mujer no estaba dominado por el miedo a que la regañasen, sino por el terror de haber sido llevada allí contra su voluntad, y estaba pidiendo auxilio a Leo.

Nasir Al-Musavi se había creído todopoderoso. Intocable después de más de un año de su crimen sin condena. Esa confianza en sí mismo lo había vuelto osado y lo había hecho capaz de poner la prueba de sus atrocidades —una prueba en carne y hueso— delante de las narices del gobernador de Merala y su familia. Solo que no contaba con que existiera una persona que la reconocería. No había incluido al conde de Bancroft en la ecuación, ni que este hubiera vivido en el harén durante tantos años que había podido identificar la mirada de la princesa y la había unido a la descripción de Leo para darle nombre.

No podía ni imaginar por lo que la joven habría pasado durante un año, pero cada vez faltaba menos para la caída del hombre que había truncado el futuro de muchas personas de manera tan cruel e injusta.

—¿Cómo vamos a sacarla de ahí?

Cam lanzó la pregunta que debía de circular en la mente de todos.

—Hay que tener un plan muy sólido —respondió Jason—. No puedo presentarme en el Zareen Mahal otra vez y exigir que me dejen entrar a la zenana. Nada nos asegura que no acabarían con la princesa sin parpadear a la mínima sospecha. Ella es una testigo del asalto al palacio del marajá y, ahora, una rehén que lo señalaría como culpable sin asomo de dudas.

La vida de la princesa Tsengal dependía de que no dieran ninguna ventaja a Al-Musavi.

—Quizá podría informar a lord Canning —continuó su cuñado—. Tendríamos más hombres, pero nos pondría en una situación políticamente muy complicada y no solucionaría el problema de ponerla en peligro antes de que entrasen los soldados británicos al palacio.

—Además, cuantas más personas lo sepan, más riesgo hay de que algo falle —negó Ban—. Tiene que ser un golpe sutil que el nabab no se vea venir.

—¿No podríais volver a intentar infiltrar a alguien en el palacio ahora que ya sabemos dónde buscar? —propuso Leonelle, la cabeza le daba vueltas.

—El tiempo seguiría jugando en nuestra contra. Habría que encontrar a una persona cualificada y que se integrase poco a poco en el harén. —Ban había comenzado a pasearse de un lado a otro de la estancia—. Eso, si admitieran a nuevas doncellas. No dudo de que el nabab se mostraría extremadamente receloso con cualquier sirviente que no estuviera ya en la zenana.

Ahí estaba la clave.

El peso de una idea iba creando pequeños surcos, trazos y posibilidades, hasta que los rasgos de una persona concreta se dibujaron en la mente de Leo. Una que los podría respaldar desde dentro.

—Hay que sobornar al jefe del harén.

—Tenemos que convencer a Bilal.

Dijeron Ban y ella a la vez.

—¿Y cómo vais a conseguir que un hombre con un cargo tan alto arriesgue todo para ponerse de vuestra parte? —se preocupó Emily.

El argumento de su amiga tenía mucho peso, si no fuera porque una de las joyas más valiosas de la India estaba en sus manos y sería capaz de hacer caer en la tentación hasta a la voluntad más fuerte.

—Tenemos la persuasión perfecta, señorita Campbell —anunció su marido—. Al menos, la única en la que me atrevo a poner esperanzas. Una de ciento seis quilates.

Emily se quedó boquiabierta unos momentos.

—Desde luego, no puede decirse que no sea una cifra formidable.

Cam se había girado un poco y miraba por la ventana. Los hombros estaban algo rígidos, y a

Leo le dolió ver lo mucho que le afectaba el diamante.

—¿Estás seguro, Ban? —Jason tenía una expresión dubitativa—. Si no funciona, habrás perdido algo muy valioso para Vikram porque nadie te permitirá quedarte con el Masha-i-noor.

El aludido se pasó los dedos por el pelo negro, como hacía siempre que estaba muy alterado.

—Joder. No estoy seguro de nada, Jason. Pero cuanto más tienes que ganar, más tienes que arriesgarte a perder, ¿cómo no usarlo después de la oportunidad que nos ha dado Leonelle?

Jason apretó los labios en una fina línea.

—En ese caso, reitero mi insistencia en elaborar un plan calculado al milímetro.

Ban retomó las idas y venidas, esquivando con agilidad el mobiliario del despacho.

Hasta que se detuvo en seco otra vez.

—Iré a Calcuta a por el diamante. Mientras, tú te inventarás algo para sacar al nabab del palacio para que, cuando yo vuelva, pueda solicitar ver al jefe del harén sin interferencias y...

—Un momento, ¿piensas ir tú al Zareen Mahal? —Se horrorizó Leo.

Ban se acercó a ella y le tomó la mano en cuya muñeca destacaban las cuentas del Mangalasutra. Tocó las cuentas con cuidado, sin mirarla.

—Iré como lord Bancroft.

El estómago de Leo aterrizó en sus pies.

—Eso sería igual que ponerte una doble diana. ¿No puedes seguir como brahmán un poco más de tiempo?

—Un brahmán no tendría la suficiente relevancia como para que lo escuchasen en el Zareen Mahal, pero un conde, sí.

—No me refiero a que vayas al palacio en calidad de nada, sino a que es mejor que vaya yo. Ya he estado allí y conozco al jefe del harén.

A su alrededor, los demás también hablaban, pero de lo único que era capaz Leo era de asomarse a las esmeraldas de pura determinación que eran los ojos de Ban. Él seguía acariciándole la muñeca de manera suave, aunque había levantado la vista para atraparla con la fuerza con la que bullían sus emociones, en contraste absoluto con la delicadeza de sus manos.

—*Sherani*, seré yo quien vaya esta vez. Ahora seré yo quien corra los riesgos.

Leo sintió el sabor de la bilis. Lo que quería hacer Ban, entrar en el Zareen Mahal, darse a conocer como lord Bancroft en Baipur, era una auténtica locura. ¿No se daba cuenta de que muchas cosas podían salir mal y tan solo unas pocas muy bien?

Pero lo conocía demasiado como para saber que no iba a ceder.

Si Ban tenía un plan, ella necesitaba otro.

—Iré contigo a Calcuta para hacerte desistir de otra de tus terribles ideas.

Y no solo le hacía falta otro plan. También iba a necesitar ayuda.

Capítulo 35

—¿Creéis que el nabab aceptará?

Ban no podía desviar su atención de Leonelle, a pesar de que la pregunta de Cam iba dirigida a todos.

Su esposa había vuelto a conseguir la inmensa hazaña de que la esperanza ganase terreno al pesimismo. Lo que había logrado en la zenana podría calificarse de milagroso, pero él no iba a restarle ni un ápice del mérito a esa brillante mujer. Todo había sucedido así porque Leonelle había sabido reconocer el narcisismo del nabab como un punto débil que utilizar a su favor.

—Al-Musavi se entrega a todo tipo de pasatiempos y es un apasionado de los caballos. No se negará a ver una carrera en el Royal Calcutta Turf Club —fue Emily quien respondió—. Mi tío es socio del club y haré que su secretario le haga llegar la invitación.

Emily también estaba resultando ser una ayuda inestimable e, incluso, les había ofrecido alojarse en la residencia de los Campbell en Calcuta.

Había solo dos cosas por debajo del dinero que podían mover montañas, y eso eran los contactos y la información. Y Emily Campbell poseía amplias dosis de todos ellos.

Habían estado leyendo los periódicos en busca de eventos deportivos, y los partidos de polo y críquet quedaban descartados porque las fechas no encajaban, pero la carrera en el hipódromo de Calcuta dentro de siete días era la oportunidad perfecta para actuar.

No podía asegurar que todo saldría a la perfección cuando llegase al Zareen Mahal —se decantaría por lo contrario, en realidad—, sin embargo, tenía la tranquilidad de estar cerca de Leo en todo momento hasta que esa ocasión llegase. Ella pensaba que la idea de acompañarlo a Calcuta serviría para disuadirlo de presentarse como lord Bancroft en las puertas del palacio. Y Ban estaba convencido de que no existía nada en el mundo que no haría por Leonelle, excepto eso. Antes prefería exponerse a todo lo que pudiera ocurrirle en los calabozos del nabab que permitir que ella pusiera un pie en ese maldito lugar una vez más.

Calcuta, cuya traducción del bengalí significaba «campo de la diosa Kali», los recibió tres días después en un mediodía de altas temperaturas, cielos sin una sola nube con la que cobijarse del sol impenitente y los cientos de aromas de bazares, negocios, templos y tantos otros lugares que eran imposibles de desenredar unos de otros.

Tras muchas semanas sin visitar una ciudad tan superpoblada y repleta de bullicio, Calcuta era abrumadora hasta para él. El rostro de Emily, en cambio, demostraba su emoción por regresar a

su hogar. Y su curiosa leona no desperdiciaba ni un milisegundo en tomar nota de cuanto veía desde la ventanilla del carruaje, para anotarlo en su libro de viajes, sin duda.

Habían hecho el recorrido los tres solos. Ya no tenía sentido ocultar que era lord Bancroft y que había contraído matrimonio. De hecho, cuantos más rumores llegasen al palacio, más posibilidades se sumaban a que lo recibieran con rapidez.

—¿Leonelle, te has dado cuenta de que ahora eres mi carabina? —le había comentado Emily a su amiga con un guiño pícaro, dentro del carruaje de Warwick.

Y el semblante asustado —casi de pánico, cabría decir— de Leonelle le había arrancado una profunda carcajada a Ban.

Después, había tenido que aferrarse al asiento para no besarla hasta que sus ojos ambarinos se nublasen de deseo, y que su propio pecho amenazara con estallar al saber que solo perdían el foco así por él.

Reajustándose un poco los pantalones que se había vuelto a poner, junto con la tortura que infligían la camisa y la levita con esa temperatura, la tomó de la mano y se volvió hacia ella.

—¿Quieres acompañarme al banco o prefieres ir a la residencia de los Campbell con Emily?

Ella se quedó callada un momento. Seguro que estaba enumerando en su cabeza las veces que le había pedido que se retractase del plan durante el trayecto, y si valdría la pena intentarlo una vez más.

—Me da miedo lo que ocurra a partir de ahora, Ban.

Él volvió a quedarse paralizado por su honestidad. Subió su mano delicada hasta los labios y le dio un pequeño beso.

—Lo sé, *sherani*.

No añadió nada más. No cuando lo embargaba la misma sensación.

—¿Sería mucho pedir si Leonelle me acompañase a casa para comprobar que el intercambio de cartas entre nuestro secretario y Al-Musavi ha tenido éxito? —intervino Emily, quien movía la rodilla de forma rítmica bajo la falda.

Esas horas críticas tenían a todos en vilo.

Por suerte, la casa de los Campbell en Calcuta contaba con servicio todo el año, pese que Heather y George se encontraban en Simla, ya que el secretario de este se encargaba de continuar con los negocios del exitoso mercader en la ciudad.

—En absoluto —respondió Leo a Emily.

—Yo no me voy a demorar, en todo caso —añadió Ban.

Y era cierto, apenas disponían de tiempo. Leonelle y él volverían a Baipur a la mañana siguiente, después de recoger el diamante, para continuar con ese intento —puede que desesperado— de acabar con Al-Musavi.

Se apeó en el Strand, la calle más importante de Calcuta, y se aproximó con seguras zancadas al edificio de dos plantas y estilo neoclásico que albergaba el Banco de Bengala.

Los papeleos para abrir su caja de seguridad y retirar el Masha-i-noor, así como para realizar otro par de trámites más, fueron algo farragosos, y llegó a la residencia de los Campbell ya caída la tarde. La mansión era espectacular, asentada en una de las curvas que transitaban las tranquilas aguas del río Hugli en su camino al golfo de Bengala. Los sirvientes se apresuraron a atenderlo con exquisito cuidado, pero lo que consiguió dejarlo estupefacto fue descubrir que Leonelle había pedido que compartiesen la misma habitación.

Cuando terminó de refrescarse y guardó el diamante en su levita, Ban fue en busca de Leonelle y de la señorita Campbell. Confiaba por completo en ambas, pero no conocía al personal y prefería llevar la joya encima.

Ellas lo estaban esperando para cenar en un elegante comedor con vistas al río y, aunque las comisuras de la boca de su mujer estaban tensas, lo saludaron con bastante entusiasmo ya que el nabab había aceptado la invitación. Al menos, Emily parecía ilusionada .

La comida angloíndia que les sirvieron a continuación llevaba los mejores ingredientes que el mercado podía ofrecer. Sin embargo, Ban no podía más que contemplar a Leonelle.

Sus movimientos eran elegantes y, a la vez, tenían un ligero aire distraído, como si realizase los gestos cotidianos de sostener una copa o alzar el tenedor mientras su mente seguía otro hilo de pensamiento que la hiciese estar en parte en el aquí y el ahora y en parte en otros lugares mucho menos tangibles.

Y él desearía estar siempre cerca para que ella le contase a dónde había ido. Sin embargo, no sabía qué les depararía el mañana. Aunque su relación parecía haberse regido la mayoría de las veces por esa premisa, ese día, la sensación era mucho más definitiva.

Y lo que ahora deseaba era tocarla. Sentirla contra su cuerpo para confirmar que era real. Escucharla hablar contra su boca y, luego, pasar los dientes por sus labios llenos hasta probar cuánto podría mantener la concentración su bella estudiosa.

No lo hacía de manera consciente y, aun así, sus pensamientos debían de reflejarse en cada gesto de su cara, porque las mejillas de Emily estaban un poco sonrosadas, y Leonelle parecía estar a punto de necesitar abanicarse con una de las servilletas de hilo de algodón.

Al retirar los postres, la señorita Campbell emitió una elegante tosecita.

—Creo que será mejor que os deje solos para que... charléis. Esta vez, prefiero anticiparme a cualquier sobresalto.

Cuando la puerta se cerró tras ella, Ban se recostó contra el respaldo de la silla, apoyó un codo en el reposabrazos y dejó caer la mejilla sobre el dorso de la mano.

—Eres una pésima carabina, *sherani*. ¿Cuántas veces hemos escandalizado ya a la señorita Campbell?

Leonelle dejó caer la servilleta con una exclamación ahogada.

—Qué audacia la tuya, teniendo en cuenta que yo no he hecho nada escandaloso.

—Yo tampoco. —Fingió absoluta inocencia.

—Serás... —Se subió las gafas por el puente de la nariz, con ese gesto inconsciente del dedo índice que se había convertido en el favorito de Ban—. Quizá haya imaginado que me estabas saboreando a mí en lugar de tus platos, durante toda la cena.

—Oh, no, no han sido imaginaciones ni mucho menos. Pero... —Ban se levantó y se colocó a su espalda para hablarle al oído—: ¿Vas a mentirme y a decirme que no has presionado un muslo contra otro para aliviar la dulce tensión entre ellos mientras estábamos los tres sentados a la mesa y me sentías devorarte bocado a bocado?

—¡Ban! —trató de amonestarlo con la voz entrecortada, pero no lo negó.

—¿Por qué has pedido dormir en la misma habitación que yo, *sherani*? —murmuró, todavía a unos milímetros de su garganta, de la suave piel de la nuca que el peinado dejaba al descubierto.

—Porque quiero estar a tu lado el mayor tiempo posible —respondió al cabo de lo que parecía una eternidad, en un tono bajo y vulnerable que lo hizo aferrarse con fuerza al respaldo.

Inspiró hondo una vez y apartó la silla de la mesa arrastrando a Leonelle con ella.

—Entonces, hagámoslo.

Su mujer no fingió no entender ni vaciló en agarrar la mano que le ofrecía.

Subieron las escaleras en silencio. Ban jamás había experimentado una pulsaciones que vibrasen desde lo más hondo de su ser hasta que la conoció, su corazón latía de manera diferente cuando estaba con ella.

Apenas entraron en la habitación y cerraron la puerta, le rodeó la cara con las manos y la besó mientras la empujaba contra la madera. Leonelle respondió al beso con la misma intensidad que amenazaba con hacerlos caer al suelo, pero él le aferró los muslos y la alzó para que le rodease la cintura con las piernas sin dejar de asaltar su boca.

Habían hecho el amor de muchas maneras, se habían acariciado de infinitas formas, y, en cada una de ellas, el incendio que provocaban sus cuerpos al rozarse era cada vez más abrasador. Desde el primer momento, la atracción física había sido arrolladora. Pero en ese instante, en el que Ban también sentía los nudos que los unían bajo la piel, el brahmán en él llegó a creer en una conexión que solo podía haberse creado en el país de los miles de dioses. En una unión marcada por lo divino.

—No sé cómo he podido soportar tantos días sin tocarte, *sherani*, sin la más mínima posibilidad de tenerte para mí. —Respiró contra su cuello y lo llenó de pequeños besos hasta alcanzar su hombro derecho, donde había apartado ligeramente la tela del vestido.

Leonelle meció las caderas contra él y sus respiraciones se entremezclaron.

—Pero, cada vez que me mirabas, me estabas besando, ¿verdad?

Sin saber exactamente cómo, sus ropas acabaron esparcidas por el suelo, con Ban sentado en el colchón y Leonelle a horcajadas sobre él.

Su mujer le apartó el pelo de la frente con infinita dulzura para luego seguir deslizando sus manos sobre él, y Ban se entregó de buena gana a sus exploraciones.

—Así es como quiero vivir, *sherani*, aprendiendo cada uno de tus gestos, compartiendo un dormitorio solo para los dos, donde sabré que voy a encontrarte sentada sobre tu pierna doblada, con el pelo en una trenza y tu precioso rostro lleno de concentración mientras escribes. —Se le escapó un suspiro cuando la lengua de Leonelle trazó un pequeño recorrido por su clavícula—. Quiero que me sigas permitiendo leerte como a un libro abierto, aunque guardes algunas páginas solo para ti.

Ante esas palabras, ella se quedó muy quieta. Sus labios se entreabrieron, y Ban esperaba que fuera para dejar escapar la misma declaración que hizo el día de su boda en Cherrapunji.

Porque necesitaba oírla antes de afrontar los próximos días.

Lo que hizo Leo, en cambio, fue afianzarse en sus hombros e irlo introduciendo en su interior sin dejar de mirarlo a los ojos.

Soltó un juramento cuando el calor húmedo de su sexo empezó a rodearlo y la aferró de la cintura para controlar cada centímetro que se iba adentrando en ella. En esa postura tenía los delicados pechos de su mujer a su alcance y no pudo evitar atrapar un pezón con la boca. En un movimiento reflejo, los músculos internos de Leonelle se contrajeron a su alrededor, y Ban no pudo silenciar el gemido de placer que le produjo, sin dejar de succionar la rosada aureola.

Los ojos de su leona se abrieron mucho, y, después, se mordió el labio inferior mientras intentaba repetir esa enloquecedora acción, mientras seguía descubriendo su cuerpo y lo que era capaz de hacer con él. Verla así, sentir cómo lo apretaba con pequeñas y rítmicas contracciones, estaba deshaciendo la mínima cordura que le quedaba.

—Leonelle... —Fue una protesta y una plegaria—. Leonelle, quiero volver a escuchártelo decir.

—Y yo quiero oírlo de ti por primera vez.

Todavía estaban sentados, e iba a girarla para tumbarse sobre ella y que no pudiera seguir torturándolo hasta el clímax, cuando su esposa lo empujó contra el colchón. La sorpresa fue la que consiguió que la espalda de Ban tocase la cama y que Leonelle aprovechara para apoyar las palmas en su pecho y así ayudarse a hacerlo entrar y salir de ella con más rapidez.

—Nunca pierdes esa última pizca de control... —susurró una jadeante Leonelle, antes de apretar los músculos de su sexo a su alrededor una vez más. Con fuerza.

Y algo en Ban se rompió.

La sujetó de la nuca y de la cintura, y la pegó a su torso para que no pudiera moverse. Entonces, afianzó más los talones en el suelo y así poder imprimir más velocidad a sus embestidas, más profundidad hasta llegar a lo más hondo de su dulce humedad, más, más, más... Los ruidos de placer que Leonelle gemía contra su piel también fueron aumentando, como una descomunal avalancha de sensaciones en las que el sonido de sus cuerpos chocando y sus voces casi roncas por los gritos de puro éxtasis amenazaban con tirar abajo los cristales.

Cuando un orgasmo brutal lo sacudió de la cabeza a los pies, cuando el mismo placer contrajo a Leonelle de una forma casi imposible para luego hacerla temblar contra él con lágrimas corriendo por sus mejillas, Ban formó las palabras de lo que llevaba expresándole mucho tiempo de otras cien maneras diferentes:

—Te quiero, *sherani*.

Leonelle lo abrazó todavía más. Enterró la cara en el hueco de su cuello. Pero no respondió absolutamente nada.

Y Ban no tenía derecho a reprochárselo.

Capítulo 36

Leonelle no se había quedado dormida porque Ban podía sentir su rápida respiración abanicándole el pecho. Iba a aguardar un poco, contemplándola bajo los rayos de luna, pero no parecía dispuesta a hablar, así que lo hizo él.

—Si las cosas no tienen el resultado que esperábamos en el Zareen Mahal, he dejado todo lo necesario para que Vikram viva en Inglaterra.

Su mujer se removió contra él, alarmada por el tema de conversación.

—Ban, si no fueras tan testarudo...

—Te pido que me escuches, *sherani*. Al-Musavi es un maldito cobarde que encarga a otros el trabajo sucio mientras se dedica a sus pasatiempos hedonistas y a amasar poder. Nunca buscará un enfrentamiento directo, pero atacará por la espalda si descubre que mi hermano está vivo. Sin diamante y sin trono, Inglaterra es la mejor opción. Sé que mi abuela lo cuidaría bajo un estricto código de conducta, pero lo trataría como a su propio nieto y Vikram estaría todo lo cerca del anonimato que se puede estar en sus circunstancias. —Se pasó una mano por los ojos, frustrado —. No es lo que deseo para él, pero no puedo ignorar que es una posibilidad, y que un océano de por medio es casi un mundo de por medio.

—Shh... No pienses en eso ahora —lo amonestó, para luego depositar un beso justo en el centro de su pecho—. Te prometo que vas a estar con Vikram.

Ban se dejó llevar por su calor, por el cosquilleo de su cabello contra su piel desnuda, y debió de quedarse dormido.

Al despertar en mitad de la madrugada, Leonelle no estaba en la cama, y una opresión como nada que hubiera sentido antes se asentó en el mismo punto en el que su mujer lo había besado hacía unas horas.

Encendió una vela y, tras revisar el cuarto, comprobó que las pertenencias de la joven no estaban. Solo las suyas, con su ropa tirada de cualquier manera por el suelo...

—¡Joder!

Se lanzó hacia la levita y la palpó en busca del diamante, sabiendo que no iba a encontrarlo. En el bolsillo, en cambio, había una nota escrita con una letra que le retorció el corazón hasta hacerlo mil pedazos.

> Perdóname.
>
> Repetiré lo que te dije el día de nuestra boda cuando volvamos a estar juntos, si es que aún quieres oírlo.

Ban se visitó a toda prisa, tratando de calcular cuánto tiempo le sacaba de ventaja. Cualquier cifra le parecía demasiado. Tiró del picaporte con tanta fuerza que casi se parte un dedo cuando no se movió ni un milímetro. Lo intentó otra vez, con todo su peso, sin resultado. Con los pulmones constreñidos por el miedo, comenzó a dar golpes en la hoja hasta que una voz le llegó desde el pasillo.

—Lo lamento, lord Bancroft. Tenemos órdenes estrictas de la señorita Campbell de no dejarlo salir por el momento.

¿Cómo había podido ser tan imbécil?

Leonelle no lo había acompañado a Calcuta para hacerlo cambiar de opinión, sino para hacerse con el diamante y sobornar al jefe del harén ella misma. Tenía que haberlo sabido y, también, que encontraría el modo de que Emily la apoyara e, incluso, mandase a sus lacayos que lo mantuvieran encerrado.

Miró a su alrededor y buscó algo con lo que reducir la madera a astillas y echar la puerta abajo.

Zareen Mahal, tres días después

Era la primera vez que Leonelle realizaba el trayecto hasta el palacio del nabab Al-Musavi ella sola.

Cuando divisó las cúpulas doradas que lanzaban destellos áureos contra el cielo de primavera, dejó escapar el aire que había estado conteniendo por si alguien de su familia la detenía antes de llegar al Zareen Mahal. La siguiente bocanada, no obstante, la volvió a llenar de preocupación por lo que encontraría dentro.

Había engañado a todas las personas que le importaban para estar allí, así que supuso que ese día sería el primero para muchas cosas. Emily pensaba que llevaba el Masha-i-noor de vuelta a Baipur para que Jason pudiera negociar con él en lugar de dejar que Ban emprendiese una misión suicida.

Hasta le había dejado su carruaje para volver a casa del gobernador y había accedido a retener a Ban por poco tiempo.

Ban... prefería no pensar en la forma en la que le había dicho que la quería, enterrado en su interior, o daría media vuelta y rogaría por otra solución.

Pero esa era la mejor posibilidad que tenían. Y, por eso, había entrado por la puerta trasera del bungalow de Cam y Jason, donde sabía que las ayudantes de cocina ya estarían despiertas a esa hora tan temprana, y les había pedido que le echasen una mano para transportar la cámara y las placas fotográficas que pertenecían a Al-Musavi una vez más a su palacio.

Era un plan que había estado fraguando desde que supo que la princesa Tsengal estaba retenida en el harén. El único inconveniente era que, cuando más lo pensaba, más imposible y peligroso le parecía.

«Vamos, Leonelle, lamentablemente ya no hay tiempo para echarse atrás. Solo hay tiempo para ser persuasiva».

Pidió al cochero al servicio de los Campbell, quien había hecho las veces de escolta en el recorrido desde Calcuta, que esperase, no importaba lo que escuchara, hasta que se pusiera el sol. Si para entonces no había vuelto, debía ir a la casa del gobernador de Merala a informar de su desaparición. El hombre asintió, con los ojos muy abiertos y tragando con fuerza, pero tendría

que servir para Leo.

Con la tela en la que llevaba envueltas las placas y el diamante escondido en ellas, se acercó a varios de los guardias del palacio.

—Solicito ver al jefe del harén.

Ellos alzaron las cejas, pillados por sorpresa, y luego esbozaron sonrisas despectivas.

—¿Y quién lo solicita?

—Soy Leonelle Warwick, lady Bancroft. —Si reconocieron el apellido, no dieron muestras de ello, pero esperaba que Bilal, el jefe del harén, reaccionase de manera muy distinta—. Vengo a tratar un asunto que concierne a la zenana.

—Cualquier asunto dentro del palacio nos concierne a nosotros. Tendrá que ser más específica.

Se cruzó de brazos y pegó el hombro a su compañero, en una efectiva barrera física.

—Muy bien —suspiró Leo, y levantó un poco el paquete rectangular que tenía ente las manos —. Se trata de las fotos que tomé del nabab y su familia. Vengo a entregárselas al jefe del harén, tal y como pidió su alteza, y a tomar nuevas fotos de sus esposas y favoritas.

—Puedes darnos las fotos y marcharte por donde has venido, *memsahib* —dijo quien parecía llevar la voz cantante.

—No pienso moverme de aquí.

Los hombres hicieron caso omiso.

—Comprueba que lo que hay en el fardo es tal y como ella dice.

Uno de ellos alargó la mano hacia el paquete que sostenía. Leo lo sujetó más fuerte.

—Si tocáis o retiráis esta tela, os estáis condenando a muerte. Aquí están los rostros de las mujeres de la zenana y vuestro nabab no pasará por alto la afrenta de haberlas visto.

El guardia retiró los dedos como si le quemasen y miró al otro con aire interrogativo, y Leonelle echó un último farol.

—Puedo retirarme y volver cuando Al-Musavi me convoque de nuevo, pero no creo que le guste.

El que se había cruzado de brazos los separó y se mesó la barba durante casi un minuto entero. Leo sentía ganas de retorcerse bajo su escrutinio, pero no desvió la vista.

—Regístrala para comprobar que no tenga armas en el cuerpo ni en los artilugios que trae y haz llamar a Bilal.

Leonelle se tragó el suspiro de alivio y tuvo que someterse a la metódica exploración de los guardias de su persona para comprobar que no llevase nada oculto bajo la ropa. Después, fueron hasta el carruaje y abrieron la caja con la cámara, frasquitos, trapos y demás instrumental.

—Por favor, manipúlenlos con cuidado, son materiales muy frágiles —pidió entre los dientes apretados.

Para cuando se acabó el suplicio, la alta figura del eunuco ya estaba muy cerca de ellos.

Lo saludó con la cabeza.

—Señor Bilal, me alegro de que volvamos a vernos. Vengo a continuar con los retratos que faltaban de la familia real.

Él la observó con dolorosa meticulosidad y Leo conminó a sus manos a mantenerse firmes. Si el hombre se decantaba por la verdad y aseguraba no tener órdenes de que se tomasen más fotografías de la zenana, se haría la tonta y le entregaría las placas reveladas antes de marcharse. Aunque rogaba por que Bilal quisiera aplacar la curiosidad de su presencia. No se ganaba un puesto así si no se estuviera dispuesto a conocer a fondo a amigos y enemigos...

—Yo me encargo —dijo, al fin, por encima del hombro a los guardias sin siquiera reconocer su saludo.

Estos volvieron a esbozar esas sonrisas torcidas, pero se quedaron cerca mientras el descomunal hombre levantaba la caja y el trípode como si no pesasen más que plumas.

—Acompáñeme a la zenana, *memsahib.*

Bilal abría la marcha y Leo, con el corazón martilleándole en el pecho igual que si quisiera escapar de él y, a continuación, del Zareen Mahal, volvió a ser testigo de su espalda cubierta por un mapa de cicatrices.

También podría haberla dejado pasar para entregársela a Al-Musavi tras el interrogatorio, y coronarse el mérito de ofrecerle en bandeja de plata a la esposa del conde de Bancroft en lugar de los guardias. De hecho, ese era el momento perfecto para guiarla a cualquier habitación o celda sin que ella tuviera la más mínima opción de resistirse.

Pero si existía la más mínima esperanza...

Dio cuatro pasos por dos del descomunal hombre para ponerse a su altura y esperó a que fuera él quien hablase primero.

—¿Debo felicitarla por su reciente boda con el conde de Bancroft, *memsahib*? Desconocía su posición la primera vez que nos encontramos.

—Gracias —respondió sin dar una respuesta concreta a la fecha de su matrimonio—. Mi esposo ha estado muy ocupado como para dar la noticia. No sé si ha escuchado los rumores de que se avecinan cambios beneficiosos en Merala.

—¿Beneficiosos para quién, *mem*?

—Para aquellos que sepan ver las oportunidades.

Todavía no se había girado a mirarla, ni la había parado, solo hablaba en voz queda.

—Yo soy un hombre muy observador.

Tal vez solo estuviese jugando con ella, tal y como lo hizo el nabab. Sus siguientes palabras la comprometerían sin remedio respecto a sus intenciones, y la dejarían sin escapatoria. Ya no podría fingir que no sabía la clase de barbaridades que cometía Al-Musavi porque el jefe del harén tenía que conocer la historia de Tsengal a la fuerza. Y ella admitiría que la conocía, también. Pero las cicatrices de Bilal hablaban de una vida azarosa que podría no haber elegido.

Se ajustó las gafas, inspiró hondo y se entregó a su instinto.

—Entonces sabrá a qué me refiero cuando le digo que hay algo muy valioso para mí dentro de la zenana. Algo que estaría dispuesta a intercambiar por una joya de igual valor.

Habían llegado a las puertas de la residencia de las mujeres, pero el jefe del harén no hizo ademán de abrirlas.

—¿Entramos? —inquirió Leo con una mueca conocedora.

Jamás se le ocurriría enseñarle que tenía el Masha-i-noor con ella estando los dos solos y facilitarle el que se lo quitase a la fuerza.

Bilal alzó una ceja y abrió una de las hojas.

—Después de usted, *memsahib*.

Leonelle se encontró por segunda vez en ese pequeño mundo creado para unas pocas personas dentro del inmenso mundo real.

Las mujeres la miraron, sorprendidas, y ella intentó localizar a la princesa Tsengal sin éxito.

—Vayamos a la estancia del otro día, ¿le parece?

Bilal se adelantó esta vez para dejar la cámara y el trípode en la mesa de la que se sirvió Leo la última vez.

—¿Y bien? —la cuestionó, muy pegado a ella, mientras pretendía colocar frascos.

Leo abrió lo justo la tela negra que contenía las fotos para que el brillo del Masha-i-noor fuera visible, y casi le pareció que el jefe de la zenana daba un traspié.

Si alguna de las esposas o concubinas lo veía y lo reclamaba como suyo, él poco podría hacer, así que no volvió a mirar la tela para no llamar la atención sobre ella.

Leonelle apenas movió los labios cuando le ofreció el trato.

—El diamante es suyo si me ayuda a que nadie resulte lastimado cuando prenda fuego a la zenana y la princesa Tsengal y yo podamos salir vivas del palacio.

Capítulo 37

Destruir cosas era una tarea tan sencilla que ponía los vellos de punta.

Leonelle lo comprobó cuando dejó caer al suelo las placas de cristal con las fotos de Nasir-Al Musavi y estas se hicieron cientos de añicos en el suelo.

Luego, aprovechó la pequeña conmoción para anudarse la tela negra que envolvía el diamante alrededor de la cintura y enfrentarse a Bilal.

Este asintió de manera casi imperceptible. Lo suficiente para volver a demostrarle a Leo lo fácil que era hacer pedazos algo.

Cualquier *amateur* de la fotografía sabía que al colodión húmedo también se le conocía por otro nombre más explosivo debido a su inestable composición química. Así que se puso a trabajar en la mezcla de éter y alcohol mientras Bilal colocaba de manera fortuita, en apariencia, a los inquilinos de la zenana lejos del radio de acción de la joven y, también, lejos de la puerta principal de acceso. Para su indescriptible alivio, la princesa Tsengal apareció enseguida, y la observaba con ojos desorbitados sobre un elegante velo azul.

Leo ignoraba si Bilal había hablado con ella o la propia Tsengal presentía que algo iba a suceder, pero le aliviaba que estuviera preparada.

Con toda la discreción que pudo, Leonelle escondió un par de viales en los puños del vestido y simuló colocar los cortinajes para una luz más apropiada con la que hacer las fotos mientras vertía el acelerante sobre ellos y los cojines de alrededor.

Le temblaban las manos por lo que estaba a punto de hacer, pero dejar una pequeña llama junto a las cortinas no conseguiría más que un fuego que se extendería con lentitud, uno que se podría apagar fácilmente y solo causaría que la expulsaran de la zenana sin haber logrado su objetivo. Tenía que provocar un rugiente incendio.

A continuación, agarró con disimulo una barra medio consumida de incienso de los quemadores esparcidos por toda la sala, se alejó los pasos que consideraba necesarios para mantenerse a salvo de la onda expansiva y rogó por que sus cálculos no decidieran fallarle aquel preciso día.

Con la imagen de Ban la última noche que compartieron juntos en Calcuta insuflándole esperanza, lanzó la punta encendida hacia las telas que había empapado e hizo explotar el algodón pólvora.

Primero, todo fue puro caos. Aunque, en medio de los gritos y el pánico, Leo fue testigo de cómo un calmado Bilal hacía trizas las sedas que llevaba la princesa, y forzaba a una criada a darle parte de sus ropas, mucho más viejas. La princesa Tsengal estaba al descubierto por

primera vez en su vida y jamás había estado tan camuflada.

Los soldados no tenían permitida la entrada a la zenana ni siquiera en un caso de suma emergencia como ese, así que empezaron a dejar cubos de agua en la periferia del edificio para que las doncellas sofocasen las llamas que se extendían con gran facilidad entre las alfombras, cortinas, cojines y demás decoraciones que eran altamente combustibles.

El calor empezaba a hacerse insoportable, así como el humo que comenzaba a descender y amenazaba con hacer toser a Leo hasta que perdiese la consciencia.

—Utilizaremos el pasillo que conecta a los aposentos del nabab. Allí estaréis seguros. —Se escuchó la potente voz del jefe del harén, quien no había dejado de dar órdenes a la multitud.

Una puerta se abrió en la pared opuesta a la que se encontraba Leonelle, en diagonal al camino que llevaba a las enormes puertas de doble hoja por donde ya era imposible abrirse paso, y se dejó llevar por una corriente de cuerpos que se movían de una forma sorprendentemente ordenada.

Era imposible perder de vista a Bilal, ya que su enorme físico lo hacía alzarse unos quince centímetros más que cualquiera de las mujeres más altas de Al-Musavi, y lo siguió por el túnel que comunicaba con absoluta discreción la zenana con el dormitorio real.

Leonelle no tenía más remedio que confiar en que no le tendiese ninguna trampa, aunque seguía sintiendo el diamante afirmado a su cintura, y la princesa Tsengal había logrado abrirse hueco hasta estar casi pegada a su costado. Estiró la mano y la joven se aferró a ella y la apretó hasta un punto doloroso, pero a Leo le reconfortaba sentir que la esposa del marajá estaba dispuesta a llegar a donde fuera sin soltarla.

Las paredes se fueron estrechando hasta acabar en una puerta camuflada a la izquierda de la monumental cama de Al-Musavi, en cuya alcoba no existía ni una partícula de humo en el aire.

Había llegado a una zona segura del Zareen Mahal, y Leonelle casi dio un grito de terror cuando el jefe del harén se puso de un salto ante ellas. Apretó más la mano de Tsengal y el Masha-i-noor con la otra, pero el hombre no hizo ningún ademán amenazador.

—Dos giros a la izquierda y uno a la derecha y saldrán a los jardines, desde allí, abandonar el palacio depende de lo desapercibidas que pasen —murmuró.

Luego le dio la caja de la cámara a una impresionada Leonelle, que ni siquiera se había dado cuenta de que la había salvado de la quema; y el trípode, a la princesa.

—Si las detienen, diga que una doncella de la zenana la ayuda con el peso de sus artilugios para llegar hasta el carruaje y marcharse lo más pronto posible. —La miró con fijeza a sus ojos —. Y recuerde lo que he hecho por usted en el futuro, *memsahib,* cuando sigan ocurriendo cosas beneficiosas en Merala.

—Lo haré —le prometió, a la vez que le daba la tela con el diamante.

Él lo cogió y lo guardó con rapidez, antes de dirigirse a las mujeres con distintos grados de angustia. La voz estentórea de Bilal se escuchó por todas las paredes de la habitación al dar instrucciones mientras Leo abría la puerta del dormitorio del nabab con la princesa soldada a sus talones y se escabullían por el palacio aprovechando el descontrol que había causado el incendio en la zenana.

Dos giros a la izquierda y uno a la derecha después, caminaban por los jardines con la cabeza agachada y a paso rápido, mientras soldados iban y venían a la carrera entre los pavos reales y las acequias, y Leonelle estaba segura de que se desmayaría cada vez que uno corría tan cerca de ellas que las pisadas parecían retumbar en su piel. Pero no las detuvieron hasta llegar al carruaje, y Leonelle comenzó a llorar contra la princesa en cuanto la sacudida de las ruedas las puso en

movimiento.

Lo habían conseguido.

Leonelle había logrado sacar a la princesa Tsengal de la zenana, y Vikram podría regresar a Merala muy pronto.

No fueron hasta pasados unos kilómetros que Leonelle escuchó el retumbar de cascos de caballo a sus espaldas. Un sudor frío le bajó por la espalda y el pulso le empezó a latir en las sienes con violentos golpes, casi al mismo ritmo que las herraduras que les iban ganando terreno.

—Vienen a por mí —susurró la princesa con un miedo idéntico que consumía a Leonelle.

Puede que Bilal las hubiera traicionado en el momento exacto en el que lo perdieron de vista.

Quería que los corceles atados al carruaje aumentasen la velocidad, pero sabía que estaban haciendo todo lo que podían después de viajar casi sin descanso desde Calcuta.

No llevaba más armas con ella que los explosivos que habían hecho estallar la zenana, y era inviable que hiciese algo parecido sin que todos los ocupantes del carruaje salieran despedidos por los aires.

Asomó la cabeza por la ventanilla y vio a dos figuras con el uniforme de la guardia de Al-Musavi casi de pie sobre sus monturas para que avanzasen más rápido. En unos instantes, los tenían tan cerca que Leonelle pudo comprobar que eran los guardias que esa mañana la habían interrogado y que no habían querido dejarla pasar.

Seguro que la habían visto casi escabulléndose incluso en medio del desastre en el que se había convertido el palacio de Al-Musavi y jamás permitirían que escapase.

Uno de ellos ya había llegado a los arneses que sujetaban a los caballos y estaba tirando para hacerlos frenar. El cochero obedeció cuando sacaron los sables, y Leo se giró hacia la princesa.

—Lo más probable es que no sepan quién eres ni por qué estás aquí, ya que nunca te han visto la cara. Di que eres una simple doncella y que te he traído contra tu voluntad —dio instrucciones con rapidez.

La puerta se abrió de un tirón y a Leonelle se le escapó un grito cuando una mano brutal la sujetó por la muñeca y la sacó a la fuerza del carruaje. Las cuentas del Mangalasutra se le clavaron con saña en la carne e intentó demostrar que no le hacía daño.

—Vaya, conque la *memsahib* entra a la zenana y esta comienza a arder hasta los cimientos.

El otro soldado también iba a forzar a salir a la princesa Tsengal, quien se negaba a gritos en la cabina del vehículo, y Leonelle se revolvió contra su captor para tratar de impedirlo. Un bofetón con la mano del revés la envió trastabillando a un lado. El guardia levantó la mano, listo para el siguiente golpe, pero el sonido de un nuevo galope y dos disparos consecutivos lograron que todo se quedase detenido en el tiempo por unas milésimas de segundo, hasta que los cuerpos de ambos guardias se desplomaron sobre el camino a Baipur y levantaron nubes de polvo.

Leo jadeó y se apoyó contra el carruaje, conmocionada, hasta que se dio cuenta de que los hombres respiraban a pesar de estar heridos.

—¡Leonelle! —El rugido de una voz de consonantes suaves y una cadencia tan vibrante y abrasadora como el trópico llegó un segundo antes de que el caballo se detuviera y los brazos fuertes de Ban la alzasen en vilo.

Leo se abrazó a su marido y cerró los ojos con fuerza. Si aquello era algún tipo de alucinación provocada por la inhalación de humo, la tensión de las últimas horas o el bofetón que le había propinado el violento guardia, no quería despertar nunca.

Se sentía entumecida, estremecida y un sinfín de emociones más que abarcaban, sobre todo, un sentimiento de incredulidad ante lo que había hecho y lo que había sucedido. Pero el calor del cuerpo de Ban la hacía aferrarse a la única realidad que importaba.

Le había prometido que repetiría su declaración de amor cuando estuvieran juntos, y nunca había sentido que estuvieran más juntos que en ese instante ni si era siquiera posible amarlo más.

—Ban... —empezó a decir, con la mejilla que no le palpitaba pegada a la de él.

—No quiero escuchar nada, Leonelle —gruñó él con rabia, antes de soltarla.

Leo pensó que se desmoronaría allí mismo, ante sus ojos de un verde apagado que escondían cualquier emoción.

No quería escucharla... y eso era más doloroso que cualquier golpe, burla o crítica que hubiera recibido en toda su vida. Pero no había llegado tan lejos para ceder al pánico ahora, afrontaría las consecuencias de sus actos, tal y como había hecho siempre. Aparentaría serenidad aunque su corazón se hubiera encogido hasta esconderse.

—La princesa Tsengal está en el carruaje, Ban.

Él hizo unas cuantas inhalaciones entrecortadas y apretó los puños.

Luego, se asomó al oscuro interior de madera y cruzó unas cuantas palabras en hindi con la princesa. Palabras que parecían contener consuelo y entendimiento.

Cuando se estiró cuan largo era junto al vehículo, se dirigió únicamente al cochero, que se había tirado al suelo en cuanto comenzó la pelea.

—Nos vamos al bungalow del gobernador de Merala antes de que vengan más guardias del Zareen Mahal.

Leonelle se sujetó las faldas para subir al carruaje y dio un pequeño respingo cuando Ban la aferró de la cintura y la llevó hacia el caballo en el que había llegado.

—Tú vienes conmigo —anunció, con su acento todavía ronco y fuera de control.

Montó primero y la ayudó a subir delante de él, a la par que el carruaje se ponía en marcha. Cuando Ban estiró las manos a ambos lados de ella para dirigir las riendas, Leo se fijó en ellas de verdad y se estremeció de dolor. Estaban envueltas en vendas por las que ya se calaba un poco de sangre, como si hubiese desgarrado todos y cada uno de sus nudillos.

—Ban, ¿qué te ha pasado? —susurró sin atreverse a rozarlo.

—Es lo que ocurre cuando atraviesas madera y a unos cuantos lacayos.

Leo inhaló bruscamente.

En su fuero interno, Leonelle sabía que Ban haría lo imposible por llegar hasta ella desde Calcuta, que se habría abierto paso en el Zareen Mahal a golpes él solo si Leo hubiera tardado un poco más en lograr escapar con la princesa, pero eso no era ningún consuelo en esos momentos. Verlo herido, dolido y sin desear saber lo que ella sentía más bien era lo contrario a esa palabra.

Se preguntó si su decisión de entrar en la zenana para ayudarlos a Vikram y a él no habría roto algo irreparable entre los dos.

Cuando la estructura familiar del bungalow quedó a la vista, Leo se asombró de la cantidad de soldados que lo rodeaban, parecía un destacamento entero. Y cayó en la cuenta de que esperaban a Ban y la princesa, tal y como habían acordado antes de dejar Baipur unos días antes.

Los rostros desencajados de Cam y Jason cuando la vieron apearse del caballo dejaban claro que las ayudantes de cocina todavía no la habían delatado.

—Leonelle ha sacado a la princesa Tsengal del palacio —fue lo primero que expuso su marido al acercarse a ellos, el tono ya mucho más neutro y varios grados más frío. La mano herida y convulsa con la que sacó la pistola de la chaqueta y se la ofreció a Jason, en cambio, desmentía

ese dominio de sí mismo—. No te haces ni la más mínima idea de lo mucho que me alegro de haber aceptado que me prestases un arma cuando partimos a Calcuta.

Su cuñado, con los labios apretados en una fina línea, aceptó la culata y se dirigió al carruaje, no sin antes lazarle una mirada de reproche a Leonelle.

Ban abría y cerraba los puños con la vista al frente, como si no fuera capaz de sostenerle la mirada, y Leo se llevó la mano al pecho, donde le dolía igual que si hubiera sido ella la que hubiese recibido el disparo de esa pistola.

Nada parecía moverse frente al bungalow, ni siquiera corría una pizca de aire, a la espera de que se asentase el vuelco de ciento ochenta grados que acababa de dar el mundo y que la princesa Tsengal marcase el siguiente paso. Cam también estaba pálida, incapaz de articular palabra. Solo los pasos de vuelta de Jason a la veranda lograron que el tiempo retomase su ritmo.

—La princesa quiere prestar declaración contra Al-Musavi de inmediato, pero dice que solo lo hará contigo, Ban. —Lo atravesó con sus ojos índigo cuando este se volteó hacia él—. No podemos hacernos una idea de lo que ha vivido desde que los cipayos la atraparon y se la entregaron al nabab para una mayor recompensa.

Aunque Leonelle no podía leer bien la expresión de su marido desde esa posición, lo conocía lo bastante como para saber que tendría las mandíbulas apretadas y un nuevo sentimiento de culpa tirando de sus hombros hacia el suelo.

—Por supuesto —respondió—. Iremos de inmediato al Tribunal Superior de Justicia de Merala.

No se giró. No la miró. Y el corazón de Leo se escondió un poco más tras observar cómo se alejaba de la casa.

Ella también hizo de ademán de volverse hacia el bungalow, y ese movimiento puso en acción a su hermana.

—Leonelle, ¿cómo se te ocurre? Sea lo que sea que hayas hecho para sacar a la princesa de la zenana es una locura —le recriminó Cam a pesar de que le dio un aplastante abrazo al mismo tiempo.

Basta. Ya era suficiente. No había hecho las cosas bien, pero el fin le parecía justificar absolutamente los medios.

—Actué porque no quería perder a mi marido —dijo muy despacio y con voz clara, franca y puramente Leo—. Y sabía que, si él entraba en el Zareen Mahal, era más que probable que no volviera a salir. Y vosotros habríais hecho exactamente lo mismo el uno por el otro, así que basta de condenarme por ello.

Respiraba con mucha dificultad, como si un dique enorme estuviera a punto de reventar en sus pulmones.

Hizo una pequeña reverencia ante el carruaje donde la princesa prefería mantenerse oculta de las miradas curiosas de los soldados y se apresuró al interior de la casa.

Se encaminó hacia las cocinas para conseguir agua y unas cuantas tiras de lino y, de allí, fue directa a la biblioteca. Pero ni siquiera echó un vistazo a los libros. Dejó la carga que llevaba en la mesa, arrastró una de las sillas acolchadas de la estancia, se aproximó a la ventana que se asomaba a la jungla y se sentó a observar el exterior sin verlo. No hizo caso de las llamadas de Lemy y de Cam. Más tarde, se disculparía. Más tarde, hablaría de lo que había ocurrido tras esos muros hasta quedarse sin voz. Más tarde, cuando se repusieran del tremendo susto, también esperaba que celebrasen aquella victoria. Sin embargo, en esos momentos era incapaz de pensar en otra cosa que no fuera su futuro con Ban.

Se desabrochó el Mangalasutra de la muñeca y lo colocó en el alféizar de la ventana, donde el paso de las horas iba oscureciendo su color.

La puerta se abrió sin ningún golpe o preámbulo cuando el sol ya se estaba poniendo, y unos pasos se detuvieron a su espalda.

—¿Por qué te has quitado el Mangalasutra?

Hubiera deseado suspirar de alivio por sentirlo cerca, por que hubiera acudido a aquel lugar que era de los dos. Sin embargo, la pregunta, hecha con esa cadencia elegante e ingobernable a la vez que le quemaba la piel, la privó de cualquier preámbulo que hubiera logrado posponer las palabras que su conciencia la obligaba a pronunciar.

Leo apenas se volvió un poco para responder con un nudo en la garganta.

—Porque te pedí que me dejases tomar mis propias decisiones y yo también quiero que elijas las tuyas. Si no puedes perdonarme por lo que hice en Calcuta...

—¿Leonelle, de qué demonios estás hablando?

La había girado para que lo mirase.

Tenía ojeras bajo sus ojos verdes, justo en el punto en el que Vikram tenía por costumbre rozarlo. Parecía exhausto y, en cierto modo, menos triunfal de lo que debería. Con la declaración de Tsengal, Al-Musavi acabaría entre rejas muy pronto, si no se había dado ya la orden de detenerlo en Calcuta.

—Me llevé el diamante y pedí que bloqueasen tu puerta…

—Lo sé, estaba allí, y te aseguro que me faltó muy poco para perder el juicio cuando leí tu nota —exhaló con los dientes apretados.

Sus manos anchas, magulladas, todavía envolvían los antebrazos de Leo con suavidad a pesar de su evidente enfado, y ella se soltó lentamente para sostenerlas con la misma delicadeza por un instante. Luego, se acercó a la mesa y mojó una de las tiras que había llevado para restañar la sangre antes de cambiarle los vendajes.

Una lágrima rodó por su mejilla mientras trabajaba, y la respiración de Ban se aceleró, aunque no se apartó de sus cuidados. Cuando terminó, se colocó las gafas y enderezó la espalda.

—A eso me refiero, Ban. Si, tras leer la nota, has decidido que no quieres volver a escuchar lo que tenía que decir, voy a respetarlo cueste lo que cueste.

Un juramento hendió el aire entre los dos.

—Maldita sea, *sherani*, ¿de verdad piensas que no me muero por oír una vez más lo que sientes por mí? No quería escucharlo en *ese* momento, cuando todavía estábamos expuestos y lo único en lo que podía pensar era en ponerte a salvo después de ver cómo un malnacido te golpeaba.

Subió la mano derecha para rozarle con las yemas de los dedos la mejilla algo inflamada. Apenas una caricia. Sus iris eran tormentas de relámpagos esmeraldas.

—¿Crees que estar enfadado es incompatible con estar enamorado? Porque te aseguro que hiervo de pura ira cada vez que pienso en lo que te podría haber ocurrido por dejarme encerrado en ese maldito cuarto y haberte marchado sola. Te aseguro que me quemo por dentro al ver que se ha cumplido lo que más temía: exponerte al peligro al contarte la verdad sobre Vikram y yo. —Leo dejó escapar un pequeño jadeo cuando Ban la alzó de la cintura y la sentó en el alfeizar para que sus rostros quedasen a la par—. La princesa me ha explicado que hiciste explotar la jodida zenana; y he sentido, al igual que cuando te confesé que te quería y guardaste silencio, que habías conseguido arrasar todos mis cimientos hasta quedar reducido a polvo.

—Ban…

—Pero —no la dejó seguir, temblando mientras unía su frente con la de ella—, también te puedo jurar que me haces arder con la potencia y el resplandor del mismo sol porque que te amo y te admiro hasta límites que jamás habría creído posibles por lo que has conseguido sin la ayuda de nadie, porque has vencido a quien parecía invulnerable, porque me has hecho renacer de las cenizas.

Se le había entrecortado la voz con una emoción desmedida, idéntica a la que recorría a Leo como descargas de luz.

Entonces, Ban estiró el brazo hacia el ventanal y tomó el Mangalasutra con gesto reverente y una pregunta en su rostro.

De inmediato, con el pecho repleto de ese resplandor, ella se apartó el pelo con manos trémulas para que se lo atase de nuevo alrededor de su garganta. Cuando terminó, su marido fue depositando pequeños besos debajo de cada cuenta, sobre su piel erizada, de una manera tan íntima que le hizo doblar los dedos de los pies.

—¿Me lo dirás ahora, *sherani*? —Fue un suspiro ronco contra su cuello.

Leonelle colocó las manos tras la nuca de su marido y enredó los dedos en su cabello negro. Las rodillas, temblorosas, rodearon sus caderas para acercarlo a ella y se asomó a sus iris verdes mientras él parecía contener el aliento.

—Te quiero, Ban. Te quiero tanto que soy incapaz de hallar una fórmula que lo explique, no puedo expresarlo en palabras o escribirlo en un papel. No lo encontraré en libros ni manuales. Pero lo siento aquí. —Se llevó una mano al corazón y notó cómo se le encendían las mejillas ante la mirada abrasadora de su marido—. Junto a la certeza de querer que todos los comienzos que elija sean a tu lado.

Los ojos de Ban se cerraron por un segundo, como si necesitase recuperar el control. Aunque Leo se encargaría de que lo perdiese de nuevo.

—Yo también te quiero, *sherani* —murmuró contra su boca—. Mi bella erudita, mi fiera leona. —Volvió a rozarle el collar—. Tú, que eres la razón de mi ser.

Leonelle se deleitó en el estremecimiento de placer que la recorrió entera; y se inclinó para entregarse al sabor único de Ban, a esa dualidad en la que se mezclaban Oriente y Occidente, luz y oscuridad, sándalo, peligro y salvaje exuberancia, como si los labios de su marido le regalasen la esencia de la propia India.

Epílogo

Taj Mahal, Agra, India, octubre de 1860

—¿Sabías que el mármol de este edificio refleja más de diez colores diferentes en función de la intensidad del sol?

La condesa de Bancroft empujó las gafas por el puente de su nariz, sin atreverse a parpadear siquiera delante de la construcción con la que llevaba fantaseando contemplar meses y meses. Todas y cada una las perspectivas del Taj Mahal —y debían de haber visto unas ocho en el mismo día— eran maravillosas de una manera que no parecía terrenal, o eso afirmaba ella con inagotable entusiasmo.

—Estoy convencido de que, si continuamos a este ritmo, veremos reflejados el doble de esa cifra, *sherani* —replicó su marido con fingida resignación.

En realidad, estaba disfrutando muchísimo con el más mínimo cambio en el semblante de Leonelle cada vez que avanzaban dos pasos alrededor de la espectacular construcción y ella hallaba algo nuevo que no había visto un segundo antes. Qué podría encontrar que fuera distinto a lo que había estado contemplando con absoluta concentración medio metro más atrás, Ban no lo podía ni comenzar a imaginar, pero esa la magia de estar cerca de su brillante erudita.

Todavía no podía creer que hubiera pasado casi medio año desde la espectacular entrada de Leonelle en la zenana del Zareen Mahal —y su todavía más asombrosa salida—. Y la misma cantidad de tiempo desde que Al-Musavi fuera detenido y condenado por los crímenes contra su familia.

La princesa Tsengal había decidido regresar a su reino en el Tíbet. Una sensación de paz, esa que tanto había anhelado y solo le había podido dar Leonelle, no lo había abandonado desde entonces. A pesar de que, paradójicamente, no habían tenido ni un momento de tranquilidad desde ese día.

Lord Canning los había nombrado regentes de Merala hasta que Vikram tuviera la edad suficiente para gobernar como marajá, papel al que se habían entregado con una entendible sensación de vértigo por ser una tremenda responsabilidad. Pero, también, con absoluta entrega por hacerlo lo mejor posible. Así mismo, se habían visto inmersos en la reconstrucción del antiguo palacio de Moolam Pagri, donde vivirían una vez que regresaran de su viaje a Cherrapunji en busca de su hermano, ahora que el monzón por fin había terminado y estaba a salvo.

Ban había decidido aprovechar el trayecto desde la ciudad de los puentes vivientes a Baipur con un pequeño desvío a Agra, ya que los años venideros prometían muchas aventuras en el

trono de Merala que los mantendrían unidos, pero lejos de los caminos del Indostán que habían recorrido la primavera anterior.

Leo y Vikram se habían mostrado más que entusiasmados.

Su hermano pequeño parecía haber crecido a pasos agigantados al lado de su abuela y de Ambika, y su voz había encontrado el camino para volver a él.

Cuando lo llamó «hermano» en hindi al verlo aparecer en la casa de Nana ji, Ban sintió cómo el último nudo de pesar en él se deshacía, y se abrazaron hasta que casi pudieron notar que su madre también participaba en el modo en el que sus brazos estrechaban al otro con fuerza.

Todo estaba donde debía estar.

Y miró a la mujer que lo había logrado.

—Tengo algo para ti —anunció, antes de sacar un pequeño rectángulo envuelto en papel del bolsillo de su levita.

Leonelle dejó escapar una pequeña exclamación entusiasmada al rasgarlo y ver su interior.

—Adoro estos cuadernos, Ban.

—Lo sé, *sherani* —dijo con suficiencia—. Lo sabía desde que te dejé el primero en la mesita con té que se había quedado helado en la casa del gobernador.

—Supongo que buscas que te bañe de halagos de nuevo —lo retó con ese humor que enmascaraba en su rostro serio y precioso, y lo volvía loco—. Tal vez se me ocurra algo cuando estemos en un lugar que capte menos mi atención.

Ban se llevó una mano al corazón.

—Me hieres, *sherani*, pero me tomaré como un reto personal el inspirarte bonitas palabras de amor. Y, sobre todo, no puedo esperar a continuar nuestras lecciones...

Leonelle se sonrojó y echó un vistazo en derredor, tranquila al ver que Vikram estaba entretenido con Ambika mientras señalaba algo en el agua de la acequia que reflejaba el frente del Taj Mahal como un espejo perfecto.

—Creo que las últimas lecciones te las has inventado —le dijo en un tono bajo y acusatorio que le dio ganas de echarse a reír—. Ya hemos alcanzado todos los números de besos y —carraspeó un poco— posturas que me dijiste en Sitakund.

—Ah, pero adoro ser creativo.

—Supongo... —El sonrojo aumentó, así como el deseo en sus exquisitas facciones, y Ban sintió que la llegada de la noche se le iba a hacer eterna. Se colocó de nuevo las gafas—. Supongo que me debo a nuevos estudios en beneficio de la, eh... plenitud física de la humanidad.

Ban se acercó a su oído.

—También adoro que te refieras de esa forma a hacer el amor, *sherani*.

—¡Ban! —lo reprendió, y le dio un golpecito con el cuaderno que hizo que un papel saliera revoloteando—. ¿Qué es esto? —Se interesó Leo mientras se agachaba a recogerlo y leía lo que ponía con ojos cada vez más abiertos—. ¿Es real?

—Por supuesto que sí, siempre lo ha sido, Leonelle. Tan solo tuve que enviarles una pequeña muestra de tu trabajo para que la librería Higginbotham’s se apresurase a querer editarlo.

Leonelle se paró en seco y apretó contra su pecho la carta que contenía el contrato de publicación de su libro de viajes con su nombre completo. Ban le enmarcó el rostro con las manos y le acarició con suavidad las mejillas húmedas con los pulgares.

—Mis dos mitades te pertenecen, *sherani* —declaró mientras se perdía en los destellos ambarinos de sus iris y se le aceleraba el corazón ante la sonrisa que se dibujó en sus labios llenos.

Antes de sellarlos con los suyos, le llegó el susurró de Leonelle.
—Y no hay ni una sola parte de mí que no sea tuya, Ban.

Nota de autora

Diría que volver a la India colonial después de todos estos años tras la publicación de *Oriente en tus ojos* ha sido un placer pero, en realidad, siento que nunca me he marchado del todo. Ban y Leonelle siempre han estado presentes de alguna manera, y no he dejado de recabar datos e información para su historia desde que comencé el primer borrador de la novela, allá por 2017.

Por supuesto, no he podido evitar tomarme licencias literarias para que todo encajase en el momento en el que mis dos protagonistas se enamoran y luchan por ellos y por los que quieren, y para darle sentido a la trama. Por poner algunos ejemplos, el club Bankipore no se fundó hasta 1865, varios años después de que Ban y Leo visitasen Patna. Así como la Ley de segundas nupcias para viudas hindúes, que se aprobó en 1856, años después de que la madre de Ban contrajese matrimonio de nuevo con el marajá de Merala. Y, al igual que comenté en el primer volumen, por razones estéticas y prácticas, he decidido llamar «gobernador» al residente británico de Merala, un estado nativo inventado, pero que siempre tendrá un trocito de mi corazón.

Como curiosidades que me encantaría contaros, Emily Campbell está inspirada en Emily Eden, la hermana de Lord Auckland, quien sirvió como gobernador general de la India desde 1836 hasta 1842, y cuya espectacular obra *Letters from India* ha sido mi libro de cabecera para conocer más en profundidad la magnífica Simla. Este ha sido mi pequeño homenaje a una mujer increíble. Por otro lado, Cherrapunji, el paraíso donde Leo, Ambika, Vikram y Ban se refugian junto a Nana ji, es el segundo lugar más húmedo del planeta, con monzones que alcanzan el medio año de duración y se calcula que su puente viviente más antiguo tiene unos 500 años, ¿no es una verdadera maravilla que un solo árbol haya dado lugar a una estructura así?

Para terminar, no puedo dejar sin nombrar al marajá de Jaipur, Sawai Ram Singh II, un hombre cuyo entusiasmo por la fotografía lo llevó a traspasar límites que no se habían cruzado jamás, ni volverían a cruzarse en aquella época de esplendor y tabúes. El marajá no solo encargó y coleccionó fotografías, sino que, a diferencia de muchos de sus coetáneos, él mismo aprendió ese arte de profesionales británicos y tomó fotos sin precedentes: captó imágenes de las mujeres de su propia zenana. Mujeres que practicaban la *purdah* y que debían permanecer invisibles, rompiendo así sus propias reglas en pos de su pasión.

Me despido, por el momento, de esta tierra fascinante plagada de tradiciones, monumentos, naturaleza y magia. Aunque sé que nos volveremos a encontrar muy pronto, y espero con todo mi cariño que queráis acompañarme en un nuevo viaje por la India del Raj.

Agradecimientos

No me alcanzan las palabras para demostrar cuánto significa para mí que hayáis seguido esperando la historia de Leonelle y de Ban con tanto cariño e ilusión tras todo este tiempo. Espero de corazón que su novela os haya hecho disfrutar, y os prometo que he dado lo mejor de mí para conseguir que vuestra paciencia mereciera la pena. Gracias infinitas. Gracias por haber leído mis novelas y seguir queriendo sumergiros en las que están por venir.

Gracias, también, a mi familia por apoyarme siempre. Os confieso que hubo un momento —varios momentos—, en los que pensé que no podría poner punto y final a *India en tus labios*, pero ellos no me soltaron la mano y tiraron de mí para que volviera a colocarla sobre el teclado todas las veces que fueran necesarias. En especial, a mi hermana Virginia, porque es quien logra que tome impulso para darle con más fuerza a las teclas.

Y a mi editora, Lola Gude, porque nunca se agotan su empatía, comprensión y el afecto que me hace llegar y que también me animan a que escriba lo mejor posible.

Gracias de nuevo por adentraros en la India conmigo, no hay nada mejor como vivir una aventura en tan buena compañía.

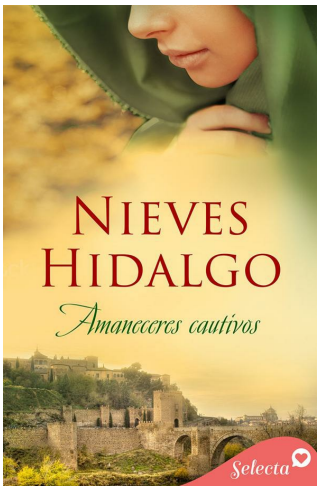
Isabel Jenner

Si te ha gustado

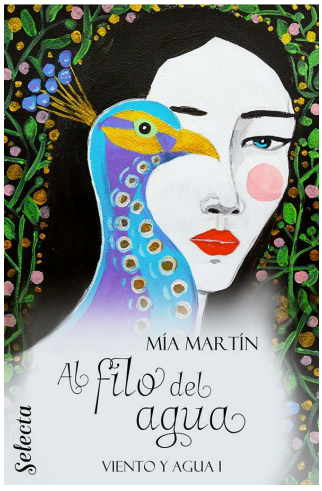
India en tus labios

puedes disfrutar de estas

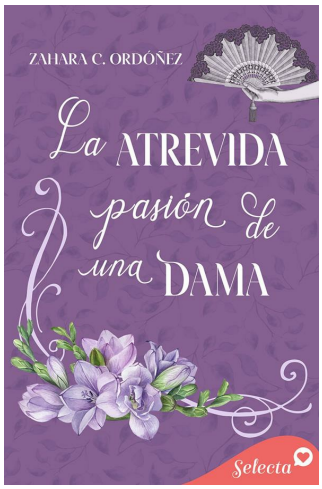








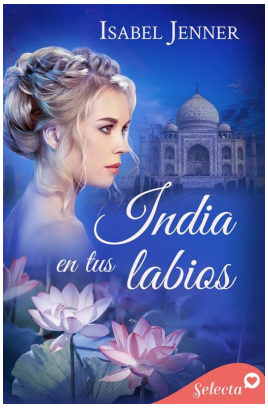

RUTH M. LERGA
Matrimonio en guerra
LOS KNIGHTLEY 1
Selecta


ZAHARA C. ORDÓÑEZ
La ATREVIDA pasión de una DAMA
Selecta


La dama de diamante
JUDIT FERNÁNDEZ
Selecta


El perfume de los céfiros
RAQUEL GIL ESPEJO
Selecta

Los labios de Ban evocan besos apasionados y susurros tan llenos de tentaciones como las cálidas noches de la India.



Los labios de Leonelle Ingram dibujan sonrisas tan inusuales y deslumbrantes como los legendarios tesoros que guarda esa extraordinaria tierra del trópico.
Él, un brahmán apenas aceptado por la sociedad británica del Raj, ha jurado que jamás revelará sus secretos a la única mujer capaz de atenuar un dolor que lo destroza por dentro, y cuya perspicacia pone en riesgo todo por lo que ha luchado durante años.
Ella, quien ya siente que la India se ha convertido en su hogar más que el propio Londres del que partió meses atrás, ha prometido que descubrirá la verdad acerca del único hombre que ha conseguido distraerla de sus libros y estudios para despertar emociones a las que no consigue poner nombre, pero que la hacen sentirse atrapada y libre a la vez.
¿Alguno de los dos logrará cumplir su palabra sin resultar herido? ¿Seguirán enfrentándose en cada oportunidad o se convertirán en inesperados aliados que luchan contra un magnetismo tan imparable y demoledor como el monzón que arrasa con todo a su paso?

Isabel Jenner nació en Madrid en el verano de 1986. Enamorada de las letras y de países lejanos, se licenció en Traducción e Interpretación y en Estudios de Asia Oriental, con especialidad en Japón. Gracias a una beca, pudo cumplir su sueño de vivir en Tokio, aunque no desarrolló todas sus habilidades ninja por el bien de la humanidad. Los libros son su transporte favorito a la emoción y a la aventura, y cree que las palabras no están hechas de tinta, sino de pura magia. Su primera novela, *Oriente en tus ojos*, ha resultado finalista del VII Certamen de Novela Romántica Vergara-RNR.



Edición en formato digital: julio de 2023

© 2023, Isabel Jenner
© 2023, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.
Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

Diseño de portada: Bárbara Sansó Genovart
Imágenes: Istockphoto

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright.* El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, http://www.cedro.org) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-17610-12-8

Conversión digital: leerendigital.com

Facebook: penguinebooks
Facebook: SomosSelecta
Twitter: penguinlibros
Instagram: somosselecta
Youtube: penguinlibros

«Para viajar lejos no hay mejor nave que un libro.»

EMILY DICKINSON

Gracias por tu lectura de este libro.

En **Penguinlibros.club** encontrarás las mejores recomendaciones de lectura.

Únete a nuestra comunidad y viaja con nosotros.

Penguinlibros.club

Penguin Random House Grupo Editorial

Penguinlibros

Índice

India en tus labios

Prólogo
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32
Capítulo 33
Capítulo 34
Capítulo 35
Capítulo 36
Capítulo 37
Epílogo

Nota de autora
Agradecimientos

Si te ha gustado esta novela
Sobre este libro
Sobre Isabel Jenner
Créditos